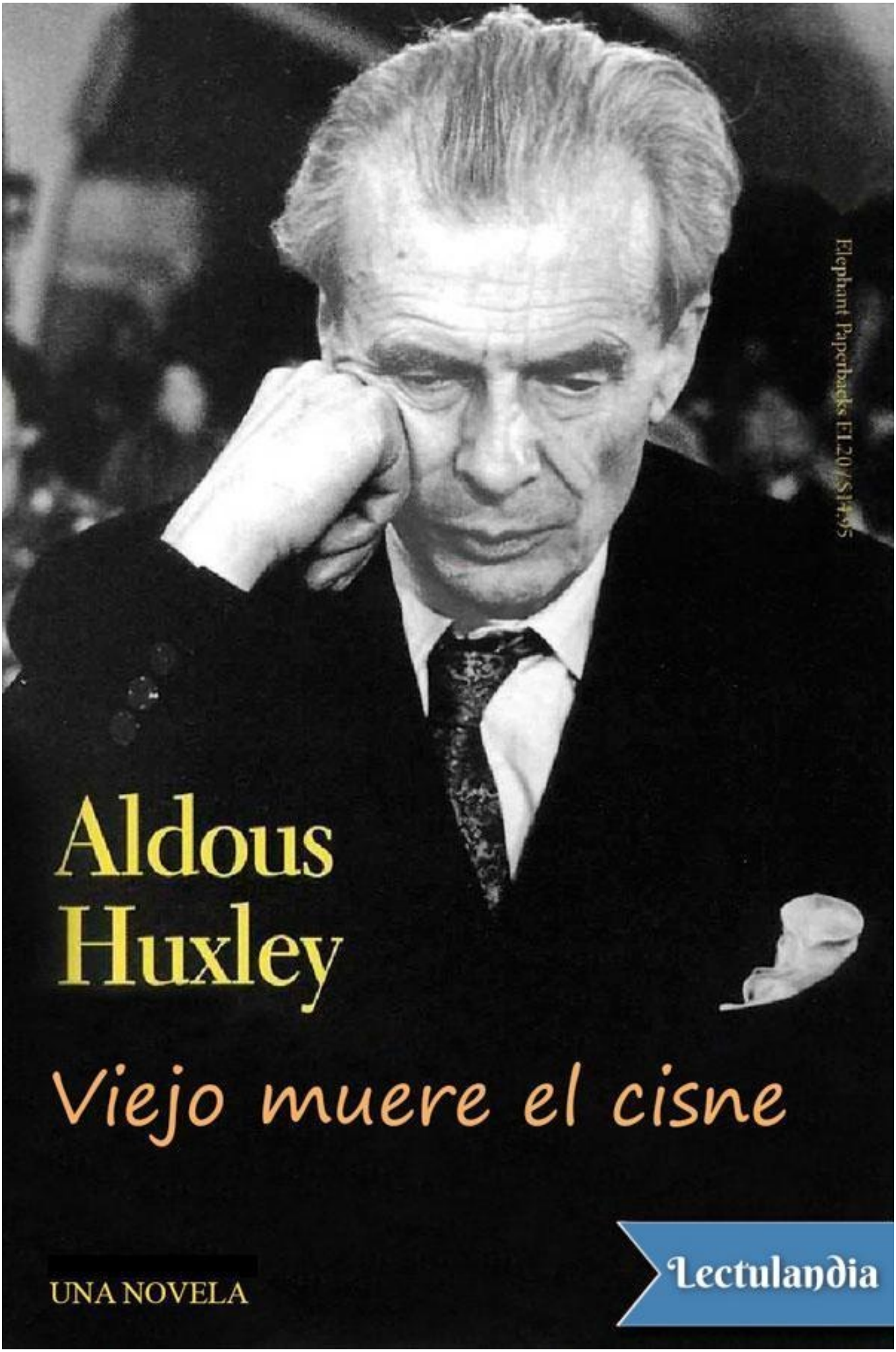
Elephant Paperbacks £1.20/$14.95
Aldous Huxley
Viejo muere el cisne
UNA NOVELA
Lectulandia

Narra cómo Jeremy Pordage, intelectual británico, llega a Los Ángeles, contratado por Joseph Panton Stoyte, millonario estadounidense, para evaluar y tasar unos manuscritos antiquísimos de una familia noble que decidió venderlos por falta de dinero. En el extravagante castillo también se encuentran, como huéspedes y trabajadores permanentes de Stoyte, el doctor Obispo y su ayudante, Peter Boone, que trabajan en conseguir la prolongación de la vida humana, Virginia Maunciple, una hermosa muchacha, y William Propter, un anciano escritor, en quien Huxley se desdobla.

Lectulandia

Aldous Huxley

Viejo muere el cisne

ePub r1.0
mandius 21.12.13

The Woods decay, the Woods decay and fall,
The vapours weep their burthen to the ground,
Man comes and tills the field and lies beneath,
And alter many a summer dies the swan.

TENNYSON

Los bosques se marchitan y decaen,
Impregnan el vaho con su aroma el suelo,
El hombre la rotura y él yace,
Y luego de los años muere el cisne.

Título original: *After many a summer*
Aldous Huxley, 1939
Traducción: R. Crespo y Crespo

Editor digital: mandius
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

TODO ello se había arreglado telegráficamente: Jeremías Pordage había de buscar a un chofer negro con uniforme gris y un clavel en el ojal; y el chofer negro tenía que buscar a un inglés de mediana edad que llevaba en la mano las Obras Poéticas de Wordsworth. A pesar de la muchedumbre que llenaba la estación, se encontraron sin dificultad.

—¿El chofer del señor Stoyte?

—¿El señor Pordage?

Jeremías asintió con la cabeza, y, con el Wordsworth en una mano, el paraguas en la otra, extendió a medias los brazos con el gesto del pobre maniquí, que, plenamente, consciente de sus defectos y echándolos a cosa de broma, muestra una figura deplorable, acentuada por un traje ridículo.

—¡Pobre cosa —parecía querer dar a entender—; pero éste soy yo!

Una especie de menosprecio defensivo y, por decirlo así, profiláctico, había llegado a constituir hábito en él. Solía recurrir a él en todo género de ocasiones.

De repente una nueva idea le vino a las mientes. Comenzó a dudar con ansiedad si en aquel democrático *Far West* de los americanos, sería cosa de estrechar la mano al chofer, especialmente cuando se trataba de un negro, sólo para demostrar que no se las daba de *pukka sahib*[1] aun cuando el propio país llevara a cuestas la carga del hombre blanco. Al fin se decidió por no hacer nada. O, para ser más exacto, se vio forzado a tomar tal decisión, como de costumbre, según se dijo a sí mismo, sintiendo un insano placer al reconocer su menguada cortedad. Mientras él titubeaba lo que haría, se quitó el negro la gorra y, extremando la actitud del negro servidor de antaño, se inclinó, sonrió mostrando los dientes, y dijo:

—¡Bienvenido a Los Ángeles, *señó* Pordage!. —Luego, pasando el patético tono de su voz de la dramático a lo confidencial:

—Yo le hubiera conocido por la voz, *señó* Pordage, aunque *usté* no hubiera llevado el libro.

Jeremías rio un tanto incómodo. Una semana en América había bastado a dar le conciencia de aquella su voz. Era un producto del Trinity College de Cambridge de diez años antes de la guerra, y su aflautada delgadez rememoraba el canto de vísperas de una catedral inglesa. En Inglaterra nadie reparaba especialmente en tal cosa. Jamás se había visto obligado a chancearse de ella como se había visto obligado a hacer, en defensa propia, con su aspecto o su edad, por ejemplo. Aquí, en América, las cosas sucedían de una manera diferente. Le bastaba pedir una taza de café o preguntar por el lavabo (que tampoco se llamaba lavabo en este país desconcertante) para que la gente le mirara fijamente con tan atenta cuan divertida curiosidad, como si miraran a

un fenómeno en un parque de atracciones. ¡No había sido por demás agradable que dijéramos!

—¿Dónde está el mozo? —dijo con aire inquieto por cambiar de tema.

Algunos minutos después estaban en el camino. Mecido en el asiento trasero del coche, y, por lo que le parecía, fuera del alcance de la conversación del chofer, Jeremías Pordage se abandonó al placer de la contemplación. La California del Sur rodaba ante las ventanillas; lo único que había que hacer por su parte era mantener los ojos abiertos.

La primera cosa que se presentó a ellos fue un barrio bajo de africanos y filipinos, japoneses y mejicanos. ¡Qué de permutaciones y combinaciones de negro, amarillo y tostado! ¡Qué complicación de bastardeos! ¡Y qué bonitas las muchachas con su indumentaria de seda artificial! «Damas negras vestidas de blanca muselina». Su verso favorito del «Preludio». Se sonrió a sí mismo. En el ínterin, el barrio bajo se había trocado en los elevados edificios de un barrio comercial.

La población fue adquiriendo un tinte más caucásico. En cada esquina había una botica. Los vendedores de periódicos voceaban el avance de Franco sobre Barcelona. La mayor parte de las muchachas caminaban, al parecer, absortas en silenciosa plegaria; pero por lo que supuso, pensándolo mejor, no era más que goma lo que incesantemente rumiaban. Goma, que no Dios. Luego, de repente, el coche se hundió en un túnel para surgir después en otro mundo, mundo suburbano, vasto y desaseado, con estaciones de bencina y postes anunciadores, de casas bajas en medio de jardines, de solares y desperdicios de papel, de alguna que otra tienda, edificios con oficinas e iglesias metodistas primitivas, construidas, cosa verdaderamente sorprendente, al estilo de la Cartuja de Granada, iglesias católicas semejantes a la catedral de Canterbury, sinagogas disfrazadas de *Hagia Sophia*, iglesias de la Ciencia Cristiana, con columnas y frontones que les daban apariencia de bancos. Era un día de invierno y la hora mañanera, pero el sol lucía brillantemente en un cielo limpio de nubes. El coche rodaba hacia el oeste, y el sol, cayendo oblicuamente desde atrás, conforme avanzaban, iluminaba cada edificio, cada letrero luminoso, cada poste anunciador, como si fuera un reflector, cual si tuviera el deliberado propósito de mostrar al recién llegado cuanto había que ver.

COMIDAS. COCKTAILS. ABIERTO POR LA NOCHE.

MALTA JUMBO.

¡HAZ LAS COSAS, VE A TODOS SITIOS CON NAFTA SUPER CONSOL!

EN EL PANTEÓN BEVERLY EXCELENTES FUNERALES. PRECIOS MÓDICOS.

El automóvil siguió velozmente adelante, y, ahora, en medio de un solar, había un restaurante que afectaba la forma de un perro de presa sentado, la entrada entre las patas delanteras y los ojos iluminados.

—Zoomorfo —murmuró para sí Jeremías Pordage; y repitió—: Zoomorfo.

Tenía el gusto erudito de las palabras. El perro de presa pasó como un cohete.

ASTROLOGÍA, NUMEROLOGÍA, LECTURAS PSÍQUICAS.

ID EN VUESTRO COCHE POR NUTBERGERS. ¡Sabe Dios qué serían! Determinó que a la primera oportunidad que tuviera adquiriría uno. Un nutbergers y una malta Jumbo.

DETENEOS AQUÍ POR NAFTA SUPER CONSOL.

Para sorpresa suya el chofer, se detuvo.

—Diez galones de Super-Super —ordenó luego volviéndose a Jeremías—. Ésta es nuestra Compañía —añadió—. El *señó* Stoyte es el presidente.

Luego señaló a un poste anunciador que al otro lado de la calle había. PRESTAMOS EN METÁLICO EN QUINCE MINUTOS, leyó Jeremías; CONSULTAD LA CORPORACIÓN FINANCIERA DEL SERVICIO COMUNAL.

—Ésa es otra de las nuestras —dijo el chofer con orgullo. Continuaron la carrera. Descompuesto por el dolor, como el de una Magdalena, se asomó en un anuncio gigantesco el rostro de una hermosa joven. NOVELA DESTRUIDA, proclamaba el anuncio, LA CIENCIA PRUEBA QUE EL 73 POR CIENTO DE LOS ADULTOS PADECEN DE HALITOSIS.

EN LA HORA DEL DOLOR PERMITID QUE EL PANTEÓN BEVERLY SEA VUESTRO AMIGO.

AFEITES, PERMANENTES, MANICURA. CLÍNICA DE BELLEZA BETTY.

La puerta de al lado de la clínica de belleza era una oficina de *Western Union*. El telegrama para su madre… ¡Cielos! ¡Por poco se le olvida! Jeremías se inclinó hacia adelante y, en el tono de disculpa que acostumbraba cuando se dirigía a los sirvientes, pidió al chofer que se detuviera un momento. El automóvil hizo alto. Con expresión preocupada en su semblante de conejo, Jeremías se apeó y atravesó la acera apresurada, internándose en la oficina.

«Señora de Pordage, Las Araucarias, Woking, Inglaterra», escribió, sonriendo un tanto mientras lo hacía. El exquisito absurdo de aquellas señas era su permanente manantial de diversión. «Las Araucarias, Woking». Cuando su madre compró la casa, quiso cambiarle el nombre por ser demasiado llanamente clase media, demasiado semejante a un chiste de Hilaire Belloc.

—¡Pero en eso consiste precisamente su belleza! —había protestado él—. ¡En eso está su encanto!

Y había procurado hacerle comprender cuán perfectamente les caería vivir en un lugar que tales señas tenía. ¡La incongruencia deliciosamente cómica que existía entre el nombre de la casa y sus ocupantes! ¡Qué trastornada coincidencia no sería que la antigua amiga de Oscar Wilde, la ocurrente y culta señora de Pordage escribiera sus chispeantes cartas desde Las Araucarias, y que de las mismas Araucarias, estas Araucarias, téngase en cuenta, de *Woking*, procedieran las obras, mezcolanza de erudición y de ingenio curiosamente rarificado, que habían proporcionado reputación a su hijo. La señora de Pordage había comprendido casi al

instante a dónde iba él a parar. Gracias a Dios no era necesario esforzarse en delimitar puntos cuando con ella se trataba. Podía uno hablarle enteramente en insinuaciones y anacolutos; se podía confiar en su inteligencia. Las Araucarias se habían quedado en Las Araucarias.

Luego que hubo escrito la dirección, Jeremías Pordage hizo una pausa, frunció las cejas pensativo e inició el gesto que le era familiar, de morder el lápiz, sólo para encontrar, con desconcierto por su parte, que aquel lápiz tenía una contera de cobre y se hallaba sujeto a una cadena. «Señora de Pordage, Las Araucarias, Woking, Inglaterra», leyó en voz alta, con la esperanza de que las palabras le inspiraran para componer el adecuado y perfecto mensaje; el mensaje que su madre esperaría recibir de él, tierno al par que ingenioso, cargado de una genuina devoción irónicamente expresada en el que reconociera el dominio maternal, al mismo tiempo que lo echaba a chanza, a fin de que la anciana señora salvara su conciencia, simulándose a su hijo perfectamente libre, y a sí misma la menos tiránica de las madres. No era cosa fácil… especialmente con el lápiz sujeto a la cadena. Después de varias abortadas tentativas, y aunque considerándolo definitivamente insatisfactorio, se decidió por: «Con este clima subtropical romperé voto respecto ropa interior stop. Desearía estuvieras aquí por mí no por ti, pues apenas si podrías apreciar este inacabado Bournemouth indefinidamente amplificado stop».

—¿Inacabado qué? —preguntó la joven del otro lado del mostrador.

—«B o u r n e m o u t h» —deletreó Jeremías. Sonrió. Tras de las lentes bifocales de los anteojos, sus ojos azules parpadearon, y, con un gesto de que era inconsciente por completo, pero que solía hacer cuando estaba a punto de lanzar una de sus ocurrencias, se palpó la calva en la cima de la cabeza—. ¿Comprende usted? Es el *bourne*[2] al que no va viajero alguno, si es que puede evitarlo.

La muchacha lo miró, completamente en blanco; luego, infiriendo por la expresión de su rostro, que había dicho algo chocante, y recordando que la divisa de la *Western Union* era: «fineza en el servicio», le concedió la radiante sonrisa que nuestro buen amigo esperaba sin duda, y continuó leyendo: «Espero te diviertas en Grasse stop. Ternuras Jeremías».

Era un mensaje caro pero afortunadamente, según reflexionó mientras se sacaba del bolsillo la cartera, el señor Stoyte lo pagaba con creces. Tres meses de trabajo, seis mil dólares. Así es que maldito lo que importaban los gastos.

Volvió al coche y continuaron el viaje. Corrieron milla tras milla, y las casas suburbanas, las estaciones de bencina, los solares, las iglesias, las tiendas fueron con ellos continuamente, sin término. A derecha y a izquierda, entre palmeras, o pimenteros, o acacias, las calles del enorme distrito residencial, reculaban hasta desvanecerse.

COMIDAS DE CATEGORÍA. CUCURUCHOS KILOMÉTRICOS.

JESÚS NOS SALVA.

HAMBURGUESES[3].

Una vez más las luces del tráfico se tornaron rojas. Un vendedor de periódicos se llegó a la ventanilla.

—¡Franco anuncia avances en Cataluña!

Jeremías leyó y se volvió al otro lado. El horror en el mundo había llegado a tal extremo que para él se había hecho sencillamente fastidioso. Del automóvil parado delante de ellos descendieron dos señoras de edad, ambas de blancos cabellos ondulados a la permanente, ambas con pantalones carmesí y conduciendo cada una de ellas un foxterrier de York. Los perros fueron depositados al pie del poste luminoso. Antes de que los animales se hubieran decidido a hacer uso del excusado momento, se habían cambiado las señales. El negro puso en primera velocidad y arrancó hacia adelante, hacia lo futuro. Jeremías iba pensando en su madre. Para desazón suya, ella también tenía un foxterrier de York.

LICORES FINOS.

ID A LA IGLESIA Y SENTÍOS MEJOR DURANTE LA SEMANA.

LO BUENO PARA LOS NEGOCIOS ES BUENO PARA TI.

Otra, figura zoomorfa hizo su aparición, esta vez en la oficina de un agente de fincas con forma de esfinge egipcia.

JESÚS VENDRÁ PRONTO.

TU TAMBIÉN TENDRÁS PERMANENTE JUVENTUD USANDO LOS SOSTENES THRILLPHORN.

PANTEÓN BEVERLY, EL CEMENTERIO QUE ES DIFERENTE.

Con la misma expresión triunfante que asumiría el Gato con Botas al enumerar las posesiones del marqués de Carabás, el negro se volvió lanzando una mirada por encima del hombro a Jeremías, extendió la mano señalando el poste anunciador y dijo:

—Eso es nuestro también.

—¿Se refiere usted al Panteón Beverly?

El hombre asintió con la cabeza.

—El más hermoso cementerio del mundo, me parece a mí —dijo, y después de un momento de pausa, agrego—: Quizá a *usté* le gustaría verlo. Casi que nos viene de paso.

—Tendría mucho gusto —dijo Jeremías con condescendencia de clase superior inglesa. Mas sintiendo luego que debería manifestar su aquiescencia con un tanto más de calor y más democráticamente, se aclaró la garganta, y con el deliberado propósito de reproducir la lengua vernácula local, agregó que sería macanudo. Pronunciada con su voz del Trinity College de Cambridge la palabra resultó tan falta de naturalidad que se sonrojó desconcertado. Por fortuna el chofer se hallaba harto atareado con el tránsito para notarlo.

Torcieron a la derecha, pasaron velozmente por un templo Rosacruz, pasaron por dos tamborileras mayores y dos anuncios más del Panteón Beverly. Cuando giraron a la izquierda por la avenida Sunset, Jeremías vislumbró a una joven que iba de compras en traje de baño azul hortensia sin tirantes, rizos platinados y chaqueta de piel de pelo negro. Después ella también se hundió en el pasado.

El presente era un camino que se extendía al pie de una línea de escarpadas colinas, camino flanqueado por tiendecitas de apariencia cara, de restaurantes, de cabarets con las maderas cerradas en defensa de los rayos solares, de oficinas y casas de huéspedes. A poco todos ellos habían hallado su lugar en lo irrevocable. Un poste proclamó que se hallaban traspasando los límites ciudadanos de las colinas Beverly. Los alrededores cambiaron de aspecto. El camino se vio flanqueado por los jardines de un barrio de ricas residencias. Por entre los árboles, Jeremías vio fachadas de casas perfectamente nuevas, casi todas de buen gusto: remedos elegantes e ingeniosos de casas solariegas de Lutyens, de Pequeños Trianones, de Monticellos; parodias festivas de las solemnes máquinas para vivir de Le Corbusier; fantásticas adaptaciones mejicanas de mejicanas haciendas, y granjas de Nueva Inglaterra.

Volvieron a la derecha. Enormes palmeras se alineaban a dos lados del camino. Bajo la luz solar una enorme masa de mesembriantemos llameaba con intenso resplandor magenta. Las casas se sucedían unas a otras, semejantes a pabellones de alguna interminable exposición internacional. Gloucestershire seguía a Andalucía y ésta daba lugar sucesivamente a Turena y a Oajaca, a Dusseldorff y a Massachusetts.

—Ésa es la casa de Harold Llody —dijo el chofer indicando una especie de Jardines Boboli—. Y ésa es la de Charlie Chaplin. Y aquélla la de Pickfair.

El camino comenzó a subir vertiginosamente. El chofer señaló al otro lado de un a modo de golfo sombrío, hacia algo que tenía el aspecto de un convento de lamas tibetanos, en la colina opuesta.

—Allí es donde vive Ginger Rogers. Sí, *señó* —dijo cabeceando con aire de triunfo mientras giraba el volante.

Cinco o seis giros más condujeron el automóvil a la cima de la colina. Detrás, abajo, estaba la llanura en la cual se extendía la ciudad indefinidamente hasta esfumarse en la rosada bruma.

Delante, a uno y otro lado su sucedían las montañas, loma tras loma, hasta donde la vista alcanzaba, cual deseada Escocia, vacua bajo el desierto cielo azul.

El coche dobló un esquinazo de roca anaranjada, y, allí mismo, de improviso, sobre una cima que hasta entonces había permanecido oculta a la vista, apareció un enorme letrero luminoso con las palabras, PANTEÓN BEVERLY, EL CEMENTERIO DE PERSONALIDAD, escritas con tubos de gas neón de a dos metros, y encima sobre la misma cresta una reproducción a toda escala de la torre inclinada de Pisa; sólo que ésta no se inclinaba.

—¿Ve usted eso? —dijo el negro con acento solemne—. Ésa es la Torre de la Resurrección. ¡Doscientos mil dólares; eso cuesta! Sí, *señó*. —Hablaba de un modo enfático. Uno se sentía inclinado a creer que todo el dinero había salido de su bolsillo.

CAPÍTULO II

UNA hora después iban otra vez de camino, luego de haberlo visto todo. Todo. Prados rampantes que semejaban verdes oasis en la desolación de la montaña. Sotos de árboles. Lápidas entre hierba. El cementerio de Animales Favoritos, con su grupo escultórico de mármol según «Dignidad e Impudencia» de Landseer. La Capilla del Poeta, reproducción en miniatura de la Santísima Trinidad de Stratford del Avón, completada con la tumba de Shakespeare y un servicio de veinticuatro horas de música de órgano ejecutado automáticamente por el Wurlitzer Perpetuo y emitido mediante altavoces ocultos por todo el cementerio.

Luego, saliendo de la sacristía, el Camarín de la Novia (pues de la capilla podía uno salir tanto desposado como camino de la tumba); el Camarín de la Novia que acababa de redecorarse, según dijo el chofer, al estilo del boudoir de Norma Shearer en *María Antonieta*. Y, contiguo al Camarín de la Novia, el exquisito Vestíbulo de las Cenizas, de mármol negro, que conducía al Crematorio, donde había tres modernísimos hornos mortuorios de petróleo, constantemente ardiendo y prestos para cualquier caso.

Acompañados por dondequiera que iban de los trémolos del Wurlitzer Perpetuo, fueron después a ver la Torre de la Resurrección, aunque sólo por su parte exterior; pues que daba vida a las oficinas ejecutivas de la Corporación de Cementerios de la Costa Occidental. Luego, el Rincón de los Niños con las estatuas de Peter Pan y el Niño Jesús, los grupos escultóricos de niños de alabastro que jugaban con conejillos de bronce, el estanque de los lirios y un aparato que llevaba por nombre La Fuente de la Música del Arco Iris, y del que emanaban simultáneamente agua, luces de color y los ineludibles acentos del Wurlitzer Perpetuo. Luego, en rápida sucesión, el Jardín del Reposo, el Pequeño Taj Mahal, el Osario del Mundo Antiguo. Y, reservado por el chofer para lo último, como prueba final y apoteótica de la gloria de su principal, el mismísimo Panteón.

Jeremías se preguntaba a sí mismo si era posible que un objeto tal existiese. Evidentemente no era lo probable. El Panteón Beverly carecía de toda verosimilitud; era algo más allá de sus poderes de invención. El que la idea del mismo estuviera ahora en su mente probaba, en consecuencia, que tenía que haberlo visto. Cerró los ojos al paisaje y rememoró los detalles de aquella increíble realidad. La arquitectura exterior estructurada según el modelo de la «Toteninsel» de Boeclin. El vestíbulo circular. El duplicado de «Le Baiser» de Rodin, iluminado por un torrente rosado de luz indirecta. Aquellas sus escalinatas de mármol negro. El columbario de siete pisos. Las interminables galerías, tongada sobre tongada, de lapidadas tumbas, las urnas broncíneas y argentinas de los incinerados, que semejaban atléticos trofeos. Las

ventanas de vidrios de colores a lo Burne·Jones. El texto de las inscripciones en marmóreos pergaminos. El Wurlitzer Perpetuo que canturreaba en todos los pisos. La escultura…

Aquello era lo más difícil de creer, reflexionaba Jeremías con los párpados entornados. La escultura de ubicuidad semejante a la del Wurlitzer. Estatuas por dondequiera volvía uno los ojos. Centenares de ellas, compradas al por mayor, adivinaba uno, en alguna empresa de albañilería monumental de Carrara o Pietrasanta. Todas desnudas, todas femeninas, todas exuberantemente núbiles. El género de estatua que no extrañaría uno ver en la sala de recibir de un burdel de alto rango de Río de Janeiro.

—«¡Oh muerte!» —clamaba un marmóreo pergamino a la entrada de cada galería —. «¿Dónde está tu aguijón?».

De manera muda, pero elocuente, las estatuas daban una réplica tranquilizadora. Estatuas de señoritas sin otra cosa que cinturones incrustados con realismo a lo Bernini en la carne de fino mármol. Estatuas de señoritas acurrucadas, señoritas con las manos en actitud pudorosa, señoritas desperezándose, retorciéndose, calipigiosamente agachadas para atarse las sandalias, reclinadas. Señoritas con palomas, con panteras, con otras señoritas de ojos vueltos hacia el cielo como expresando el despertar del alma. «Yo soy la Resurrección y la Vida», proclamaban los pergaminos. «El Señor es mi Pastor; de nada, por lo tanto, habré de menester». Nada, ni siquiera Wurlitzer, ni siquiera muchachas con cinturones de apretadas hebillas. «La muerte es absorbida por la victoria»: no ya la victoria del espíritu, sino del cuerpo, del cuerpo bien alimentado, perennemente joven, inmortalmente atlético, infatigablemente sexual. En el paraíso muslímico ha habido copulaciones de seis siglos de duración. En este nuevo cielo cristiano, sin duda, el progreso habría elevado el período hasta un milenio y añadido los goces del tenis perdurable, del golf y de la natación eternos.

Al momento comenzó el coche a descender. Jeremías abrió nuevamente los ojos y vio que habían llegado al extremo de la cadena de colinas entre las que se había construido el panteón.

Por debajo se extendía una gran llanura de color leonado, moteada de manchas verdes y salpicada de casitas blancas. En su más lejana orilla, veinte o treinta kilómetros a lo lejos, cadenas de montañas rosadas bordeaban el horizonte.

—¿Qué es eso? —preguntó Jeremías.

—El valle de San Fernando —contestó el chofer; y señalando a una distancia media—. Allí es donde vive Groucho Marx —dijo—, sí, *señó*.

Ya al pie de la colina, tomó el coche hacia la izquierda por una amplia calzada que, cinta de cemento y edificios suburbanos, corría a través de la llanura. El chofer aumentó la velocidad: los anuncios se sucedían con abrumadora rapidez: MALTAS,

RESERVADOS, COMIDAS Y BAILES EN EL CASTILLO HONOLULU; CURACIÓN ESPIRITUAL E IRRIGACIÓN DEL COLON: EMPAREDADOS AHORA. Y detrás de los anuncios las hileras de albaricoqueros y nogales matemáticamente plantados, que pasaban como relámpagos; sucesión de rápidas perspectivas precedidas y seguidas por un movimiento de avance y retroceso continuado, en forma de abanico.

Los enormes naranjales de verde oscuro y oro, cual otros tantos regimientos de kilómetro cuadrado, maniobraban reluciendo a la luz del sol. En la lejanía las montañas trazaban su ininterpretable gráfico de alza y baja.

—Tarzana —dijo el chofer de improviso; allá como testimonio estaba el nombre suspendido, en letras blancas atravesando el camino—. Allí está el Colegio Tarzana —continuó nuestro hombre, señalando a un grupo de palacios hispano-coloniales que se agrupaban en torno a una basílica románica—. El *señó* Stoyte les acaba de regalar un auditorium.

Doblaron a la derecha, siguiendo por un camino un poco menos importante. Los naranjales dieron lugar durante algunos kilómetros a enormes campos de alfalfa y de talluda hierba, y volvieron a reemplazarlos después, más exuberantes que nunca. En el ínterin, las montañas del borde septentrional del valle se iban acercando, e, inclinándose desde el oeste, otra cordillera se asomaba por la izquierda. Continuaron adelante. El camino dio un giro repentino, dirigiéndose, al parecer, a un punto en donde las dos cordilleras venían a coincidir. De repente, por un resquicio entre dos huertos, Jeremías Pordage descubrió una vista sorprendente. A poco menos de un kilómetro del piel de las montañas, como isla separada de una costa acantilada, se elevaba abruptamente desde el llano, en partes casi a plomo, un cabezo rocoso. En la cima del peñón, cual si se hubiera formado en él por una especie de eflorescencia, se alzaba un castillo. Pero ¡qué castillo! La torre central era semejante a un rascacielos, los baluartes caían vertiginosamente con el fácil descenso de los diques de cemento. Aquello era gótico, medieval, baronial; doblemente baronial, gótico de una goticidad elevada, por decirlo así, a la más elevada potencia; más medieval que lo fuera edificio alguno del siglo trece. Pues aquello… aquel objeto, como Jeremías se sentía reducido a llamarlo, era medieval, no por una vulgar necesidad histórica, como Coucy, por ejemplo, o Alnwick, sino por pura chanza y desconsideración; de un modo platónico pudiera decirse. Era medieval como sólo un ocurrente e irresponsable arquitecto moderno desearía serlo, de un modo que sólo los más competentes ingenieros modernos se encuentran equipados para serlo.

Jeremías exclamó dando un respingo:

—¿Qué diablos es eso? —y señaló aquella pesadilla de la cima del cerro.

—¡Bah! Ahí es donde vive el *señó* Stoyte —dijo el servidor; y sonriendo una vez más con el orgullo de propiedad por delegación, añadió—: ¡Una bonita residencia de todas veras, digo yo!

Los naranjales se cerraron otra vez. Recostado en su asiento Jeremías empezó a preguntarse, con un tanto de aprensión, a dónde había venido a meterse cuando aceptó la oferta del señor Stoyte. La paga era de príncipe; el trabajo, que consistía en catalogar los casi legendarios documentos Hauberk, sería delicioso. Pero el cementerio, ¡aquel… objeto! Jeremías sacudió la cabeza. Él sabía, por supuesto, que el señor Stoyte era rico, coleccionaba cuadros y tenía una propiedad, digna de exhibirse en California. Pero nadie le hubiera hecho nunca creer *aquello*. El humorístico puritanismo de su buen gusto se sentía horrorizado; le aterraba la perspectiva de encontrarse con la persona capaz de semejante enormidad. Entre aquella persona y uno, ¿qué clase de contacto, qué comunidad de pensamiento o sentimiento podía jamás existir? ¿Por qué había enviado a buscarle a uno? Pues era por demás obvio que en modo alguno podían gustarle los libros de uno. Pero ¿habría él siquiera leído libro alguno? ¿Tendría él, por ventura, la más leve idea de cómo era uno? ¿Sería capaz, por ejemplo, de comprender por qué había uno insistido en conservar el nombre de Las Araucarias? ¿Sabría él apreciar el punto de vista de uno acerca…?

Estas ansiosas preguntas fueron interrumpidas por el ruido de la bocina, que el chofer sonaba con recia y ofensiva insistencia. Jeremías elevó la vista. Cincuenta metros delante de ellos se arrastraba un vetusto Ford, tambaleándose a lo largo del camino. Mal amarrado al techo, a los costados y a la zaga llevaba un escuálido cargamento de géneros caseros: rollos de colchones y ropa de cama, una estufa de hierro, un baño de hojalata. Al pasar velozmente junto a ellos, Jeremías pudo ver por un momento tres niños anémicos de ojos mortecinos, una mujer que se envolvía los hombros con un pedazo de saco y un hombre de rostro zahareño y sin afeitar.

—¡Temporeros! —exclamó el chofer con tono de desprecio.

—¿Qué es eso? —preguntó Jeremías.

—¡Bah! *Temporeros* —repitió el negro como si el énfasis fuera una explicación —. Me parece que ésos han salido del basurero. Llevan placa de Kansas. Vienen a cosechar ombligos.

—¿A cosechar ombligos? —repitió Jeremías con incredulidad.

—Naranjas de ombligo —dijo el chofer—. Estamos en la estación. ¡Buen año para ombligos, me parece!

Una vez más surgieron al raso, y una vez más apareció allí el Objeto, más grande que nunca. Jeremías tuvo tiempo de estudiar los detalles de la construcción. Una muralla almenada circuía la base de las colinas, y había una segunda línea defensiva, según el más autorizado estilo post-cruzadas, más arriba a medio camino. En la cima se alzaba el cuadrangular alcázar rodeado de edificios subsidiarios.

Desde el cuerpo principal del castillo, la mira de Jeremías descendió hasta un grupo de edificios que en el llano había, no muy lejos del pie de la montaña. De parte

a parte de la fachada del mayor de ellos, aparecían las palabras: «Residencia Stoyte para Niños Enfermos», escritas con letras doradas. Dos banderas, con las estrellas y franjas de los Estados Unidos la una, blanca la otra con una S escrita en el centro, ondeaban a la brisa. Después un soto de nogales desnudos obstruyó la vista de nuevo. Casi al mismo momento el chofer paró el motor y echó los frenos. El coche vino suavemente a pararse junto a un hombre que caminaba a paso vivo por el herboso borde del camino.

—¿Quiere usted subir al coche, *señó* Propter? —exclamó el negro.

El desconocido volvió la cabeza, le dirigió una sonrisa de reconocimiento y se acercó a la ventanilla del coche. Era un hombre corpulento, ancho de hombros, pero un tanto encorvado; de cabello castaño que empezaba a tornarse gris, y de rostro que, según pensó Jeremías, semejaba al de esas estatuas que los escultores góticos labraban para colocar en lo alto de una fachada occidental, rostro de repentinas prominencias y de pliegues y concavidades, profundamente sombreadas, otras enfáticamente toscas como para hacerlas impresionantes incluso a distancia. Pero aquel rostro particular, según seguía notando, no era meramente enfático, y no sólo lo era a distancia; era también un rostro para verse de cerca, también para la intimidad; rostro sutil en que se daban los signos de sensibilidad e inteligencia al par que de pujanza de la suave y festiva serenidad, no menos que de la energía y el vigor.

—¡Hola, Jorge! —dijo el desconocido dirigiéndose al chofer—. Eres muy amable en detenerte por mí.

—¡Caramba! De veras que me alegro de verle, *señó* Propter —dijo el negro cordialmente. Luego medio volviéndose sobre el asiento, agitó la mano en dirección a Jeremías y con florida distinción de tono y modales, dijo:

—Tengo el gusto de presentarle al *señó* Pordage de Inglaterra. *Señó* Pordage, éste es el *señó* Propter.

Los dos hombres se estrecharon la mano, y tras del consabido cambio de cortesías, el señor Propter subió al carruaje.

—¿Viene usted a ver al señor Stoyte? —preguntó mientras el chofer continuaba adelante.

Jeremías sacudió la cabeza. Venía para llevar a cabo cierto trabajo; había venido para estudiar unos manuscritos; los documentos Hauberk, para ser más exacto.

El señor Propter escuchó atentamente, asintiendo con la cabeza de vez en vez, y cuando Jeremías hubo terminado, permaneció por un momento en silencio.

—Tómese un cristiano decadente —dijo al fin con tono meditabundo— y los restos de un estoico; mézclese bien con buenos modales, un poquito de dinero y una educación a la antigua; póngase a cocer a fuego lento durante varios años en una universidad. Resultado: un erudito y un caballero. ¡Bueno, peores tipos de seres humanos existieron! —Emitió una carcajadita—. Casi podría yo mismo tener la

pretensión de haber sido uno de ellos, en cierta época, tiempo ha.

Jeremías le miró inquisitivamente.

—¿Es usted acaso Guillermo Propter? ¿El Propter de los *Breves estudios sobre la Contrarreforma?*

Su interlocutor inclinó la cabeza.

Jeremías le miró al par asombrado y gozoso.

—¿Seria posible? —se preguntó a sí mismo.

Aquellos *Breves estudios* habían sido uno de sus libros favoritos. Siempre los había tenido por un modelo en su género.

—¡Bueno, que me emplumen! —dijo en voz alta, empleando intencionadamente una locución de estudiante y como entre comillas. Había experimentado que tanto en lo escrito como en la conversación se obtenían efectos exquisitos por la aplicación juiciosa, en un texto solemne o culto, de una frase de la parla vulgar, retazo de impiedad o indecencia pueril—. ¡Que me condene! —volvió a decir otra vez, y su conciencia de la intencionada bobería de las palabras le indujo a palparse la calva y a toser.

Hubo otro momento de silencio. Luego, en lugar de hablar de los *Breves estudios*, como Jeremías esperara, el señor Propter se contentó con sacudir la cabeza y decir:

—La mayoría lo estamos.

—¿Qué es lo que estamos la mayoría? —preguntó Jeremías.

—Emplumados —contestó el señor Propter—. Condenados. En el sentido psicológico de la palabra —añadió.

Las nogaledas se dieron por terminadas y, una vez más, sobre la muralla de estribor apareció el Objeto. El señor Propter señaló en dirección del mismo.

—¡Pobre Jo Stoyte! —dijo—. ¡Imagine, con esa rueda de molino atada al cuello! Y eso por no decir nada de todas las demás ruedas de molino que le acompañan. ¡Qué suerte hemos tenido! ¿No le parece? ¡Nosotros que jamás hemos tenido la oportunidad de ser cosa mucho peor que eruditos y caballeros! —y luego de otro silencio—. ¡Pobre Jo! —continuó mientras sonreía—. Él no es ni lo uno ni lo otro. Lo encontrará usted un tantillo pesado; puesto que sin duda alguna tratará de intimidarlo, sólo porque el tipo humano a que usted pertenece lo acepta la tradición como superior al suyo. Y esto por no mencionar —dijo mirando el rostro de Jeremías con expresión al par de chanza y simpatía— que es usted la clase de persona que invita a la persecución. Una pobre víctima, si no me equivoco, al mismo tiempo que un erudito caballero.

Sintiéndose a la vez molestado por la indiscreción del individuo, y conmovido por su amistosa solicitud, Jeremías sonrió nerviosamente e inclinó la cabeza.

—Tal vez —continuó el señor Propter—, tal vez le sirva a usted de algo, para ser un tanto menos víctima en lo que respecta a Jo Stoyte, el conocer qué fue lo que le

proporcionó el impulso original para venir a condenarse justamente de esa manera. —Y volvió a señalar hacia el Objeto—. Fuimos juntos a la escuela Jo y yo; sólo que en aquellos días nadie le llamaba Jo. Le llamábamos Aguachirle o Gachapancha, porque sucedía que Jo era el gordito de la localidad, el único muchacho gordo de la escuela durante aquellos años. —Hizo una pausa; luego continuó cambiando de tono—. Me he preguntado muchas veces por qué la gente se ha burlado siempre de la gordura. Quizás haya en ella algo intrínsecamente malo. Por ejemplo, no hay ni un solo santo que haya sido gordo; excepto por supuesto Santo Tomás de Aquino; y no veo razón alguna para suponer que éste fuera un verdadero santo, un santo en el sentido popular de la palabra, que da la casualidad que es el verdadero sentido. Si Tomás es un santo, entonces no lo es Vicente de Paul. Y si Vicente es un santo, que evidentemente lo es, entonces no lo es Tomás. Y quizá tenga algo que ver en ello aquella tremenda panza. ¿Quién sabe? Pero de todos modos eso es, hablando de paso. De lo que ahora hablamos es de Jo Stoyte. Y el pobre Jo, como iba diciendo, era un muchacho gordo, y siendo gordo era la cabeza de turco para todos los demás. ¡Dios del cielo y cómo lo castigamos por sus deficiencias glandulares! ¡Y qué desastrosamente reaccionó a tal castigo! Sobrecompensación… Pero he aquí mi casa —añadió mirando por la ventanilla mientras el coche disminuía la velocidad y se detenía frente a una casita blanca de un solo piso enclavada en medio de un grupo de eucaliptos—. Ya continuaremos algún otro día. Pero recuerde si el pobre Jo se hace demasiado ofensivo, piense usted en lo que fue en la escuela y téngale lástima; y no se tenga lástima a usted mismo.

Bajó del coche, cerró la portezuela tras sí y, haciendo abur al chofer con la mano, echó a andar con presteza por la senda, y entró en la casa.

El coche continuó rodando hacia adelante. Aturdido y consolado a un mismo tiempo por su encuentro con el autor de *Breves estudios*, Jeremías quedó en su asiento mirando inerte por la ventanilla. Se hallaban muy cerca del Objeto ahora; y de repente descubrió por la primera vez, que la colina del castillo se hallaba circundada por un foso. A unos cuantos centenares de metros del borde del agua, el automóvil pasó por entre dos pilastras, coronadas por heráldicos leones. Su paso, era evidente, interceptó el invisible rayo luminoso de una célula fotoeléctrica; pues no bien había pasado, el puente levadizo comenzó a descender. Cinco segundos antes de que llegaran al foso, el puente estaba en su sitio. El coche rodó suavemente por él y vino a detenerse enfrente del portón principal de las murallas exteriores del castillo. El chofer se apeó y hablando por un auricular telefónico, convenientemente oculto en una aspillera, anunció su presencia. El rastrillo niquelado se elevó silenciosamente; las dobles puertas de acero inoxidable giraron sobre sus goznes. El coche penetró por ellas; luego empezó a ascender. La segunda línea de murallas fue atravesada por otra puerta que se abrió automáticamente al aproximarse ellos. Entre el lado interior de

esta segunda muralla y la ladera de la colina se había construido un puente de cemento armado, lo bastante grande para contener un campo de tenis. En el sombreado espacio de debajo, Jeremías vio de una ojeada algo que le era conocido. Un instante después se daba cuenta de que era un duplicado de la gruta de Lourdes.

—La señorita Maunciple; ella es católica —apuntó el chofer, señalando con el pulgar en dirección a la gruta—. Por eso la mandó hacer para ella. Nosotros somos presbiterianos en nuestra familia —agregó.

—¿Y quién es la señorita Maunciple?

El chofer titubeó por un momento.

—Bueno; es una señorita que es una especie de amiga del *señó* Stoyte —explicó al fin; luego cambió de tema.

El coche siguió ascendiendo. Pasada la gruta, toda la ladera era un huerto de cactáceas. La carretera iba rodeando hacia la pendiente septentrional del cabezo, y los cactus se tornaron hierba y arbustos. En una terracita extremadamente elegante, como lámina de modas de algún *Vague* mitológico para uso de diosas, una ninfa de bronce de Giambologna manaba sendos chorros de agua por sus pechos deliciosamente pulidos. Un poco más allá, tras un enrejado de tela metálica, había un grupo de mandriles en cuclillas entre las rocas o exhibiendo la obscenidad de sus pelados traseros.

Siempre ascendiendo, el automóvil volvió a girar de nuevo y, finalmente, vino a hacer alto en una plataforma circular de cemento, sostenida con modillones sobre un precipicio. Una vez más el servidor a la antigua usanza, el chofer, quitándose la gorra, desempeñó finalmente el papel de dar la bienvenida al joven amo de vuelta a su hogar en la plantación, y luego comenzó a descargar el equipaje. Jeremías Pordage fue a la balaustrada para asomarse al otro lado. El terreno descendía casi a tajo cosa de unos treinta metros, y luego se curvaba en escarpada rampa hasta el círculo interior de murallas y por debajo de éstas, hasta las fortificaciones exteriores. Más allá se extendía el foso y al otro lado de éste se extendían los naranjales.

—*Im dunklen Laub die goldn'Orangen glühem*[4] —murmuró para sí mismo; y luego—. Él cuelga entre la sombra las lucientes naranjas. Semejantes a lámparas en noche de verdor. —Decidió que la transcripción de Marvel era mejor que la de Goethe. Y entretanto las naranjas parecían haber cobrado brillo y significado. Para Jeremías la experiencia directa e inmediata era siempre difícil de recoger y le producía siempre una cierta desazón. La vida se tornaba segura y las cosas asumían significado, sólo cuando se habían convertido en palabras y se hallaban confinadas entre las cubiertas de un libro. Las naranjas se encontraban perfectamente encasilladas; pero ¿y el castillo? Se volvió y, recostándose contra el parapeto, miró hacia arriba. El Objeto amagaba insolentemente enorme. Nadie había tratado poéticamente *aquello*. Nada de Childe Roland, ni del Rey de Thule, ni Marmión, ni la

Dama de Shalot, ni Sir Leolile. Sir Leolile, repitió para sus adentros con perita apreciación del absurdo romántico, Sir Leolile el rico barón que poseía… ¿qué? Una mastina desdentada. Pero el señor Stoyte poseía mandriles y una gruta sagrada; el señor Stoyte poseía un rastrillo niquelado y los Documentos de la Casa Hauberk; el señor Stoyte poseía un cementerio semejante a un parque de atracciones y un castillo semejante a…

De repente se produjo un ruido sordo; la gran puerta claveteada del pórtico, que servía de entrada a la mansión condal inglesa, giró sobre sus goznes hacia atrás, y por ella, como impulsado por un huracán, un hombrecillo rechoncho y macizo de cara roja y un mechón de cabellos blancos como la nieve salió a la terraza disparado sobre Jeremías. Su expresión no cambió al avanzar. Llevaba puesta la careta seria e impenetrable que los trabajadores norteamericanos suelen ponerse cuando tratan con extraños, con el fin de probar, de seguro, con la evitación de congraciadoras sonrisas, que es el suyo un país libre y que no va uno a venirles con imposiciones a *ellos*.

No habiendo sido criado en un país libre, Jeremías comenzó automáticamente a sonreír a aquel individuo, que adivinaba había de ser su anfitrión principal, el cual venía a toda marcha sobre él. Al topar con la resuelta ceñudez de aquel rostro, se dio cuenta súbitamente de su propia sonrisa, de que estaba fuera de lugar, de que le haría aparecer como un tonto. Profundamente turbado trató de reajustar la expresión de la cara.

—El señor Pordage —dijo el desconocido con agria voz de ladrido—. Tanto gusto de verle. Mi nombre es Stoyte.

Al estrecharle la mano escrutó, sin sonreír aún, el rostro de Jeremías.

—Es usted más viejo de lo que pensaba —agregó.

Por segunda vez aquella mañana, gesticuló disculpándose como maniquí que se exhibe a sí mismo.

—«Hoja del árbol caída» —dijo—. Uno va para viejo. Uno…

El señor Stoyte le cortó en seco.

—¿Qué edad tiene usted? —preguntó con tono recio y perentorio, como sargento de policía que interroga al ladrón capturado.

—Cincuenta y cuatro.

—¿Sólo cincuenta y cuatro? —El señor Stoyte sacudió la cabeza—. A los cincuenta y cuatro había usted de estar lleno de vida. ¿Qué clase de vida sexual es la suya? —preguntó de modo desconcertador.

Jeremías trató de desechar su turbación riendo; parpadeó; se palpó la calva.

—*Mon beau printerrups et non été ont fait le sault par la fenêtre* —citó.

—¿Cómo? —dijo el señor Stoyte frunciendo el ceño—. No sirve de nada hablarme a mí en lenguas extranjeras. No he tenido ninguna clase de educación. —Prorrumpió en relinchos de hilaridad—. Soy aquí el jefe de una compañía petrolera

—dijo—. Tengo sólo en California dos mil estaciones de bencina. ¡No hay un solo hombre en cualquiera de ellas que no se haya graduado! —Relinchó otra vez triunfalmente—. Vaya a hablarles idiomas extranjeros a *ellos*.

Permaneció un instante silencioso; luego, siguiendo una tácita ilación de ideas, prosiguió:

—Mi agente en Londres, el hombre que me busca allí lo que necesito, él fue el que me dio su nombre. Me dijo que era usted un hombre que ni pintado para esos… ¿cómo los llama usted? ¿Sabe lo que quiero decir? Esos papeles que compré este verano. ¿Robert? ¿Hober?

—Hauberk —dijo Jeremías, al par que notaba con triste satisfacción que no se había equivocado en lo más mínimo. Aquel hombre no había jamás leído los libros de uno, jamás había tenido noticia siquiera de la existencia de uno. Sin embargo, no había más que acordarse de que se había llamado Gachapancha cuando muchacho.

—Hauberk —repitió el señor Stoyte con desdeñosa impaciencia—. De cualquier modo, usted es el hombre —y luego sin pausa ni transición—. ¿Qué era lo que decía de su vida sexual cuando me capuzó ese chaparrón en extranjero?

Jeremías rio incómodamente.

—Trataba uno de explicar que era lo normal a la edad de uno.

—¿Qué sabe *usted* de eso, de lo que es normal para su edad? —replicó el señor Stoyte—. Vaya usted a ver al doctor Obispo y háblele de ello. No le costará un céntimo. Obispo tiene su paga. Es el médico de la casa —y cambiando de asunto con brusquedad—. ¿Le gustaría a usted ver el castillo? Yo le acompañaré.

—¡Oh, es usted muy amable! —dijo Jeremías efusivamente. Y con la sola mira de hacer un poco de cortés conversación, añadió—: Ya he visto su panteón.

—¿Visto mi panteón? —repitió el señor Stoyte con tono de recelo; recelo que se transformó inmediatamente en cólera—. ¿Qué demonios quiere usted decir? —gritó.

Acobardado ante su ímpetu, Jeremías tartamudeó algo acerca del Panteón Beverly, y cómo había creído entender por las explicaciones del chofer que el señor Stoyte tenía intereses financieros en la compañía.

—¡Ah, ya comprendo! —dijo el otro, un tanto más suave, vera con el ceño aún fruncido—. Creía que quería decir… —Stoyte no concluyó la frase, dejando para que adivinara el desconcertado Jeremías, qué era lo que había creído—. ¡Vamos! —ladró; y echando bruscamente a andar se apresuró hacia la entrada de la casa.

CAPÍTULO III

REINABA el silencio en la Sala Diez y Seis de la Residencia Stoyte para Niños Enfermos; el silencio y la luminosa penumbra formada por las bajadas persianas. Era el período de descanso a media mañana. Tres de los cinco pequeños convalecientes se hallaban dormidos. El cuarto de ellos yacía con la mirada fija en el techo, mientras se hurgaba meditabundo la nariz. El quinto, una niña, cuchicheaba a una muñeca de cabellos tan rizos y arios como los suyos propios. Sentada junto a una de las ventanas, una joven enfermera se hallaba absorta en la última edición de *Verdaderas confesiones*.

«El corazón le latió con violencia», leía. «Con un ahogado grito me oprimió más estrechamente contra sí. Hacía meses que habíamos luchado precisamente contra lo que ahora sucedía; pero el magnetismo de nuestra pasión era más fuerte que nosotros. La tumultuosa presión de sus labios había encendido una chispa de correspondencia en mi enternecido cuerpo».

«—Germana —murmuró—. ¡No me hagas esperar! ¿No querrás ser buena conmigo ahora, querida?»

«Era tan dulce, y al mismo tiempo tan despiadado; despiadado como una enamorada quiere que lo sea el hombre a quien ama. Me sentí arrebatada por el flujo de…».

Se escuchó un ruido en el corredor. La puerta de la sala se abrió de par en par, como impulsada por un huracán, y alguien penetró apresuradamente en la habitación.

La enfermera levantó la vista sobresaltada por la sorpresa, sorpresa que su completa absorción en «El Precio de la Emoción» hacía positivamente angustiosa. Su reacción inmediata fue de ira.

—¿Qué es eso? —comenzó con indignación; y como luego reconociera al intruso, cambió de expresión—. ¡Cómo, señor Stoyte!

Interrumpido por el ruido, el pequeño que se hurgaba la nariz bajó la mirada del techo; la muchachita apartó su atención de la muñeca.

—¡El tío Jo! —gritaron simultáneamente—. ¡El tío Jo!

Despertando con sobresalto, los otros se unieron al coro.

—¡El tío Jo! ¡El tío Jo!

El señor Stoyte se sintió enternecido por la calurosa recepción. El rostro que Jeremías encontrara tan intranquilizadoramente torvo se aflojó en una sonrisa. En simulada protesta se tapó los oídos con las manos.

—Me vais a ensordecer —gritó; y luego, aparte a la enfermera—: ¡pobres criaturas! —murmuró—. Me hacen sentir como si quisiera echarme a llorar.

El sentimiento enronqueció su voz.

—Y cuando uno piensa lo malitos que han estado… —y sacudió la cabeza dejando la frase sin terminar; luego cambiando de tono—: y a propósito —añadió, señalando con la mano a Jeremías Pordage, que había entrado tras él en la sala y permanecía próximo a la puerta, con expresión de azorada turbación—, le presento al señor… al señor… ¡demonio! he olvidado su nombre.

—Pordage —dijo Jeremías, y se recordó a sí mismo que el señor Stoyte en un tiempo habíase llamado Aguachirle.

—Pordage, eso es. Pregúntele lo que quiera de historia y de literatura —añadió en tono de mofa dirigiéndose a la enfermera—; lo sabe todo.

Jeremías trató de protestar con modestia que el período de su dominio era solamente desde la invención de Osian hasta la muerte de Keats, cuando el señor Stoyte volvió a los niños y con voz que ahogó la suya, recusante y débilmente aflautada, gritó:

—¡Adivinad lo que el tío Jo os ha traído!

Ellos trataron de adivinar. Caramelos, bombones, globitos, conejitos de Indias. El señor Stoyte negaba una y otra vez con la cabeza triunfalmente. Finalmente, cuando los niños hubieron agotado su poder imaginativo, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta de antiguo paño escocés y sacó, primero un pito, luego una armónica, luego una cajita de música, luego una trompeta, luego una carraca, luego una pistola automática. Esta última, sin embargo, la volvió al bolsillo apresuradamente.

—Ahora a tocar —dijo después de haber distribuido los instrumentos—. Todos a una. Uno, dos, tres —y marcando el compás con ambos brazos, empezó a cantar—. «Allá a lo lejos junto al río Swanee».

Ante esto último, en la larga serie de sorpresas recibidas, el apacible rostro de Jeremías adquirió una expresión de mayor desconcierto aún.

¡Qué mañana! La llegada a la hora del alba; el servidor negro; el suburbio interminable; el Panteón Beverly; el Objeto entre los naranjales y su encuentro con el señor Propter y aquel verdaderamente terrible Stoyte; luego, en el interior del castillo, los Rubens y el grandioso Greca del gran salón, el Vermeer del ascensor, los aguafuertes Rembrandt a todo lo largo de los corredores, el Winterhalter en la repostería.

Después el boudoir Luis XV de la señorita Maunciple con el Watteau y los dos Lancrets, y la fuente de agua de soda perfectamente equipada en un alféizar rococó; y la señorita Maunciple misma, vestida de kimono naranja, bebiendo helado de grosella y menta en su mostrador particular. Había sido presentado a ella, había rehusado el ofrecimiento de un sorbete y había sido precipitado de nuevo, siempre a la máxima velocidad, siempre como si fuera en alas de un ciclón, a ver los demás objetos interesantes del castillo. La Sala de Asalto, por ejemplo, con frescos de elefantes de Sert. La biblioteca de madera tallada con Grinling Gibbons, pero sin libros, ya que el

señor Stoyte no se había decidido a comprar ninguno. El comedor pequeño con el Fra Angélico y amueblado al estilo del Pabellón de Brighton. El gran comedor, modelo según el interior de la mezquita de Fatehpur Sikri. El salón de baile con los espejos y la techumbre de hondo artesonado. Los vidrios de color del siglo XIII en el retrete del piso onceno. El saloncito mañanero con el cuadro de Boucher, «La Petite Morphil», cabeza abajo, sobre un sofá de satén rosa. La capilla importada en fragmentos desde Goa, con el confesonario usado por San Francisco de Sales en Annecy. El salón de ceremonias con billares. La piscina interior de natación. El bar segundo imperio con los desnudos de Ingres. Los dos gimnasios. El salón de lectura de la Ciencia Cristiana, dedicado a la memoria de la difunta señora de Stoyte. La clínica odontológica. El baño turco. Luego, abajo que te vas con el Vermeer, hasta las mismas entrañas de la montaña, para ver la bodega, en donde habían sido almacenados los Documentos Hauberk. Más abajo aún, hasta la cueva donde estaba el depósito despensa, las máquinas purificadoras del aire, el pozo y las bombas hidráulicas. Luego, arriba otra vez, al nivel del suelo a ver las cocinas, en donde el chino, cocinero mayor, había mostrado al señor Stoyte el recién llegado envío de tortugas del mar Caribe. Arriba otra vez, al piso decimocuarto donde estaba la habitación que Jeremías había de ocupar durante su estada en el castillo. Después, arriba de nuevo, seis pisos más, a las oficinas, donde el señor Stoyte dio algunas órdenes al secretario, dictó un par de cartas y sostuvo una larga conversación telefónica con sus agentes de Amsterdam. Y cuando ésta hubo acabado, era la hora de ir al hospital.

Mientras tanto, en la Sala Diez y Seis se había reunido un grupo de enfermeras para ver al tío Jo sacudiendo a lo Stokowski su blanca melena, e incitando frenéticamente a su orquesta de sonidos cacofónicos para lograr más recios crescendos.

—Es como un niño grande él mismo —dijo una de ellas en tono de casi tierno regocijo.

Otra que, evidentemente tenía inclinaciones literarias, declaró que aquello parecía algo de Dickens.

—¿No le parece a usted? —porfió dirigiéndose a Jeremías.

Él sonrió e hizo con la cabeza un signo vago de no comprometedor asentimiento.

Una tercera, más práctica, manifestó su deseo de tener consigo la Kodak.

—Ingenua instantánea del Presidente de la Compañía Petrolera Consol, de la Corporación de Tierras y Minerales de California, del Banco del Pacífico, de los Cementerios de las Costas Occidentales, etc., etc.

Soltó los nombres de las principales compañías del señor Stoyte, con fingida grandilocuencia, es verdad, pero con admirada satisfacción, como un legitimista convencido, con sentido humorístico, enumeraría los títulos de un grande de España.

—Los periódicos pagarían su dinero por una instantánea semejante —insistió.

Y como prueba de que lo que decía, era verdad, continuó explicando que un muchacho amigo suyo trabajaba en una empresa anunciadora y debía estar bien enterado, y que justamente la semana pasada le había contado que…

El abultado rostro del señor Stoyte, cuando dejó el hospital estaba todavía iluminado de benevolencia y satisfacción.

—Le hace a uno sentirse feliz el jugar con esas pobres criaturas —repetía continuamente a Jeremías.

Una amplia escalinata conducía de la entrada del hospital a la calzada. Al pie de las escaleras aguardaba el Cadillac azul del señor Stoyte. Detrás de éste había otro automóvil más pequeño, que no se hallaba allí cuando ellos llegaron. Una mirada de recelo anubló la radiante faz del señor Stoyte tan pronto como lo vio. Secuestradores, chantajistas; nunca podía uno decir. La mano se dirigió al bolsillo de la chaqueta.

—¿Quién hay ahí? —gritó en tal tono de furia que Jeremías creyó por un momento que se había vuelto loco de repente.

Semejante a la luna apareció en la ventanilla del coche un rostro amplio y achatado, que sonreía en torno de una mascujada punta de cigarro.

—¡Oh, eres tú, Clancy! —dijo el señor Stoyte—. ¿Por qué no me han dicho que estabas aquí? —continuó. Su rostro había enrojecido hasta oscurecer; tenía el ceño fruncido y la mejilla había empezado a crispársele.

—No me gusta tener coches desconocidos alrededor. ¿Me oyes, Peters? —dijo casi gritando a su chofer no porque éste tuviera nada que ver con ello, desde luego, sino porque se encontraba allí, a la mano—. ¿Me oyes lo que digo?

Entonces se acordó de pronto de lo que le había dicho el doctor Obispo, la última vez que perdió los estribos con el mismo individuo.

—¿Es que *quiere* usted de veras acortarse la vida, señor Stoyte? —El tono del doctor al decirle esto había sido de fría chanza; le había sonreído con expresión de cortés y sarcástica indulgencia—. ¿Es que la *inclinación* le arrastra a usted inexorablemente a un ataque de apoplejía? Un segundo ataque, recuerde, y no se librará usted tan bien como la última vez. Bueno, si es así, puede usted seguir obrando como obra. Siga con lo mismo.

Con un enorme esfuerzo de voluntad el señor Stoyte se tragó el enfado.

—Dios es amor —se dijo para sí—. La muerte no existe.

La difunta Prudencia MacGladdery Stoyte había sido adepta de la Ciencia Cristiana.

—Dios es amor —dijo de nuevo, y reflexionó que si la gente dejara de ser tan exasperante, él no tendría jamás necesidad de perder los estribos—. Dios es amor. —Era culpa de los demás.

En el ínterin Clancy había dejado el coche y, grotescamente barrigudo y

zanquivano, subía las escaleras sonriendo con aire de misterio y guiñando el ojo al acercarse.

—¿Qué sucede? —inquirió el señor Stoyte, deseando por Dios que el hombre dejara de hacer tales guiños—. Oh, a propósito —añadió—, aquí te presento al señor… al señor …

—Pordage —dijo Jeremías.

Clancy se alegró de verle. La mano que le dio a Jeremías estaba desagradablemente sudada.

—Tengo algunas nuevas que darle —dijo Clancy con una media voz ronca y conspiratoria; y se cubrió la boca con la mano de modo que sus palabras y el olor de su cigarro llegaran sólo al señor Stoyte—. ¿Recuerda usted a Tittelbaum? —añadió.

—¿Aquel muchacho del Departamento de Ingeniería Urbana?

Clancy cabeceó.

—Uno de los muchachos —afirmó enigmáticamente, y volvió a guiñar el ojo.

—Bueno, ¿y qué hay de él? —preguntó el señor Stoyte; y a pesar de ser Dios amor, su voz se tiñó de renaciente exasperación.

Clancy lanzó una mirada a Jeremías Pordage; luego, con el minucioso aparte de un Guy Fawkes hablando a Catesby[5] en el escenario de un teatro provinciano, tomó al señor Stoyte del brazo y lo llevó unos pasos más allá, en lo alto de las escaleras.

—¿Sabe usted lo que me ha dicho Tittelbaum hoy? —preguntó con aire retórico.

—¿Y cómo demonios lo voy a saber? (Mas no, Dios es amor. La muerte no existe).

Sin amilanarse por las muestras de iracundia del señor Stoyte, Clancy continuó con su representación.

—Me ha dicho lo que han decidido acerca de… —bajó la voz aún más— acerca del Valle de San Felipe.

—Bien; ¿y qué es lo que *han* decidido? —el señor Stoyte estaba otra vez en los límites de la paciencia.

Antes de contestar, Clancy se quitó la punta del cigarro de la boca, la tiró, sacó otro cigarro del bolsillo del chaleco, rompió el papel celofán que lo envolvía y se lo puso, sin encender, en el lugar que ocupara el anterior.

—Pues han decidido —dijo muy lentamente, como dando a sus palabras el pleno efecto dramático—, poner tuberías de conducción para llevar el agua hasta él.

La exasperada expresión del señor Stoyte dio lugar al fin a otra de interés.

—¿Lo bastante para irrigar todo el valle? —preguntó.

—Lo bastante para irrigar todo el valle —repitió solemnemente Clancy.

El señor Stoyte permaneció mudo unos momentos.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó al fin.

—Tittelbaum cree que la cosa no se hará pública durante unas seis semanas aún.

—¿Seis semanas? —el señor Stoyte titubeó por un instante; luego se decidió—. Está bien. Ocúpate de ello inmediatamente —dijo con el tono perentorio de quien está acostumbrado a mandar—. Vé tú mismo y lleva algunos muchachos contigo. Compradores independientes; interesados en la cría de ganado; quieren establecer un rancho elegante. Compra cuanto puedas. A propósito, ¿cuál es el precio?

—Doce dólares el acre por término medio.

—Doce —repitió el señor Stoyte, y reflexionó que subiría a ciento tan pronto como pusieran la primera cañería—. ¿Cuántos acres calculas que podrás obtener? —preguntó.

—Quizá unos treinta mil.

El rostro del señor Stoyte irradió satisfacción.

—Bien —dijo con animación—. Muy bien. Ni mención de mi nombre, por supuesto —añadió, y luego, sin pausa ni transición alguna—. ¿Cuánto va a costar Tittelbaum?

Clancy sonrió despectivamente.

—¡Oh, le daré cuatrocientos o quinientos dólares!

—¿Nada más?

El otro asintió con la cabeza.

—Tittelbaum está en el puesto de baratijas —dijo—. No se puede permitir el lujo de pedir a lo Gran Capitán. Necesita el dinero; lo necesita como el aire que respira.

—¿Para qué? —preguntó el señor Stoyte, que tenía un interés profesional por la naturaleza humana—. ¿Juego? ¿Mujeres?

Clancy sacudió la cabeza.

—Médicos —explicó—. Tiene un pequeño paralítico.

—¿Paralítico? —exclamó el señor Stoyte como un eco, con tono de sincera compasión—. ¡Ésa sí que es una lástima! —titubeó un momento; luego, con súbita explosión de generosidad—, díle que envíe aquí a la criatura —continuó, señalando con un gesto significativo hacia el hospital—. El mejor hospital para la parálisis infantil de todo el Estado, y no le costará nada. Ni un solo céntimo.

—Diablo, eso se llama corazón —dijo Clancy con admiración—. ¡Verdadero corazón!

—¡Oh, eso no tiene importancia! —dijo el señor Stoyte, echando a andar hacia el coche—. De lo que me alegro es de poder hacerlo. Recuerda lo que dice la Biblia de los niños. ¿Comprendes? —añadió—. Me siento como nuevo cuando paso un rato con esas pobres criaturas de ahí dentro. Le hacen a uno sentir calor aquí dentro —y se golpeó la caja del pecho—. Dile a Tittelbaum que envíe la solicitud para el chico. Que me la envíe personalmente a mí. Yo me ocuparé de que sea aceptada en seguida.

Subió al automóvil y cerró la portezuela tras de sí; luego, dándose cuenta de que Jeremías se había quedado fuera, volvió a abrirla sin decir una palabra. Farfullando

una especie de excusa, Jeremías se coló adentro. El señor Stoyte cerró de golpe otra vez la portezuela, bajó el vidrio y se asomó.

—Hasta la vista —dijo— y no pierdas un momento en el asunto de San Felipe. Lúcete, Clancy, y te daré el diez por ciento de todo lo que exceda a veinte mil acres.

Subió el vidrio y dio al chófer la señal de partida. El coche viró saliendo de la alameda e hizo rumbo hacia el castillo. Repantigado en su asiento, el señor Stoyte pensaba en aquellas pobres criaturas y en el dinero que le produciría el negocio de San Felipe.

—Dios es amor —se repitió una vez más con momentánea convicción exhalando un susurro perceptible para su compañero—. Dios es amor.

Jeremías se sintió incómodo como nunca.

El puente levadizo descendió al acercarse el Cadillac azul, el niquelado rastrillo se elevó, las puertas de los muros interiores giraron para darle paso. En el campo de tenis de cemento patinaban los siete retoños de la cocinera china. Abajo, en la gruta sagrada, había un grupo de albañiles, manos a la obra. Al verlos el señor Stoyte gritó al chófer para que se detuviera.

—Están colocando una tumba para unas monjas —le dijo a Jeremías cuando se apearon del coche.

—¿Unas monjas? —repitió Jeremías con sorpresa.

El señor Stoyte asintió y le explicó que sus agentes españoles habían comprado algunas esculturas y obra de hierro perteneciente a la capilla de un convento destruido por los anarquistas en los comienzos de la guerra civil.

—Al mismo tiempo enviaron también algunas monjas —añadió— embalsamadas según creo. O quizá sólo sean secadas al sol; no estoy bien seguro. De cualquier modo, ahí están. Afortunadamente tenía algo lindo donde colocarlas.

Señaló al monumento que los albañiles procedían a colocar en el muro sur de la gruta. Encima de un vasto sarcófago romano sobre un entrepaño de mármol, veíanse las estatuas, debidas a algún anónimo albañil de la época jacobita, de un caballero y una dama, de gorguera ambos, y ambos arrodillados, tras de los cuales, en tres filas de a tres, había nueve hijas que iban en disminución desde la adolescencia hasta la infancia. *«Hic jacet Carolus Franciscus Beals, Armiger…»* comenzó a leer Jeremías.

—Lo compré en Inglaterra hace dos años —dijo el señor Stoyte, interrumpiéndole. Y luego, volviéndose a los trabajadores—. ¿Cuándo daréis de mano a eso, muchachos? —les preguntó.

—Mañana a mediodía. Puede que esta noche.

—No quería saber más que eso —dijo dando media vuelta—. He de ocuparme de que saquen a esas monjas del depósito —dijo cuando volvieron al coche.

Continuaron la marcha. Posado en la casi invisible vibración de las alas, un picaflor bebía agua en el surtidor que emanaba de uno de los pezones de la ninfa de

Giambologna. Desde la jaula de los mandriles llegaba la chillona algarabía de peleas y copulaciones. El señor Stoyte cerró los ojos.

—Dios es amor —repitió con la deliberada intención de prolongar la deliciosa condición de euforia en que le habían sumido aquellas pobres criaturas y las buenas noticias de Clancy—. Dios es amor. La muerte no existe.

Esperaba sentir aquel calor interior, semejante al que sigue a un trago de whisky, que sintiera al pronunciar las palabras anteriormente. En vez de ello, como si un inmanente mal espíritu le estuviera jugando alguna treta, se encontró con que sus pensamientos erraron hacia los encogidos y apergaminados cadáveres de las monjas, hacia su propio cadáver, hacia el Juicio Final y las llamas. Prudencia MacGladdery de Stoyte había pertenecido a la Ciencia Cristiana; pero José Budge Stoyte, su padre, había sido sandemaniano; y Leticia Morgan, su abuela materna, había vivido y muerto siendo darbiana. Encima de su cama cuna, en el desván de la casita de madera de Nashville, en Tennessee, había colgado la inscripción en vivo color naranja sobre fondo negro: *«Cosa terrible* es *caer en las manos del Dios viviente»*.

—Dios es amor —afirmó el señor Stoyte con desesperación—. La muerte no existe.

Pero para pecadores como él lo único que nunca moría era el gusanillo.

—Si uno está siempre asustado de la muerte —había dicho Obispo— moriría sin duda. El temor es un veneno; y no uno de los lentos tampoco.

Haciendo otro enorme esfuerzo, el señor Stoyte comenzó de improviso a silbar. La tonada era «Voy haciendo heno al claro de luna, en los brazos de mi nena», pero la cara que vio Jeremías Pordage, y de la que, como si hubiera sorprendido algún terrible e indecoroso secreto, apartó la vista inmediatamente, era la cara de un condenado en capilla.

—¡Vaya *amargao!* —murmuró el chofer mirando a su principal salir del coche y alejarse.

Seguido de Jeremías, el señor Stoyte anduvo apresurado, en silencio por el portal gótico, atravesó un vestíbulo de columnas románicas semejante a la Capilla de Nuestra Señora de Durham y, el sombrero aún sobre los ojos, penetró en la penumbra de catedral del gran salón.

Treinta metros por encima, el sonido de los pasos de ambos resonó en las bóvedas. Férreos fantasmas, las armaduras permanecían inmóviles a lo largo de las paredes. Arriba, suntuosamente sombríos, los tapices del siglo quince formaban ventanales que abrían sobre un mundo de foliada fantasía. A un extremo de la cavernosa sala, iluminada por un foco de luz oculta, la Crucifixión de San Pedro, del Greco, llameaba en la oscuridad cual hermosa revelación de algo incomprensible y profundamente siniestro. Al otro, no menos brillantemente iluminado, colgaba un retrato de cuerpo entero de Elena Fourment, vestida tan sólo con una capa de piel de

oso. Jeremías miró del uno al otro lado; del ectoplasma invertido del santo a la piel inequívocamente untuosa y muscular de que Rubens tanto gustara y que tanto tocara y viera; de los tintes carnales ultraterrenos del blanco verdoso, ocre y bermellón sombreados de transparente negror, al crema y cálido rosado, al nacarado azul y verde del desnudo flamenco. Dos lucientes símbolos, incomparablemente vigorosos y expresivos; pero… ¿de qué, de qué? Ése era, desde luego, el problema.

El señor Stoyte no prestó atención a ninguno de sus tesoros, sino que anduvo a zancadas por el salón, maldiciendo íntimamente a su enterrada esposa, por haberle hecho pensar en la muerte, a fuerza de repetir que no existía.

La puerta del ascensor estaba en una especie de tronera entre pilastras. El señor Stoyte la abrió, y la luz penetró en él, poniendo de manifiesto a una dama holandesa vestida de satén azul y sentada a un clavicordio; sentada, según pensó Jeremías, en el mismísimo corazón de una ecuación, en un mundo donde la belleza y la lógica, la pintura y la geometría analítica, eran una sola y misma cosa. ¿Con qué intención? ¿Para expresar simbólicamente qué verdades acerca de la naturaleza de las cosas? Una vez más, ése era el problema.

—Por lo que al arte se refiere —se decía Jeremías a sí mismo—, ése es siempre el problema.

—Cierre la puerta —ordenó el señor Stoyte; y cuando estuvo cerrada—: tomaremos un baño antes de comer —añadió; y, en una larga hilera de botones apretó el superior.

CAPÍTULO IV

MÁS de una docena de familias de trabajadores temporeros se hallaban ya trabajando en el bosquecillo de naranjos cuando el hombre de Kansas, su esposa, sus tres hijos y su perro amarillo, bajaron corriendo hacia los árboles que les había asignado el capataz. Caminaban en silencio pues nada tenían que decirse y no había que malgastar la energía en palabras.

Sólo falta medio día, pensaba el hombre, sólo faltan cuatro horas para que termine el trabajo. Podrían darse por contentos si ganaban setenta y cinco centavos. Setenta y cinco centavos. Setenta y cinco centavos; y aquella llanta de auto no iba a durar mucho tiempo. Si pensaban llegar a Fresno y seguir luego hasta Salinas, necesitaban otra mejor. Pero aun la llanta de segunda mano más podrida cuesta dinero. Y el dinero significaba alimento. ¡Y tenían que comer!, pensó con súbito resentimiento. Si él hubiese estado solo, si no hubiera tenido que arrastrar consigo a los chicos y a Minnie, habría podido arrendar algún pequeño terreno en alguna parte, cerca de la carretera, de modo que hubiera podido obtener un beneficio extra, vendiendo huevos y frutas y otras cosas a la gente que pasara en sus automóviles; hubiera podido vender un poco más barato que en el mercado y, no obstante, hacer dinero. Y entonces, quizá hubiera estado en condiciones de comprar una vaca y una pareja de cerdos; y luego hubiera conocido a alguna muchacha —una de esas muchachas gordas, a él le gustaban más bien gordas—, hubiera conocido a una muchacha gorda y joven con la que…

Su mujer se puso otra vez a toser; el sueño quedó hecho añicos. ¡Tenían que comer! Más de lo que merecían. Tres niños sin fuerza alguna. Y Minnie, que estaba enferma la mitad del tiempo, de modo que había que hacer su trabajo además del propio.

El perro se había detenido para olfatear un poste. Con súbita y sorprendente agilidad, el hombre de Kansas dio dos pasos rápidos hacia adelante y dio al animal dos puntapiés en plenas costillas.

—¡Condenado perro! —exclamó—. ¡Fuera de aquí!

El perro se alejó dando gruñidos. El hombre de Kansas volvió la cabeza con la esperanza de sorprender en los rostros de sus hijos una expresión de desaprobación o de conmiseración. Pero los chicos habían aprendido él, no darle excusa alguna para que dejase de lado al perro y pusiese su atención en ellos. Bajo las cabelleras despeinadas, los tres rostros pálidos y diminutos se mostraban completamente indiferentes e inexpresivos. Decepcionado el hombre se dio vuelta, refunfuñando indistintamente que les hubiera mandado al mismo infierno si se hubieran descuidado. La madre ni siquiera volvió la cabeza. Se sentía demasiado enferma y

cansada para no hacer otra cosa que seguir en línea recta su camino. El silencio volvió a caer sobre el grupo.

De pronto, el más joven de los tres niños lanzó un grito.

—¡Mirad allí!

Señaló un punto con la mano. Ante ellos se hallaba el castillo. Desde la punta de su torre más alta se elevaba una estructura metálica parecida a una tela de araña, en una sucesión de plataformas hasta una altura de veinte o treinta pies sobre el parapeto. En la más alta de esas plataformas, negra contra el cielo brillante, se veía una pequeña figura humana. Mientras ellos miraban, la figura extendió sus brazos y ocultó su cabeza detrás de las almenas. El griterío penetrante de los niños al manifestar su sorpresa dio al hombre de Kansas el pretexto que aquéllos le habían negado un momento antes. Se volvió furiosamente hacia ellos:

—¡Dejad de gritar! —les gritó.

Luego corrió hacia ellos y repartió un sopapo a cada uno. Haciendo un enorme esfuerzo, la mujer salió del abismo de fatiga en que había caído; se detuvo, volvió la cara, dio un grito de protesta y cogió el brazo de su marido. Él la separó con tanta violencia que la mujer estuvo a punto de caerse.

—Eres tan mala como los chicos —le gritó—. Siempre alrededor de uno y siempre comiendo. No merecéis ni una maldición. Te digo que estoy ya enfermo y cansado de todos vosotros. Enfermo y cansado —repitió—. Conque ¡a callaros la boca!

Le volvió la espalda, y sintiéndose mejor después de su exabrupto, se puso a caminar de prisa, a una velocidad que él sabía que su mujer encontraría agotadora, entre las hileras de naranjos cargados de fruto.

Desde aquella piscina, situada sobre el torreón, la vista era prodigiosa. Flotando en el agua translúcida no tenía uno más que volver la cabeza para divisar entre las almenas vistas sucesivas de llanuras y de montañas, de verde y de leonado y de violeta y de celeste. Uno flotaba, miraba y pensaba, es decir si uno era el Jeremías Pordage, en aquella torre del *Epipsychidron* de Shelley, con sus cámaras «mirando hacia el dorado aire de Oriente, al ras con los vivos vientos».

No sucedería así, sin embargo, si uno fuera Miss Virginia Maunciple. Virginia ni flotaba, ni miraba, ni pensaba en el *Epipsychidion*, pues se limitó a tomar otro trago de whisky con soda, subió a la plataforma más alta de la torre, extendió sus brazos, se sumergió, se deslizó bajo el agua y llegando inmediatamente a los pies del confiado Pordage le cogió por el cinturón del pantalón de baño y le arrojó a la piscina.

—Ahí lo tienes —dijo ella al volver a la superficie boqueando y farfullando— sin moverse, como un viejo Buda tonto.

Virginia le sonrió con un desprecio lleno de afabilidad.

Allí estaban las personas que el tío Jo había llevado al castillo. Un inglés con

monóculo, para que examinara las armaduras; un hombre que tartamudeaba, para que limpiase los cuadros; un hombre que no podía hablar más que en alemán para que examinase algunos cachorros y platos viejos: y hoy aquel otro inglés ridículo con cara de conejo y una voz como los Cantos sin Palabras interpretados con el saxofón.

Jeremías Pordage se sacó el agua de los ojos a ciegas, pues era corto de vista y no tenía las gafas, vio la cara sonriente de la joven junto a la suya, con el cuerpo escorzado y ondulante en el agua. No le sucedía con frecuencia hallarse tan cerca de un ser semejante. Se tragó su fastidio y sonrió a la joven.

Miss Mauciple estiró una mano y dio unas palmaditas en la calva de Jeremías.

—Niño —dijo—, mira cómo reluce. Parece una bola de billar. Ya sé cómo vaya llamarte: Marfil. ¡Hasta luego, Marfil!

La joven se dio vuelta, nadó hasta la escalera, saltó afuera, se dirigió a la mesa en la que estaban las botellas y los vasos, bebió el resto de su whisky con soda y luego fue a sentarse en el borde de la hamaca, en la que Mr. Stoyte, con gafas negras y traje de baño, tomaba su baño de sol.

—Bien, tío Jo —dijo con un tono de broma afectuosa—, ¿se siente bien?

—Me siento muy bien, Nena —respondió el tío Jo.

Era cierto; el sol había disipado sus tristes presentimientos; vivía de nuevo en el presente, en aquel delicioso presente en el cual podía transmitir la felicidad a los niños enfermos; en el cual había Tittelbaums preparados, por quinientos dólares, a dar una información digna por lo menos de un millón; en el cual el cielo era azul y los rayos de sol un calorcillo acariciador en el estómago; en el cual, finalmente, uno salía de una somnolencia deliciosa para ver a la pequeña Virginia sonriéndole a uno como si realmente se preocupase por su viejo tío Jo, y se preocupase por él, lo que era más importante, no simplemente como por un tío viejo: no *sir*; porque cuando todo está dicho y hecho, un hombre es tan viejo como lo son sus sentimientos y sus actos; y por lo que se refería a su *Baby*, ¿sentía como un joven?, ¿obraba como un joven? Sí, *sir*. Mr. Stoyte se sonrió para sí mismo, con una sonrisa de autosatisfacción triunfante.

—Bien, Baby —dijo en voz alta, y puso una mano cuadrada, de dedos gruesos, en la rodilla desnuda de la joven.

A través de sus pestañas medio cerradas, Miss Maunciple le dirigió una secreta y algo indecente mirada de comprensión y de complicidad. Luego lanzó una risita y estiró sus brazos.

—¡Cómo no se ha de sentir bien el sol! —dijo, y cerrando completamente sus párpados, bajó los brazos, entrelazó sus manos tras su cuello y se recostó en la silla. Era una pose que le levantaba los senos, le marcaba la curva interna de los muslos y le engrosaba las nalgas, la pose que los eunucos hubieran enseñado a la recién llegada al serrallo para su primera entrevista con el sultán; la misma pose que recordó a Jeremías, cuando la vio al pasar, aquella estatua completamente impropia del tercer

piso del Panteón Beverly.

A través de sus gafas negras, Mr. Stoyte miró a la joven con una expresión de posesión, al mismo tiempo glotona y maternal. Virginia era su nena, no sólo figurativa y coloquialmente, sino también en el sentido literal de la palabra. Sus sentimientos eran simultáneamente los del más puro amor paterno y los del más violento erotismo.

Volvió a mirarla. Por contraste con el brillante satén blanco de su pantalón y de su corpiño de playa, su piel tostada por el sol parecía más ricamente bronceada. Los planos del cuerpo joven fluían en suaves curvas continuas, sólidas sin esfuerzo, de tres dimensiones, sin acentos ni transiciones abruptas. Las miradas de Mr. Stoyte se paseaban por el cabello castaño y bajaban por la frente redondeada, los grandes ojos y la naricilla recta y descarada, hasta la boca. Aquella boca era su rasgo más llamativo. Porque era al corto labio superior al que el rostro de Virginia debía su expresión característica de inocencia infantil, expresión que se conservaba a través de todos sus estados de ánimo, que se advertía en cualquier cosa que hiciese, ya estuviese refiriendo cuentos verdes o conversando con Obispo, tomando el té en Pasadena, flirteando con los jóvenes, gozando de lo que llamaba: «un poco de yunyum» u oyendo misa. Cronológicamente, Miss Maunciple era una joven de veintidós años; pero aquel labio superior abreviado le daba, en todas las circunstancias, un aspecto de ser apenas adolescente, de no haber llegado a la edad del consentimiento. Para Mr. Stoyte, de sesenta años de edad, ese contraste, extrañamente perverso entre la puerilidad y la madurez, entre la apariencia de inocencia y la realidad de la experiencia, resultaba embriagadoramente atractivo. No era solamente Virginia, en lo referente a él, una nena de ambas clases; lo era también objetivamente, en sí misma.

¡Criatura deliciosa! La mano que había descansado inerte hasta entonces, se contrajo lentamente sobre la rodilla. Entre la anchura de espátula del pulgar y la firmeza de los demás dedos, ¡qué suavidad, qué suntuosa y enjundiosa elasticidad!

—Jinny —dijo él—. ¡Mi Nena!

La nena abrió los grandes ojos azules y dejó caer los brazos a ambos lados. La tensión de la espalda se aflojó, los erectos pechos se corrieron hacia abajo y adelante, como blandas criaturas vivientes en busca de reposo. Le sonrió.

—¿Por qué me pellizcas, tío Jo?

—Me gustaría comerte —respondió su tío Jo con tono canibalístico sentimental.

—Estoy muy dura.

El señor Stoyte exhaló una tierna sonrisita.

—¡El duro corderito! —dijo.

El duro corderito se agachó y le dio un beso.

Jeremías Pordage, que había permanecido apaciblemente mirando el panorama y recitando en silencio *Epipsychidion*, tuvo la oportunidad de volverse una vez más en

aquel momento en dirección al canapé, y se sintió tan aturdido con lo que vio, que empezó a sumergirse y hubo de bracear y pernear furiosamente para evitar hundirse. Dando media vuelta en el agua, nadó hacia la escalerilla, subió por ella y, sin aguardar siquiera a secarse, corrió al ascensor.

—¡Verdaderamente! —se dijo a sí mismo, mirando el Vermeer—. *¡Verdaderamente!*

—He realizado algunos negocios esta mañana —dijo el señor Stoyte a la Nena cuando ésta se enderezó de nuevo.

—¿Qué clase de negocios?

—Buenos negocios —contestó él—. Como para hacer un montón de dinero. Dinero *de veras* —insistió.

—¿Cuánto?

—Quizá medio millón —dijo con prevención, estimando por lo bajo sus esperanzas—; quizás un millón; quizás más aún.

—Tío Jo —dijo ella—, eres una maravilla.

En su voz sonaba el timbre de la sinceridad. Verdaderamente le creía maravilloso. En el mundo en que ella vivía era cosa axiomática que el hombre capaz de ganar un millón de dólares había de ser una maravilla. Padres, amigos, maestros, periódicos, radio, anuncios, ora explícita, ora involucradamente, todos proclamaban unánimemente su prodigiosidad. Y además, Virginia se sentía muy encariñada con su tío Jo. Le había proporcionado el modo de pasarlo espléndidamente, y ella le estaba agradecida. Por otra parte gustaba de querer a las personas siempre que le era dable; gustaba agradarles. El agradar a los demás le hacía sentir el propio agrado; y esto aun cuando fuera de edad, como el tío Jo, y aunque alguna de las maneras en que se le pedía que agradara no fuera del todo apetitosa.

—Eres una maravilla.

Su admiración le proporcionó a él una intensa satisfacción.

—¡Oh, eso es cosa muy sencilla! —dijo con simulada modestia, como pidiendo más.

Virginia se lo dio.

—¿Sencilla? ¡Nada de eso! —dijo con firmeza—. Te digo que eres maravilloso. Así es que ya puedes callarte.

Encantado el señor Stoyte tomó otro puñado de carne fina y la estrujó con afección.

—Te haré un regalo si la cosa sale bien —dijo—. ¿Qué es lo que te gustaría, Nena?

—¿Que qué me gustaría? —repitió ella—; pero si no necesito nada.

Su desinterés no era figurado. Era la verdad; ella no deseaba jamás las cosas de aquella manera, a sangre fría. En el preciso instante en que le sobrevenía un deseo, de

un helado con soda, por ejemplo, de un poco de *chicle*, de un abrigo de visón recién visto en un escaparate; en tal momento, deseaba las cosas, y las deseaba de todas veras, sin poder esperar. Pero cuando se trataba de deseos a largo plazo, deseos que habían de pensarse por adelantado… no; ella jamás deseó de tal modo. Lo mejor de su vida se pasaba en gozar los instantes sucesivos de presente contento de que se componía; y si jamás las circunstancias la forzaban a salir de aquella eternidad de abandono mental al mundo del tiempo, era sólo para encontrarse en un universo estrecho, en un mundo cuyos más remotos límites nunca se alejaban más de una semana o dos en lo futuro. Incluso cuando trabajaba en el teatro ganando dieciocho dólares por semana, se había hecho extremadamente difícil para ella preocuparse del dinero y de su afianzamiento en la vida, y pensar en lo que sucedería si le sobrevenía un accidente y no podía ya seguir enseñando las piernas. Entonces fue cuando encontró al tío Jo, y todo se le había presentado como si naciera de los árboles: un árbol de piscina de natación, un árbol de cocktails, un árbol de Schiaparelli. No tenía una más que alargar la mano para cogerlo, como las manzanas del huerto de detrás de su casa en Oregón. ¿De dónde venían los regalos? ¿Por qué había ella de desear cosa alguna? Además, era evidente que el tío Jo se veía más empujado por su carencia de deseos; y el estar en condiciones de dar al tío Jo un empujón la ponía siempre a tono.

—Te digo, tío Jo, que no necesito *nada*.

—Ah, ¿no?; pues yo sí —dijo una voz extraña, pasmosamente próxima detrás de ellos.

De cabello negro, atildado, lustroso como la seda, el doctor Segismundo Obispo se adelantó con viveza hasta el borde del canapé.

—Para hablar con precisión —continuó diciendo—, deseo inyectar un centímetro y medio cúbico de Testosterones en el *gluteus medius* del gran hombre. Así es que andando, ángel mío —le dijo a Virginia con tono de burla, pero con una sonrisa de descocado deseo—. ¡Largo! —Y le dio una familiar palmadita en el hombro, y otra, cuando se levantó para dejarle sitio, en el blanco satén trasero.

Virginia se volvió con viveza y con intención de decirle que no fuera tan fresco; pero al levar la vista desde el barril de velluda carne que era el señor Stoyte hasta el hermoso rostro del otro, tan insultantemente sarcástico, y al mismo tiempo tan aduladoramente concupiscente, cambió de parecer y, en vez de decirle, en voz alta, que se había propasado, le hizo un guiño y le sacó la lengua. Lo que amenazara como reprensión había terminado, antes de que ella se diera cuenta, como consentimiento de una impertinencia, como un acto de complicidad con el transgresor y de deslealtad para con el tío Jo. Pobre tío Jo, pensó en un arranque de afectuosa lástima por el anciano. Por un instante se sintió casi avergonzada de sí misma. La falta, desde luego, estaba en que el doctor Obispo era tan guapo; en que la hacía reír; en que gustaba de sentirse admirada por él; en que era muy divertido darle pie y ver cómo él se

comportaba. Incluso le gustaba enfadarse con él cuando era un descarado, que lo era constantemente.

—Supongo que se cree usted un Douglas Fairbanks hijo —dijo, haciendo un esfuerzo por mostrarse severa; luego se marchó asumiendo toda la dignidad que sus dos estrechas fajas de blanco satén le permitían; y apoyándose en un pretil, se asomó a la llanura. Figurillas semejantes a hormigas se movían entre los naranjos. Se preguntó al acaso qué es lo que harían; luego su espíritu divagó hacia otras cuestiones más interesantes y personales. Hacia Segis y hacia la idea de que no podía por menos de sentirse estremecida a su influjo, cuando él andaba cerca, incluso cuando obraba como acababa de hacerlo. Quizá algún día… algún día, sólo para ver qué sabor tenía, y si las cosas se ponían un poco feas aquí en el castillo… ¡Pobre tío Jo!, reflexionó. Pero, por otra parte, ¿qué podía él esperar con su edad y la de ella? Lo que no era de esperar es que durante todos aquellos meses no le hubiera dado motivo para estar celoso… a menos, desde luego, que fuera contando aquello de Enid y María Lou; lo que ella no hacía, porque ella realmente no era de ésas; y cuando aquello sucedió no fue más que una especie de pequeño accidente; agradable, pero ni pizca importante. Mientras que con Segis, si es que jamás sucedía, la cosa sería diferente; aunque no fuera cosa muy seria, que no lo sería; ni lo que sucedió con Gualterio, por ejemplo, o incluso con el pequeño Buster allá en Portland. Sería diferente de lo que fue con Enid y María Lou, porque con un hombre estas cosas tienen mucha mayor importancia, aun cuando a una no le importe mucho. Que era la única razón para no hacerlas, aparte, por supuesto, de que eran pecados; pero, de un modo o de otro, aquello nunca parecía ser de tan gran monta, cuando se trataba de un muchacho de buen parecer. (Lo que no se podía negar de Segis, si bien fuera un tanto al estilo de Adolfo Menjou; pero ¡hete aquí que eran nada menos que esos de cabello negro y lustroso los que siempre le habían dado más el opio!). Y cuando se tomaban un par de copas, tal vez, y se sentía una en la necesidad de algo emocionante y bueno, entonces ni se le venía a una a las mientes que aquello fuera un pecado; y entonces de una cosa se iba a la otra, y antes de que se diera una cuenta de qué era lo que había pasado… bueno, ya *había* pasado; y verdaderamente ella no podía creer que fuera tan malo como el padre O’Reilly decía que era; y, fuera como fuera. Nuestra Señora sería mucho más comprensiva y dispensadora que él era; y ¿qué decir de la manera como engullía el padre O’Reilly, siempre que venía a comer? Como un cerdo, no había otra palabra para expresarlo; y ¿no era la glotonería exactamente tan mala como lo otro? Así es que, ¿quién era él para hablar de aquella manera?

—Bueno, y ¿cómo está el paciente? —inquirió el doctor Obispo parodiando al médico de cabecera, cuando reemplazó a Virginia en el canapé. Se encontraba del más excelente buen humor. Su trabajo de laboratorio se iba desenvolviendo con inesperado éxito; el nuevo preparado de sales para la bilis había obrado milagros en

su hígado; el auge del rearme había alzado sus acciones de aviación unos tres puntos más; y era evidente que Virginia no se le iba a resistir mucho tiempo.

—Como está nuestro inválido esta mañana —continuó, enriqueciendo la parodia con la caricatura del acento inglés; pues había trabajado un año, después de graduado, en Oxford.

El señor Stoyte gruñó inarticuladamente. Había algo en la ocurrente jocosidad del doctor Obispo que siempre lo ponía fuera de sí. En cierto modo, no fácilmente definible, era tanto como un deliberado insulto. El señor Stoyte se veía constantemente impulsado a sentir que la zumba aparentemente bondadosa de Obispo era, en realidad, la expresión de un calculado y maligno desprecio. El solo pensamiento hacía hervir la sangre del señor Stoyte. Pero cuando la sangre le hervía, aumentaba la presión de la misma y su vida se acortada. No se podía permitir el lujo de enojarse con Obispo como hubiera deseado. Y lo que es más, no podía prescindir de él. Obispo era un mal indispensable.

—Dios es amor; la muerte no existe.

Mas el señor Stoyte recordaba con terror que había sufrido un ataque apoplético, que se hacía viejo. Obispo le había puesto otra vez de pie cuando estaba casi muriéndose; le había prometido diez años más de vida aun cuando sus investigaciones no fueran tan afortunadas como esperaba; y si lo eran, entonces más, mucho más. Veinte años, treinta, cuarenta. O tal vez fuera posible que el asqueroso judío encontrara el medio de probar que la señora Eddy[6] tenía razón después de todo. Quizá fuera que verdadera y realmente la muerte no existía; no era para el tío Jo, por lo menos. ¡Gloriosa perspectiva! Entretanto… el señor Stoyte suspiró resignadamente, profundamente.

—Todos tenemos nuestra cruz que arrastrar —se dijo a sí mismo, repitiendo como un eco que resonara a través de los pasados años, las palabras que su abuela solía repetir cuando le obligaban a tomar aceite de ricino.

En el ínterin, el doctor Obispo había esterilizado la aguja, limado la parte superior de una ampolla de vidrio y llenado la jeringuilla. Sus movimientos, conforme trabajaba, se caracterizaban por una cierta estudiada primorosidad, por una precisión florida y consciente de sí. Era como si el hombre fuera a un mismo tiempo su propio ballet y su propio auditorio: adulterado y criticón en alto grado, era verdad; pero al mismo tiempo, ¡qué ballet! Nijinsky, Karsavina, Pavlova, Massine; todos en una sola y misma escena. Por aterrador que fuera el aplauso, era siempre merecido.

—Listo —dijo al fin.

Obediente y callado como elefante amaestrado, el señor Stoyte se revolcó hasta quedar echado sobre la barriga.

CAPÍTULO V

JEREMÍAS se había vestido de nuevo y estaba sentado en el almacén subterráneo que había de servirle de estudio. El polvo seco y acre de los antiguos documentos se le había subido a la cabeza como una especie de rapé embriagador. Tenía el rostro enrojecido mientras preparaba los archivadores y afilaba los lápices; la cabeza calva le brillaba sudorosa; tras de las lentes bifocales los ojos le brillaban de excitación.

¡Ya! Todo estaba listo. Dio media vuelta en su silla giratoria y permaneció un breve rato completamente quieto, saboreando voluptuosamente la anticipación de sus deseos. Atados en innúmeros paquetes de papel moreno, los documentos Hauberk yacían en espera de su primer lector. Veintisiete canastos de aún vírgenes desposadas del silencio. Se sonrió a sí mismo ante la idea de que había de ser él su Barba Azul. Millares de desposadas del silencio acumuladas durante siglos por las sucesivas generaciones de los infatigables Hauberk. Hauberk tras Hauberk; la baronía tras de la hidalguía; el condado tras la baronía y luego, conde de Gonister tras conde de Gonister hasta el octavo y último de ellos. Y después del octavo, nada que no fueran impuestos de defunción, una vieja casa y dos ancianas solteronas cada vez más hundidas en la soledad y la excentricidad, en la indigencia y el orgullo de familia, pero al final, ¡pobrecillas! más en la indigencia que en el orgullo. Habían jurado que jamás venderían; pero al cabo habían venido a aceptar la oferta del señor Stoyte. Los papeles se habían embarcado para California. Ellas podrían ahora comprarse sendos funerales verdaderamente suntuosos. Y aquél sería el final de los Hauberk. ¡Fragmento delicioso de la historia inglesa! Admonitorio tal vez, o tal vez, y era lo más probable, puramente sin sentido, mera retahíla narrada por un idiota. Cuento de degüellos y conspiraciones, de protectores del saber y sombríos especuladores, de obispos y sodomitas, de reyes y poetas de menor cuantía, de almirantes y alcahuetes, de santos y heroínas y ninfomaníacas, de imbéciles y primeros ministros, de coleccionadores de objetos artísticos y sadistas. Y allí estaba cuanto quedaba de ellos, todo en veintisiete canastos, todo revuelto, jamás catalogado, jamás siquiera mirado, completamente virgen. Regodeándose en su tesoro, Jeremías olvidó las fatigas del viaje, se olvidó de Los Ángeles y del chofer, se olvidó del cementerio y del castillo, se olvidó incluso del señor Stoyte. Tenía los documentos Hauberk, los tenía allí todos sólo para él. Como muchacho que mete la mano en una caja de sorpresas para sacar un regalo con la convicción de que ha de ser sorprendente, tomó Jeremías uno de los paquetes de papel moreno que llenaban el primero de los canastos y cortó el cordel. ¡Qué rica confusión le esperaba! Un libro de cuentas domésticas de los años 1576 y 1577; una narración escrita por algún Hauberk cadete, de la expedición de Sir

Kenelm Digby a Scanderoon; once cartas en español de Miguel de Molinos a aquella dama, Ana Hauberk, que escandalizó a la familia convirtiéndose al papismo; una colección manuscrita de récipes de enfermería, de los albores del siglo dieciocho; un ejemplar de *De la muerte* de Drelincourt; y un volumen suelto, *Felicia, ou Mes Fredaines*, por Andrea de Nerciat. Acababa de cortar la atadura del segundo envoltorio, y se preguntaba de quién sería el rizo de cabellos trigueños conservado entre las páginas alógrafas de las Reflexiones sobre la última Conspiración Papista escritas por el tercero de los condes, cuando llamaron a la puerta. Levantó la vista y vio a un hombre bajo y moreno de bata blanca que se adelantaba hacia él. El desconocido dijo:

—No deseo estorbarle —pero sin embargo le estorbó—. Me llamo Obispo —continuó—, el doctor Segismundo Obispo, el servicio de cámara de Su Majestad el Rey Stoyte Primero… y esperemos que sea el último.

Evidentemente regocijado por su propia ocurrencia prorrumpió en una carcajada asombrosamente sonora y metálica. Luego, con la elegante melindrerfa del aristócrata que se inclina sobre un montón de barreduras, tomó entre los dedos una de las cartas de Molinos, y lentamente y en voz alta comenzó a descifrar la primera línea con que jamás toparon sus ojos de la suelta caligrafía del siglo diecisiete. *Ame a Dios como es en sí y no como se lo dice y forma su imaginación*[7]. Miró a Jeremías con divertida sonrisa.

—Más fácil de decir que de hacer, si no me equivoco. ¡Vaya! Ni siquiera puede uno amar a una mujer como es en sí misma; y, se diga lo que se quiera, existe alguna especie de base física objetiva en el fenómeno que llamamos mujer. En algunos casos una base bastante agradable. Mientras que el pobre Dios es sólo un espíritu, o, lo que viene a ser lo mismo, pura imaginación. Y ahí tiene usted a ese idiota, quienquiera que sea, diciéndole a alguna otra idiota, que no se debe amar a Dios tal y como es en la imaginación.

De nuevo el aristócrata pagado de sí arrojó la carta sobre la mesa con un desdeñoso ademán de la mano.

—¡Qué vaciedad! Una sarta de palabras que se llama religión. Otra media docena de sartas con el nombre de ideales políticos. Y todas las palabras o ambiguas, o hueras de significado. Y la gente entusiasmándose por ellas hasta el extremo de que son capaces de asesinar al prójimo por el solo motivo de usar palabras que no les parecen bien. Palabras que probablemente no valen tanto como un buen regüeldo. Sonidos solamente que ni siquiera tienen la excusa de las ventosidades gástricas. «Ame a Dios como es en sí» —repitió con tono de mofa—. Cosa de tanta prudencia como decir: hipe un hipo *como es un* hipo. No sé cómo ustedes los chicos *litterae humaniores* pueden aguantarlo. ¿No echan de menos un poco de sentido de vez en cuando?

Jeremías sonrió con expresión de esquiva excusa.

—No se preocupa uno gran cosa del significado de las palabras —dijo. Luego, previniendo nuevas críticas con el descrédito de sí mismo y de las cosas que le eran más queridas—, uno pasa ratos inmejorables —continuó—, escarabajeando en las escombrerías.

El doctor Obispo se echó a reír y dio una palmada alentadora a Jeremías en el hombro.

—¡Bravo, amigo! —dijo—. Es usted franco. Eso me gusta. La mayor parte de los doctores con que uno se encuentra son unos condenados picos de oro. ¡Sólo tratan de envolverle a uno con toda esa jerga de una cultura moral superior! ¿Comprende usted?; la sabiduría más bien que el conocimiento; Sófocles es sustitución de la ciencia. «Es chocante», les suelo decir cuando me vienen con ésas, «es chocante que lo que os produce el dinero de que vivís, sea precisamente lo que ha de salvar a la humanidad». Mientras que usted no pretende glorificar el cajoncillo de las ganancias. Usted es sincero. Bueno, por eso estoy en el baile; por lo que me divierte. Aunque, naturalmente, de haberme usted venido con toda esa jerga sofocliana, yo le hubiera dado a usted mi ratito de la ciencia y el progreso, la ciencia y la felicidad; e incluso de la ciencia y la verdad última, de haberse usted empeñado. —Y mostró la blancura de los dientes en regocijada befa de todo el mundo.

Su buen humor era contagioso. Jeremías sonrió también.

—Me alegro de no haberme empeñado —dijo en un tono cuya aflautada seriedad daba a entender lo mal que le sabía verse metido en disquisiciones acerca de la verdad última.

—Advierta, sin embargo —continuó el doctor Obispo—, que no soy completamente ciego a los encantos de su profesión. Punto y raya con Sófocles, desde luego. Y me aburriría soberanamente con todo ese mejunje —señaló con la cabeza a los veintisiete canastos—; pero he de admitir —concluyó con donosura— que en mis tiempos lo pasé por demás divertido con mis libracos. Verdaderamente divertido.

Jeremías tosió y se acarició el cuero cabelludo; los ojos le parpadearon, anticipando la satírica broma que le iba a gastar. Pero desgraciadamente el doctor Obispo no le dio tiempo. Con serena inconsciencia de los preparativos de Jeremías, miró al reloj; se puso luego de pie.

—Tendría gusto de enseñarle mi laboratorio —dijo—; tenemos tiempo antes de comer.

—En vez de preguntar si me gustaría ver su maldito laboratorio —protestó Jeremías para sus adentros, mientras se engullía la sátira. ¡Y tan bonita como era! Por supuesto que él hubiera preferido continuar desempaquetando los papelotes de Hauberk; pero como carecía del valor necesario para manifestarlo, se levantó

obediente y siguió al doctor Obispo hacia la puerta.

La longevidad, le explicó el doctor cuando dejaron la habitación, tal era la materia de su estudio. Tal había sido desde que dejó la Facultad. Desde luego que mientras estuvo en la consulta, no le fue dable realizar ningún trabajo serio acerca de ello. La consulta era fatal para el trabajo serio, según añadió haciendo un paréntesis. ¿Cómo iba a ser posible hacer cosa alguna con sentido, cuando había de pasar uno el tiempo viendo a los pacientes? Éstos pertenecían a tres clases: los que se imaginaban enfermos, pero no lo estaban; los que estaban enfermos, pero habían de ponerse buenos de cualquier manera; los que estaban enfermos pero estarían mejor si se hubieran muerto. Para cualquiera que fuera realmente capaz de trabajo serio, era sencillamente estúpido desperdiciar el tiempo con los pacientes. Claro que sólo la presión económica le había llevado a él a hacerlo. Y quizá hubiera tenido que continuar con ello por siempre. Desperdigándose a sí mismo con escuerzos. Pero entonces, de improviso, había girado la fortuna. Jo Stoyte había ido a consultarle. Fue positivamente providencial.

—«El más horrendo afortunado hallazgo» —murmuró Jeremías citando su frase favorita de Coleridge.

Jo Stoyte, según continuó diciendo el doctor Obispo, Jo Stoyte, que se encontraba al mismo borde de un completo hundimiento. Con veinte kilogramos de sobrepeso y después de un ataque apoplético. No de los peores, afortunadamente; pero lo bastante para causar escalofríos al viejo bastardón. ¡Y que no estaba el hombre asustado de morir! (Los blancos dientes del doctor Obispo volvieron a lucir con buen humor). El caso de Jo había sido de verdadero pánico. De aquel pánico provenía la liberación del doctor Obispo de sus pacientes; de él provenían sus ingresos, su laboratorio para estudiar los problemas de la longevidad, su excelente auxiliar; de él había provenido también el empréstito para aquella obra farmacéutica en Berkeley, para aquellos experimentos con monos en el Brasil, para la expedición enviada a estudiar las tortugas de las islas de los Galápagos. Todo cuanto un investigador podía desear, con el mismísimo Jo, por añadidura, como un perfecto conejillo de Indias, pronto a someterse a cualquier cosa, casi a la vivisección sin anestésicos, con tal que se le ofreciera la esperanza de conservarlo sobre el suelo unos años más.

No es que él estuviera haciendo a la sazón nada espectacular con el viejo zote. Evitar que aumentara de peso nada más; y cuidándole los riñones; y manteniéndole el humor con periódicos jeringazos de hormonas sexuales sintéticas: y vigilándole las arterias. El tratamiento ordinario, de sentido común, para un hombre de la edad e historia médica de Stoyte. Mientras tanto, sin embargo, estaba sobre la pista de algo nuevo, algo que prometía ser importante. Dentro de unos meses, tal vez dentro de unas semanas se encontraría en situación de emitir un juicio definitivo.

—Eso es muy interesante —dijo Jeremías con fingida cortesía.

Caminaban a lo largo de un estrecho corredor enjalbegado y fríamente iluminado por una serie de bombillas eléctricas. Por las puertas abiertas Jeremías tenía de vez en cuando resquicios de vastas bodegas atiborradas de perchas totémicas y armaduras, de orangutanes disecados y grupos marmóreos de Thorwaldsen, de dorados Bodhisattvas y locomotoras primitivas, de falos hinduístas y carrozas y alfarería del Perú, de crucifijos y ejemplares mineralógicos.

El doctor Obispo, mientras tanto, había empezado de nuevo a hablar de la longevidad. La cuestión, según recalcaba, estaba aún en el estado precientífico. Montones de observaciones sin hipótesis explicativa. Un simple caos de hechos. ¡Y qué de hechos raros, de hechos esencialmente excéntricos! ¿Qué era, por ejemplo, lo que hacia a una chicharra vivir tanto como un toro, o un canario sobrevivir a tres generaciones de ovejas? ¿Por qué los perros habían de hallarse en la edad senil a los catorce años y los loros a los ciento en la flor de la edad? ¿Por qué las hembras humanas eran estériles a los cuarenta y los cocodrilos hembras continuaban poniendo huevos a los tres siglos? Por qué, en nombre del cielo, a un sollo le era dable vivir doscientos años sin mostrar señales de senilidad, mientras que el pobre Jo Stoyte…

De uno de los corredores laterales emergieron de pronto dos hombres conduciendo entrambos en unas andas un par de monjas momificadas. Se produjo un encontronazo.

—¡Solemnes estúpidos! —gritó el doctor Obispo con enojo.

—¡El estúpido es usted!

—¿No saben mirar por dónde andan?

—¡Vaya usted a paseo!

El doctor Obispo volvió la cabeza despectivamente y continuó su camino.

—¿Quién diablos se ha creído usted que es? —Le gritaron los otros.

Jeremías, mientras tanto, había estado contemplando las momias con viva curiosidad.

—Carmelitas descalzas —dijo sin dirigirse a nadie en particular; y saboreando con gusto la curiosa combinación de sílabas, las repitió con enfático regalo—: carmelitas descalzas.

—Descalzas a tu abuela —dijo el más próximo de los dos hombres, volviéndose fieramente contra el nuevo antagonista.

Jeremías lanzó una mirada al enrojecido e irritado rostro, y luego, con ignominioso apresuramiento, siguió tras de su guía.

El doctor Obispo se detuvo al fin.

—Ya estamos aquí —dijo, abriendo la puerta. En el aire flotaba un olor a ratones y alcohol absoluto que llegaba hasta el corredor—. Entre —dijo con cordialidad.

Jeremías entró. Allí estaban los ratones, a no dudarlo; jaula sobre jaula, en tongadas que se extendían junto a las paredes, precisamente enfrente de él. A la

izquierda había tres ventanas cavadas en la roca, que daban al campo de tenis y por las que se veía un distante panorama de naranjos y montañas. Sentado ante una mesa, enfrente de una de las ventanas, había un hombre que miraba por el microscopio. Levantó la melenuda y rubia cabeza al acercarse ellos y volvió el rostro, rostro franco y de un gran candor casi infantil.

—Hola, doctor —dijo con encantadora sonrisa.

—Mi ayudante —explicó el doctor Obispo—, Pedro Boone. Pedro, te presento al señor Pordage. —Pedro se levantó y se manifestó como un joven gigantesco y atlético.

—Llámeme Pedro —dijo, cuando el señor Pordage le llamó señor Boone—. Todos me llaman así.

Jeremías se preguntó si debería invitar al joven a llamarle a él Jeremías; pero tardó tanto en contestarse, como solía, que el momento oportuno para hacerlo así, pasó irrevocablemente.

—Pedro es un gran muchacho —comenzó a decir de nuevo el doctor Obispo con intención afectuosa, pero un tanto patronizadora en realidad—. Empollado en fisiología. Sabe manejar las manos. Es el mejor cirujano de ratones que jamás he visto —y le dio una palmadita al joven en el hombro.

Pedro sonrió, un tantillo azorado, por lo que pareció a Jeremías, como si se le hiciera algo difícil corresponder como era debido a la cordialidad del otro.

—Toma la política demasiado a lo vivo —continuó el doctor Obispo—. Ése es su único defecto. Yo estoy tratando de curarle de esa enfermedad; pero me temo que no con mucho éxito por ahora. ¿Verdad, Pedro?

El joven sonrió de nuevo más confiado; esta vez sabía exactamente dónde se hallaba y lo que hacer.

—No con mucho éxito —repitió. Y luego volviéndose a Jeremías—. ¿Ha visto usted los partes de España esta mañana? —preguntó. Su rostro amplio, rubio y franco, adquirió una expresión de inquietud.

Jeremías sacudió la cabeza.

—Es algo horrible —dijo Pedro con acento sombrío—. Cuando pienso en aquellos pobres diablos, sin aeroplanos, ni artillería, ni…

—Bueno, pues no pienses en ellos —aconsejó jovialmente el doctor— y te sentirás mejor.

El joven le miró; luego apartó la vista sin decir una palabra. Después de un momento de silencio sacó el reloj.

—Me parece que voy a darme un baño antes de comer —dijo, y se dirigió hacia la puerta.

El doctor Obispo se apoderó de una de las jaulas ratoniles y la mantuvo a unos centímetros de las narices de Jeremías.

—Éstos son los muchachos de la hormona sexual —dijo con una guasa que su interlocutor encontró extrañamente ofensiva. Los animales chillaron al mover la jaula —. Lo bastante vivaces mientras los efectos duran. Lo malo es que los efectos son pasajeros.

—No es que los efectos pasajeros se hubieran de despreciar —añadió, volviendo la jaula a su lugar. Era siempre mejor sentirse pasajeramente bien que pasajeramente mal. Por eso le estaba suministrando al viejo Jo una tanda de aquella testosterona. No es que el viejo bastardón tuviera gran necesidad de ello con aquella muchacha Maunciple junto a él.

El doctor Obispo se puso la mano en la boca y se volvió a mirar por la ventana.

—¡Dios nos asista! —exclamó—. Gracias que está fuera de la habitación. ¡Pobre Pedro! —Una sonrisa de burla apareció en su rostro—. ¡Que si está enamorado! —Se palpó la frente—. Se la imagina como algo salido de las obras de Tennyson. Químicamente pura, ¿comprende usted? El mes pasado, por poco se mata a uno porque se le ocurrió decir que ella y el viejo… Bueno, ya me comprende. Dios sabe qué es lo que se figura que la muchacha está haciendo aquí. Contándole al tío Jo cómo son las nebulosas espirales, supongo. Bueno, si es que al muchacho le hace feliz pensar de esa manera, no vaya ser yo el que le prive del gusto. —El doctor Obispo sonrió indulgentemente—. Pero volviendo a lo que le decía del tío Jo…

Tener a aquella muchacha en la casa equivalía a un tratamiento de hormonas. Pero la cosa no duraría. Nunca había durado. Brow-Séquard y Voronoff y los demás de ellos, habían seguido un camino equivocado. Según ellos, la mengua del vigor sexual era la causa de la senectud; mientras que en realidad era tan sólo uno de los síntomas. La senectud se originaba en algún otro sitio y abarcaba el mecanismo sexual con todo el resto del cuerpo. Los tratamientos de hormonas no eran sino paliativos y tentes en pie. Le sostenían a uno por un tiempo, pero no evitaban el envejecimiento.

Jeremías ahogó un bostezo.

—Por ejemplo —continuaba diciendo el doctor Obispo—, ¿por qué había animales que vivían mucho más tiempo que el ser humano y, no obstante, no daban señales de vejez? De un modo o de otro, aquí o allá, hemos cometido un error biológico. Los cocodrilos han evitado tal error; lo mismo ha sucedido con las tortugas. Y lo mismo podría decirse de ciertas especies de peces.

—Mire usted esto —dijo; y yendo al otro lado de la habitación, descorrió una cortina de goma, dejando al descubierto la cara de vidrio de un acuario empotrado en la pared. Jeremías se aproximó a mirar.

En la verdosa y sombría transparencia había dos enormes peces suspendidos, las bocas casi tocándose, inmóviles en todo lo que no fuera la accidental vibración de algunas de las aletas y el rítmico jadeo de las agallas. A unos centímetros de sus

inmóviles ojos, ascendía incesantemente un rosario de burbujas, camino de la luz, y en todo su contorno el agua aparecía Espasmódicamente plateada por el rápido movimiento de otros peces menores. Sumidos en aquel éxtasis sin pensamientos, los monstruos no paraban atención en ello.

—Carpas —iba explicando el doctor Obispo—; carpas de los viveros de un castillo de Franconia. Había olvidado cuál fuera su nombre; pero estaba en algún sitio no lejos de Bamberg. La familia había venido a menos; pero los peces eran bienes hereditarios no transferibles. Jo Stoyte tuvo que gastar un montón de dinero para hacer que robaran estas dos y poder sacarlas de contrabando del país, mediante un automóvil especialmente construido, que tenía un depósito de agua preparado debajo del asiento trasero. Treinta kilogramos pesaba cada una; eran de cerca de metro y medio; y aquellos anillos que llevaban en la cola fueron fechados en 1761.

—El principio de mi período —murmuró Jeremías en un repentino acceso de interés. 1761 era el año de *Fingal*. Se sonrió a sí mismo; la yuxtaposición de las carpas y Osian, las carpas y el poeta favorito de Napoleón, las carpas y los primeros vislumbres del crepúsculo céltico, le proporcionaban un gozo peculiar. ¡Qué delicioso asunto para uno de sus breves ensayos! Veinte páginas de erudición y despropósito; de sacrilegio perfumado de espliego; de irreverencia erudita delicadamente canallesca, por los muertos, tanto ilustres como no ilustres.

Pero el doctor Obispo no le permitía seguir en paz el hilo de sus pensamientos. Montado infatigablemente en su caballito, comenzó de nuevo—. Allí estaban las carpas —iba diciendo, y señalaba a los enormes peces—; de cerca de dos siglos de edad; en la más perfecta salud; sin manifestar síntomas de envejecimiento; sin razón manifiesta para no continuar lo mismo durante tres o cuatro siglos más. Allí estaban ellas y allí estaba usted. —Se volvió acusador hacia Jeremías—. Allí estaba usted sólo de edad mediana y ya calvo, ya corto de vista, ya falto de aliento; desdentado ya en cierto grado; incapaz de mantener el esfuerzo físico prolongado; crónicamente estreñido (¿va usted a negármelo?) con la memoria no tan buena como solía; la digestión caprichosa; el vigor decadente —digo—, si es que no ha decaído ya por completo.

Jeremías se esforzaba por sonreír, y, a cada nuevo punto, inclinaba la cabeza, en lo que parecía ser un signo de divertido asentimiento. Interiormente se retorcía con un sentimiento mezcla de angustia, ante aquella harto verídica diagnosis, y de enojo contra el diagnosticador, por el despiadado despego científico que mostraba. El hablar uno mismo con humorística depreciación de su propio envejecimiento era cosa muy distinta que oírselo decir por alguien que maldito el interés que por uno tenía, si no era considerado como un animal, que daba la casualidad que no se parecía a un pescado. Sin embargo, continuó siempre asintiendo y sonriendo.

—Aquí está usted —repitió el doctor Obispo al final de su diagnosis—, y ahí

estaban las carpas. ¿Cómo era que usted no ha sabido arreglárselas fisiológicamente tan bien como ellas? ¿Exactamente dónde, cómo y por qué había usted cometido la equivocación que le había despojado de los dientes y el cabello y que le conduciría en unos breves años a la tumba?

El viejo Mechnikoff se había hecho las mismas preguntas y en atrevida tentativa había procurado darles una respuesta. Todo cuanto había dicho era un error: la fagocitosis no se producía; la autointoxicación intestinal no era la sola causa de senilidad; los neuronófagos eran monstruos mitológicos; el beber leche no era causa material bastante a prolongar la vida; mientras que, por otra parte, la supresión del intestino grueso, la acortaba materialmente. ¡Con una risita rememoró las operaciones tan en boga antes de la guerra! ¡Señoras y caballeros ancianos privados del colon y por ende obligados a evacuar cada tantos minutos, como los canarios! Y todo para nada, sin necesidad de que se diga; porque, desde luego, la operación cuyo objeto era prolongarles la vida hasta los cien años acababa con ellos en un par. El doctor Obispo echó para atrás su lustrosa cabeza y dejó escapar una de aquellas broncíneas carcajadas que eran en él la reacción natural a todo relato de humana estupidez que viniera a resultar en la desgracia. ¡Pobre Mechnikoff!, siguió diciendo mientras se limpiaba las lágrimas producidas por la hilaridad. Perfectamente equivocado. Y sin embargo, seguramente no tan equivocado como muchos habían creído. Equivocado, sí, en suponer que todo era cuestión de éxtasis intestinal y autointoxicación. Pero probablemente acertado al pensar que el secreto estaba por allá, por el intestino. Por allá, por el intestino, repetía el doctor Obispo; y, lo que era más, él creía que estaba sobre la pista.

Hizo una pausa y permaneció un rato en silencio repiqueteando con los dedos sobre el vidrio del acuario. Posadas entre aire y cieno las dos añosas carpas, pendían en la verdosa transparencia, inconscientes de su presencia. Los peores animales del mundo en lo experimental —dijo con tono mezcla de resentimiento y sombrío orgullo—. Nadie tiene derecho para hablar de dificultades técnicas si no ha trabajado con peces. Aunque se trate de la más simple operación; era cosa de pesadilla. ¿Había usted tratado jamás de mantener las agallas convenientemente húmedas mientras la tenía anestesiada en la mesa de operaciones? O, ¿variando el procedimiento, a verificar la operación dentro del agua? ¿Se había propuesto usted alguna vez determinar el metabolismo básico de un pez, o tomarle un electrocardiograma del funcionamiento del corazón, o medir su presión sanguínea? ¿Había usted tratado jamás de analizarles la excreta? Y, si era así, ¿sabía usted lo difícil que era, incluso, recogerla? ¿Había usted intentado jamás estudiar la química digestiva y la asimilación de un pescado? ¿Determinar el estado de su sangre bajo condiciones diferentes? ¿Medir la velocidad de sus reacciones nerviosas?

—No, usted no lo había intentado —dijo el doctor Obispo con menosprecio—, y

aunque lo hubiera intentado, no tenía derecho a quejarse de nada.

Corrió la cortina cubriendo a los peces, tomó a Jeremías por el brazo y lo condujo a los ratones.

—Mírelos —dijo señalando a una colección de jaulas sobre un anaquel superior.

Jeremías los miró. Los ratones de que se trataba eran exactamente igual que todos los ratones.

—¿Qué les pasa? —preguntó.

El doctor Obispo se echó a reír.

—Si estos animales fueran seres humanos —dijo con aire dramático— pasarían todos ellos de los cien años de edad.

Y comenzó a hablar con gran rapidez y entusiasmo de alcoholes grasos y de la fauna intestinal de la carpa. Pues el secreto estaba allí, la clave de todo el problema de la senilidad y la longevidad. Allí entre los esteroles y la flora peculiar del intestino de la carpa.

¡Aquellos esteroles! (El doctor Obispo frunció el ceño y sacudió la cabeza al pensar en ellos). Siempre relacionados con la senilidad. El caso más obvio era, por supuesto, el del colesterol. La edad senil de un animal podía definir se como la edad de la acumulación del colesterol en las paredes de las arterias. El tiocianato de potasio parecía disolver la acumulación. Los ratones en estado senil solían mostrar signos de rejuvenecimento cuando se les trataba con el tiocianato. Lo mismo pasaría con los seres humanos. Pero, aquí tenemos de nuevo, no por mucho tiempo. El colesterol de las arterias era evidentemente una de las dificultades. Pero, al fin y al cabo, el colesterol era sólo uno de los esteroles. Era un grupo muy íntimamente relacionado el de aquellos alcoholes grasos. Se transformaban uno en otro muy fácilmente. Pero si hubiera usted leído la obra del viejo Scheneeglock y todo aquello que publicaron en Upsala, se hubiera usted enterado de que ciertos esteroles eran definitivamente venenosos; mucho más que el colesterol, incluso en grandes acumulaciones. Longbotham había incluso sugerido la idea de cierta relación entre los alcoholes grasos en la vida de animales tales como la carpa. Aquél había sido su trabajo del año último. Sus investigaciones le habían convencido de dos o tres cosas: primero, que los alcoholes grasos en la carpa no se acumulaban en cantidad excesiva; segundo, que no se transformaban en los más venenosos de los esteroles; y tercero, que tanto el uno como el otro género de inmunidad se debía a la naturaleza peculiar de la flora intestinal de la carpa. ¡Qué flora! El doctor Obispo gritó con entusiasmo. ¡Tan rica, tan maravillosamente varia! Todavía no había logrado aislar el organismo que proporcionaba a la carpa su inmunidad para envejecer, ni acababa de entender el mecanismo químico que implicaba. No obstante, el hecho principal era cierto. De un modo o de otro, ora combinados, ora aislados, aquellos organismos conseguían que los esteroles de los peces no se volvieran venenosos. Por eso la carpa lograba vivir un

par de centenares de años sin dar señales de envejecimiento.

¿Sería posible transferir la flora intestinal de la carpa al intestino de los mamíferos? Y, acaso de ser así, ¿se lograrían por ello los mismos resultados químicos y biológicos? Eso era lo que había estado tratando de descubrir en los últimos meses. Sin éxito alguno, en un principio, últimamente, sin embargo, había aplicado una nueva técnica, técnica que protegía la flora del progreso digestivo y le daba tiempo de adaptarse él las nuevas e inusitadas condiciones. Había arraigado. El efecto producido en los ratones había sido inmediato y significativo. La senectud se había detenido, incluso revertido. Fisiológicamente los animales eran más jóvenes de lo que fueran hacía dieciocho meses lo menos; más jóvenes a su edad comparativa de ciento, que habían sido a su edad comparativa de sesenta.

Afuera en el corredor empezó a sonar un timbre eléctrico. Era la hora del almuerzo. Salieron los dos de la habitación y anduvieron hacia el ascensor. El doctor Obispo continuaba hablando.

—Los ratones, —según decía—, eran aptos a mostrarse un tanto engañosos. Ahora había empezado a probar la cosa con animales de mayor tamaño. Si era verdaderamente eficaz para los perros y los mandriles, había de serlo para el tío Jo.

CAPÍTULO VI

La mayor parte de los muebles del comedor pequeño provenían del Pabellón de Brighton. Cuatro dragones dorados sostenían la lacada mesa, y otros dos de la misma materia servían de cariátides al delantero de la chimenea. Era el sueño Regencia del suntuoso Oriente. La especie de figura, reflexionaba Jeremías al sentarse en una silla de escarlata y oro, la especie de figura que la palabra «Cathay» hubiera evocado en la mente de Keats, por ejemplo, o en la de Shelley, o en la de Byron; del mismo modo que aquella encantadora «Leda» de Etty, que había allá enfrente, junto a «La Anunciación» de Fra Angélico, era la exacta encarnación de sus quimeras en materia de mitología pagana, era aquélla una ilustración auténtica (y se reía interiormente al pensarlo) de las odas a psiquis y la Urna Griega, de *Endymion* y de *Prometeo desencadenado*. En las costumbres, pensamientos, sentimientos e imaginaciones de una época, participan todos cuantos en ella viven y obran; todos, desde el bracero hasta el genio. La Regencia es siempre la Regencia, tanto cuando se toma la muestra del fondo del cesto como cuando se toma de encima. El hombre que en 1820 cerrara los ojos tratando de ver con la imaginación ventanales mágicos que abrieran sobre las espumas de un mar de fantasía, ¿qué es lo que habría de ver? Los torreones del Pabellón de Brighton. El pensamiento hizo sonreír a Jeremías para sí, con agrado. ¡Etty y Keats, Brighton a Percy Bysshe Shelley; qué asunto más delicioso! Mucho mejor aún que las carpas y Osián; mejor por cuanto que Nash y el Príncipe Regente eran mucho más cómicos que el más añoso de los peces. Pero como motivo de conversación durante la comida, el mejor de los temas carece de valor, cuando no hay nadie con quien se pueda tratar de él. Y ¿quién de los presentes, se preguntaba Jeremías, quién de los presentes en aquella habitación desearía o sería capaz de tratar con él de tal asunto? No el señor Stoyte; seguramente que no la señorita Maunciple, ni las dos jóvenes que habían venido de Hollywood a comer con ella; no el doctor Obispo, que gustaba más de los ratones que de los libros; no Pedro Boone, quien probablemente ignoraba la existencia de libros que pudieran gustarle. La única persona de quien pudiera esperarse que mostrara interés alguno en las manifestaciones del espíritu encarnado en la última parte de la época georgiana era un individuo que le había sido presentado con el nombre del doctor Heriberto Mulge, D. F. y D. D. T., Director del Colegio Tarzana. Pero por el momento el doctor Mulge peroraba con rico numen y algo así como pulpitesca elocuencia acerca del nuevo auditorium que el señor Stoyte había regalado al colegio y que en breve se había de inaugurar. El doctor Mulge era un hombre corpulento y guapo, con una voz que en nada desdecía; voz al par sonora y suave, untuosa y timbrada. Su perorar era lento, más sostenido y aparentemente interminable. Con frases henchidas de equivalentes

sonoros de letras mayúsculas, procedía a asegurar al señor Stoyte y a todo el que tuviera gusto de oírle, que constituiría una verdadera inspiración para los chicos y chicas de Tarzana reunirse en el magnífico edificio nuevo para la realización de sus Actividades Públicas Comunes. El Club Innominado, por ejemplo; el Deleite en lo más Selecto del Drama y de la Música. Sí; ¡una inspiración! El nombre de Stoyte sería recordado con amor y veneración por las sucesivas generaciones de Alumnos y Alumnas del Colegio; podría decirse que sería recordado por siempre; que era el auditorium un *monumentum aere perennius*. Huella en las Arenas del Tiempo; definitivamente una Huella. Y ahora, continuaba el doctor Mulge entre bocado y bocado de pollo a la crema, ahora la Urgente Necesidad de Tarzana era una nueva Escuela de Arte. Porque, téngase en cuenta, el Arte, según ahora se iba descubriendo, constituía una de las más potentes fuerzas educativas. El Arte es el aspecto bajo el cual, en este nuestro siglo veinte, se manifiesta más claramente el Espíritu Religioso. El Arte era el medio por el cual la Personalidad lograba desenvolver y manifestar las Propias Potencias Creativas, y…

—¡Retuétano! —dijo, para sí, Jeremías—. ¡Carámbano! —se sonrió con tristeza al pensar que había esperado hablar a aquel imbécil de la relación que había entre Keats y el Pabellón Brighton.

Pedro Boone se hallaba separado de Virginia por la más rubia de las amigas de ésta, procedente de Hollywood; así es que sólo podía mirarla por entre un primer término de carmín y párpados, de trenzas de oro y de un denso y casi visible perfume de gardenias. Para cualquiera otro este primer término hubiera, tal vez, resultado un sí es no es perturbador; pero para Pedro valía tanto como si hubiera sido de puro barro. Sólo le atraía lo que había al otro lado del primer término; aquel exquisitamente breve labio superior; aquella naricita, que le daba a uno ganas de llorar al mirarla; tan elegante, impertinente, ridícula y angelical era; aquella larga melena florentina de lucientes cabellos trigueños; aquellos ojos amplios y ampliamente abiertos, en cuya superficie parpadeaba el buen humor, sombreados por azules profundidades que, él estaba seguro, eran cielos de infinita ternura, mares insondables de femenina sabiduría. Estaba tan enamorado de ella que en el lugar del corazón no sentía más que un doloroso desaliento, una oquedad que solamente ella podía llenar.

En el ínterin ella conversaba con la rubia primer término acerca de la ocupación que le había caído en el Cosmopolitan Permutter Studio. Se trataba de una película titulada *Dilo con medias*, en la cual la primer término desempeñaba el papel de una muchacha rica recién presentada en sociedad, que se larga de su casa para abrirse camino en la vida por sí sola, se hace danzarina de las que se desnudan en escena, en un campo minero del Oeste, y acaba casándose con un boyero que luego resulta ser hijo de un millonario.

—Me parece un argumento estupendo —dijo Virginia—. ¿No lo cree usted así, Pedro?

Pedro lo creía así; estaba presto a creer todo cuanto ella quisiera que creyese.

—Eso me recuerda a España —manifestó Virginia. Y mientras Jeremías, que había estado fisgoneando en la conversación, trataba anhelosamente de imaginar qué curso de asociaciones la había conducido desde *Dilo con medias* a la guerra civil: si es que había sido Cosmopolitan·Permutter, antisemitismo, nazis, Franco; o bien, aristócrata, guerra de clases, Moscú, Negrín; o desnudarse en escena, modernismo, radicalismo, republicanos; mientras que él especulaba vanamente de esta manera, Virginia prosiguió rogando al joven que les contara algo de lo que había hecho en España; y; como él objetara vacilante, ella insistió, porque era tan emocionante, porque la primer término nunca había oído hablar de ello; porque en una palabra, ella lo quería.

Pedro obedeció. Y de un modo medio articulado, con un vocabulario compuesto de frases vulgares y gráficas y adornado por interjecciones y gruñidos del vocabulario —según reflexionaba Jeremías mientras escuchaba subrepticiamente por entre los resquicios de rimbombante elocuencia del doctor Mulge—, característicamente escuálido y empobrecido a que se ven condenados la mayor parte de los jóvenes ingleses y americanos ante el temor de aparecer insaciablemente distinguidos, indemocráticamente superiores o inadecuadamente intelectuales, comenzó a describir sus experiencias como voluntario de la brigada internacional durante los días heroicos de 1937. Era una narración conmovedora. Entre el lenguaje irremediablemente impropio, pudo adivinar Jeremías el entusiasmo del joven en pro de la libertad y de la justicia; su valentía; el cariño que sentía por sus camaradas; su nostalgia, incluso en la proximidad de aquel breve labio superior, incluso en medio del enfrascamiento de las investigaciones científicas, por la vida de aquellos hombres unidos en la devoción de una causa, unificados en presencia de las penalidades, de los peligros comunes, de la muerte inminente.

—¡Que si lo eran! —repetía una y otra vez—. ¡Muchachas estupendos!

Todos ellos lo eran: Knud, que le había salvado la vida un día allá en Aragón; Antón y Mack y el pobrecillo Dino, que habían muerto en el frente; Andrés, el cual perdió una pierna; Jan, que tenía mujer y dos hijos; Fritz, que se pasó seis meses en un campo de concentración; y todos los demás, la más excelente colección de muchachos del mundo. Y ¿qué era lo que él había hecho después de todo? Sólo ir a contraer unas fiebres reumáticas y luego miocarditis; lo que era tanto como cesar en el servicio activo; no hacer otra cosa que no fuera haraganear y andar tumbándose por todas partes. Por eso había venido, dijo en tono de excusa. Pero ¡vaya si lo había sido! ¡Verdaderamente excelente mientras duró! Aquella vez, por ejemplo, que salió con Knud por la noche para trepar a un precipicio en la oscuridad, y en que habían

sorprendido a todo un pelotón de moros, y habían matado a media docena de ellos, volviendo luego a la posición con una ametralladora y tres prisioneros…

—Y ¿qué es lo que opina usted del Trabajo Creativo, señor Pordage?

Sorprendido en su flagrante desatención, Jeremías se estremeció viéndose cogido.

—¿El trabajo creativo? —barbulló, tratando de ganar algún tiempo—. ¿El trabajo creativo? Bueno, desde luego, que uno está decididamente por él. Definitivamente —insistió.

—Mucho me alegro de oírselo decir —dijo el doctor Mulge—, porque *eso es* precisamente lo que quiero en Tarzana. Trabajo creativo, más creativo cada vez. ¿Quieren ustedes que les diga cuál es mi mayor ambición?

Ni el señor Stoyte ni Jeremías le dieron contestación alguna; pero a pesar de ello el doctor Mulge procedió a decírselo.

—Pues es convertir a Tarzana en el centro vivo de la Nueva Civilización que empieza a florecer aquí en el Oeste. —Elevó la grande y carnosa mano en señal de aseveración—. La Atenas del siglo veinte se encuentra a punto de emerger aquí en el área metropolitana de Los Ángeles. Quiero que Tarzana sea al par su Partenón y su Academia; su Stoa y su Templo de las Musas a un mismo tiempo. La Religión, el Arte, la Filosofía, la Ciencia; quiero que todas ellas hallen su acomodamiento en Tarzana, que irradien su influencia desde nuestro claustro por…

A la mitad de su relación acerca de los moros y el precipicio, se dio cuenta Pedro de que la primer término era la única que le escuchaba. La atención de Virginia se había desviado, subrepticiamente en un principio, franca y manifiestamente después, atraída hacia su izquierda, en donde el doctor Obispo estaba diciendo algo a la menos rubia de sus dos amigas, casi al oído.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Virginia.

El doctor Obispo se inclinó hacia ella y comenzó de nuevo. Las tres cabezas, negra y lustrosa de aceite, la una, morena y de afiligranados rizos la otra, y de un trigueño luciente la última, casi se tocaban. En la expresión de sus rostros veía Pedro que el doctor les estaba contando uno de sus cuentos verdes. Aliviada por un momento ante la sonrisa que le prodigara, un ratito hacía, al pedirle que les contara algo de España, la angustia que sentía en aquella jadeante oquedad en que hubiera de haber tenido el corazón, volvía a afligirle con redoblada intensidad. Era el suyo un dolor complicado, compuesto de celos y desesperanzada sensación de menoscabo y personal desmerecimiento, del temor de que su ángel se corrompiera y de otro temor, más profundo aún, que su conciencia rehusaba formular, y que era el de que no hubiera ya mucho que corromper, de que el ángel no fuera tan angélico como su amor le había hecho suponer. El hilo de su narración quedó cortado de improviso. Se quedó callado.

—Bueno, y ¿qué pasó entonces? —inquirió la primer término con un ansia y una

expresión de venerante admiración por el héroe, que otro joven cualquiera hubiera encontrado exquisitamente aduladora.

Él sacudió la cabeza.

—¡Oh, nada de particular!

—Pero aquellos moros…

—¡Demonios! —dijo él con impaciencia—. ¿Qué importa, de todos modos?

Sus palabras fueron anegadas en una violenta explosión de hilaridad que despidió a las tres conspiratorias cabezas, la negra, la castaña y la encantadora trigueña, cada una por su lado. Levantó los ojos hasta Virginia y vio un rostro descompuesto por el regocijo. ¿De qué?, se preguntaba a sí mismo con angustia, tratando de abarcar la corrupción a que ella había llegado y con sintética y abreviada memoria pasó revista rápida en su imaginación a todos los cuentos de sus días de estudiante, a todos los chistes y bromas procaces que jamás oyera.

¿Sería aquella que recordaba la que le hacía reír? ¿O bien aquella otra? ¿O sería aquélla, Dios *mío?* Esperaba y rogaba porque no fuera *aquélla*; y cuanto más esperaba y rogaba tanto más cierto se sentía de que sin duda había sido *aquélla*.

—… y sobre todo —iba diciendo el doctor Mulge— el Trabajo Creativo en las Artes. De aquí la imperiosa necesidad de una nueva Escuela de Arte, una Escuela de Arte digna de Tarzana, digna de las más elevadas tradiciones de…

Las agudas carcajadas de las muchachas hicieron explosión hasta el límite que los *tabús* sociales permitían. El señor Stoyte se volvió vivamente en la dirección de que provenía el ruido.

—¿De qué se trata? —preguntó con suspicacia. No iba él a consentir que su Nena escuchara indecencias. Él era contrario a las indecencias cuando se estaba en compañía de otras personas, casi tan sinceramente como su abuela la darbiana lo había sido—. ¿A qué viene todo ese ruido?

El doctor Obispo fue quien respondió. Les había contado un cuento jocoso que había oído por radio, explicó con la suave cortesía que era en él una especie de sarcasmo. Algo que era extraordinariamente divertido. Quizá el señor Stoyte gustaría de que se lo repitiera.

El señor Stoyte dio un feroz gruñido y volvió la cabeza.

Una mirada al rostro enfurruñado de su anfitrión convenció al doctor Mulge de que sería mejor posponer la disquisición acerca de la Escuela de Arte para otra ocasión más propicia. Era un contratiempo; pues le había parecido a él que había ido por buen camino. Pero ¡vaya! así eran las cosas. El doctor Mulge era un presidente de colegio crónicamente lanzado a la búsqueda de dotaciones; conocía bien a los ricos. Sabía, por ejemplo, que semejantes a los gorilas, eran criaturas no fácilmente domesticables, profundamente suspicaces y que alternaban el aburrimiento con el mal humor. Tenía uno que acercárseles con precaución, manipularlos con suavidad y

astucia sin límites. Y aun así, a veces, se ponían feroces de improviso y le enseñaban a uno los dientes. La mitad de su vida de experiencia con banqueros, magnates del acero y embaladores de carne le había enseñado al doctor Mulge a tomar contratiempos como el de hoy con paciencia verdaderamente filosófica. Con lucido ingenio y mostrando en su amplio rostro imperio romano una sonrisa, se volvió a Jeremías.

—Y ¿qué nos dice usted del clima californiano, señor Pordage? —preguntó.

Mientras tanto Virginia había notado la expresión de la cara de Pedro y adivinado inmediatamente la causa de sus tribulaciones. ¡Pobre Pedro! Pero realmente, si es que se creía que ella no tenía otra cosa que hacer que estar siempre oyendo lo que él tuviera que contarle de aquella insulsa guerra de España… y ¡cuando no era España era el laboratorio!; y lo que hacían allí era vivisección, que era una cosa horrible; porque después de todo, cuando uno cazaba, los animales tenían alguna ocasión de escapar, especialmente si uno tenía mala puntería, como ella tenía; aparte de que la caza estaba llena de emociones y le sentaba a una tan admirablemente andar por allá arriba, por las montañas, con el aire tan bueno que corría; mientras que Pedro los seccionaba allá bajo en el subterráneo… No, si es que se creía que ella no tenía cosa mejor que hacer, estaba muy equivocado. De todas maneras era un chico simpático; y ¡vaya si estaba enamorado! Era agradable tener en torno a uno personas que sentían de aquella manera por una; la hacía a una sentirse mejor. Aunque a veces podía resultar un poco fastidioso. Porque se llegaban a creer que tenían algún derecho sobre una; se figuraban con derecho a decirle a una ciertas cosas y meterse en lo que una hacía. No es que Pedro hiciera eso, tal y como suena; pero tenía una manera de mirarla a una… algo así como haría un perro que de repente empezara a criticarla a una por tomarse otro cocktail. Diciéndolo con los ojos, como Hedy Lamar; sólo que no era lo mismo que Hedy decía con los suyos; en realidad todo lo contrario. Ahora mismo era todo lo contrario; y ¿qué era lo que ella había hecho? Fastidiarse con aquella insulsez de la guerra y escuchar lo que Segis estaba diciendo a María Lou. Bueno, todo cuanto ella podía decir era que no iba a consentir que nadie se metiera con la manera en que ella escogía vivir su propia vida. Aquello era cosa suya. ¡Vaya! Era tan insoportable, de la manera como la miraba ahora, como el tío Jo, o su madre, o el padre O’Reilly. Sólo que, desde luego, ellos no se contentaban con mirar; ellos decían las cosas. No es que él lo hiciera con mala intención, claro. ¡Pobre Pedro! No era más que un crío, completamente cándido, y, por añadidura, enamorado como si fuera un crío; como aquel muchacho estudiante de la última película de Deanna Durbin. ¡Pobre Pedro!, repitió de nuevo en su pensamiento. Era dura su suerte; pero el caso era que ella no se había jamás sentido atraída por aquel muchacho grande y rubio a lo Cary Grant. No era su flaco; nada más que ésa era la causa. Le era simpático; y disfrutaba de que estuviera enamorado de ella. Pero ahí paraba todo.

Al otro lado del ángulo de la mesa se cruzaron sus miradas, le sonrió deslumbradoramente, y le invitó, para luego, después de comer, si es que podía disponer de media horita, a que fuera a enseñarles, a ella y a las muchachas, a lanzar la herradura.

CAPÍTULO VII

La comida terminó al fin: los concurrentes se marcharon cada uno por su lado. El doctor Mulge tenía una cita: en Pasadena para ver a la viuda de un fabricante de géneros de goma, quien tal vez diera treinta mil dólares para un nuevo dormitorio de niñas. El señor Stoyte se fue en su coche a Los Angeles, donde tenía la acostumbrada reunión de consejo del viernes por la tarde y varias entrevistas de negocios. El doctor Obispo tenía que operar a unos conejos y marchó al laboratorio para preparar los instrumentos. Pedro tenía que revisar una colección de revistas científicas, pero, en el ínterin, aprovechó unos cuantos minutos de felicidad en compañía de Virginia. Y en cuanto a Jeremías, no hay ni qué decir; allí estaban los documentos Hauberk. Experimentaba una sensación casi de alivio físico, el sentimiento de que volvía a casa con los suyos, al volver a la bodega. La tarde pasó sin sentir. ¡Cuán deliciosa, cuán provechosamente! A las tres horas había dado con otra colección de cartas de Molinos, entre los libros de cuentas y cartas de negocios. Asimismo habían salido los tomos tercero y cuarto de *Felicia*. Y también una edición ilustrada de *Le Portier des Carmes*; y encuadernado como un libro de oraciones, salió también un ejemplar de la más peregrina de las obras del Divino Marqués, *Les Cent-Vingt Jours de Sodome*. ¡Qué tesoro! ¡Qué inesperada fortuna! O quizá, por lo que reflexionaba Jeremías, no tan inesperada como todo eso teniendo en cuenta la historia de la familia Hauberk. Pues, por la fecha de los libros, era lo probable que hubieran pertenecido al quinto conde; aquel que gozara del título por más de medio siglo, y que muriera de más de noventa años, bajo Guillermo IV, sin haber logrado regenerarse. Dado el carácter del anciano conde no había razón alguna para sorprenderse al encontrar un depósito de pornografía; en realidad lo que había era razones para esperar más.

El buen humor de Jeremías se acrecentaba con cada nuevo descubrimiento. Lo que era en él siempre un indudable signo de felicidad, comenzó a tararear las tonadillas que estuvieron en boga durante su infancia. Molinos le evocó «¡Tara-rara bum-di-ey!». *Felicia* y *Le Portier des Carmes* participaron del aire romántico de «La Madreselva y la Abeja». Y en cuanto a *Les Cent-Vingt Jours*, que jamás había leído anteriormente, ni siquiera visto un ejemplar, el hallazgo le produjo tal regocijo que, cuando por mera bibliográfica rutina levantó la eclesiástica cubierta esperando dar con el ritual anglicano, y se encontró con la prosa fríamente elegante del marqués de Sade, no pudo por menos de prorrumpir en «La Rosa y el Anillo», canción que su madre le enseñara a repetir cuando sólo tenía tres años y que le había quedado como símbolo de regocijo o asombro infantil, como la sola reacción perfectamente adecuada a cualquier imprevista merced, a cualquier sorpresa providencialmente afortunada.

¡Qué gusto que da comerse una tarta!
¡Mi gusto sería que no se acabara!

Y afortunadamente no se había acabado, ni aun empezado; el libro estaba todavía por leer, las horas de entretenimiento e instrucción se extendían delante de él aún. Al recordar la punzada de celos que sintiera allá arriba en la piscina, se sonrió con indulgencia. Que el señor Stoyte se las compusiera con todas las chicas que quisiera; un retazo bien escrito de pornografía del siglo dieciocho valía más que cualquier Maunciple. Cerró el tomo que sostenía en la mano. El realce de la marroquinería era austeramente elegante; sobre el lomo, en oro estampado, que los años apenas si habían deslustrado, aparecían las palabras «El Libro de la Oración Común». Lo colocó con las demás curiosidades en un ángulo de la mesa. Cuando hubiera terminado el trabajo de la tarde, se llevaría consigo a su habitación la colección completa.

—¡Qué gusto que da comerse una tarta! —canturreó para sí mientras abría otro envoltorio de papeles, y luego—, «Cuando en la tarde de estío la madreselva florece, y natura se adormece…». Aquel gusto wordsworthiano por la naturaleza le proporcionaba siempre un placer especial. La nueva colección de papeles resultó ser un manojo de correspondencia entre el quinto conde y algunos whigs prominentes, respecto al cercamiento de tres mil acres de terreno comunal a beneficio del primero. Jeremías los introdujo en un archivador, escribió una breve descripción preliminar del contenido en una tarjeta, colocó el archivador en un armario y la tarjeta en el fichero, y, metiendo de nuevo el brazo en el cajón de las sorpresas, agarró otro envoltorio. Cortó la atadura.

—Tú eres mi madre, madre, madreselva, yo soy la abeja.

Qué hubiera pensado el doctor Freud de aquello, era lo que él se preguntaba. Los folletos anónimos contra el deísmo eran un fastidio; los arrojó a un lado. Pero allí había un ejemplar de «Grave Llamamiento» de Law, con notas manuscritas de Eduardo Gibbon; y aquí las cuentas rendidas al quinto conde por un tal señor Rogers de Liverpool: cuentas de gastos y beneficios de tres expediciones negreras que el conde había ayudado a sufragar. El segundo de los viajes, por lo que se desprendía, había resultado particularmente fructuoso; sólo había perecido algo menos del quinto del cargamento en el camino, y los precios que se habían logrado en Sabana habían compensado con mucho los gastos. El señor Rogers rogaba se sirviera hallar adjunta una letra por diecisiete mil doscientas veinticuatro libras once chelines y cuatro peniques. Escrita en Venecia y en italiano, otra carta anunciaba al mismo conde la aparición en el mercado de un «María Magdalena» de medio cuerpo del Ticiano, a un precio que el corresponsal italiano describía como irrisorio. Varias ofertas se habían preguntado; pero por respetuosa consideración al tan sabio cuan ilustre *cognoscente*

inglés, el vendedor esperaría hasta recibir una respuesta de su señoría. A pesar de lo cual, su señoría obraría con buen consejo al no demorar demasiado la respuesta, pues, de otro modo…

Eran las cinco; el sol se hallaba ya bajo en el cielo. Vestida de calcetín y zapato blanco, calzón corto blanco también, gorra de náutica y un suéter de seda rosa, había venido Virginia a ver dar de comer a los mandriles.

Con el motor parado, su rápido automovilillo rosado se encontraba estacionado a un lado de la calzada, unos diez o doce metros por encima de la jaula. En compañía del doctor Obispo y de Pedro había bajado para ver más de cerca a los animales.

Exactamente enfrente de donde ellos se encontraban, sobre una plataforma de roca artificial, había un mandril madre, sentado y sosteniendo en sus brazos el descarnado y desmoronado cadáver de un pequeñuelo, que no quería abandonar aun cuando hacía ya unos quince días que había muerto. De vez en cuando, con intenso y mecánico afecto, lamía el cadáver. La enérgica presión de la lengua arrancaba mechones de pelo verdoso e incluso pedazos de pellejo. Delicadamente, con los negros dedos, se quitaba los pelos de la boca y comenzaba de nuevo. Encima de ella, a la entrada de una pequeña gruta, dos machos jóvenes comenzaron de pronto a pelearse. El ambiente se llenó de chillidos y ladridos y castañetear de dientes. Luego, uno de los combatientes salió corriendo, y el otro, al momento, se olvidó por completo de la pelea y se dedicó a la búsqueda de costras de caspa sobre su propio pecho. A la derecha, en otra plataforma de roca, un formidable macho viejo de coriáceo hocico, de pelo gris raído, a semejanza de un predicador anglicano del siglo diecisiete, montaba la guardia ojo avizor sobre una sumisa hembra. Tan pronto como se atrevía a moverse sin su consentimiento, la mordía; y mientras tanto, con las ventanas de la nariz que se abrían al extremo del truncado hocico encarnadas, miraba continuamente de un lado para otro con los negros ojillos llenos de vigilante desconfianza. Pedro tomó una patata de la cesta que llevaba y se la arrojó; luego una zanahoria y luego otra patata. Produciendo un breve destello con las nalgas magenta, el viejo mandril se lanzó de su percha sobre un montículo artificial, agarró la zanahoria y mientras se la comía se zampó una patata en el carrillo derecho, otra en el carrillo izquierdo; luego mordisqueando aún la zanahoria, se acercó a la alambrada en espera de más. La costa estaba despejada. El macho joven que se había estado buscando la caspa vio de pronto la ocasión propicia. Chillando de entusiasmo saltó sobre la peana en que, demasiado asustada para seguir a su dueño, había quedado la hembra en cuclillas. A los diez minutos se hallaban copulando.

Virginia palmoteó de gusto.

—¡Qué cucos que son! —gritó—. ¡Qué *humanos!*

Otro estallido de gritos y ladridos casi ahogó sus palabras.

Pedro interrumpió la distribución de comida para decir que hacía algún tiempo

que no había visto al señor Propter, y que qué les parecía si bajaban todos juntos a hacerle una visita.

—De la jaula simiesca a la dehesa Propter —dijo el doctor Obispo— y de la dehesa Propter a la casa Stoyte y a la perrera Maunciple. ¿Qué te parece, angelito?

Virginia arrojaba patatas al macho viejo, y se las arrojaba de tal modo que le indujeran a volver sus pasos hacia su plataforma en que dejara a su hembra. Tenía la esperanza de atraerlo lo bastante cerca de aquel punto, para que tuviera ocasión de ver cómo lo pasaba su compañera en su ausencia.

—Sí, vamos a ver al bueno de Proptercito —dijo sin volver el rostro.

Arrojó otra patata a la jaula. Con una sacudida de su raída pelambre, el mandril se arrojó sobre ella; pero en vez de levantar la vista y coger *in fraganti* a su señora con el galán, el exasperante animal se volvió inmediatamente a la alambrada, pidiendo más.

—¡Viejo estúpido! —gritó Virginia, y esta vez le arrojó la patata directamente a la cara dándole en plena nariz. Se echó a reír y se volvió a sus acompañantes—. Me es simpático el bueno de Proptercito —dijo—. A veces me asusta un poquillo; pero me es simpático.

—Perfectamente —dijo el doctor Obispo—, vamos a arrancar de sus cuarteles al señor Pordage ahora, sobre la marcha.

—Sí, vamos a buscar a Marfilito —asintió Virginia, palpándose sus rizos trigueños, como refiriéndose a la calvicie de Jeremías—. ¡Es tan monino! ¿No les parece?

Dejando a Pedro que continuara dando de comer a los mandriles, subieron a la calzada y después una escalinata al otro extremo, que conducía hasta las ventanas excavadas en la roca, de la habitación de Jeremías. Virginia empujó, abriendo la vidriera.

—Marfil —llamó—, venimos a estorbarle.

Jeremías trató de murmurar alguna galantería humorística, pero se quedó cortado a la mitad de la frase: se acordó de repente de la pila de curiosa literatura que había puesto en el ángulo de la mesa. Levantarse en aquel momento y poner los libros en el armario era tanto como llamar la atención sobre ellos; carecía de periódicos con que cubrirlos y no tenía a mano otros libros con que mezclarlos. ¡No había nada que hacer! Nada que no fuera esperar que sucediera lo mejor. Lo esperó fervientemente; y casi en el mismo momento sucedió lo peor. Ociosamente, impulsada tan sólo por la necesidad de acción muscular y sin el más leve objeto, cogió Virginia un tomo de Nerciat, lo abrió por uno de sus intencionadamente detallados grabados, lo miró, abrió los ojos y lo volvió a mirar y exhaló un estertor de sobreexcitado asombro. El doctor Obispo dio una ojeada y gritó a su vez; luego prorrumpieron ambos en enormes carcajadas.

Jeremías permaneció en su asiento sumido en afligida turbación, sonriendo alejado, mientras ellos le preguntaban si era *así* como pasaba el tiempo, si era *aquello* lo que estudiaba. ¡Por qué habrían de ser las personas tan fastidiosas, pensaba él, tan deplorablemente faltas de sutileza!

Virginia giró las hojas hasta dar con otra ilustración. Nuevamente se produjo una exclamación de gozo y asombro al par que de incredulidad. ¿Era posible? ¿Podría en realidad hacerse así? Leyó casi deletreando el rótulo que había al pie del grabado: «*La volupté frappait à toutes les portes*;» luego sacudió la cabeza con petulancia. No había de qué; no lo entendía. Aquellas lecciones de la Escuela Superior… simplemente piojosas; eso era lo que podía decir de ellas. No le habían enseñado nada que no fuera un montón de sandeces acerca de *le crayon de mon oncle y savez-vous planter le chou*. Ella siempre había dicho que estudiar no era más que desperdiciar el tiempo; aquello era una prueba. ¿Y por qué habrían de haber escrito aquello en francés, de todos modos? Al pensar que las deficiencias del sistema educativo del Estado de Oregón tal vez le impidieran por siempre leer a Andrea de Nerciat, las lágrimas le vinieron a los ojos. ¡Era una verdadera desgracia!

Una idea brillante se le ocurrió a Jeremías. ¿Por qué no ofrecerse a traducirle el libro de viva voz y frase tras frase, como un intérprete en una reunión de Consejo de la Sociedad de Naciones? Eso es, ¿por qué no? Cuanto más lo pensaba tanto mejor le parecía la idea. Se decidió y estaba considerando cuál era el modo más feliz de poner en palabras su ofrecimiento, cuando el doctor Obispo tomó el volumen que Virginia tenía en la mano calladamente, recogió los otros tres volúmenes de la misma obra, y con ellos *Le Portier des Carmes* y *Les Cent-Vingt Jours de Sodome*, y se zampó toda la colección en el bolsillo exterior de su chaqueta.

—No te apures —le dijo a Virginia—, yo te los traduciré. Volvamos ahora a los mandriles. Pedro se estará preguntando qué nos habrá sucedido. Vamos allá, señor Pordage.

En silencio, pero con la sangre hirviéndole tanto en reproche de su propia ineficiencia como de indignación ante la desfachatez del doctor, Jeremías los siguió por la ventana y luego escaleras abajo.

Pedro había vaciado la cesta y se había apoyado contra la alambrada, siguiendo con interés los movimientos de los animales que al otro lado había. Cuando sus compañeros se le acercaron se volvió hacia ellos. Su rostro joven y agradable irradiaba entusiasmo.

—¿Sabe usted, doctor? —dijo—. Creo que produce efecto.

—¿Qué es lo que produce efecto? —preguntó Virginia.

La sonrisa que Pedro devolvió como respuesta estaba embellecida de felicidad. Pues, ¡oh, cuán feliz era! Doble y triplemente feliz. Con la dulzura del subsiguiente comportamiento, Virginia le había resarcido del dolor que le infligiera al dejar de

escucharle a él para escuchar aquel cuento verde. Y después de todo quizá no fuera verde; quizá no lo fuera porque cuando se volvió de nuevo a él, su rostro tenía toda la expresión de aquel niño de la Biblia ilustrada de casa, aquel niño de mirada tan inocente y bonachona del que decía Jesús: «De éste es el Reino de los Cielos». Y no era eso solamente la causa de su felicidad. Lo era también, porque aquellos cultivos de la flora intestinal de la carpa parecía realmente como si empezaran a obrar en los mandriles en que se había probado.

—Creo que están más vivos —explicó— y su pelaje está más lustroso.

El hecho le producía una satisfacción casi tan grande como la que le producía la presencia de Virginia allí en la transfigurante riqueza de la luz crepuscular, como la que le producía el recuerdo de su dulzura, la alentadora convicción de su consustancial inocencia. En cierto oscuro modo, el rejuvenecimiento de los mandriles y la adorabilidad de Virginia le parecían en realidad guardar una profunda conexión; conexión no sólo entre sí, sino también al mismo tiempo con la España leal y el antifascismo. Tres cosas distintas y sin embargo una sola y misma cosa… Había unos versos que aprendiera en la escuela… ¿Cómo decían?

No te amara, mi bien, como te amo
Si primero no amara esto o lo otro
(no recordaba por el momento qué).

Nada había que él amara *primero* que a Virginia. Pero su inconmensurable amor por la ciencia y la justicia, por las investigaciones que llevaba a cabo y por los muchachos que quedaron allá en España, ponían algo de hondura en el amor que por ella sentía y, por paradójico que pareciera, lo hacían más sincero.

—Bueno, ¿qué les parece si nos ponemos en marcha? —sugirió al fin.

El doctor Obispo miró su reloj pulsera.

—Se me había olvidado —dijo— que he de escribir unas cartas antes de cenar. Veo que tendré que ver al señor Propter algún otro rato.

—¡Oh, qué lástima! —Pedro hizo cuanto pudo por dar a su tono y expresión la cordialidad de un sentimiento de que no participaba. En realidad estaba encantado. Admiraba al doctor Obispo, lo tenía por un notable investigador; pero no lo consideraba la clase de persona con quien hubiera de juntarse una persona joven e inocente como Virginia. Temía el verla bajo la influencia de tanto cinismo y endurecimiento. Además, en todo lo que se refería a sus relaciones con Virginia, el doctor Obispo estaba siempre en medio.

—Es una lástima —volvió a decir, y la intensidad de su regocijo fue tal que echó a correr gallardamente por las escaleras que conducían del cercado de los mandriles a la calzada; y tan de prisa corrió que el corazón comenzó a palpitarle y a fallarle.

¡Maldita fiebre reumática!

El doctor Obispo dio un paso atrás para dejar paso a Virginia, y al hacerla así se golpeó con la mano el bolsillo donde llevaba *Les Cent-Vingt Jours de Sodome* y le guiñó el ojo. Virginia se lo guiñó en respuesta y siguió a Pedro escaleras arriba.

Unos minutos después, el doctor Obispo andaba calzada arriba y los demás calzada abajo. O, más exactamente, Pedro y Jeremías andaban, mientras que Virginia, para quien la idea de usar las piernas propias con el fin de trasladarse de un lugar a otro cualquiera era prácticamente inimaginable, iba sentada en su cochecillo color de fresa a la crema, con una mano afectuosamente posada en el hombro de Pedro, dejándose llevar cuesta abajo por la fuerza de la gravedad.

El ruido de los mandriles fue apagándose tras ellos. En el próximo recodo del camino estaba la ninfa de Giambologna, siempre infatigablemente chorreando agua de sus pulidos pechos. Virginia cortó de pronto su conversación acerca de Clark Gable para decir en el justamente indignado tono de un vice cruzado:

—No puedo imaginarme por qué el tío Jo permite que eso esté ahí. ¡Es repugnante!

—¿Repugnante? —profirió Jeremías con asombro.

—¡Repugnante! —repitió ella con énfasis.

—¿Le parece a usted mal por su falta de ropa? —preguntó, recordando al mismo tiempo aquellas dos reducidas asíntotas de desnudez que ella misma llevara allá en la piscina.

Ella agitó la cabeza impaciente.

—Es el modo como sale el agua. —Hizo un gesto como si hubiera comido algo nauseabundo—. Me parece horrible.

—Pero ¿por qué? —insistió Jeremías.

—Porque es horrible —fue todo cuanto pudo explicar.

Hija de su edad, que era la edad, por lo que a este punto se refiere, del biberón y del anticoncepcionismo, se sentía ultrajada por aquella monstruosa obra de indelicadeza de otro tiempo. Era simplemente horrible; eso era cuanto podía decirse acerca de ello. Se volvió hacia Pedro y continuó su conversación acerca de Clark Gable.

Frente a la entrada de la gruta, estacionó Virginia su coche. Los albañiles habían dado fin a su obra y se habían marchado; la gruta estaba vacía. Virginia se enderezó la gorra náutica, que llevaba ladeada a lo golfo, en señal de respeto; luego subió corriendo los escalones, se detuvo en el umbral para santiguarse, y entrando, se arrodilló unos instantes delante de la imagen. Sus acompañantes aguardaron en silencio en el camino junto a la entrada.

—Nuestra Señora se portó tan bien conmigo cuando tuve la fístula el verano pasado —explicó Virginia a Jeremías al emerger de nuevo—. Por eso le hice al tío Jo

construir la gruta. ¿Verdad que fue magnífico cuando vino el arzobispo para la consagración? —añadió volviéndose hacia Pedro.

Pedro afirmó con la cabeza.

—No he vuelto a tener ni trazas de un constipado desde que Ella está aquí —continuó Virginia volviendo a sentarse en el cochecillo. En su rostro se leía una clara expresión de triunfo; toda victoria de la Reina de los Cielos era al mismo tiempo un éxito para Virginia Maunciple. Luego repentinamente y sin aviso, como si estuviera ejecutando una prueba para la pantalla y hubiera recibido orden de manifestar fatiga y autoconmiseración, se pasó una mano por la frente, suspiró profundamente y con tono de honda melancolía y desaliento, profirió:

—De todos modos me siento bastante cansada esta tarde. Me parece que he estado demasiado al sol después de comer. Creo que me valdrá más ir a acostarme un ratito. —Y afectuosamente, pero con gran firmeza, rehusó el ofrecimiento de Pedro de volver con ella al castillo, dio media vuelta al cochecillo poniéndolo cuesta arriba, brindó al joven una última y particularmente encantadora, casi amorosa sonrisa, y dijo—: Adiós, Pedrín —y dando gas al motor salió disparada con creciente velocidad y un redoble de explosiones por la curvada pendiente perdiéndose de vista. Cinco minutos después estaba en su *boudoir* componiendo un arlequín de chocolate y plátano en la fuente de agua carbónica. En una silla dorada, tapizada de satén *couleur fesse de nymphe*, el doctor Obispo leía en voz alta, traduciendo al paso, el primer tomo de *Les Cent-Vingt Jours*.

CAPÍTULO VIII

El señor Propter se hallaba sentado en un banco bajo el más copudo de los eucaliptos. Al oeste las montañas no eran ya más que una continua silueta que se destacaba contra el cielo crepuscular, pero frente a él, hacia el norte, las vertientes superiores vivían aún en luz y sombra, en rosicler dorado y honduras de índigo. En primer término, el castillo se había revestido de una túnica inefable de inusitado esplendor romántico. El señor Propter miró hacia él, hacia las montañas y hacia arriba, por entre las inmóviles frondas, a la palidez del firmamento; luego entornó los ojos y de modo insonoro se repitió la respuesta que el cardenal Berulle diera a la pregunta: «Qué es el hombre». Hacía ya más de treinta años, cuando escribió su estudio del cardenal, que había leído por vez primera aquellas palabras. Aun entonces le impresionaron por el esplendor y precisión de su elocuencia. Durante el lapso de tiempo transcurrido y el crecer de la experiencia habían llegado a parecerle más que elocuentes; habían adquirido cada vez más ricas acepciones, más profundo significado.

—¿Qué es el hombre? —musitó para sí mismo—. *C'est un néant environné de Dieu, indigent de Dieu, capable de Dieu, et rempli de Dieu, s'il veut*. Una nada circundada por Dios, indigente y capaz de Dios, henchida de Dios, si es que quiere.

Y ¿qué es ese Dios de que los hombres son capaces? El señor Propter se contestó con la definición que diera John Tauler en el primer párrafo de su «Observancia de Cristo»: Dios es un ser separado de las criaturas, una potencia independiente, una función pura.

El hombre es, pues, una nada circundada por, e indigente de un ser separado de las criaturas, una nada capaz de potencia independiente, henchido de una función pura, si es que quiere. Si es que quiere, se vio el señor Propter arrastrado a reflexionar con súbita y un tanto amarga tristeza. Pero ¡cuán contados hombres lo desean jamás, o, aun deseándolo, saben jamás qué desear o cómo desearlo! El recto conocimiento apenas si es más raro que la mantenida buena voluntad de obrar sobre él. De los pocos que buscan a Dios, la mayoría hallan en su ignorancia sólo reflejos tales como los que proyecta la propia porfía en la forma del Dios de las batallas, el Dios del pueblo escogido, el Fiador de nuestras oraciones, el Salvador.

Desviado hasta este punto en lo negativo, el señor Propter se vio conducido, de una en otra falla de vigilancia, a la aún menos provechosa preocupación de las concretas y particulares miserias del día. Recordó su entrevista con Hansen, que era el encargado de la finca que en el valle poseía Jo Stoyte. El trato que Hansen daba a los temporeros inmigrantes que venían a recolectar la fruta era aun peor de lo que se acostumbra. Aprovechándose de su número y de su desesperada necesidad, les había

rebajado el salario. En los naranjales se las había arreglado de manera para hacer que los niños trabajaran todo el día al sol, a razón de dos o tres centavos la hora. Y cuando daban de mano a la jornada, las casas que les esperaban eran una hilera de infectas pocilgas en el terreno baldío de la ribera. Por las tales pocilgas cobraba Hansen un alquiler de diez dólares al mes. Diez dólares al mes por tener el privilegio de helarse o sofocarse; de dormir en asquerosa promiscuidad; de ser pasto de chinches y piojos; de adquirir oftalmía, o tal vez el anquilostoma del duodeno, o quizás disentería. Y, con todo, Hansen era una persona muy decente: un hombre que hubiera sentido desazón e indignación al ver que se hacía daño a un perro; que hubiera corrido a proteger a una mujer maltratada, o a un niño gemebundo. Cuando el señor Propter le hizo parar atención en esto, se enrojeció de ira.

—Eso es diferente —dijo.

El señor Propter trató de averiguar por qué era diferente.

Hansen le dijo que cumplía con su deber.

Pero ¿cómo iba a ser su deber tratar a los niños peor que si fueran esclavos e inocularles el anquilostoma?

Era su deber para con la finca. Nada de cuanto hacía lo hacía por su propia cuenta.

Pero ¿por qué era diferente obrar mal por cuenta de otro que obrar mal por cuenta propia? El resultado en cualquier caso era el mismo. Las víctimas no sufren menos cuando se les inflige un mal en nombre de un deber, que en nombre de lo que uno considera sus propios intereses.

Esta vez la ira hizo explosión en violentas injurias. El señor Propter se daba cuenta de que era aquélla la ira propia de un hombre bien intencionado, pero estúpido, que se ve forzado contra su propia voluntad a hacerse a sí mismo indiscretas preguntas acerca de lo que ha venido haciendo como cosa de cajón. Él no quiere en modo alguno hacerse estas preguntas, ya que sabe que de hacerlas, se verá o bien forzado a continuar obrando de la misma manera, pero con la cínica conciencia de que obra mal, o bien, si no desea ser cínico, a cambiar por completo su norma de vida, a fin de poner en armonía su deseo de obrar bien con la verdad de los hechos tal y como se manifiestan en el proceso de autointerrogación. Para la mayor parte de las personas, un cambio radical de conducta es aún más odioso que el cinismo. La única coyuntura de eludir el dilema estriba en persistir a toda costa en la ignorancia que le permite a uno proseguir obrando mal, con la consoladora creencia de que, al hacerla así, cumple uno con su deber; su deber para con la compañía, para con los accionistas, para con la familia, para con la ciudad, para con el Estado, para con la patria, para con la Iglesia. Pues, por supuesto, que el caso de Hansen no era en modo alguno único; en menor escala, y por ende con menos posibilidades de hacer mal, obraba como los funcionarios y estadistas y prelados que pasan por la vida

sembrando la miseria y la destrucción en nombre de sus ideales y bajo el mandato de sus imperativos categóricos.

Bueno, no había logrado gran cosa que dijéramos de Hansen, era lo que concluía el señor Propter tristemente. Tendría que probar de nuevo con Jo Stoyte. Anteriormente Jo se había negado a escucharle, fundándose en que sus fincas eran cosa de la incumbencia de Hansen. La sustitución era tan cómoda que, según preveía, le habría de ser muy difícil combatirla con éxito.

Sus pensamientos erraron de Hansen y Jo Stoyte a la familia de temporeros recientemente llegada de Kansas, a la que había proporcionado una de sus cabañas. Los tres niños mal alimentados, con la dentadura echada ya a perder; la mujer consumida por sabe Dios qué complicación de dolencias, caída ya profundamente en apatía y debilidad; el marido, en quien se alternaban el resentimiento y la autoconmiseración, la violencia y el mal humor.

Había ido con el hombre a coger algunas verduras y un conejo para que la familia cenara. Allí sentado, mientras despellejaba el conejo, hubo de escuchar explosiones de incoherentes quejas e indignación. Quejas e indignación contra el mercado de trigo que se había hundido cada vez que él empezaba a medrar. Contra los bancos de que tomara dinero prestado y a los que no pudiera pagar después. Contra las sequías y los vientos que habían reducido su granja a ciento sesenta acres de yermo polvoriento. Contra la suerte que siempre le había sido adversa. Contra las gentes que tan vilmente le trataran toda su vida y dondequiera.

¡Cuento harto tristemente familiar! Con variaciones de poca monta lo había ya escuchado miles de veces. A veces se trataba de aparceros de más al sur, desposeídos por los propietarios en el desesperado esfuerzo de resarcirse con la cosecha. Otras, como en el caso presente, habían poseído su propia parcela y habían sido desposeídos, no por los financieros, sino por las fuerzas de la naturaleza; fuerzas que ellos convirtieran en destructivas por arrancar la hierba y no plantar otra cosa que trigo. Otras veces se trataba de braceros desplazados por los tractores. Todos ellos vinieron a California como a la tierra prometida; y California los había reducido a la condición de peones trashumantes y los iba transformando rápidamente en intocables. Solamente un santo, reflexionaba el señor Propter, solamente un santo podía ser peón y paria con impunidad, pues que solamente un santo aceptaría aquel estado con alegría y como si lo hubiera elegido en el ejercicio de su libre albedrío. La pobreza y el sufrimiento ennoblecen sólo cuando son voluntarios. La pobreza y el sufrimiento involuntarios hacen a los hombres peores. Más fácil es a un camello pasar por el ojo de una aguja que al hombre involuntariamente pobre entrar en el reino de los cielos. Aquí, por ejemplo, teníamos a aquel pobre diablo de Kansas. ¿Cuál había sido su reacción para con la pobreza y el sufrimiento involuntarios? por lo que al señor Propter le era dable juzgar, hallaba compensación a sus desgracias mostrándose brutal

con quienes eran más débiles que él mismo. Aquel modo como gritaba a las criaturas… Era un síntoma a que estaba harto acostumbrado.

Cuando el conejo estuvo despellejado y destripado, el señor Propter había interrumpido el monólogo de su compañero.

—¿Sabe usted cuál es el versículo más insensato de la Biblia? —le preguntó de improviso.

Asustado y evidentemente un tanto alarmado, el de Kansas había sacudido la cabeza.

—Es éste —le había dicho el señor Propter enderezándose y dándole el conejo muerto—: «Me odiaron sin motivo».

Bajo el eucalipto, el señor Propter suspiró tediosamente. Señalar a los desgraciados que en parte, a lo menos, eran muy ciertamente responsables de sus propias desgracias; explicarles cómo la ignorancia y la insensatez no eran menos severamente castigadas por la naturaleza que la maldad deliberada: éstas no eran jamás tareas agradables. Jamás eran agradables, pero por lo que se le alcanzaba, eran siempre necesarias. Porque ¿qué esperanza, se preguntaba a si mismo, qué resquicio de esperanza, por leve que sea, queda para el hombre que cree verdaderamente que «me odiaron sin motivo» y que no tiene parte en la causa de sus calamidades? Evidentemente, no queda esperanza alguna. Vemos, por la mera fuerza bruta de los hechos, que las calamidades y los odios nunca se producen sin causa; asimismo vemos que cuando menos algunas de las tales causas, suelen encontrarse bajo el dominio de quienes padecen las calamidades o son objeto de los odios. En cierta medida son directa o indirectamente responsables. Directamente, mediante la comisión de actos insensatos o malévolos. Indirectamente, por la omisión de ser lo compasivos o inteligentes que les es dable ser. Y si incurren en tales omisiones, es generalmente porque prefieren conformarse irreflexivamente con las normas de vida locales y la corriente manera de vivir. Los pensamientos del señor Propter retornaron al pobre hombre de Kansas. Pagado de sí, sin duda poco agradable para los vecinos, y, por añadidura, granjero incompetente; pero no era eso todo: su más grave delito consistió en aceptar el mundo en que se encontraba como normal, racional y justo. Como todos los demás, había permitido a los propagandistas aumentar sus necesidades; se había acostumbrado a igualar la felicidad con las posesiones, y la prosperidad con el dinero que gastar. Como todos los demás había abandonado toda idea de cultivo para la subsistencia, para pensar exclusivamente en términos de cosecha transformable en dinero; y había seguido pensando de la misma manera incluso cuando la cosecha no le producía dinero alguno. Luego, como todos los demás se había empeñado con los bancos. Y finalmente, como todos los demás también, había venido a aprender que lo que los peritos venían diciendo hacía una generación, era la pura verdad: en terreno semiárido la hierba es la que mantiene el

suelo; arrancadla y el suelo se deshará. A su tiempo se había deshecho.

El de Kansas era actualmente un peón y un paria; y la experiencia lo convertía en un hombre peor aún de lo que era.

San Pedro Claver era otro de los históricos personajes a quienes el señor Propter había dedicado uno de sus estudios. Cuando los barcos negreros entraban en el puerto de Cartagena, Pedro Claver era el único hombre blanco que se atrevía a entrar en la cala. Allí, en medio del inenarrable hedor y el calor de la sentina, entre el vaho del pus y de los excrementos, cuidaba de los enfermos, curaba las úlceras producidas por las manillas de los esposados, sostenía en sus brazos a los que se habían dejado llevar de la desesperación y les hablaba palabras de consuelo y afecto; y entremedias les hablaba de sus pecados. ¡*Sus* pecados! El humanitario moderno hubiera reído, de no haberse horrorizado. Y sin embargo, tal era la conclusión a que gradual y frecuentemente había llegado el señor Propter, y sin embargo, San Pedro Claver tenía probablemente razón. No toda la razón, desde luego; pues obrando con imperfecto conocimiento, ningún hombre, por bien intencionado que sea, puede tener razón más que parcialmente. Pero toda la razón, sin embargo, que pudiera esperarse de un buen hombre saturado de la filosofía católica de la contrarreforma. Razón al insistir en que, sean las que fueren las circunstancias en que se encuentre, el ser humano ha de contar siempre con omisiones que corregir y con omisiones cuyos efectos han de ser neutralizados en lo posible. Razón en creer que sienta bien, incluso a aquellos contra quienes más brutalmente se ha pecado, recordar los propios defectos.

La concepción del mundo de Pedro Claver tenía el defecto de ser errónea, pero el mérito de ser simple y de dramáticos efectos. Supuesto un Dios personal, dispensador de perdones; supuesto el cielo y el infierno y la realidad absoluta de la personalidad humana; supuesto el mérito de las meras buenas intenciones y la fe incuestionable en un sistema de opiniones incorrectas; supuesta la única iglesia verdadera; supuesta la intercesión sacerdotal, la magia de los sacramentos; supuestas todas estas cosas, era de verdad harto fácil convencer de sus pecados incluso a los esclavos recién importados y explicar exactamente el modo en que ellos podían remediados. Pero de no existir un único libro divinamente inspirado, la única Santa Iglesia, la intercesión sacerdotal y la magia de los sacramentos, cuando no hay un Dios personal a quien aplacar para que perdone las ofensas; cuando, incluso en el mundo moral, sólo existen causas y efectos y una enorme complejidad de entremezcladas relaciones; entonces, evidentemente, la tarea de decir a las gentes cómo hayan de remediar sus errores, se hace mucho más difícil. Pues en tal caso, todo individuo es requerido a desplegar no sólo vigilante buena voluntad, sino también vigilante y jamás adormecida inteligencia. Y no es esto todo. Pues si la individualidad no es absoluta, si la personalidad es ilusoria ficción de una porfiada voluntad, desastrosamente ciega a la realidad de una conciencia ultrapersonal, de la que es limitación y negación,

entonces los esfuerzos de todo ser humano deben dirigirse, en último curso, a la actualización de esta conciencia ultrapersonal. De modo que ni aun la inteligencia es suficiente como auxiliar de la buena voluntad; preciso es que exista la reminiscencia que aspire a trascender y transformar la inteligencia. Muchos son los llamados, mas pocos los escogidos; que pocos son los que sepan siquiera en qué consiste la salvación. Consideremos de nuevo al de Kansas… El señor Propter sacudió la cabeza con tristeza. Todo conspiraba contra el pobre hombre: su fundamentalista ortodoxia, su herido e inflamado egotismo, su nerviosa irritabilidad, su baja inteligencia. Las tres primeras contrariedades tal vez fuera posible desterrarlas; pero ¿era posible remediar en modo alguno la cuarta? La naturaleza de las cosas es implacable con la debilidad. «Al que no tiene, aun lo poco que tiene le será quitado». Y ¿qué venían a querer decir aquellas palabras de Spinoza? «El hombre tal vez sea disculpable, sin que por ello deje de ser atormentado de muchas maneras, ha de perecer de necesidad siendo caballo y no hombre». De todos modos, es menester que haya algo que hacer por individuos como el de Kansas, algo que no implique el uso de dañosas falsedades acerca de la naturaleza de las cosas. La falsedad, por ejemplo, de que hay una persona allá en lo alto, o la otra falsedad más moderna referente a que los humanos valores son absolutos y que Dios es la nación o el partido de la totalidad de la raza humana. Seguramente, insistía el señor Propter, seguramente que hay algo que hacer por tales gentes. El de Kansas había comenzado por resentirse de lo que él le dijera acerca de la concatenación de causas y efectos, de toda la trama de relaciones; se había resentido como de un insulto personal. Pero después, cuando vio que no se le culpaba, que no había la más leve intención de echarle nada en cara, había comenzado a mostrar interés, a considerar que, después de todo, había algo de verdad en ello. Poco a poco tal vez fuera posible ayudarle a pensar un poco más realísticamente, a lo menos acerca del mundo de la vida cotidiana, el mundo exterior de las apariencias. Y cuando esto se hubiera logrado, tal vez no le fuera tan abrumadoramente difícil pensar un tanto más realísticamente acerca de sí mismo, concebir el omnímodamente importante propio ego como una ficción, especie de pesadilla, una nada frenéticamente agitada y capaz, una vez que su frenesí se hubiera aquietado, de henchirse de Dios, de un Dios concebido y experimentado como una conciencia ultra personal, como una potencia independiente, como una función pura; ser apartado… De pronto, al volver de este modo a su punto de partida, el señor Propter se dio cuenta del prolongado rodeo, del inútil camino que había recorrido para llegar a él. Había venido a sentarse en aquel banco bajo el eucalipto con el fin de recoger sus pensamientos, con el fin de verificar por un momento la existencia de aquella otra conciencia que se escondía tras de sus particulares pensamientos y sentimientos, aquella potencia independiente y pura, más extensa que la propia. A esto vino; pero los recuerdos se habían entrometido en el momento que dejó de estar

alerta; las especulaciones surgieron, nube tras nube, como bandadas de pájaros marinos que se alzaran de sus nidos para oscurecer y eclipsar la luz del sol. La vida de la personalidad es cautiverio, y por él el ego personal, la lucha con inagotables recursos y la más porfiada astucia. El precio de la libertad es la vigilancia eterna; y él había dejado de estar alerta. No era, reflexionaba con tristeza, que el espíritu quisiera y la carne fuera flaca. Ésta era una antítesis equívoca por completo. El espíritu quería siempre; pero la persona, que es alma al par que cuerpo, era constantemente renuente; y la persona, de paso sea dicho, no es flaca, sino extremadamente vigorosa.

Miró de nuevo las montañas, la palidez del cielo entre la fronda, las suaves irisaciones bermejas, rosadas, purpúreas y grisáceas del tronco del eucalipto; luego, una vez más, cerró los ojos.

—Una nada circundada de Dios, indigente de Dios y henchida de Dios, si el hombre quiere. Y ¿qué es Dios? Un ser separado de las criaturas, una potencia independiente, una función pura.

Su vigilancia dejó gradualmente de ser un acto de voluntad, el deliberado apartamiento de pensamientos impertinentes, de sentimientos y deseos personales. Pues, poco a poco, estos pensamientos, deseos y sentimientos se habían ido posando cual cenagoso sedimento en cántaro de agua, y, al posarse, su vigilancia quedó libre para transformarse en una especie de conciencia desprendida sin esfuerzo, al par intensa y callada, alerta y pasiva; conciencia cuyo objeto eran las palabras que anteriormente dijera, y al mismo tiempo lo que rodeaba a las palabras. Pero lo que rodeaba a las palabras era el acto mismo de conciencia; pues aquella vigilancia convertida ahora en un acto de conciencia sin esfuerzo, ¿qué era si no un aspecto y parcial expresión del impersonal y no conturbado conocimiento en que cayeran las palabras y en el que lentamente se iban sumiendo? Y al sumirse iban adquiriendo nueva significación para el acto de conciencia que por su propio impulso las seguía en la profundidad; significación nueva, no en relación con las entidades que las palabras connotaran, sino en el modo como eran comprendidas, el cual había perdido su carácter intelectual para adquirir el intuitivo y directo de tal manera que la naturaleza del hombre en su potencialidad y de Dios en la actualidad eran intuidas por una a modo de experiencia sensible, por una especie de participación inmediata.

La activa nada de su ser se experimentaba a si misma como trascendida en la capacidad sensible de paz y pureza, para el apartamiento de la repulsión y el deseo, para la dichosa emancipación de la personalidad…

El ruido de pasos que se acercaban le hizo abrir los ojos. Pedro Boone y aquel inglés junto al que se había sentado en el coche, venían senda adelante hacia su asiento bajo los eucaliptos. El señor Propter levantó la mano en señal de bienvenida y sonrió. Sentía cariño hacia Pedro. Había en él inteligencia natural y no menos natural bondad; poseía sensibilidad, generosidad y una espontánea decencia de impulso y

reacción. ¡Cualidades encantadoramente bellas! La lástima era que, por sí solas y sin la dirección del recto conocimiento acerca de la naturaleza de las cosas, como estaban, fueran tan impotentes para el bien, tan inadecuadas para cosa alguna que un hombre razonable pudiera llamar salvación. Oro fino, pero aún en la mina, sin beneficiar, sin trabajar. Tal vez algún día aprendiera el muchacho a emplear aquel oro. Habría de desearlo primero; y desear también desaprender una multitud de cosas que a la sazón consideraba evidentes y justas. Le sería difícil; tan difícil, aunque por diversas razones, como al pobre diablo de Kansas.

—Bien, Pedro —exclamó—, venga y siéntese aquí conmigo. Veo que ha traído usted al señor Pordage; me alegro. —Se corrió al centro del banco a fin de que pudieran sentarse uno a cada lado—. Qué, ¿ha visto usted ya al ogro? —le dijo a Jeremías señalando en la dirección del castillo.

Jeremías hizo un guiño y asintió con la cabeza.

—Me acordé del nombre con que lo motejaban en la escuela —dijo—; eso hizo la cosa más llevadera.

—Pobre Jo —dijo el señor Propter—. A la gente gorda se la suele suponer tan feliz. Pero ¿a quién supo bien jamás que se le tomara por el hazmerreír? ¡Lo graciosos que a veces resultan y lo que bromean a costa propia! Viene a ser una especie de coartada y profilaxis. Se vacunan con el propio ridículo para no reaccionar con excesiva violencia contra los demás.

Jeremías sonrió. Se sabía de memoria la lección.

—Es un buen medio —dijo— en situaciones desagradables.

El señor Propter asintió.

—Pero infortunadamente —dijo— da la casualidad que no es el medio que empleara Jo. Jo pertenecía al género de gordos que echa la cosa a baladronadas; a la especie de los que luchan; a la clase que o bien intimida o bien protege. A los que gustan de gallardear y dárselas de guapos. Él era de los que compran la popularidad convidando a las muchachas a helados, aun cuando hubiera de hurtar para ello unos centavos de la bolsa de su abuela; de los que siguen con lo mismo aunque se les descubra y crean, como les dicen, que irán a parar al infierno. El pobre Jo ha pertenecido toda su vida a ese género de gordos. —Señaló una vez más en dirección al castillo—. Ése es el monumento que ha erigido a su deficiente glándula pituitaria. Y ahora que hablamos de pituitarias —continuó volviéndose a Pedro—: ¿Cómo sigue el trabajo?

Pedro pensaba melancólicamente en Virginia, preguntándose por la centésima vez por qué los habría dejado, si es que él la habría ofendido, si es que se encontraría realmente cansada, o si habría alguna otra razón para ello. Cuando el señor Propter mencionó el trabajo levantó la vista y su rostro se iluminó.

—Marcha a las mil maravillas —replicó, y, en rápidas y vehementes frases,

extraña mezcolanza de vulgarismos y tecnicismo, explicó al señor Propter los resultados alcanzados con los ratones, y cómo, según parecía, empezaban a surtir efectos con los mandriles y los perros.

—Y caso de obtener el éxito apetecido —preguntó el señor Propter— ¿qué es lo que les sucede a los perros?

—Pues que prolongarán la vida —respondió Pedro con aire triunfal.

—Sí, sí, eso ya lo sé —contestó su interlocutor—. Lo que deseo saber es algo distinto. El perro es un lobo que no ha alcanzado completo desarrollo. Tiene más semejanza con el feto del lobo que con el lobo adulto; ¿no es así?

Pedro asintió.

—Por decirlo de otro modo —continuó el señor Propter—, es un animal manso y tratable, por no haber alcanzado jamás la edad de la ferocidad. ¿No es éste, según se supone, uno de Los mecanismos del desenvolvimiento evolutivo?

Pedro asintió de nuevo.

—Existe una especie de equilibrio glandular —explicó—; luego se produce una alteración y lo echa a un lado. Así se obtiene un nuevo estado de equilibrio que retarda la marcha del desenvolvimiento. Se sigue creciendo; pero con tal lentitud que le agarra a uno la muerte antes de que uno haya dejado de ser como el feto de sus tatarabuelos.

—Exactamente —dijo el señor Propter—. Así es que ¿qué es lo que sucede cuando se prolonga la vida de un animal cuya evolución ha seguido ese camino?

Pedro se echó a reír y se encogió de hombros.

—Me parece que vamos a tener que esperar para verlo —contestó.

—Resultaría un tanto intranquilizador que los perros siguieran creciendo para crecer hacia atrás.

Pedro volvió a reír divertido.

—¡Habría que imaginar a las viudas perseguidas por el propio pequinés! —dijo.

El señor Propter lo miró con curiosidad y permaneció callado, cual si esperase que Pedro continuara en sus comentarios. Los nuevos comentarios no llegaron.

—Me alegro de que te divierta tanto —dijo. Luego se volvió a Jeremías—. «No es el crecer», si mal no recuerdo, «no es crecer cual corpulentos árboles, lo que ha de hacer mejores a los hombres».

—«O vivir como el roble, tres centurias» —dijo Jeremías sonriendo con el placer que una adecuada cita siempre le proporcionaba.

—¿Qué será de nosotros dentro de tres centurias? —especuló el señor Propter—. ¿Será de suponer que siga usted siendo todavía erudito y caballero?

Jeremías tosió y se palpó la calva.

—Seguramente que habrá uno dejado de ser caballero —respondió—, casi me atrevería a decir que ha empezado uno a dejar de serlo ya, gracias a Dios.

—¿Pero el erudito seguirá adelante?

—Hay una copiosa cantidad de libros en el Museo Británico.

—Y usted, Pedro —dijo el señor Propter—, ¿cree usted que seguirá usted entonces con las investigaciones científicas?

—¿Por qué no? ¿Qué va a impedir que siga uno con ellas por siempre? —contestó el joven con énfasis.

—¿Por siempre? —repitió el señor Propter—. ¿No cree usted que llegará a cansarse un tanto? Experimento tras experimento. O bien libro tras libro —añadió en un aparte a Jeremías—. Generalizando, maldita la cosa tras maldita la cosa. ¿No cree usted que eso llegaría a consumir un tanto la inteligencia?

—No veo por qué —dijo Pedro.

—¿No le preocupa el tiempo, pues?

Pedro sacudió la cabeza.

—¿Por qué habría de preocuparme?

—¿Por qué no habría de preocuparle? —dijo el señor Propter sonriéndole, con divertida afabilidad—. El tiempo es cosa un tantillo pesada, ¿sabe usted?

—No lo es cuando uno no teme morir o envejecer.

—Sí lo es —insistió el señor Propter— aun cuando uno no tenga miedo. Es una pesadilla en sí mismo; intrínsecamente una pesadilla, si es que comprende usted lo que quiero decir.

—¿Intrínsecamente? —Pedro lo miró con actitud perpleja—. No veo lo que quiere decir —dijo—. ¿Intrínsecamente una pesadilla…?

—Una pesadilla conjugada en el tiempo presente, por supuesto —intervino Jeremías—. Pero si uno lo toma en estado fósil, en el estado de los documentos Hauberk, por ejemplo… —y dejó la frase por terminar.

—¡Ah, muy agradable! —dijo el señor Propter conviniendo con la apuntada conclusión—. Pero, aun así, la historia no es lo que más importa. El tiempo pasado no es más que el mal a distancia; y, desde luego, el estudio del tiempo pretérito tiene también su curso en el tiempo. La catalogación de fragmentos fósiles del mal jamás dejará de ser otra cosa que un *Ersatz* de la experiencia de eternidad.

Miró con curiosidad a Pedro, dudando cómo el muchacho reaccionaría con respecto a lo que decía. El bucear como lo hacía en la misma entraña de la cuestión, tomar como punto de partida el mismísimo centro y corazón del misterio, era un tanto arriesgado; se corría el peligro de no suscitar otra cosa que no fuera aturdimiento, o lo que era lo mismo, airada burla. Pedro, por lo que notaba, se hallaba más próximo a lo primero que a lo segundo; pero era el suyo un aturdimiento que atemperaba el interés; parecía como si quisiera dar con el significado de todo aquello.

En el ínterin, Jeremías empezaba a sentir que la conversación tomaba un giro de lo menos apetecible.

—¿De qué es de lo que estamos tratando, hablando con precisión? —preguntó con acrimonia—. ¿De la Nueva Jerusalén?

El señor Propter le sonrió alegremente.

—No se preocupe —dijo—, no mencionaré una palabra de arpas ni de alas.

—Bueno, eso ya es algo —dijo Jeremías.

—Nunca he derivado gran satisfacción de discursear sin sentido —continuó el señor Propter—. Me gusta que las palabras que empleo tengan cierta relación con los hechos. Por eso me interesa la eternidad; la eternidad psicológica; porque es un hecho.

—Quizás lo sea para usted —dijo Jeremías en un tono que daba a entender que las personas más civilizadas no sufrían de tales alucinaciones.

—Lo es para cualquiera que se avenga a cumplir las condiciones bajo las cuales puede experimentarse.

—Y ¿por qué ha de avenirse nadie a cumplirlas?

—¿Por qué ha de avenirse nadie a ir a Atenas a ver el Partenón? Porque merece la pena la incomodidad. Y lo mismo es cierto de la eternidad. La experiencia del bien fuera del tiempo vale todo el esfuerzo que implica.

—¿El bien fuera del tiempo? —repitió Jeremías con desagrado—. No sé lo que significan esas palabras.

—¿Cómo ha de saberlo? —dijo el señor Propter—. No se sabe todo el sentido de la palabra «Partenón» hasta que en realidad se ha visto.

—Así es; pero a lo menos he visto fotografías del Partenón; he leído descripciones del mismo.

—También ha leído usted descripciones del bien fuera del tiempo —contestó el señor Propter—. A docenas; en todas las literaturas filosóficas y religiosas. Las ha leído usted; pero jamás ha tomado el billete para Atenas.

En resentido silencio, Jeremías hubo de admitir para sus adentros que era verdad. La verdad del hecho le inducía a desaprobar la conversación aún más profundamente que antes.

—En cuanto al tiempo —iba el señor Propter diciendo a Pedro— ¿qué es, considerado en este sentido particular, sino el medio en que el mal por sí mismo se propaga, el elemento en que vive y fuera del cual muere? En realidad es más que eso aún, más que su simple medio. Si uno lleva el análisis lo bastante lejos, se encuentra con que el tiempo es mal. Uno de los aspectos de su sustancia esencial.

Jeremías escuchaba con creciente incomodidad y ascendente irritación. Sus temores se veían justificados; nuestro individuo se había lanzado en el peor género de teología. La eternidad, la experiencia del bien fuera del tiempo, el tiempo como sustancia del mal; por su vida sabía que resultaba bastante fastidioso en los libros; pero disparado sobre uno así, punta en blanco, por alguien que lo tomaba en serio…

bueno, entonces resultaba algo tremebundo. ¿Por qué diablos no podían las personas vivir la vida de un modo racional y civilizado? ¿Por qué no habían de tomar las cosas conforme venían? Desayuno a las nueve, comida a la una y media y la merienda a las cinco. Y la conversación. Y el paseo cotidiano con el viejo Gladstone, el sabueso de York. Y la biblioteca; las obras de Voltaire en ochenta y tres volúmenes; el tesoro inagotable de Horacio Walpole; y para variar *La Divina Comedia*; y luego, si es que, por acaso, se sentía uno inclinado a tomar con excesiva seriedad la edad media, la autobiografía de Salimbene y El Cuento del Molinero. Y de vez en cuando alguna que otra vista por la tarde: el rector, doña Fredegunda con su trompetilla en la oreja, el señor Velasco… Las discusiones políticas. (Teniendo en cuenta, sin embargo, que en los últimos meses, después del *Anschluss* y Munich, se solía encontrar que las discusiones políticas eran una de las cuestiones desagradables que era prudente evitar). Y el viajecito semanal a Londres con el almuerzo en el Reform y la consabida comida con el amigo Thripp del Museo Británico; y un rato de charla con el hermano de uno, Tom, en el *Foreign Office* (sólo que esto se iba convirtiendo en una de las cosas que era conveniente evitar). Y luego, por supuesto, la biblioteca londinense; las vísperas en la catedral de Westminster, cuando daba la casualidad que se cantaba a Palestrina; y una semana sí y otra no, entre las cinco y seis y media de la tarde, horita y media con Maruja o Dorita en su pisito de Maida Vale. La infinita escualidez de un cuartito, como gustaba en llamar la insondablemente deliciosa. Tales eran las cosas que venían; ¿por qué no tomarlas callada y juiciosamente? ¡Pues no, señor! Habían de farfullar de la eternidad y demás cosas por el mismo estilo. Aquella especie de menjunje era cosa que le hacía siempre sentirse blasfemo; que lo inducía a preguntarse si es que Dios tenía un *boyau rectum*; que lo llevaba a protestar, como el japonés del cuento, de estar por completo confundido y perplejo por la posición del honorable Pájaro. Pero infortunadamente el caso presente era uno de esos en que tales reacciones estaban fuera de lugar. Pues, después de todo, el amigo Propter había escrito *Breves estudios*; lo que decía no se podía desechar como vapores de un cerebro calenturiento. Además, no hablaba de cristianismo, de modo que los chistes acerca del antropomorfismo no caían bien. ¡Era en verdad exasperante! Asumió una expresión de altiva indiferencia e incluso inició el tarareo de «La Madreselva y la Abeja». Lo que pretendía era dar la impresión del ser superior, de quien no se puede en verdad esperar que se interese en escuchar cháchara semejante.

Espectáculo cómico, porque el señor Propter hacía flexiones mientras lo miraba; pero, desde luego, resultaba en extremo deprimente.

CAPÍTULO IX

—EL tiempo y el ansioso anhelar —dijo el señor Propter—, el ansioso anhelar y el tiempo: he aquí dos aspectos de una sola y misma cosa; cosa que es la materia prima del mal. ¿Comprende usted, pues, Pedro? —continuó después cambiando de tono— ¿comprende usted la peregrina especie de regalo que nos va usted a brindar si es que llega a tener éxito en sus investigaciones? Un par de vidas más de mal en potencia.

—Y de bien en potencia —insistió el joven con un ligero tinte de protesta en la voz.

—Y de bien en potencia —convino el señor Propter— sólo que muy alejado de ese tiempo de propina que usted quiere depararnos.

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó Pedro.

—Porque el mal potencial reside en el tiempo; el bien potencial, no. Cuanto más largamente se vive, tanto más en contacto con el mal se pone uno, automáticamente. Nadie se pone automáticamente en contacto con el bien. El hombre no logra mayor bien meramente por el hecho de durar más. Es curioso —continuó diciendo como si reflexionara— que las gentes hayan concentrado su atención en el problema del mal. Exclusivamente. Como si la naturaleza del bien fuera cosa evidente por sí misma. Pero no lo es. Existe un problema del bien tan difícil a lo menos de resolver como el problema del mal.

—Y ¿cuál es la solución? —preguntó Pedro.

—La solución es muy sencilla aunque profundamente inaceptable. El bien reside fuera del tiempo.

—¿Fuera del tiempo? Pero entonces ¿cómo…?

—Ya he dicho que era inaceptable —dijo el señor Propter.

—Pero si reside fuera del tiempo, entonces…

—Entonces nada en el tiempo puede ser bien actual. El tiempo es mal en potencia, y el ansia convierte la potencia en mal actual. Mientras que el acto temporal nunca puede ser más que potencialmente bueno, con una potencialidad, por añadidura, que no puede actualizarse más que fuera del tiempo.

—Pero dentro del tiempo, aquí, ¿comprende usted?, en el curso ordinario de la vida, ¡diablos! a veces obra uno bien. ¿Qué actos son buenos?

—Estrictamente hablando, ninguno —contestó el señor Propter—. Pero en la práctica no creo que no sea justificado aplicar la palabra a ciertos actos. Cualquier acto que contribuya a la liberación de aquellos a quienes concierne; eso es lo que yo llamaría un acto bueno.

—¿Liberación? —repitió el joven indeciso. La palabra sólo le traía a la mente

acepciones económicas o revolucionarias. Pero era evidente que el señor Propter no estaba hablando de la necesidad de desbancar el capitalismo—. ¿Liberación de qué?

El señor Propter titubeó antes de responder. ¿Sería cosa de seguir adelante?, se preguntaba. El inglés se mostraba hostil; el tiempo que tenían era breve; el muchacho mismo se hallaba en la más completa ignorancia. Pero su ignorancia se veía mitigada por la buena voluntad y una conmovedora nostalgia de perfección. Se decidió a probar el albur y seguir adelante.

—Liberación del tiempo —dijo—. Liberación de anhelos y repulsiones. La liberación de la personalidad.

—Pero ¡demonio! —dijo Pedro— usted habla generalmente de democracia. ¿No significa ésta el respeto de la personalidad?

—Desde luego —convino el señor Propter—. El respeto de la personalidad a fin de que ésta pueda trascenderse a sí misma. La esclavitud y el fanatismo sirven a intensificar la obsesión, con ayuda del tiempo, el mal y el propio yo. De aquí el valor de las instituciones democráticas y el de la actitud escéptica de la mente. Cuanto más se respete la personalidad tantas más oportunidades tendrá para descubrir que toda personalidad es una cárcel. Bien potencial es todo aquello que facilita la evasión. El bien actualizado reside fuera de la prisión, fuera de toda temporalidad, en el estado de pura y desinteresada conciencia.

—No entiendo mucho de abstracciones —dijo el joven—. Pongamos algunos ejemplos concretos. ¿Qué sucede con la ciencia, por ejemplo? ¿Es un bien?

—Es buena, mala o indiferente, según cómo se proceda en ella y para qué se emplee. Buena, mala o indiferente para los mismos científicos; del mismo modo que el arte y la erudición pueden ser buenas, malas o indiferentes para los artistas y los eruditos. Buenas cuando facilitan la liberación; indiferentes si no la facilitan ni la estorban; malas si la dificultan, intensificando la obsesión de la personalidad. Y tenga presente que el aparente olvido de sí mismo del científico Y del artista no indican necesariamente la genuina liberación de la personalidad. El científico y el artista son hombres entregados a lo que vagamente solemos llamar un ideal. ¿Pero qué es un ideal? No es otra cosa que algún aspecto de la personalidad en enorme escala ampliado.

—Repítalo de nuevo —demandó Pedro, al paso que Jeremías olvidó hasta tal punto su actitud de indiferente superioridad que incluso prestó la más cuidadosa atención.

El señor Propter lo repitió.

—Y eso es verdad —continuó— de cualquier ideal, con excepción del más elevado, que es el ideal de la liberación; de la liberación de la personalidad, liberación del tiempo y los anhelos, liberación que conduce a la unión con Dios, si usted no opone reparo a la palabra, señor Pordage. Muchos son los que lo ponen —

añadió—. Es una de las palabras que los intelectos convencionales hallan particularmente ofensiva. Yo procuro evitarles el mal gusto siempre que puedo. Pero volviendo a nuestro idealista —siguió diciendo, alegrándose de ver que Jeremías, a pesar suyo, se había visto obligado a sonreír—. Cuando sirve a cualquier otro ideal que no sea el superior; tanto si se trata del ideal de belleza del artista, como del ideal de verdad del científico, como del ideal humanitario de lo que comúnmente se tiene por bien; entonces no sirve a Dios, sino a un aspecto amplificado de sí mismo. Tal vez se encuentre poseído de la más completa devoción; pero en último análisis su devoción resulta siempre dirigida hacia un aspecto de su propia personalidad. Su aparente olvido de sí no es verdaderamente lo que le libera de su ego, sino simplemente, otra forma distinta de servidumbre. Esto quiere decir que la ciencia puede ser mala para los científicos, aun cuando parezca ser un libertador. Y lo mismo puede decirse del arte, de la erudición, y del humanitarismo.

Jeremías pensó con nostalgia en su biblioteca de Las Araucarias. ¿Por qué no se contentaría este buen hombre con tomar las cosas como venían?

—¿Y qué decir de la demás gente —decía Pedro—, de los que no son científicos? ¿No les ha ayudado a liberarse?

El señor Propter inclinó la cabeza.

—Y también les ha ayudado a ligarse más estrechamente a sí mismos. Y lo que es más, yo por mi parte diría que ha servido más a aumentar la dependencia que a disminuirla; y tenderá a seguir aumentándola, de manera progresiva.

—¿Cómo se imagina usted que es eso?

—Por medio de sus aplicaciones —contestó el señor Propter—. Las aplicaciones al arte de la guerra, en primer lugar. Mejorar aeroplanos, más eficaces explosivos, cañones y gases más mortíferos cada vez. Cada adelanto aumenta el temor y el odio, extiende el gravamen de histerismo nacionalista. En otras palabras, todo perfeccionamiento de los armamentos dificulta más y más a los hombres el escapar de sus propios egos, como también les dificulta olvidarse de las horribles proyecciones de sí mismos que se tienen por los ideales del patriotismo, el heroísmo, la gloria y demás por el mismo estilo. E incluso las aplicaciones de la ciencia menos destructivas, no son mucho más satisfactorias en este sentido. Porque, ¿a qué conducen tales aplicaciones? A la multiplicación de objetos poseíbles; a la invención de nuevos instrumentos de estímulo; a la diseminación de nuevas necesidades por medios de propaganda que sólo tienen por objeto equiparar las posesiones con el bienestar y el incesante estímulo con la felicidad. Pero he ahí que el incesante estímulo exterior es una de las causas de esclavitud; y asimismo lo es la preocupación por adquirir posesiones. Y ahora nos amenaza usted con prolongarnos la vida para que sigamos sintiéndonos estimulados, deseando posesiones, ondeando banderas, odiando a nuestros enemigos y asustándonos de un ataque aéreo; y así continuamente,

generación tras generación hundiéndonos cada vez más en el hediondo cenegal de nuestra personalidad. —Sacudió la cabeza—. No, no me es posible compartir su optimismo con respecto a la ciencia.

Se produjo una pausa durante la cual Pedro debatía consigo mismo si preguntaría al señor Propter acerca del amor. Por fin decidió no hacerlo. Virginia era cosa demasiado sagrada. (Pero ¿por qué, por qué se habría vuelto desde la gruta? ¿Qué sería lo que él le habría dicho o hecho para ofenderla?). Tanto para librarse de las propias cavilaciones, como porque deseaba conocer la opinión del anciano sobre la última de las tres cosas que a él le parecían soberanamente valiosas, miró al señor Propter y preguntó:

—¿Y qué me dice usted de la justicia social? Es decir, tomemos por ejemplo la Revolución Francesa, o Rusia. Y ¿qué decir de la cuestión española; de la lucha por la libertad y la democracia contra la agresión fascista? —Había procurado mantener la calma y la actitud científica durante toda la cuestión; pero la voz le tembló un tanto al pronunciar las últimas palabras. A pesar de estar familiarizado con ellas (quizás a causa de estarlo), frases tales como «la agresión fascista» tenían aún el poder de conmoverle en lo más recóndito.

—Napoleón fue engendrado por la revolución francesa —dijo el señor Propter tras un momento de silencio—. El nacionalismo germánico fue engendrado por Napoleón. La guerra de 1870 fue producida por el nacionalismo germánico. La guerra de 1914 fue producida por la de 1870. Hitler se produjo a expensas de la guerra de 1914. He aquí las malas consecuencias de la Revolución Francesa. Las consecuencias buenas fueron la adquisición de derechos civiles por los campesinos franceses y la propagación de la democracia política. Ponga en un platillo de la balanza los buenos resultados y en el otro los malos, y procure averiguar cuál de los dos tiene mayor peso. Haga lo mismo después con Rusia. Ponga en uno de los platillos la abolición del zarismo y del capitalismo; ponga en el otro a Stalin, la policía secreta, los períodos de hambre, los veinte años de penalidades sufridas por ciento cincuenta millones de personas, la liquidación de los intelectuales y los kulaks y los antiguos bolcheviques y las hordas de esclavizados en los penales; agregue el servicio militar obligatorio para todo el mundo, hombre o mujer, desde la infancia hasta la vejez; ponga también la propaganda revolucionaria que aguijoneó a la burguesía para inventar el fascismo. —El señor Propter movió la cabeza—. O tomemos la lucha por la democracia en España —continuó—. No hace mucho tiempo que se extendió por toda Europa la lucha por la democracia. El vaticinio racional solamente puede basarse en la pasada experiencia. Mire cuáles fueron los resultados de 1914 y pregúntese usted mismo qué probabilidades tuvieron jamás los leales de establecer un régimen liberal después de una prolongada guerra. Los otros van ganando; así es que nunca tendremos la oportunidad de ver a dónde hubieran sido

conducidos esos bien intencionados liberales por las circunstancias y por las propias pasiones.

—Pero ¡diablo! —profirió Pedro—. ¿Qué es lo que espera usted que haga la gente al verse atacada por los fascistas? ¿Aguardar sentados a que les corten el cuello?

—Desde luego que no —dijo el señor Propter—, espero que luchen; y mi expectativa se funda en el conocimiento previo de la conducta humana. Pero el que las gentes suelen reaccionar en una situación semejante de semejante forma, no prueba que éste sea el mejor género de reacción. La experiencia me enseña a esperar que se porten de esa manera. Pero la experiencia me dice también que, si lo hacen así, los resultados serán desastrosos.

—Bueno, ¿cómo quiere usted, pues, que obremos? Es que acaso, ¿quiere usted que permanezcamos sentados sin hacer nada?

—Nada, no —dijo el señor Propter—, sencillamente algo que sea apropiado.

—¿Pero qué es lo apropiado?

—Sea lo que fuere, no es la guerra. Ni la revolución violenta. Y yo diría que ni siquiera la política en muy considerable extensión.

—Entonces ¿qué?

—Eso es lo que hay que descubrir. Las principales líneas se presentan bastante claras. Pero queda aún mucho por hacer por lo que se refiere a los detalles prácticos.

Pedro no le escuchaba. Su pensamiento había retrocedido a los días de Aragón; aquellos días en que la vida le pareciera de un significado supremo.

—Pero aquellos muchachos de allá de España —exclamó—. Usted no los conoció, señor Propter. Eran maravillosos; verdaderamente lo eran. Siempre generosos con uno, y bravos y leales y… todo cuanto pueda decirse. —Luchó con la insuficiencia de su vocabulario, temiendo darse demasiada importancia con palabras bombásticas y petulantes—. No vivían para sí mismos; eso se lo puedo asegurar, señor Propter. —Miró de hito en hito al anciano de un modo casi suplicante, como implorando que lo creyera—. Vivían para algo mucho más grande que ellos mismos; algo como eso de que habla usted ahora, ¿comprende?; algo que no era sólo personal.

—Y ¿qué me dice usted de los muchachos de Hitler? —preguntó el señor Propter —. ¿Qué de los muchachos de Mussolini? ¿Qué de los de Stalin? ¿Supone usted acaso que no son exactamente tan generosos entre sí, tan leales para con su causa y tan firmemente convencidos de que es la suya la causa de la justicia, de la verdad, de la libertad, del derecho y del honor? —Miró a Pedro inquisitivamente; pero Pedro no dijo nada—. El que las personas posean un montón de virtudes —continuó el señor Propter—, nada prueba respecto a la bondad de sus acciones. Se pueden tener todas las virtudes: es decir, todas menos las dos que realmente importan, cuales son el discernimiento y la compasión; se pueden tener todas las demás, y, con todo y con

ello, seguir siendo completamente un hombre malo. Mire lo que sucede con el Satán de Milton, por ejemplo. Denodado, fuerte, generoso, leal, prudente, temperado, dispuesto al sacrificio. Y concedamos asimismo a los dictadores el crédito que merecen; algunos de entre ellos son casi tan virtuosos como Satán. Admitamos que no tanto, pero le van muy cerca. Por eso son capaces de hacer tanto mal.

Con los codos sobre las rodillas Pedro permanecía silencioso y con el ceño fruncido.

—Pero el sentimiento —dijo al fin—, aquel sentimiento que había entre nosotros. Nuestra amistad ¿comprende?, era algo más que una amistad corriente. Y aquel sentimiento de encontrarnos allí todos juntos, luchando por un mismo objeto, un Objeto que valía la pena; y luego el peligro, y la lluvia, y aquellas noches terriblemente frías, y el calor en el estío, y la sed; incluso los piojos y la suciedad; la participación por igual en todas las cosas, fueran buenas o malas; y el saber que tal vez mañana nos tocara la vez, a mí o a uno de ellos, la vez para ir al hospital de campaña (y con probabilidades de que no hubiera anestésico bastante, más que tal vez para una amputación o algo por el estilo), o la vez para ir al camposanto. Todos esos sentimientos, señor Propter, me es imposible creer que no significaran algo.

—Tenían el significado de sí mismos —dijo el señor Propter.

Jeremías vio la oportunidad para un contraataque y, con presteza en él inusitada, se aprovechó de ella.

—¿No se podría decir lo mismo de sus sentimientos acerca de la eternidad, o como quiera que se llame? —preguntó.

—Claro que se puede —dijo el señor Propter.

—Bueno, ¿en ese caso cómo les puede usted conceder validez? Los sentimientos tienen un significado en lo que son, y eso es todo lo que hay.

—Tienen un significado en lo que son —convino el señor Propter—. Pero ¿qué es, precisamente, «lo que son»? O de otro modo, ¿cuál es la naturaleza del sentimiento?

—No me lo pregunte a mí —dijo Jeremías sacudiendo la cabeza y arqueando cómicamente las cejas—; en verdad que no lo sé.

El señor Propter sonrió.

—Ya sé que no quiere saberlo —dijo— y no voy a pedirle que quiera. Me contentaré con exponer los hechos. El sentimiento de que se trata es la experiencia no personal de paz fuera del tiempo. Por lo tanto, lo que significa es impersonalidad, intemporalidad y paz. Consideremos ahora los sentimientos de que Pedro hablaba. Éstos son todos ellos sentimientos personales evocados por situaciones temporales y caracterizados por su sentido emocional. Intensificación del ego en el mundo del tiempo y el anhelo: esto es lo que significan tales sentimientos.

—Pero ¡no va usted a llamar intensificación del ego, al sacrificio de sí mismo! —

dijo Pedro.

—Lo voy a llamar y lo llamo —insistió el señor Propter—. Por la excelente razón de que generalmente lo es. Sacrificio de sí mismo en aras de cualquier otra causa que no sea la suprema es el sacrificio por un ideal, que no es otra cosa que una proyección del ego. Lo que comúnmente se conoce con el nombre de sacrificio de sí mismo no es más que el sacrificio de una parte del ego a otra parte del mundo, de un conjunto de sentimientos y pasiones personales por otro conjunto distinto; como cuando se sacrifican los sentimientos relacionados con el dinero o con el sexo, a fin de que el ego goce de los sentimientos de superioridad, solidaridad y odio, y que se encuentran asociados con el patriotismo o con cualquiera especie de fanatismo político o religioso.

Pedro sacudió la cabeza.

—Hay veces —elijo con una sonrisa de melancólica perplejidad—, hay veces que habla usted de un modo muy semejante al modo de hablar del doctor Obispo. Cínicamente, ¿comprende usted?

El señor Propter se echó a reír.

—Es bueno ser cínico —dijo—. Es decir, si es que sabe uno cuándo detenerse. La mayor parte de las cosas que se nos ha enseñado a respetar y reverenciar, no merecen otra cosa que cinismo. Tome su propio caso, por ejemplo. A usted se le ha enseñado a venerar ideales como el del patriotismo, la justicia social, la ciencia, el amor romántico. A usted se le ha dicho que virtudes tales como la lealtad, la temperancia, el valor y la prudencia son buenas en sí mismas, en cualesquiera circunstancias. Se le ha asegurado que el propio sacrificio es siempre una cosa magnífica y que los sentimientos delicados son invariablemente buenos. Y todo ello es una insensatez; nada más que un hatajo de mentiras ideadas por las gentes a fin de justificarse mientras siguen negando a Dios y revolcándose en su egotismo. A menos de ser firme y persistentemente cínico para con todo ese solemne parloteo de obispos, banqueros, profesores, políticos y demás por el estilo, está uno perdido. Irremisiblemente perdido. Condenado al eterno encarcelamiento en el propio ego; condenado a ser una personalidad en un mundo de personalidades; mundo de personalidades como este mundo, el mundo de la avaricia y el temor y el odio, de la guerra y el capitalismo y los dictadores y la esclavitud. Cínico, ha de ser uno cínico, Pedro. Cínico especialmente acerca de toda acción o sentimiento que se nos ha enseñado a considerar como bueno. La mayor parte no lo son. Son simplemente males que se ha dado en considerar como fidedignos. Pero, por desgracia, el mal fidedigno es exactamente tan malo como el ignominioso. Los escribas y fariseos, en último análisis, no son en nada mejores que los publicanos y pecadores. A menudo son en realidad mucho peores. Y esto por diversas razones. Gozando de la buena opinión de los demás, adquieren una buena opinión de sí mismos, y nada hay que confirme tan

eficazmente el egotismo como la propia buena opinión. Además, los publicanos y los pecadores no son otra cosa que animales humanos, que carecen de la suficiente energía o dominio propio para ser muy dañosos. Mientras que los escribas y fariseos poseen todas las virtudes, menos las únicas dos que importan, e inteligencia bastante para comprender todo lo que no sea la verdadera naturaleza del mundo. Los publicanos y pecadores no hacen sino fornicar, hartarse y emborracharse. Los que hacen la guerra, aquellos que reducen a sus semejantes a la esclavitud, los que matan y torturan y dicen embustes en nombre de sus sagradas causas, en una palabra, los verdaderamente malvados no son jamás publicanos y pecadores. No; éstos son los hombres virtuosos y respetables que poseen los más refinados sentimientos, los mejores cerebros y los más nobles ideales.

—Así, lo que todo eso viene a querer decir en sustancia —concluyó Pedro en tono de irritado desespero— es que nos encontramos completamente imposibilitados de hacer nada. ¿No es así?

—Lo es y no lo es —dijo el señor Propter con su manera reposada y judicial—. En el nivel estrictamente humano, el nivel del tiempo y el anhelo, me inclino a decir que es completamente cierto: en último resultado, nada hay que podamos hacer.

—¡Pero eso no es más que derrotismo! —protestó Pedro.

—¿Por qué ha de ser derrotismo el mostrarse realista?

—¡Preciso es que haya algún remedio!

—No veo el «preciso» por ninguna parte.

—Entonces ¿qué decir de los reformadores y demás gente por el estilo? De tener usted razón, no hacen sino perder el tiempo.

—Todo depende de lo que se propongan hacer —dijo el señor Propter—. Si lo que se proponen es mitigar temporalmente calamidades particulares; si se imaginan a sí mismos empeñados laboriosamente en desviar el mal de los viejos canales, llevándolo a otros nuevos ligeramente diferentes, entonces pueden con justicia considerarse airosos. Pero si se creen capaces de trocar en bien lo que antes fue mal, entonces la historia toda nos muestra claramente que pierden el tiempo.

—Pero ¿por qué no pueden trocar en bien lo que fue mal?

—¿Por qué vamos a parar al suelo si saltamos por la ventana desde un décimo piso? Porque la naturaleza de las cosas es tal que no podemos por menos de caer. Y la naturaleza de las cosas es tal que en el nivel estrictamente humano del tiempo y del anhelar no nos es posible producir otra cosa que mal. Si uno pretende obrar exclusivamente en semejante nivel, y exclusivamente por los ideales y causas que son en él característicos, entonces es una locura proponerse transformar el mal en bien. Es una locura, porque la experiencia debiera habernos mostrado que, en semejante nivel, no aparece el bien por parte alguna. Lo único que hay son diferentes grados y distintos géneros de mal.

—Entonces ¿qué es lo que quiere usted que haga la gente?

—No diga eso como si todo fuera culpa mía —dijo el señor Propter—; que yo no inventé el universo.

—¿Qué es, pues, lo que debieran hacer?

—Bueno, si lo que desean son nuevas y variadas formas de mal, entonces que sigan con lo mismo. Pero si desean el bien, entonces habrán de cambiar de táctica. Y lo alentador del caso —añadió el señor Propter cambiando de tono—, lo alentador del caso es que existe la táctica que conduce al bien. Hemos visto que no hay nada que hacer en el nivel estrictamente humano; o, por mejor decir, que hay millones de cosas por hacer, sino que ninguna de ellas conduce a bien alguno. Pero queda algo por hacer efectivamente en los niveles en que el bien verdaderamente existe. Así es que, como usted ve, Pedro, no soy derrotista. Soy un estratega. Creo que si se ha de librar la batalla, vale más librarla en condiciones que dejen a lo menos alguna probabilidad de ganarla. Creo que si uno desea conquistar el vellocino de oro, es mucho más sensato ir al lugar en donde existe que ir de un lado para otro obrando prodigios de valor en un país en donde da la casualidad que todos los vellocinos son negros como el carbón.

—¿Dónde hay, pues, que ir a luchar por el bien?

—Adonde el bien existe.

—Pero ¿dónde existe?

—En el nivel inferior al humano y en el nivel superior al humano. En el nivel animal y en el nivel… bueno, se puede escoger el nombre que más agrade: el nivel de la eternidad; el nivel, si no se opone reparo, de Dios; el nivel del espíritu; sino que ésta da la casualidad que es la palabra más ambigua del idioma. En el nivel inferior existe el bien en el adecuado funcionamiento del organismo de acuerdo con las leyes de su propia experiencia. En el nivel superior existe en la forma de un conocimiento del mundo carente de deseos y aversiones; existe en la experiencia de la eternidad, en la trascendencia de la personalidad, en la extensión de la conciencia allende los límites impuestos por el ego. La actividad estrictamente humana es la actividad que impide la manifestación del bien en los otros dos planos o niveles. Pues, en tanto que humanos, estamos obsesionados por el tiempo, apasionadamente interesados en nuestras personalidades y en esas amplificadas proyecciones de las mismas que llamamos sistemas políticos, ideales, religiones. Y ¿con qué resultado? Obsesos con el tiempo y nuestro ego vivimos en constante ansia y preocupación. Pero nada hay que perjudique el funcionamiento normal del organismo como el ansioso anhelo y la repulsión; como la codicia, el miedo y la inquietud. Ora directa, ora indirectamente, la mayoría de nuestras dolencias e impedimentos físicos se deben a nuestras inquietudes y ansiedades. Nos inquietamos y ansiamos hasta aumentar la presión sanguínea, enfermar del corazón, contraer tuberculosis, adquirir úlcera gástrica,

perder la resistencia contra las infecciones o caer en la neurastenia, la aberración sexual, la locura, el suicidio. Y no digamos nada de todas las demás. —El señor Propter movió la mano como tratando de abarcarlas todas—. La ansiedad incluso nos impide ver como es debido —continuó—. Cuanto con mayor intensidad tratamos de ver, tanto más aumenta el error de acomodación. Y otro tanto sucede con nuestras posturas corporales: cuanto más nos preocupamos por hacer lo que tenemos inmediatamente delante de nosotros en el tiempo, tanto más embarazamos la postura correcta del cuerpo y tanto más empeora, en consecuencia, el funcionamiento de todo el organismo. En una palabra, en tanto que seres humanos, nos estorbamos a nosotros mismos en la realización del bien fisiológico e instintivo de que somos capaces como animales. Y *mutatis mutandis* lo mismo es cierto con respecto de la esfera superior. En tanto que seres humanos, nos estorbamos en la realización del bien perdurable y espiritual de que somos capaces, como habitantes que potencialmente somos de la eternidad, como disfrutadores potenciales de la visión beatífica. Las inquietudes y ansiedades desbaratan toda posibilidad de trascender la personalidad y de conocer, intelectualmente primero y por experiencia directa después, la verdadera naturaleza del mundo.

El señor Propter guardó silencio por un momento; luego con una imprevista sonrisa, continuó:

—Afortunadamente la mayor parte de nosotros no somos capaces de comportarnos como seres humanos continuamente. Nos solemos olvidar de nuestros despreciables egos y de esas horribles y grandes proyecciones de los mismos en el mundo de lo ideal; nos olvidamos de ellos y recaemos por un tiempo en nuestro estado de inocente animalidad. El organismo tiene así ocasión de funcionar de acuerdo con las leyes que le son propias; o, por decirlo de otro modo, tiene ocasión de realizar el bien de que es capaz. Tal es la razón porque nos mantenemos lo sanos y cuerdos que estamos. Incluso en las grandes ciudades, sólo cuatro personas de cada cinco se las arreglan de manera que no haya que atenderlas en un manicomio durante toda su vida. Si nos condujéramos realmente como seres humanos, el porcentaje se elevaría de veinte a ciento. Pero afortunadamente la mayoría de nosotros somos incapaces de consistencia, con lo que el animal recobra continuamente sus derechos. Y así también, con bastante frecuencia algunos, tal vez de manera accidental todos, percibimos de vez en cuando ligeros destellos de iluminación, vislumbres momentáneas de la naturaleza del mundo tal y como es para la conciencia liberada del apetito y del tiempo, del mundo que sería si no prefiriéramos negar a Dios para ser lo que personalmente somos. Tales destellos llegan a nosotros cuando nos encontramos desprevenidos; luego el ansia y la inquietud vuelven aceleradamente y la luz queda eclipsada una vez más por nuestra personalidad con sus ideales de orate, sus criminales organizaciones políticas y sus planes.

Se produjo una pausa. El sol había desaparecido. Tras las montañas del oeste, la pálida luz amarillenta del ocaso se trocaba en verdosa y luego en un azul tanto más profundo cuanto más se ascendía. En el cenit la noche era completa.

Pedro permanecía sentado mirando fijamente al cielo oscuro, pero aún transparente, que encima de los picachos septentrionales se extendía. Aquella voz tan reposada en un principia y que luego al final tan poderosamente resonara; aquellas palabras, ora cargadas de despiadada crítica para con toda cosa a que él rindiera homenaje, ora saturadas de la promesa a medio comprendida de cosas infinitamente más dignas de lealtad, le había dejado profundamente conmovido al par que perplejo y sin saber qué camino tomar. Todo, según se le alcanzaba, habría de ser revisado en el pensamiento otra vez: la ciencia, la política, tal vez incluso el amor, incluso Virginia. Se sentía anonadado ante la perspectiva y, sin embargo, en otra parte de su ser, se sentía atraído; se resentía ante el pensamiento del señor Propter, pero al mismo tiempo sentía cariño por el desconcertante anciano; le quería por lo que hacía y, sobre todo, por lo que tan admirablemente y, en lo que la experiencia de Pedro alcanzaba, tan sin igual era: amigo desinteresado, sereno al par que enérgico, apacible a la vez que firme, tan capaz de hacerse pasar inadvertido y, sin embargo, tan intensamente *allí*, más presente, por decirlo así, más radiante de vida que cualquier otro.

Jeremías Pordage se dio cuenta también de que le interesaba lo que el anciano decía, y de que incluso, a semejanza de Pedro, experimentaba el aguijoneo de un cierto desasosiego; desasosiego que no resultaba menos desasosegador por haberlo experimentado anteriormente. En sustancia se hallaba familiarizado con lo que el señor Propter había dicho. Pues, desde luego, había leído todos los libros importantes que trataban del asunto (se hubiera considerado a sí mismo bárbaramente ineducado de no haberlos leído). Había leído a Sankara y a Eckhart, los textos pali, a Juan de la Cruz, a Carlos de Condran y al Bardo, a Patanjali y al pseudo Dionisio. Los había leído y se había sentido movido por ellos hasta el extremo de preguntarse si no sería del caso tomar alguna determinación respecto a lo leído; y precisamente porque le movieron de esta manera, verificó los más elaborados esfuerzos para tomar los a chirigota, no sólo con otras personas, sino también y muy especialmente consigo mismo. «Usted nunca ha tomado billete para Atenas», le había dicho el buen hombre; y ¡por vida de… qué mirada la suya! ¿Por qué se había de empeñar en abocarle a uno todo aquello? Todo lo que uno deseaba era que le dejaran en paz para seguir tomando las cosas conforme venían: los libros de uno y sus articulillos, la trompetilla de doña Fredegunda, Palestrina, el budín de riñones en el Reform y Maruja y Dorita. Lo que le recordaba, de paso, que hoy era viernes: de estar en Inglaterra sería aquella su tardecita de Maida Vale. Deliberadamente desvió la atención del señor Propter para recordar aquellos viernes alternas por la tarde; las pantallas color de rosa; el olor a polvos de talco y sudor; las troyanas como solía llamarlas por lo afanosamente que

trabajaban, con sus kimonos de baratillo; las enmarcadas reproducciones de los Poynter y Alma Tadema (deliciosa ironía el que las obras que en los días de la reina Victoria se consideraban como artísticas, hubieran venido a servir, una generación más tarde, de muestras de pornografía en la alcoba de una buscona); y, finalmente, la rutina erótica, tan crasamente sórdida, tan concienzuda y profesionalmente baja, y cuya bajeza y sordidez constituían para Jeremías el mayor encanto; a las cuales tenía en más alto precio que cualquier claro de luna o escena romántica, que toda la lírica y los *Liebestods* del mundo. ¡La infinita escualidez de un cuartito! Era la apoteosis del refinamiento, la conclusión lógica del buen gusto.

CAPÍTULO X

AQUEL viernes, la tarde del señor Stoyte en la ciudad había resultado extraordinariamente vacua de acontecimientos. Durante la precedente semana no se había producido ningún hecho enojoso. Durante el curso de sus varias entrevistas y reuniones nadie le había dicho o dicho cosa alguna que le indujera a perder los estribos. Los informes acerca del estado de los negocios habían sido muy satisfactorios. Los japoneses habían comprado otra centena de millares de barriles de petróleo. El cobre había subido dos centavos. La demanda de bentonita aumentaba a ojos vista. Verdad era que la aplicación de los créditos bancarios había dejado bastante que desear; pero, en cambio, la epidemia gripal había elevado el rendimiento semanal del panteón hasta una cifra muy por encima de lo corriente.

Todo marchó tan expedito que el señor Stoyte había dado fin a todos sus negocios más de una hora antes de lo que esperara. Encontrándose con un tiempo por delante y camino ya de casa, se detuvo en la de su apoderado para enterarse de cómo marchaba la finca. La entrevista duró tan sólo unos minutos; lo bastantes, sin embargo, para poner al señor Stoyte hecho una furia y hacerle salir corriendo para el automóvil.

—A casa del señor Propter —ordenó con perentoria ferocidad dando un portazo.

—¿Qué diablo se creía Bill Propter? —se preguntaba con indignación una y otra vez. Meter así las narices en lo que no le importaba. ¡Y todo, por aquellos piojosos haraganes que habían venido a coger la naranja! ¡Todo por aquellos vagabundos, aquellos vagos hediondos y sucios!

El señor Stoyte sentía un odio peculiar por las hordas de harapientos temporeros que tan necesarias le eran para la recolección de las cosechas, odio que no era simplemente el desagrado que suele sentir el rico por el pobre. No es que él no experimentara ese complejo mezcla de temor y disgusto físico, de ahogada compasión y vergüenza que la represión transformaba en exasperación crónica. Si que lo experimentaba. Pero muy por encima de este común y genérico desagrado por los pobres, le movían otro género de aborrecimientos que le eran propios. El señor Stoyte era un hombre rico que había sido pobre. En los seis años que mediaron entre su escapada de la casa de su padre y abuela en Nashville y el momento en que fuera adoptado por la oveja perdida de la familia, su tío Tomás, en California, Jo Stoyte había aprendido, según él mismo imaginaba, todo cuanto había que aprender acerca de la pobreza. Aquellos años le dejaron un inextinguible aborrecimiento por las circunstancias que acompañan a la pobreza, y al mismo tiempo un inextinguible desprecio hacia quienes fueron lo bastante estúpidos, débiles, o infortunados para no lograr elevarse de aquel infierno en que habían caído o en que nacieran. Los pobres le eran odiosos, no sólo porque representaban una amenaza a su posición en la sociedad;

no sólo porque su mala fortuna demandaba una simpatía que él no se sentía inclinado a dar; sino porque le recordaban lo que él mismo sufriera en el pasado, y al mismo tiempo, porque el que siguieran siendo pobres aún era prueba bastante de su abyección y de la propia superioridad. Y, pues él había sufrido lo que ellos a la sazón sufrían, les estaba bien empleado seguir sufriendo lo que él sufriera. Así también, pues que su continuada pobreza probada que eran despreciables, le estaba bien a él, que ahora era rico, tratarles en todos sentidos como las despreciables criaturas que se habían mostrado ser. Tal era la lógica emocional del señor Stoyte. Y he aquí que Bill Propter se oponía ahora a su lógica diciéndole al apoderado que no debía de apoderarse de la superabundancia de trabajo temporero para rebajar los salarios; que, por el contrario, debía subirlos… ¡subirlos si es que le parece a usted, en un momento en que aquellos vagos hormigueaban por todo el Estado como plaga de langosta! Y no sólo eso; sino que debía construir acomodo para ellos; cabañas como las que aquel chiflado de Bill les había construido él mismo; cabañas de dos habitaciones a seis o setecientos dólares cada una; para vagos semejantes, con aquellas mujeres y aquellas criaturas, tan asquerosas y tan sucias que no los tomaría él en el hospital, es decir, a menos de que se estuvieran muriendo de apendicitis o algo así; entonces no los iba a rechazar, por supuesto. Pero mientras tanto, ¿quién diablos metía a Bill Propter en lo que no le importaba? Y que no era tampoco la primera vez que lo hacía. Deslizándose por entre la penumbra de los naranjales, apuñeaba una y otra vez la palma de la izquierda con la mano derecha.

—¡Voy a decirle lo que se merece! —murmuraba para sí—; ¡voy a decirle lo que se merece!

Cincuenta años antes había sido Bill Propter el único muchacho de la escuela que, a pesar de ser el mayor y el más fuerte de los dos, jamás se mofó de él por su gordura. Habían vuelto a encontrarse de nuevo cuando Bill enseñaba en Berkeley y él había medrado en el negocio de los bienes raíces y se acababa de meter en lo del petróleo. Movido en parte de gratitud por la forma en que Bill Propter se había portado cuando muchachos, y en parte también a fin de exhibir su poder y restablecer el contrapeso de la superioridad en favor suyo, Jo Stoyte había querido hacer algo bueno por el joven profesor auxiliar. Mas a pesar de su modesto salario, amén de los dos o tres mil dólares anuales que su padre le dejara, Bill Propter no había querido que se hiciera nada por él. Se había mostrado sinceramente agradecido, y había sido con él perfectamente cortés y amigable; pero con todo y con eso no había querido entrar en la planta de Petróleos Consol; no había querido, porque, según explicaba una y otra vez, tenía todo cuanto necesitaba y no quería tener nada más. El esfuerzo de Jo por restablecer el peso de la superioridad había fallado. Fallado desastrosamente, porque, al rechazar la oferta, Bill había hecho algo que, aunque él le llamara tonto por hacerlo, obligaba a Jo Stoyte en secreto a admirarle más que nunca. Arrancada a

pesar suyo, esta admiración engendró un resentimiento correspondiente para con el objeto de la misma. A Jo Stoyte le apesadumbraba que Bill le hubiera dado tantos motivos para agradarle. Él hubiera preferido que le agradara sin razón alguna, a pesar de sus defectos. Pero Bill tenía muy pocos defectos; y numerosos méritos, méritos que el mismo Jo no tenía y la presencia de los cuales en Bill consideraba por lo tanto como una afrenta. Así era como todas las razones que Bill Propter le diera para agradarle, se convertían a los ojos de Jo en razones igualmente válidas para que le desagradara. Él continuaba llamando a Bill tonto; pero sentía su presencia como un reproche permanente. Y no obstante, este reproche permanente era de tal naturaleza que gustaba de su compañía. El que Bill se hubiera establecido en una parcela de diez acres en aquella parte del valle era lo que había decidido al señor Stoyte a edificar el castillo en el sitio donde estaba. Quería estar cerca de Bill Propter, aunque en la práctica no había cosa alguna que Bill fuera capaz de hacer o de decir que no le enojara. Hoy, aquella exasperación crónica se había avivado por la aversión que sentía hacia los temporeros, hasta convertirse en un arrebato de cólera.

—¡Voy a decirle lo que se merece! —seguía repitiendo una y otra vez.

El coche se detuvo, y antes de que el chofer hubiera tenido tiempo de abrir la portezuela, el señor Stoyte se había apeado y subía como una flecha en actitud determinada, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, por el sendero que conducía de la calzada a la casita de su antiguo amigo.

—¡Hola, Jo! —le llamó una voz familiar de bajo la sombra de los eucaliptos.

El señor Stoyte se volvió, escudriñó por entre la penumbra crepuscular, y luego, sin decir palabra, anduvo aceleradamente hacia el banco en que los tres se hallaban sentados. Se produjo un coro de «buenas noches» y, al acercarse, Pedro se levantó cortésmente y le ofreció su sitio. Pasando su gesto inadvertido, e incluso su presencia, el señor Stoyte se dirigió inmediatamente a Bill Propter.

—¿Por qué diablos te metes con mis empleados? —exclamó casi a voz en cuello.

El señor Propter le miró con moderado asombro. Estaba acostumbrado a aquellas explosiones del pobre Jo; tiempo hacía que había olvidado su causa fundamental y sabía cómo habérselas con ellas.

—¿Qué empleados, Jo? —preguntó.

—Bob Hansen, ¿quién ha de ser? ¿Qué te propones yendo a verle a espaldas mías?

—Cuando fui a verte a ti —dijo el señor Propter— me dijiste que era de la incumbencia de Hansen. Así es que fui a ver a Hansen.

Esto era tan exactamente verdadero que el señor Stoyte sólo pudo recurrir a los berridos. Así es que berreó.

—¡Meterse de esa manera en su trabajo! ¿Qué es lo que te propones?

—Pedro te ha ofrecido su asiento —interpuso el señor Propter—. O si es que lo

prefieres, detrás de ti tienes una silla de hierro. Más vale que te sientes, Jo.

—No he venido a sentarme —rugió el señor Stoyte—. Y quiero que me contestes. ¿Qué idea es la tuya?

—¿Mi idea? —repitió el señor Propter con su actitud pausada y tranquila—. Bueno, yo diría que es de lo más antigua. Yo no la inventé.

—¿Vas a contestarme o no?

—Es la idea de que los hombres y las mujeres son seres humanos. No sabandijas.

—¡Buenos vagos son los tuyos!

El señor Propter se volvió a Pedro.

—Quizá vale más que se vuelva a sentar —le dijo.

—¡Esos vagos piojosos! Te digo que no lo he de tolerar.

—Además —continuó el señor Propter— yo soy un hombre práctico. Tú no lo eres.

—¿Que yo no soy práctico? —repitió el señor Stoyte con pasmada indignación—. ¿No soy *práctico?* Bueno, mira el sitio en que vivo y mira luego este vertedero en que vives tu.

—Exacto. Eso prueba lo que digo. Tú eres un romántico sin remedio, Jo; tan romántico que te imaginas que las personas pueden trabajar sin haber comido lo bastante.

—Lo que tú quieres es convertirlos en comunistas. —La palabra «comunistas» renovó la cólera del señor Stoyte y al mismo tiempo le prestó justificación; su indignación dejaba así de ser meramente personal para ser justa—. No eres otra cosa que un agitador comunista. —El señor Propter notó con tristeza que su voz temblaba al pronunciar estas palabras, como temblara la de Pedro, media hora hacía, al pronunciar las palabras «agresión fascista». Se preguntó a sí mismo si el muchacho lo habría notado, y, de haberlo notado, si habría recogido la insinuación—. Nada más que un agitador comunista —repitió el señor Stoyte con fervor de cruzado.

—Creía que hablábamos de comer —dijo el señor Propter.

—¡Tratas de escurrir el bulto!

—De comer y trabajar; ¿no era eso?

—He tenido paciencia contigo hace años —continuó el señor Stoyte— en honor a nuestros antiguos tiempos; pero ahora hemos terminado. Estoy harto de ti. ¡Nada menos que irles con comunismo a esos vagos! ¡Hacer que este lugar se vuelva peligroso para que vivan en él las personas decentes!

—¿Decentes? —respondió el señor Propter como un eco, y se sintió tentado de echarse a reír, pero inmediatamente contuvo el impulso. El que se rieran de él en presencia de Pedro y el señor Pordage hubiera podido arrebatarle a cometer alguna estupidez irreparable.

—Haré que te echen del valle —continuó rugiendo—. He de hacer que te… —se

interrumpió en medio de la frase y permaneció por unos segundos en silencio, la boca abierta funcionando aún, los ojos fijos. Aquel martilleo en los oídos, aquella comezón y calor en el rostro, le habían recordado de improviso la presión sanguínea, el doctor Obispo, la muerte. La muerte y aquel texto color de llama que tuviera en su cuarto allá en casa. Terrible cosa era caer en las manos del Dios viviente; no el Dios de Prudencia, por supuesto; el otro, el *verdadero*, el Dios de su padre y de su abuela.

El señor Stoyte aspiró profundamente, sacóse el pañuelo, se enjugó el cuello y la cara, y luego, sin proferir ninguna otra palabra, dio media vuelta y echó a andar.

El señor Propter se levantó, se dio prisa para alcanzarlo y, a despecho del movimiento enojado y esquivo del otro, le cogió del brazo y echó a andar a su lado.

—Quiero enseñarte una cosa —le dijo—, una cosa que te ha de interesar, creo yo.

—No quiero verla —dijo el señor Stoyte hablando por entre los dientes postizos.

El señor Propter no le hizo caso, sino que continuó conduciéndole hacia la parte trasera de la casa.

—Es una especie de artefacto en que Abbot, del instituto Smithoniano, ha venido trabajando desde hace algún tiempo —continuó—; un medio para aprovechar la energía solar. —Se interrumpió un momento para llamar a los otros a fin de que les acompañaran; luego volvió al señor Stoyte y reasumió la conversación—. Mucho más sólido que nada de lo que se ha hecho anteriormente en su género —dijo— y mucho más eficaz.

Y continuó describiendo el sistema de reflectores en forma de artesa, los tubos de petróleo calentados a una temperatura de cuatrocientos o quinientos grados Fahrenheit; la caldera donde se producía el vapor, caso de que se quisiera hacer funcionar una máquina de baja presión; la cocina económica y el calentador de agua, si se quería emplear para fines domésticos.

—¡Lástima que el sol se haya puesto! —dijo cuando se pararon delante de la máquina—. Me hubiera gustado enseñarles cómo movía la máquina. He logrado dos caballos de fuerza, durante ocho horas diarias, desde que puse el aparato en marcha la pasada semana, resultado no del todo despreciable si se tiene en cuenta que estamos en enero. Lo habremos de hacer trabajar horas extraordinarias en el verano.

El señor Stoyte había procurado persistir en su silencio, no más que para mostrar a Bill que aún estaba enojado, que no lo había perdonado; pero su interés en la máquina y, sobre todo, la exasperada inquietud que le producían las tonterías y sandeces de Bill, eran demasiado para él.

—¿Qué diablos te propones con dos caballos de fuerza ocho horas diarias? —preguntó.

—Hacer que funcione mi generador eléctrico.

—¿Pero qué quieres hacer con un generador eléctrico? ¿No tienes el cable que te trae la corriente de la ciudad?

—Claro que sí; y lo que me propongo es ver hasta qué punto me es dable lograr independencia de la ciudad.

—Pero ¿para qué?

El señor Propter exhaló una risita.

—Porque creo en la democracia jeffersoniana.

—¿Qué demonio tiene que ver con eso la democracia jeffersoniana? —dijo el señor Stoyte con creciente irritación—. ¿Acaso no te es posible creer en Jefferson y seguir tomando la corriente de la ciudad?

—Ésta es precisamente la cuestión —dijo el señor Propter—, casi que no se puede.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que digo —contestó el señor Propter blandamente.

—También yo creo en la democracia —anunció el señor Stoyte con una mirada de desafío.

—Ya sé que crees. Como también crees que eres el incontrovertible amo de todos tus negocios.

—¡Pues no faltaba más!

—Un amo incontrovertible suele llamarse también de otra manera —dijo el señor Propter—: «dictador».

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Tan sólo a los hechos. Tú crees en la democracia; pero eres jefe de negocios que se han de dirigir dictatorialmente. Y tus subordinados han de aceptar tu dictadura porque dependen de ti para vivir. En Rusia han de depender de los funcionarios para vivir. Quizás usted cree que eso es una ventaja —añadió volviéndose a Pedro.

Éste asintió con la cabeza.

—Soy partidario por completo de la posesión pública de los medios de producción —dijo. Ésta era la primera vez que había confesado abiertamente su fe en presencia de su jefe; se sintió satisfecho por haber osado mostrarse cual otro Daniel.

—«Posesión pública de los medios de producción» —repitió el señor Propter—. La desgracia es, sin embargo, que los gobiernos suelen considerar a los productores individuales como parte integrante de dichos medios. Francamente, preferiría tener a Jo Stoyte por jefe que a Jo Stalin. Este Jo —y puso una mano en el hombro del señor Stoyte—, este Jo no puede hacer que lo ejecuten a uno; no puede enviarlo a uno al Ártico; no puede evitar que se busque uno empleo con otro jefe. Mientras que el otro Jo… —sacudió la cabeza—. No es que yo esté precisamente deseando tener ni siquiera a este Jo por mi jefe.

—No tardarías gran cosa en estar despedido —refunfuñó el señor Stoyte.

—No quiero *ningún* jefe —continuó el señor Propter—. Cuantos más jefes tanta menos democracia. Pero a menos que las personas logren sostenerse a sí mismas,

habrán de tener un amo que tome a su cargo el sostenerlas. Así es que cuanto menos logre uno sostenerse a sí mismo tanta menos democracia habrá. En los días que viviera Jefferson, había muchos americanos que se sostenían con independencia. Eran económicamente independientes. Independientes del gobierno e independientes de las grandes empresas. A eso se debe la Constitución.

—Todavía tenemos la Constitución —dijo el señor Stoyte.

—No cabe duda —convino el señor Propter—: Pero si hubiéramos de forjar una nueva Constitución hoy, ¿cómo saldría? Una Constitución que se ajustara a los hechos de Nueva York, de Chicago y de Detroit; que se adoptara a la *United States Steel*, a la *Public Utilities*, a la *General Motors* y a la *C.I.O.* y a los departamentos gubernamentales. ¡Sería cosa de ver cómo saldría! —repitió—. Hemos respetado nuestra antigua Constitución, pero de hecho vivimos bajo una nueva. Y si queremos volver a vivir bajo la primera, tenemos que rehacer algo que se parezca a las condiciones en que la primera se produjo. ¿Por qué me interesa este artefacto? —acarició la armazón de la máquina—, porque facilita la independencia de cualquiera que desee obtenerla. No es que haya muchos que la deseen —añadió como entre paréntesis—. La propaganda que se hace en pro de la independencia es harto fuerte. Se ha llegado a creer que no se puede lograr la felicidad a menos que se dependa por completo del gobierno y de los negocios centralizados. Pero para los pocos que verdaderamente desean la democracia, que realmente quieren vivir libres en el sentido jeffersoniano, este aparato puede ser de utilidad. Si les da independencia con respecto al combustible y la energía, hemos adelantado ya un buen trecho.

El señor Stoyte miró con inquietud.

—¿Estás seguro de que puede hacer eso?

—¿Por qué no? —dijo el señor Propter—. Tenemos una cuantiosa suma de luz solar desperdiciándose en esta parte del país.

El señor Stoyte pensó en su presidencia de la compañía Petróleos Consol.

—No resulta conveniente para el negocio de los petróleos —dijo.

—Sería contra mi deseo que lo fuera —contestó el señor Propter alegremente.

—¿Y cómo resulta para los carbones? —tenía unos intereses en un grupo de minas de la Virginia Occidental—. ¿Y para los ferrocarriles? —Tenía un buen manojo de acciones de la *Union Pacific* que pertenecieron a Prudencia—. Los ferrocarriles no pueden sostenerse sin largos arrastres. Y para los aceros —añadió con desinterés, ya que lo que poseía en Aceros Bethlehem era cosa de poca monta—. ¿Qué les sucede a los aceros si perjudicas los ferrocarriles y disminuyes el acarreo? Tú vas en contra del progreso —prorrumpió en otro acceso de justa indignación—; te has propuesto contrariar la marcha del tiempo.

—No te preocupes —dijo el señor Propter—, que no ha de afectar gran cosa tus dividendos por largo tiempo. Tendrás tiempo bastante de adaptarte a las nuevas

condiciones.

Con admirable esfuerzo el señor Stoyte dominó el enojo.

—Por lo que parece te has llegado a figurar que en lo único que pienso es en el dinero —dijo con dignidad—. Bueno, quizá te interese saber que he determinado dar al doctor Mulge otros treinta mil dólares para la Escuela de Arte. (La decisión acababa de hacerla allí mismo en aquel momento, con el único propósito de emplearla como un arma en la perenne batalla sostenida contra Bill Propter). Y si es que te imaginas —añadió como si acabara de ocurrírsele—, si es que te imaginas que sólo me preocupan mis propios intereses, lee el número especial de la Feria Mundial del *New York Times*. Léelo —insistió con la solemnidad de un fundamentalista que recomendase el libro de la Revelación—. Verás cómo los hombres más progresivos del país piensan como yo. —Hablaba con inusitada e incongruente unción, empleando la fraseología de un discurso de sobremesa—. ¡El camino del progreso es el camino de la perfecta organización, del perfecto servicio en los negocios, de la cada vez más amplia distribución de géneros al consumidor! —Luego, incoherentemente—. Mira cómo la mujer de su casa va a la abacería —agregó— y compra un paquete de algún cereal anunciado en toda la nación, o algo semejante. *Eso* es progreso. No tu chifladura de hacerlo todo en casa con esa estúpida invención. —El señor Stoyte había vuelto por completo a su estilo ordinario—. Tú siempre has sido un necio, Bill, y por lo que veo, no dejarás de serlo jamás. Y recuerda lo que te he dicho por lo que se refiere a meterse con Bob Hansen. No lo permitiré. —Haciendo un dramático mutis echó a andar; pero luego que hubo dado algunos pasos, se detuvo y volviéndose, por encima del hombro, añadió—: Vente a cenar, si es que te sientes con humor para ello.

—Gracias —dijo el señor Propter—, sí que iré.

El señor Stoyte anduvo con viveza hacia el automóvil. Se había olvidado de la presión sanguínea y del Dios viviente y se sentía, completamente de improviso, inexplicable e irrazonablemente feliz. No era que hubiera logrado apuntarse éxito notable alguno en su batalla con Bill Propter. No, no se lo había apuntado; y lo que era más, no sólo no se lo había apuntado sino que había representado el papel del tonto en toda la cuestión y hasta cierto punto se daba cuenta de ello. La causa de su felicidad radicaba en otro sitio. Se sentía feliz, aunque jamás lo hubiera confesado, porque a pesar de todo, Bill parecía tenerle voluntad.

En el coche, mientras rodaba hacia el castillo, iba silbando solo.

Al entrar (con el sombrero puesto, como de costumbre; pues, aun después de tantos años experimentaba el placer pueril del contraste entre el palacio en que vivía y las maneras proletarias que afectaba), el señor Stoyte cruzó el gran salón, penetró en el ascensor y de éste anduvo derechamente al *boudoir* de Virginia.

Cuando abrió la puerta, se hallaban los dos sentados, a cinco metros de distancia

uno de otro por lo menos. Virginia estaba junto al mostrador de la fuente de agua carbónica, saboreando, pensativa, un arlequín de plátano y chocolate; sentado en elegante actitud en uno de los sillones de satén rosa, el doctor Obispo, procedía a encender un cigarrillo.

Para el señor, Stoyte, la impresión de la sospecha o de los celos era equivalente a un puñetazo dirigido (pues que el golpe era físico y localizado en el diafragma) contra el plexo solar. Su rostro se contrajo adolorido. Y sin embargo, nada había visto; no había causa manifiesta de celos, ni razón visible en sus actitudes, en sus acciones, o en la expresión de sus semblantes, para sospecha alguna. Los modales del doctor Obispo eran perfectamente sueltos y naturales; y la sonrisa de asombrada y complacida bienvenida de la Nena era de un candor angelical.

—¡Tío Jo! —corrió a su encuentro y le echó los brazos al cuello—. ¡Tío Jo!

La calidez del tono, la blandura de los labios, produjeron en el señor Stoyte efecto extraordinario. Conmovido hasta un punto en que usaba la palabra en todo el alcance de su doble connotación, murmuró con dilatado énfasis:

—¡Mi Nena!

La sola idea de haber sospechado, por un momento siquiera, de aquella pura y adorable, de aquella deliciosamente cálida, mórbida y perfumada criatura, le llenó de vergüenza. E incluso el doctor Obispo echaba ahora fuego al resquemor.

—Estaba un tanto preocupado —dijo levantándose de la silla— por su modo de toser cuando estábamos de sobremesa. Por eso he venido para estar seguro de verle tan pronto viniera. —Se metió la mano en el bolsillo y, luego de sacar a medias y reponer en él rápidamente un tomito encuadernado en piel, semejante a un libro de oraciones, extrajo del mismo un estetoscopio—. Más vale prevenir que curar —continuó diciendo—. No voy a permitir que agarre usted una gripe si es que puedo evitarlo.

Al recordar la buena semana de ingresos que habían tenido en el Panteón Beverly, el señor Stoyte se sintió alarmado.

—No me siento mal —dijo—. Me parece que la tos no fue nada de particular. Sólo mi antigua… mi bronquitis crónica, ¿comprende?

—Tal vez no fuera más que eso. Pero de todos modos me gustaría auscultarle —y con profesional actividad se colgó al cuello el estetoscopio.

—Tiene razón, tío Jo —dijo la Nena.

Conmovido por tanta solicitud, y al mismo tiempo un si es no es inquieto al pensar que tal vez fuera gripe, el señor Stoyte se quitó la chaqueta y el chaleco y comenzó a desatarse la corbata. Un momento después estaba en piel y desnudo hasta la cintura, bajo la cristalina araña. Recatadamente, Virginia se retiró de nuevo a la fuente carbónica. El doctor Obispo se introdujo en los oídos los extremos tubulares de curvado níquel del estetoscopio.

—Respire hondo —dijo al paso que aplicaba el aparato contra el pecho del señor Stoyte—. Otra vez —ordenó—. Ahora tosa. —Al mirar al otro lado del barril de velluda carne, su vista se posó en la pared opuesta sobre los habitantes del lastimero paraíso de Watteau que se disponían para hacerse a la vela en busca de algún otro paraíso, aún más descorazonador sin duda alguna.

—Diga noventa y nueve —mandó el doctor Obispo retornando del embarco para Citeres al más próximo panorama del tórax y abdomen del señor Stoyte.

—Noventa y nueve —dijo éste—. Noventa y nueve. Noventa y nueve.

Cabal y cumplidamente profesional, el doctor Obispo fue corriendo el estetoscopio de uno a otro punto, sobre el curvado barril carnoso que tenía delante. El viejo buharrón, por supuesto, no tenía nada. Sólo la acostumbrada colección de estertores y jadeos que siempre había tenido. Quizá prestaría un tanto de realidad a la cosa si se lo llevara abajo a su clínica y lo plantara delante del fluoroscopio. Pero no; no era cosa de tanta molestia. Y además, como farsa ya había bastante.

—Tosa otra vez —dijo, plantando el instrumento entre los pelos grisáceos de la tetilla izquierda del señor Stoyte.

Entre otras varias cosas, según iba reflexionando mientras el señor Stoyte se esforzaba en producir una serie de toses artificiales, entre otras varias cosas, estos viejos sacos tripudos no olían precisamente a rosas. En verdad que no le era dable imaginarse cómo una muchacha joven podía aguantarlo, aunque fuera por dinero. Y, sin embargo, era cosa probada que había millares de ellas que, no solamente lo aguantaban, sino que incluso se gozaban en ello. O tal vez la palabra «gozar» no fuera la apropiada. Porque en la mayoría de los casos probablemente no era cosa de goce en el propio y fisiológico sentido de la palabra. Lo que ocurría, ocurría en la mente, no en el cuerpo. Querían a sus sacos tripudos con la cabeza; los querían porque los admiraban, porque se dejaban impresionar por la posición de los mismos en el mundo, por su conocimiento o por su celebridad. Con lo que dormían no era con un hombre; era con una reputación, con una función personificada. Y luego, había que tener en cuenta que algunas de las muchachas eran futuras modelos para un anuncio del día de las madres; algunas otras eran Florencitas Nightingales esperando que les cayera otra guerra de Crimea. En tales casos, las mismísimas dolencias de los sacos tripudos añadían un atractivo. Tenían la satisfacción de dormir no sólo con una reputación o con un pozo de sabiduría, no solamente con una magistratura federal, pongamos por ejemplo, o con el presidente de la cámara de comercio, sino, además, con un soldado herido, con un niño imbécil, con una deliciosa criaturita maloliente que todavía se ensuciaba en la cama. Incluso esta mujer (el doctor Obispo dirigió una mirada de través hacia la fuente de agua de soda), incluso ésta tenía algo de Florencia Nightingale, algo de la Madre de la Estrella de Oro. (Y eso a pesar de que, en su pensamiento consciente, tenía una especie de horror físico a la maternidad

fisiológica). Jo Stoyte tenía un tantillo de criatura y de paciente para ella; y al mismo tiempo, desde luego, era en buena parte su Abraham Lincoln. De manera incidental, daba la casualidad que era también el hombre del libro talonario. Lo que no era cosa de echar en saco roto, por supuesto. Pero si hubiera sido eso solamente, Virginia no se hubiera, sentido tan feliz como evidentemente se sentía. El libro talonario cobraba atractivo por encontrarse en manos de un semidiós que había menester de una niñera para que le cambiara los pañales.

—Vuélvase, haga el favor.

El señor Stoyte obedeció. La espalda, reflexionaba el doctor Obispo, era perceptiblemente menos repugnante que la parte delantera. Quizás porque era menos personal.

—Respire hondo —dijo; pues tenía el propósito de repetir la farsa de cabo a cabo, sobre el nuevo escenario—. Otra vez.

El señor Stoyte respiró enormemente, como un cetáceo.

—Otra vez —dijo el doctor Obispo—; y otra vez —repitió, reflexionando, mientras el paciente bufaba, que su principal ventaja estaba en su desemejanza con el saco tripudo, desemejanza que había de ser refrescante. Ella le aceptaría y le aceptaría con las condiciones que él impusiera. Nada de Romeos y Julietas, nada de sandeces acerca del Amor con mayúscula, nada de músicas celestiales, claros de luna, sueños que se realizan y contigo la eternidad. Sensualidad y nada más que sensualidad en sí y por sí. Lo verdadero, lo esencial y concreto; nada menos, ni que decirlo había; pero también (y esto ciertamente sí que había que decirlo, pues que las zorras trataban continuamente de hacer que uno las pusiera en un pedestal o que se convirtiera en un compañero del alma) nada más. Nada más, en primer lugar, por respeto a la verdad científica. Él creía en la verdad científica. Los hechos eran los hechos; había que aceptarlos como tales. Era un hecho, por ejemplo, que las muchachas a sueldo de viejos ricos, se dejaban seducir sin gran dificultad. Era un hecho, asimismo, que los viejos ricos, por éxito que tuvieran en los negocios, vivían generalmente tan asustados y eran tan ignorantes y estúpidos que se dejaban embaucar por el primero que se determinara a hacerlo.

—Diga otra vez noventa y nueve —dijo en voz alta.

—Noventa y nueve. Noventa y nueve.

Noventa y nueve probabilidades en ciento había que jamás descubriera lo más mínimo. Tal era el hecho, por lo que a los viejos se refería. Por lo que se refería al amor, el hecho era que consistía esencialmente en tumescencia y detumescencia. ¿Qué necesidad había, pues, de bordar la cuestión de innecesarias ficciones? ¿Por qué no mostrarse realista? ¿Por qué no considerar toda la cuestión de un modo científico?

—Noventa y nueve —continuaba el señor Stoyte—. Noventa y nueve.

Y luego, seguía reflexionando el doctor Obispo, mientras escuchaba sin interés

los murmullos y crepitaciones que se producían en el interior del barril oliente y cálido que tenía delante, luego había también razones personales para preferir el amor sin adornos, en su condición de químicamente puro. Razones personales que, por supuesto, eran también un hecho que había que aceptar. Pues era un hecho que él, personalmente, encontraba un placer añadido en la imposición de su voluntad a la pareja elegida. Para que resultara placentera tal imposición de la voluntad era menester que no fuera jamás demasiado fácil, demasiado cosa de cajón. Lo cual excluía por completo a las profesionales. La pareja había de ser una aficionada, y como todos los aficionados, sometida a la tesis de que la tumescencia y la detumescencia estuvieran siempre asociados con el AMOR, la PASIÓN, la COMPAÑÍA DEL ALMA, todo ello escrito con letras de la caja alta. Al imponer su voluntad él imponía la doctrina contraria, la doctrina de la tumescencia y la detumescencia en sí mismas, como fin. Todo cuanto él pedía era que la pareja probara la tesis de una manera práctica, por muy renuente, por muy experimentalmente que fuera; aunque sólo fuera por una sola vez; eso no le importaba. Tan sólo una prueba. Después, todo lo demás corría de su cuenta. Si no le era dable convertirla de manera permanente y entusiástica, por lo menos en lo que le atañía, la falta sería de él.

—Noventa y nueve, noventa y nueve —decía el señor Stoyte con paciencia ejemplar.

—Ya puede usted parar —concedió el doctor Obispo graciosamente.

Sólo una prueba; prácticamente se garantizaba a sí mismo el éxito. Era una de las ramas de fisiología aplicada; era perito en la materia, especialista. El Claudio Bernard de la materia. ¡Y vaya si impone uno su voluntad! Empieza uno por obligar a la muchacha a aceptar una tesis que está en franca contradicción con todas las ideas en que ha sido educada, con toda la jerigonza de sueños que se realizan de la ideología popular. Una bonita victoria sin duda alguna. Pero sólo cuando uno descendía a la fisiología aplicada era cuando empezaba la serie de triunfos realmente satisfactorios. Se tomaba un ser humano ordinariamente racional, una buena americana ciento por ciento, con su ambiente, una posición social, un sistema de costumbres, un código de ética, una religión (católica en el caso presente, recordó el doctor Obispo, entre paréntesis); se tomaba a esta buena ciudadana, cuyos derechos estaban plena y formalmente garantizados por la Constitución, se las tomaba (y quizás ella había acudido a la cita en la *limousine* Packard de su esposo y derecho desde un banquete en que se habían pronunciado discursos en honor, digamos, del doctor Nicolás Murray Butler o del retirado arzobispo de Indianápolis), se la tomaba y procediendo sistemática y científicamente, se reducía a esta singular personalidad a un mero cuerpo epiléptico, gemebundo y balbuciente ante la exacerbación de un placer, del que uno, el Claudio Bernard de la materia, era la causa, y del que se mantenía uno, el gozoso, mas siempre desprendido, siempre irónicamente, divertido espectador.

—No más que unas cuantas aspiraciones profundas, si no tiene inconveniente.

Jadeante el señor Stoyte inhaló; luego, con un suspiro que era más bien un bufido, se vació los pulmones.

CAPÍTULO XI

DESPUÉS que se marchó el señor Stoyte, se produjo el silencio. Silencio prolongado durante el cual, cada uno de los tres seguía el curso de los propios pensamientos. Pedro fue quien habló primero.

—Estas cosas —dijo con melancolía— me ponen en un estado que llego a dudar si debiera seguir recibiendo el dinero que me da. ¿Qué es lo que haría usted, señor Propter, si estuviera en mi lugar?

—¿Que qué es lo que haría? —dijo el señor Propter reflexionando por un momento—. Yo seguiría trabajando en el laboratorio de Jo; pero sólo mientras tanto me sintiera lo bastante seguro de que lo que hacía no había de causar más mal que bien. Uno ha de ser utilitario en estas cuestiones. Utilitario con una diferencia —definió—. Un Bentham cruzado de Eckhart, por ejemplo, o de Nagarjuna.

—¡Pobre Bentham! —exclamó Jeremías horrorizado al pensar el desafuero que se cometía en su tocayo.

El señor Propter sonrió.

—¡Pobre Bentham, verdaderamente! ¡Un hombre tan bueno, tan amable, tan absurdo y tan inteligente! ¡Tan cerca de la verdad; mas tan enormemente equivocado! Alucinado por la noción de que es posible alcanzar el mayor bien para el mayor número en el nivel estrictamente humano; en el nivel del tiempo y del mal; en el nivel de la ausencia divina. ¡Pobre Bentham! —repitió—. ¡Qué gran hombre hubiera sido de haberle sido posible alcanzar que el bien no se logra si no es en donde existe!

—Esa clase de utilitario de que habla usted —dijo Pedro—, ¿qué es lo que sentiría con respecto a la ocupación que yo ahora desempeño?

—No lo sé —contestó el señor Propter—, no he pensado en ello lo bastante para llegar a descubrir lo que diría. Y, de cualquier modo, aún no hemos logrado materia empírica en que fundar un juicio razonable. Todo lo que se me alcanza es que, si yo estuviera metido en ello, sería cauto.

—Pero ¿y por lo que se refiere al dinero? —continuó Pedro—. ¿Viendo de donde procede y a quien pertenece, cree usted que debiera recibirlo?

—Todo dinero tiene bastante de inmundo —dijo el señor Propter—. No sé que el del pobre Jo lo sea en modo apreciable más que otro alguno. Tal vez usted lo crea; pero eso se debe a que es la primera vez que ve usted el dinero en la fuente de que procede; en su origen personal y humano. Se encuentra usted ahora como uno de esos niños de la ciudad a quienes siempre se ha servido la leche en botellas esterilizadas traídas de un blanco y pulido camión de reparto. Cuando van al campo y ven cómo se extrae de un animal grande y gordo y no muy bien oliente, se horrorizan y sienten repugnancia. Lo mismo viene a suceder con el dinero. Se acostumbra uno a cobrarlo

a través de una broncínea rejilla en un banco de mármol magnífico. Luego viene al campo y vive en el mismo cobertizo en que está el animal que segrega el producto; y el procedimiento no le resulta por demás apetitoso ni higiénico. Pero el mismo procedimiento se ha venido aplicando aun cuando usted lo ignorara. Y, si no trabajara usted para Jo Stoyte, lo haría probablemente para algún colegio o universidad. Pero ¿de dónde obtienen el dinero los colegios y las universidades? De los hombres ricos. O por decirlo de otro modo, de personas como Jo Stoyte. Viene a ser, una vez más, inmundicia servida en envases esterilizados; pero esta vez, por un caballero de gorro y bata.

—¿Así es que cree usted que me está bien seguir adelante como hasta aquí? —dijo Pedro.

—Bien —repuso el señor Propter—, en el sentido de que no es decididamente peor que cualquiera otra cosa. —Sonrió de pronto—. Me he alegrado de saber que el doctor Mulge ha logrado la Escuela de Arte —dijo en un tono más leve—. Y nada menos que después del Auditorium. Es una bonita suma de dinero. Pero supongo que el prestigio de ser un patrocinador del saber, lo merece. Y, desde luego, existe una presión social enorme sobre los ricos para convertirlos en patrocinadores del saber. Se ven impulsados tanto por la vergüenza como por el anhelo de creerse los benefactores de la humanidad. Y, afortunadamente, con el doctor Mulge, el hombre rico logra prestigio sin exposición. Por muchas escuelas de arte que haya en Tarzana no se perturbará el *statu quo*. Mientras que si yo fuera a pedir a Jo cincuenta mil dólares para subvencionar una investigación en la técnica democrática, me la negaría rotundamente. ¿Por qué? Porque sabe que es lo peligroso. Gusta de los discursos acerca de la democracia (dicho sea de paso, el doctor Mulge es verdaderamente aterrador en ese punto). Pero no da su beneplácito a los burdos materialistas que tratan de hallar el medio de poner en práctica esos ideales. Han visto ustedes lo irritado que se puso con mi pobre máquina Rolar. Porque sabe que, en lo poco que es, es una amenaza para esa especie de grandes negocios de que saca el dinero. Y lo mismo sucede con cualquiera de los otros aparatos de que le he hablado de vez en cuando. Vengan a verlos, si es que no les aburre.

Los condujo al interior de la casa. Aquí había un molinillo eléctrico, escasamente mayor que un molinillo de café, que le servía para moler la harina que necesitaba. Allí un telar en el que había aprendido a tejer y en el que, a la sazón, enseñaba a otros. Después les condujo al cobertizo en el que con unas cuantas herramientas movidas por electricidad que venían a costarle unos centenares de dólares, se hallaba pertrechado para cualquier clase de trabajo de carpintería o metalistería. Más allá del cobertizo estaban los aún no acabados invernáculos; pues los bancales no eran adecuados para subvenir a las demandas de los temporeros. Allí era donde estaban ellos, les indicó, señalando por entre la creciente oscuridad las luces de una hilera de

cabañas. Tan sólo podía albergar a unos cuantos; los demás habían de vivir en una especie de escorial allá abajo en la parte seca del lecho del río; y había de pagar alquiler a Jo Stoyte por el privilegio. No eran materia muy dispuesta para dejarse trabajar, desde luego. Pero su miseria no le daba a uno lugar a escoger. Simplemente había que atenderlos. Unos cuantos habían llegado hasta allí sin desmoralizarse; y algunos de éstos alcanzaban a ver cuál era el remedio, cómo había que orientarse para lograrlo. Dos o tres de ellos venían aquí a trabajar con él; y a él le había sido posible obtener algún dinero para establecer a dos o tres más en un pedazo de tierra cerca de Santa Susana. No era más que un comienzo; y, por lo tanto, poco satisfactorio. Porque era evidente que ni siquiera era posible iniciar la experimentación como es debido, hasta no tener una comunidad plenamente sazonada y trabajando bajo nuevas condiciones. Pero el poner en pie una comunidad requeriría dinero. Mucho dinero. Los ricos, sin embargo, no prestarían ayuda a la obra; preferían fundar escuelas de arte en Tarzana. Quienes hubieran tenido interés en hacerlo, carecían de dinero; ésta era una de las razones de su interés. Tomar prestado al tipo de interés corriente en el comercio era peligroso. Excepto en muy favorables circunstancias, las probabilidades que uno tenía eran simplemente las de venderse como esclavo a un banco.

—No es cosa fácil —dijo el señor Propter mientras volvían a la casa—; pero la cosa es que, fácil o no, está ahí, esperando que uno lo haga. Pero, con todo, Pedro, hay algo que puede hacerse.

El señor Propter entró en la casa por un momento para apagar las luces, luego salió de nuevo al porche. Los tres juntos bajaron por el sendero hacia la calzada. Ante ellos la mole del castillo aparecía como una vasta silueta perforada accidentalmente por alguna que otra luz.

—Algo es lo que puede hacerse —resumió el señor Propter— pero solamente con la condición de que uno sepa cuál es la naturaleza del mundo. Cuando uno sabe que el nivel estrictamente humano es el nivel del mal, no perderá el tiempo esforzándose por producir el bien en semejante nivel. El bien sólo se manifiesta en el plano animal y en el plano de la eternidad. Al saber esto, comprende uno que lo sumo que puede lograrse en el plano humano es simplemente preventivo. Se puede prevenir que la actividad puramente humana no se injiera demasiado en las manifestaciones del bien de los demás planos. Eso es todo. Pero los políticos desconocen la naturaleza de la realidad. Si no la desconocieran, no serían políticos. Reaccionarios o revolucionarios, todos son humanistas, todos románticos. Viven en un mundo de ilusión, un mundo que no es sino una proyección de su personalidad humana. Obran como sería pertinente que obraran si el mundo que imaginan existiera realmente. Pero desgraciadamente no existe más que en su imaginación. De aquí que nada de cuanto hacen sea apropiado para el mundo real. Sus acciones todas son acciones de orate, y todas ellas, y la historia está ahí para demostrarlo, son casi completamente

desastrosas. Esto es por lo que toca a los románticos. Los realistas, los que han estudiado la naturaleza del mundo, saben que una actitud exclusivamente humanística para con la vida es siempre fatal, y que toda actividad estrictamente humana debe ser instrumental para el bien animal o del espíritu. Saben, por decirlo de otro modo, que la tarea pertinente al hombre consiste en dar al mundo humano seguridad para los animales y los espíritus. O tal vez —añadió volviéndose a Jeremías— quizás como inglés prefiera usted la frase de Lloyd George a la de Wilson: «Casa dispuesta para hogar de héroes», ¿no es así? Una casa dispuesta para los animales y los espíritus, para la fisiología y la conciencia desinteresada. Actualmente, si no me equivoco, es profundamente inadecuada. El mundo que nos hemos fabricado es un mundo de cuerpos enfermos, de personalidades dementes y criminales. ¿Cómo lograremos dar seguridad a este mundo para que podamos vivir en él como animales y como espíritus? Cuando nos sea dable responder a esta pregunta, habremos descubierto lo que hay que hacer.

El señor Propter se detuvo en lo que parecía ser una especie de hornacina al borde del camino, abrió una puertecita de acero con una llave que llevaba consigo, y, tomando el auricular telefónico, anunció su presencia al portero invisible que había en alguna parte, al otro lado del foso. Continuaron su camino.

—¿Cuáles son las cosas que restan seguridad al mundo para los animales y los espíritus? —continuó el señor Propter—. Evidentemente la avaricia y el temor, el ansia de poder, el odio, la ira…

En aquel momento una luz deslumbradora les dio de lleno en el rostro y casi en el acto se apagó.

—Dios santo, ¿qué es lo que?… —empezó a decir Jeremías.

—No se preocupe —dijo Pedro—; quieren cerciorarse de que efectivamente somos nosotros y no una cuadrilla de forajidos. Es un reflector.

—No es más que nuestro buen amigo Jo que manifiesta su personalidad —dijo el señor Propter cogiendo el brazo de Jeremías—. O, en otras palabras, que proclama ante el mundo que tiene miedo por haber sido avaricioso y dominante. Y ha sido avaricioso y dominante porque el sistema en que vivimos pone premio a esas cualidades. Nuestro problema consiste en hallar un sistema que permita las menos oportunidades posibles para que desgraciados semejantes a Jo Stoyte desenvuelvan sus potencialidades.

El puente descendió cuando se acercaron al foso y ahora las planchas de que se componía resonaban a hueco bajo sus pies.

—Usted quisiera el socialismo, Pedro —continuó el señor Propter—, pero el socialismo parece estar fatalmente destinado él la centralización y a la producción urbana en masa de tipo fijo en todos sus aspectos. Además, veo en él demasiadas ocasiones para mandar; demasiadas oportunidades para que la gente mandona

manifieste su mandonería, y para que los indolentes se dejen llevar y se conviertan en esclavos.

El rastrillo se elevó, las puertas se echaron atrás para recibirlos.

—Si uno quiere asegurar el mundo para los animales y para los espíritus, ha de hallar un sistema que reduzca la cuantía de temor, de avaricia, de odio y de mandonería al mínimo. Lo que significa que se ha de contar con la bastante seguridad económica para librarse cuando menos de esa fuente de preocupaciones. La bastante responsabilidad personal para evitar que las personas se revuelquen en la pereza. Propiedades bastantes para protegerles de la mandonería de los ricos; mas no la suficiente para permitirles mandonear. Y lo mismo por lo que se refiere a derechos y autoridad política: lo bastante de los primeros para protección de los muchos, poco de lo segundo para dominación de los pocos.

—Me suena como a campesinos —dijo Pedro con aire de duda.

—Campesinos, amén de algunas pequeñas máquinas y energía para moverlas. Lo que quiere decir que dejan de ser campesinos en tanto que se bastan a sus necesidades.

—¿Y quién hace las máquinas? ¿Otros campesinos?

—No; los mismos que las hacen ahora. Lo que no pueda hacerse satisfactoriamente más que por métodos de producción en masa, evidentemente ha de continuar haciéndose de la misma manera. Una tercera parte de la producción total; a eso es a lo que parece ascender. Los otros dos tercios de la producción se obtienen con mayor economía en casa o en pequeños talleres. El problema práctico inmediato estriba en construir la técnica de la producción en pequeña escala. Actualmente todas las investigaciones tienden a descubrir nuevos campos de producción en masa.

En la gruta ardía una hilera de cirios eléctricos de ocho metros, en perpetua adoración ante la Virgen. Encima, en el campo de tenis, el mayordomo segundo, dos doncellas y el jefe electricista, jugaban un partido de parejas mixtas a la luz de los arcos voltaicos.

—¿Cree usted que la gente se avenga a dejar las ciudades para vivir, como usted nos dice, en pequeñas granjas?

—¡Ah, ahora toca usted la cuestión, Pedro! —dijo el señor Propter con acento de aprobación—. Francamente, pues, no espero que dejen las ciudades más de lo que espero que abandonen las guerras o las revoluciones. Todo lo que espero es que, si hago lo que está de mi parte y lo que hago es razonablemente bueno, haya unas cuantas personas más que deseen colaborar conmigo. Nada más que eso.

—Pero si no va usted a conseguir que le sigan sino unos cuantos, ¿qué valor tiene eso? ¿Por qué no intentar algo con las ciudades y las fábricas, teniendo en cuenta que es ahí donde la mayor parte de la gente permanecerá? ¿No será eso más práctico?

—Eso depende de cómo se defina la palabra —dijo el señor Propter—. Por ejemplo, usted parece considerar práctico ayudar a una multitud para seguir una política que se sabe es fatal; pero que no es práctico ayudar a unos cuantos a seguir una política que hay razones para considerar saludable. No estoy de acuerdo con usted.

—Pero la multitud está ahí. Algo hay que hacer con ella.

—Algo hay que hacer con ella; pero al mismo tiempo, hay circunstancias en las que nada puede hacerse. Nada efectivo puede lograrse con nadie si él no se determina o es capaz de colaborar con uno en lo que es justo hacer. Por ejemplo, uno tiene que prestar auxilio a personas a quienes mata la malaria. Pero en la práctica no se les puede prestar auxilio alguno si se niegan a colocar gasa en las ventanas y se empeñan en pasear cerca de aguas estancadas al oscurecer. Exactamente sucede con las enfermedades del cuerpo político. Hay que auxiliar a las gentes cuando han de hacer frente a la guerra, a la ruina o a la esclavitud, cuando se encuentran bajo la amenaza de una revolución repentina o de la lenta degeneración. Hay que ayudarles. Pero el caso es, sin embargo, que no es posible hacerla si persisten en la conducta que diera lugar originalmente a la perturbación. Por ejemplo, no se puede proteger a la gente de los horrores de la guerra si no quieren renunciar a los placeres del nacionalismo. No se les puede salvar del alza y baja de valores mientras continúen pensando exclusivamente en el dinero y considerándolo como el supremo bien. No se puede evitar la revolución y el esclavizamiento mientras se empeñen en confundir el progreso con el incremento de centralización y la prosperidad con la intensificación de la producción en masa. No se les puede preservar de la locura colectiva y del suicidio mientras persistan en rendir honores divinos a ideales que no son sino meras proyecciones de la propia personalidad; es decir, si se empeñan en adorarse a sí mismos en vez de a Dios. Consideremos ahora los hechos verdaderos de la presente situación. Para nuestro fin los hechos más significativos son éstos: los habitantes de todos los países civilizados se encuentran amenazados; todos desean apasionadamente salvarse del desastre que les amaga; la enorme mayoría se niega a cambiar de manera de pensar, de sentir y de obrar que es causa y origen de su presente apuro. O, lo que es lo mismo, no se les puede prestar ayuda porque no se encuentran dispuestos a colaborar con quien, queriendo ayudarles, les proponga un procedimiento de acción racional y positivo. En tales circunstancias, ¿qué habrá de hacer el presunto auxiliador?

—Preciso es que haga algo —dijo Pedro.

—¿Aun cuando con ello acelere el proceso de destrucción? —el señor Propter sonrió tristemente—. Hacer sólo por hacer —continuó—. Yo prefiero a Oscar Wilde. El arte malo no produce tanto mal como la desconsiderada acción política. Para hacer bien en la más íntima escala se requiere más inteligencia de la que poseen la mayoría

de las gentes. Habrían de contentarse con evitar el daño; es más fácil y no tiene los terribles resultados que tiene procurar hacer el bien por caminos equivocados. Cruzarse de brazos y tener buenos modales sirve de mucho más, en la mayoría de los casos, que precipitarse de un lado para otro con buenas intenciones, arreglando el mundo.

Inundada de luz, la ninfa de Giambologna seguía aún borbotando agua infatigablemente contra el fondo de terciopelo de la oscuridad. La electricidad y la escultura, iba pensando Jeremías al mirarla, predestinados compañeros. ¡Qué de cosas no habría hecho el viejo Bernini de haber tenido una batería de proyectores! ¡Qué de pasmosas luces, qué riqueza de fantásticas sombras! ¡Místicas en erotismo, ángeles conglobados, rehilantes esqueletos surgiendo de las tumbas papales como cohetes, santos arrastrados por el huracán de sus colgantes ropajes, los marmóreos rizos al viento! ¡Qué divertido! ¡Qué esplendoroso! ¡Magnífico énfasis de autoparodia! ¡Asombrosa belleza que produce vértigo! ¡Enormidad del mal gusto! ¡Y qué lástima que aquel hombre hubiera de haberse contentado con la luz del día y las velas de sebo!

—No —iba diciendo el señor Propter, en contestación a una pregunta de protesta del joven—, no; ciertamente que yo no aconsejaría su abandono. Yo aconsejaría la constante reiteración de las verdades que se les han repetido una y otra vez durante los últimos tres mil años. Y en los intervalos seguiría con el trabajo activo sobre la técnica de un sistema mejor, y colaboraría con los pocos que comprenden cuál es el sistema y se encuentran dispuestos a pagar el precio de su realización. Digamos de paso que el precio, valorado en términos humanos, es enormemente elevado. Aunque, desde luego, muy inferior al que la naturaleza de las cosas demanda de quienes persisten en portarse según el modelo humano general y corriente. Muy inferior al precio de la guerra, por ejemplo; especialmente la guerra con las armas contemporáneas. Muy inferior al precio de la depresión económica y del esclavizamiento político.

—Y ¿qué es lo que sucede? —preguntó Jeremías con su voz aflautada—, ¿qué sucede cuando se ha pasado la guerra? ¿Será mucho mejor la situación de los pocos que la de los muchos?

—Por singular que parezca —respondió el señor Propter— hay una probabilidad de que lo sea. La razón es la siguiente: si han aprendido la técnica de bastarse a sí mismos, les será más hacedero sobrevivir durante la anarquía que a aquellos cuya vida depende de la organización superiormente centralizada y especializada. No es posible obrar en pro del bien sin prepararse, al paso, para lo peor.

Dejó de hablar y los tres anduvieron en un silencio sólo perturbado por el sonido de dos aparatos de radio, que en algún lugar, allá arriba en el castillo, funcionaban sintonizados con estaciones diferentes. Los mandriles, por el contrario, estaban ya

durmiendo.

CAPÍTULO XII

Ya en la Capilla de Nuestra Señora de Durham con sus columnas, las perchas para sombreros, los Magnascos, los Brancusi y los sarcófagos etruscos que hacían las veces de paragüeros, Jeremías Pordage empezó a sentirse de improviso un tanto más alegre y a sus anchas.

—Esto es algo así como si uno entrara en la mente de un loco —dijo, sonriendo alegremente mientras colgaba el sombrero y seguía a sus compañeros al gran salón.

O mejor de un idiota —distinguió—; porque supongo yo que el maniático es una persona cuya mente tiene un tema; mientras que esto —e hizo un ademán circular— esto es una mente sin tema alguno, pues que los tiene infinitos. Es la mente de un idiota genial. Positivamente atiborrado con todo lo mejor que se ha pensado y dicho. —Pronunció la frase con una especie de precisión de vieja solterona, que la hizo perfectamente ridícula—. Grecia, México, braseros, crucifijos, maquinaria, Jorge IV, Amida Buda, ciencia, Ciencia Cristiana, baños turcos, todo cuanto quiera uno decir. Y cada partida perfectamente inconsistente con todas las demás. —Se frotó las manos y parpadeó regocijado a través de las bifocales—. Es inquietante en un principio, ¿comprende?; pero creo que va empezando a gustarme. Encuentro que en verdad prefiero vivir dentro de un idiota.

—No lo dudo —dijo el señor Propter, como dándolo por descontado—. Es una preferencia muy común.

Jeremías se sintió ofendido.

—No hubiera creído que eso fuera muy común —dijo señalando con la cabeza en dirección al Greco.

—No lo es —convino el señor Propter—; pero se puede vivir en un universo de idiotas sin llegar al extremo de construirlo de cemento armado y llenarlo de obras de arte.

Se produjo una pausa durante la cual entraron en el ascensor.

—Se puede vivir en el interior de un idiota cultural —continuó el señor Propter —, en el interior de un muestrario de palabras y retazos informativos mutuamente inconsistentes. 0, yéndose más por lo bajo, se puede vivir en el idiótico mundo del *homme moyen sensuel*; el mundo cuyas incoherencias estriban en periódicos y fútbol, sexo y preocupaciones, anuncios y dinero, halitosis y mantener las relaciones con los Jones. Existe una jerarquía de idioteces. Naturalmente que usted y yo preferimos la de más calidad.

El ascensor se detuvo. Pedro abrió la puerta y salieron al enjalbegado corredor del sub-sótano.

—Nada hay como el universo de un idiota cuando uno quiere llevar una vida

sosegada e irresponsable. Es decir, siempre y cuando le sea a uno posible soportar la idiotez —añadió el señor Propter—. Hay mucha gente que no puede. Luego de un tiempo se cansan de su mundo sin tema. Sienten la necesidad de concentrarse en algo y orientarse hacia algo. Desean dar sentido a su vida. Entonces es cuando se convierten al comunismo, o ingresan en la iglesia apostólica romana, o se unen al movimiento de Oxford. Cualquier cosa con tal de tener un tema. Y, por supuesto, en la tremenda mayoría de los casos eligen el tema equivocado. Es casi lo inevitable; porque existe un millón de temas equivocados y sólo uno acertado; un millón de ideales, un millón de proyecciones de la personalidad y solamente un dios y una visión beatífica. De la idiotez sin tema pasan muchos a la monomaniática, generalmente criminal. Les hace sentirse mejor, desde luego; pero, pragmáticamente hablando, el último estado es siempre peor que el primero. Si no quiere usted la única cosa que vale la pena tener, mi consejo es: siga con la idiotez. —Y luego prosiguió cambiando de tono mientras Jeremías abría la puerta de su abovedado estudio—: ¿Es aquí donde trabaja usted? Y ésos son los documentos de Hauberk, por lo que parece. Hay un montón de ellos. El título está extinguido, ¿no es así?

Jeremías cabeceó.

—Y la familia también, o casi, casi. No quedan más que dos ancianas solteronas en una casa llena de recuerdos y sin dinero. —Parpadeó, exhaló una risita preparatoria y luego, palpándose la calva, dijo con exagerada precisión—: Hidalgas decaídas. —¡Exquisita locución! Era una de sus favoritas—. Y la decadencia debe hallarse bien avanzada —añadió—; de otro modo no hubieran vendido los documentos. Habían rechazado todas las ofertas anteriores.

—¡Qué suerte tiene uno de no pertenecer a una familia de abolengo! —dijo el señor Propter—. ¡Qué de lealtad adherida a ladrillos y mortero, qué de obligaciones para con las lápidas, los pedazos de papel y los lienzos pintados. —Sacudió la cabeza —. ¡Cuán funesta forma de idolatría obligatoria!

Jeremías mientras tanto había cruzado la pieza, abierto un cajón y vuelto con un archivador de papeles, que alargó al señor Propter.

—Mire esto.

El señor Propter miró.

—¡De Molinos! —dijo con sorpresa.

—He creído que eso le serviría para hacer boca —dijo Jeremías, sintiendo la taimada satisfacción de hablar de misticismo con lenguaje absurdamente inapropiado.

El señor Propter sonrió.

—Para hacer boca —repitió—; pero no es mi entremés favorito, hay algo en el pobre Molinos que no va completamente por camino derecho. Un a modo de tensión de… ¿cómo diríamos?… de negativa sensualidad. Goza en el sufrir. El sufrimiento mental, la negra noche del alma: se regodea en ello realmente. Sin duda alguna que el

pobre creía sinceramente destruir así la propia voluntad; pero, sin que se diera cuenta de ello, no hacía sino trocar constantemente el proceso de destrucción en otro de porfiada afirmación. Lo que es una lástima —añadió el señor Propter acercando las cartas a la luz para verlas mejor— porque, ciertamente, tenía alguna experiencia directa de la realidad. Lo que prueba que jamás está uno seguro de llegar allí, aun cuando se haya uno acercado lo bastante para ver la especie de lugar a que uno va a parar. Aquí hay una excelente frase —intercaló haciendo un paréntesis—: *«Ame a Dios»* —leyó en alta voz— *«como es en sí y no como se lo dice y forma su imaginación»*.

Jeremías casi se echó a reír. La coincidencia de que el señor Propter hubiera escogido al azar el mismo pasaje con que el doctor Obispo topara aquella misma mañana, le proporcionaba una satisfacción particular.

—Lástima es que no hubiera leído un poquito a Kant —dijo—. *Dios en sí* viene a ser cosa muy semejante a *Ding an sich*[8]. Algo incognoscible para la mente humana.

—Incognoscible para la mente humana personal —convino el señor Propter—, porque la personalidad es afirmación de sí mismo, y afirmación de sí mismo es negación de la realidad, negación de Dios. En tanto que se trata de la personalidad humana ordinaria, Kant tiene completamente razón al decir que la cosa en sí es incognoscible. *Dios en sí* no puede ser comprendido por una conciencia dominada por el ego. Pero supongamos que hubiera alguna manera de eliminar el ego de la conciencia. De lograr esto se hallaría uno más cerca de la realidad, más en situación de comprender a *Dios en sí.* Ahora bien, lo interesante es que, como hecho real y tangible, eso se puede lograr, se ha logrado repetidamente. El callejón sin salida de Kant existe para quienes prefieren permanecer en el nivel humano. Cuando uno se determina a trepar al nivel de la eternidad, la *impasse* deja de existir.

Guardaron silencio. El señor Propter hojeó deteniéndose acá y acullá para descifrar una o dos líneas de excelente caligrafía.

—*«Tres maneras hay de silencio»* —leyó a viva voz al cabo de un rato—. *«El primero es de palabras, el segundo de deseos y el tercero de pensamientos»*. Escribe donosamente, ¿no le parece? Probablemente eso tiene algo que ver con su extraordinario éxito. ¡Cuán desastroso es que un hombre sepa cómo decir cosas equivocadas de manera apropiada! Y ahora que hablamos de ello —añadió mirando al rostro de Jeremías con una sonrisa— ¡cuán pocos son los estilistas que han dicho jamás cosa alguna justa y verdadera! Ésta es una de las dificultades que tiene la educación en letras humanas. Lo mejor que se ha pensado y dicho. Todo muy bonito. Pero lo mejor ¿en qué sentido? ¡Ay! sólo en la forma. El contenido es por lo general deplorable. —Volvió a las cartas. Al cabo de un momento, otro pasaje atrajo su atención—. *«Oirá y leerá el hombre racional estas espirituales materias, pero no llegará, dice San Pablo, a comprenderlas: animalis homo non percipit ea quae sunt*

spiritus». Y no solo el *animalis homo*. En realidad el *humanus homo* sobre todo. E incluso se podría agregar que el *humanus homo non percipit ea quae sunt animalis*. En tanto que pensamos como seres humanos estrictamente, somos incapaces de comprender lo que hay debajo de nosotros, no menos que lo que hay encima. Y además hay otra dificultad. Supongamos que dejamos de pensar en forma estrictamente humana; supongamos que lográramos tener intuición directa de las realidades no humanas en que, por decirlo así, nos hallamos incrustados. Démoslo por supuesto. Pero ¿qué sucedería cuando tratáramos de transmitir el conocimiento de tal modo adquirido? Entonces nos hemos caído. El único vocabulario de que disponemos es un vocabulario aplicable sólo al pensamiento estrictamente humano de los estrictamente humanos intereses. Pero de lo que deseamos hablar es de las realidades no humanas y de no humanos modos de pensamiento. De aquí la radical impropiedad de todo aserto acerca de nuestra naturaleza animal, y mucho más aún, del todo aserto acerca de Dios, del espíritu, o de la eternidad.

Jeremías tosió ligeramente.

—Me vienen a las mientes algunos asertos bastante adecuados acerca… —hizo una pausa, sonrió y se acarició la pulida calva—, bueno, acerca de los aspectos más íntimos de nuestra naturaleza animal —continuó gazmoñamente. El semblante se le anubló repentinamente; se había acordado de su valioso hallazgo y del descarado latrocinio del doctor Obispo.

—Pero ¿de qué depende su propiedad de adecuados? —preguntó el señor Propter—. No tanto de la habilidad del escritor como de la responsabilidad del lector. La intuición animal directa no se traduce en las palabras; éstas no hacen sino traernos a la memoria los recuerdos de nuestras pasadas experiencias. Lo que Virgilio nos dice cuando nos habla de las sensaciones experimentadas por Vulcano al abrazar a Venus, es *notus calor*. Acostumbrado calor. No pretende describirlo o analizarlo; no se esfuerza en hallar el equivalente verbal del hecho; se contenta con recordar. Pero el recuerdo basta para hacer de este pasaje uno de los más voluptuosos de la poesía latina. Virgilio deja el trabajo para los lectores. Y en su mayoría, eso es lo que la mayor parte de los escritores eróticos se contenta con hacer. Si alguno trata de hacer él mismo el trabajo se ve obligado a ir a trompicones entre metáforas, símiles y analogías. Toda esa faramalla de fuegos, torbellinos, cielos y flechas, ¿comprende usted?

—*«El valle de los lirios»* —citó Jeremías—; *«morada de venturanza»*.

—Por no mencionar el gasto del espíritu en derroche de vergüenza —dijo el señor Propter— y además figuras de dicción por el mismo estilo. Variedad interminable con sólo un rasgo en común: todas están compuestas de palabras cuyas acepciones no implican ningún aspecto del asunto que pretenden describir.

—Decir una cosa para dar a entender otra —intercaló Jeremías—. ¿No sería éste

un modo de definir la literatura imaginativa?

—Tal vez —respondió el señor Propter— pero lo que principalmente me interesa en este momento es la consideración de que a nuestras intuiciones animales inmediatas jamás se les ha puesto más que las más sucintas e inadecuadas etiquetas. Decimos «rojo», por ejemplo, o «placentero», y lo dejamos así, sin buscar equivalencias verbales para los varios aspectos que se dan en la percepción de lo rojo o la experimentación de lo placentero.

—Bueno, ¿no es eso debido a nuestra imposibilidad de ir más allá de lo «rojo» o lo «placentero»? —dijo Pedro—. No son sino hechos, hechos últimos.

—Como las jirafas —añadió Jeremías—. «No hay tal animal», nos dice el racionalista, cuando se le enseña su retrato. Y luego ¡ahí la tenemos con su cuello y todo!

—Tiene usted razón —dijo el señor Propter—; una jirafa es un hecho último. Hay que aceptarlo, se quiera o no se quiera. Pero su aceptación no nos impide estudiarla y describirla; y lo mismo puede decirse de la rojez, el placer o el *notus calor*. Pueden analizarse, y los resultados del análisis pueden ser descritos por medio de palabras apropiadas. Pero en honor a la verdad histórica, esto no se ha hecho jamás.

Pedro cabeceó con lentitud.

—¿Por qué cree usted que será eso? —preguntó.

—Bueno —dijo el señor Propter—, yo diría que es porque los hombres se han interesado siempre más por hacer y sentir que por comprender. Han andado siempre demasiado atareados en hacer bien y experimentar emociones, seguir la corriente, y adorar los ídolos locales, demasiado atareados con todo esto para sentir siquiera deseo alguno de tener un instrumento verbal adecuado con que dilucidar sus experiencias. Fíjese en los idiomas que hemos heredado: incomparablemente efectivos para producir emociones violentas y estimulantes; un auxilio perenne para quienes desean medrar en el mundo; peor que inútiles para quien aspire a comprender desinteresadamente. De aquí la necesidad, incluso en el nivel puramente humano, de modos de expresión impersonales tales como el lenguaje matemático o el vocabulario técnico de las diversas ciencias. Siempre que los hombres han sentido el deseo de comprender han prescindido del lenguaje tradicional y lo han sustituido por otro especial más preciso, y, sobre todo, menos contaminado de privativos intereses. He aquí un hecho muy significativo: la literatura imaginativa se ocupa principalmente de la vida cotidiana de hombres y mujeres y ésta consiste, en gran extensión, en experiencias animales inmediatas; pero los creadores de la literatura imaginativa no han forjado jamás un lenguaje impersonal y no contaminado con que elucidar las experiencias inmediatas. Se contentan con emplear los nombres de experiencias escuetas y sin analizar, como mera ayuda para la memoria tanto suya como del lector. Toda intuición directa es *notus calor* con la acepción de las palabras expeditas, por

decirlo así, para que cada lector particular la descifre, según la naturaleza de sus propias experiencias pasadas. La cosa es sencilla, pero no por completo científica. Pero es el caso que las gentes no leen la literatura con el fin de comprender; la leen porque desean revivir los sentimientos y sensaciones que les sirvieron de estímulo en el pasado. El arte puede ser muy diversas cosas; pero en la práctica, casi todo él no es otra cosa que un equivalente de alcohol y cantáridas.

El señor Propter posó de nuevo la vista en la apretada caligrafía de la epístola de Molinos.

—*«Oirá y leerá el hombre racional estas espirituales materias»* —volvió a leer— *«pero no llegará a comprenderlas»*. Y no llegará a comprenderlas —dijo el señor Propter cerrando el archivador y devolviéndoselo a Jeremías—, no llegará a comprenderlas por una de dos muy excelentes razones. O nunca ha visto las jirafas de que se trata, y, por lo tanto, como *hombre racional* sabe perfectamente bien que no hay tal animal; o, por el contrario, ha tenido algún vislumbre del mismo, o alguna otra razón para creer en su existencia, pero no le es posible comprender lo que los peritos dicen de él; y no lo puede comprender a causa de lo inadecuado que es el lenguaje en que ordinariamente se describe la fauna del mundo espiritual. En otras palabras, o bien no ha tenido experiencia directa de la eternidad, y, por ende, carece de razones para creer en su existencia, o bien cree en la existencia de la eternidad, pero no ve pies ni cabeza en el lenguaje en que hablan de ella quienes lograron tal experiencia. Además, cuando él mismo quiere hablar de la eternidad, lo que puede ocurrírsele, sea para participar sus experiencias, sea para comprender las mejor él mismo, desde un punto de vista humano, se encuentra en un dilema. Pues o bien reconoce que el lenguaje existente es inadecuado, caso en el cual sólo tiene dos caminos: o callar, o inventar un nuevo y más apropiado lenguaje técnico, un cálculo de la eternidad, por decirlo así, especie de álgebra de la experiencia espiritual, supuesto el cual, nadie que no lo haya aprendido sabrá de qué se trata. Esto por lo que se refiere a la primera proposición del dilema. La segunda queda para aquellos que no reconocen la insuficiencia del lenguaje existente, o, que reconociéndola, se sienten irracionalmente lo bastante esperanzados para correr el albur con un instrumento ineficaz. Éstos escribirán en el lenguaje existente y serán, en consecuencia, mal interpretados por sus lectores. Lo que es inevitable, porque las palabras empleadas no se corresponden con las materias de que tratan. La mayor parte de estas palabras están tomadas del lenguaje de la vida cotidiana; pero he aquí que el lenguaje de la vida cotidiana se refiere casi exclusivamente a cuestiones estrictamente humanas. ¿Qué sucederá, pues, cuando se apliquen palabras de tal lenguaje a experiencias del plano del espíritu, que es el plano de la experiencia fuera del tiempo? Evidentemente que se producirá una mala interpretación; que dirá uno lo que no quiere decir.

Pedro le interrumpió:

—Me gustaría saber un ejemplo, señor Propter —dijo.

—Perfectamente —contestó su interlocutor—. Tomemos la palabra más común de toda la literatura religiosa: «amor». ¿Qué es lo que viene a querer decir la palabra amor en el nivel humano? Prácticamente, cualquier cosa desde «madre» a «marqués de Sade».

Este nombre trajo de nuevo a la memoria de Jeremías lo sucedido con los *Cent-Vingt Jours de Sodome*. ¡Era verdaderamente intolerable! ¡Qué desfachatez la…!

—Ni siquiera tomamos en cuenta la distinción griega entre *crao* y *phileo*, *eros* y *agape*. Para nosotros todo ello no es más que amor, tanto cuando se inclina al sacrificio como a la posesión, tanto si denota amistad, como lujuria, como manías homicidas. Todo es simplemente amor —repitió—. ¡Palabra insensata! Incluso en el nivel humano es irremediablemente ambigua. Y cuando uno trata de relacionarla con experiencias en el nivel de la eternidad… bueno, entonces es simplemente desastrosa. «Amar a Dios», «el amor de Dios», «el amor del santo a sus semejantes». ¿Qué representa la palabra en tales frases? ¿Y en qué modo se refiere a lo que representa cuando se aplica a la madre que amamanta su niño? ¿O a Romeo cuando entra por la ventana en la alcoba de Julieta? ¿O a Otelo cuando estrangula a Desdémona? ¿O al investigador amante de la ciencia? ¿O al patriota pronto a morir por la patria; a morir al mismo tiempo que a matar, robar, mentir, estafar y torturar por ella? ¿Hay en realidad cosa alguna en común entre lo que la palabra representa en estos casos y lo que representa, pongo por caso, cuando se habla del amor de Buda por todos los seres vivientes? Evidentemente la respuesta es: no, no la hay. En el nivel humano la palabra representa una gran variedad de estados de ánimo y formas de conducta. Ésos son desemejantes en muchos respectos, pero son semejantes a lo menos en esto: todos ellos van acompañados por excitación de las emociones y todos contienen un elemento de ansioso deseo. Mientras que los rasgos son la serenidad y el desprendimiento. O lo que es lo mismo, la ausencia de excitación y la ausencia de deseo.

—«Ausencia de excitación y ausencia de deseo» —dijo Pedro para sí mientras Virginia con gorra de náutica, conduciendo el cochecillo rosa, de pantalones cortos y arrodillada bajo la bóveda de la gruta, flotaba ante los ojos de su imaginación.

—La distinción entre los hechos debiera representarse por distinciones en el lenguaje —seguía diciendo el señor Propter—. De no ser así, inútil es pretender hablar con sentido. A pesar de ello, nos empeñamos en emplear una palabra con acepciones enteramente diferentes. «Dios es amor», decimos. La palabra empleada es la misma que la que usamos cuando hablamos de «tener un amor» o «amar a nuestros hijos» o de «la inspiración del amor patrio». En consecuencia nos sentimos inclinados a creer que la cosa de que se habla debe ser ruco más o menos la misma. Con cierta especie de vaga reverencia nos imaginamos a Dios formado por un a modo de

magnificado anhelo. —El señor Propter sacudió la cabeza—. Así creamos a Dios a nuestra propia imagen. Esto halaga nuestra vanidad; y, como es natural, preferimos la vanidad a la comprensión. De aquí esas confusiones del lenguaje. De querer entender el mundo, de querer pensar con sentido de realidad, diríamos que sentíamos amor, pero que Dios era amor x. De Este modo, quienes jamás han tenido experiencia de primera mano en el plano de la eternidad, tendrían la oportunidad de saber, intelectualmente a lo menos, que lo que sucede en tal plano no es lo mismo que lo que sucede en el plano estrictamente humano. Sabrían, aunque no fuera más que por verlo en letras de imprenta, que existe una cierta diferencia entre amor simplemente y amor x. En consecuencia tendrían menos excusa para imaginar que Dios era como ellos mismos, con la sola diferencia de la respetabilidad, y un tanto menos, desde luego, hacia el otro lado. Y naturalmente que lo que decimos de la palabra «amor» tiene aplicación a todas las demás palabras tomadas del lenguaje cotidiano y empleadas para describir experiencias espirituales. Palabras tales como «conocimiento», «sabiduría», «poder», «paz», «gozo», «libertad», «bien». Todas ellas representan ciertas cosas pertenecientes al nivel humano; pero las cosas que los escritores las obligan a expresar al describir acontecimientos del nivel de la eternidad, son por completo diferentes. De aquí que su empleo sólo conduzca a confusiones. Lo único que se consigue es imposibilitar que nadie alcance a comprender de qué se trata. Y además, preciso es recordar que las palabras tomadas del lenguaje cotidiano no son la única causa de dificultad. Los que escriben sobre experiencias acaecidas en el nivel de la eternidad emplean así mismo tecnicismos tomados en préstamo de los diferentes sistemas de filosofía.

—¿No es ésa, tal vez, el álgebra de la experiencia espiritual que usted dice? —preguntó Pedro—. ¿No es ése el lenguaje científico especial de que hablaba?

—Es una tentativa hacia el mismo —contestó el señor Propter—; pero, desgraciadamente, una tentativa harto infructuosa. Infructuosa por derivarse esta álgebra particular del lenguaje de la metafísica; es decir, de la mala metafísica. Quienes la emplean, se ven comprometidos, lo quieran o no, a explicar los hechos, al par que a describirlos.

—Explicación de experiencias efectivas con términos correspondientes a entidades metafísicas, cuya existencia es puramente hipotética y carece de demostración. En otras palabras, describen los hechos con términos correspondientes a imaginarias ficciones; explican lo conocido con términos de lo desconocido. Tomemos unos cuantos ejemplos. He aquí uno: «éxtasis». En él tenemos un término técnico que se refiere a la capacidad del alma para permanecer fuera del cuerpo; y, desde luego, implica además nuestro conocimiento de lo que es el alma y de cuáles sean sus relaciones con el cuerpo y con el resto del universo. O veamos otro, un tecnicismo que es esencial en la teoría católica del misticismo: «contemplación

infusa». Lo que por él se nos da a entender es que hay alguien fuera de nosotros que infunde en nuestra alma un cierto género de experiencia psicológica. E implica, además, que sabemos quién sea este alguien. O tomemos incluso la frase «unión con Dios». Su significado depende de la crianza de quien habla. Quizá significa la unión con el Jehová del Antiguo Testamento, o tal vez la unión con la deidad personal del cristianismo ortodoxo. O quizás tenga el significado que probablemente tendría para Eckhart pongo por caso; la unión con el Ser Impersonal Supremo, del que el Dios de la ortodoxia es un aspecto y limitación particular. Del mismo modo para un indo, puede significar la unión con Isvara o la unión con Brahma. En cualquiera de los casos, la frase implica el conocimiento previo de la naturaleza de cosas que, o bien son por completo incognoscibles, o, cuando más, sólo pueden inferirse de la naturaleza de la experiencia que tratan de describir. Ahí tiene usted, pues —concluyó el señor Propter—, la segunda proposición del dilema, la proposición según la cual, quienes emplean el vocabulario religioso corriente para describir experiencias habidas en el nivel de la eternidad se empalizan a sí mismos.

—¿Y cuál es la solución al dilema? —preguntó Jeremías—. ¿Es quizá el camino seguido por los psicólogos profesionales que han escrito acerca del misticismo? Según parece han creado un lenguaje bastante sensato. No nos ha dicho usted nada de ellos.

—Nada he dicho de ellos por la misma razón que al hablar de belleza no mencionaría a los estetas profesionales que nunca han estado en un museo de pintura.

—¿Quiere usted decir con eso que no saben de lo que hablan?

El señor Propter se sonrió.

—Yo lo expreso de otro modo —dijo—. Hablan de lo que saben; pero lo que saben no merece la pena que se hable de ello; porque lo que ellos conocen es la literatura del misticismo, no la experiencia.

—Entonces no hay solución al dilema —concluyó Jeremías. Los ojos le parpadearon tras los quevedos; sonrió como un chiquillo que se apunta un tanto en la consumación de una pequeña travesura—. ¡Qué gracioso resulta que no haya solución ninguna! —continuó—. Da al mundo un aspecto tan cómodo el pensar que todas las salidas están borradas y no se puede ir a ninguna parte al son del bombo y los platillos y armado de reluciente armadura. ¡Avante, soldados del cristianismo! ¡Adelante, a la carga la brigada! ¡Excelsior! Y no hace uno sino dar vueltas constantemente, con la cabeza junto a la cola, sigue que sigue al *führer*, como las orugas de Fabre. Eso sí que me resulta verdaderamente divertidísimo.

Esta vez fue el señor Propter el que rio con toda el alma.

—Siento tener que desilusionarle —dijo—; pero desgraciadamente para usted hay una solución al dilema. La solución práctica. Cada uno puede descubrir lo que significa por sí mismo, por experiencia directa. Del mismo modo que le es posible a

usted ver qué aspecto tiene la «Crucifixión de San Pedro» del Greco, tomando el ascensor y subiendo al gran salón. Sólo que en el caso de que se trata, mucho me temo de qué no hay ascensor ninguno. Ha de subir uno con los propios pies. Y no hay que llamarse a engaño —añadió volviéndose a Pedro—; hay una enorme cantidad de escaleras.

El doctor Obispo se enderezó, se quitó los tubos del estetoscopio de los oídos y se guardó el instrumento en el bolsillo, junto con los *Cent-Vingt Jours de Sodome*.

—¿Hay algo de malo? —preguntó el señor Stoyte con ansiedad.

El doctor Obispo sacudió la cabeza y le brindó una alentadora sonrisa.

—Nada de gripe, de todos modos —le dijo—: solamente una ligera intensificación del estado bronquial. Ya le daré algo para ello antes de que se acueste esta noche.

El semblante del señor Stoyte se aflojó cobrando una expresión alegre.

—Me alegro de que no haya sido más que una falsa alarma —y fue a coger la ropa que estaba amontonada sobre el sofá, bajo el Watteau, para vestirse.

Desde su asiento, junto al mostrador de agua carbónica, Virginia exhaló una exclamación de triunfo.

—¡Vaya qué suerte! —exclamó; y luego con tono más grave—: ¿Sabes, tío Jo —añadió—, que me habías hecho tomar verdadero pánico con eso de tu tosecilla? Verdadero pánico —repitió.

El tío Jo hizo una mueca de triunfo y se dio una manotada sobre el pecho con tal fuerza, que las velludas y casi femeninas acumulaciones carnosas le temblaron al golpe como si fueran de jalea.

—¡Nada hay que pueda conmigo! —dijo con jactancia.

Virginia le observó por sobre el borde de la copa que tenía en la mano, mientras él se ponía la camisa y se anudaba la corbata. La expresión de su rostro joven e inocente era de perfecta serenidad. Pero bajo los ojos azules y límpidos la mente le bullía de actividad.

—¡Y de qué poco ha venido! —se repetía para sus adentros—. ¡Y vaya si ha venido de poco!

El recuerdo del repentino y violento sobresalto que sintiera al escuchar el ruido que hacía la puerta del ascensor al abrirse, el alocado arrebato que siguiera mientras se aproximaba el ruido de pasos por el corredor, le producía un hormigueo, deliciosa mezcla de temor y diversión, de aprensión y de triunfo. Era la misma sensación que acostumbraba sentir cuando de niña jugaba al escondite en la oscuridad. ¡Había venido de un pelo! ¡Y qué maravilloso había estado Segis! ¡Qué presencia de ánimo! ¡Y aquella cosa que llamaba estetoscopio y que había sacado del bolsillo! ¡Qué magnífica ocurrencia! Aquello había salvado la situación; porque sin el estetoscopio

el tío Jo hubiera puesto en escena uno de sus actos de celos. Si bien era verdad que ¿qué derecho tenía él para estar celoso?, continuó Virginia reflexionando con un fuerte sentimiento de injuria; ¡en verdad que no lo sabía! Después de todo nada había sucedido, nada más que un rato de lectura en voz alta. Y de todos modos ¿por qué no se había de permitir a una muchacha que leyera aquello si es que le daba la gana? ¡Especialmente estando como estaba en francés! Y además ¿quién era el tío Jo para mostrarse tan remilgado? ¡Eso era lo que le gustaría saber a ella! ¿Por qué había de perder los estribos con los demás porque le contaran a una un cuento gracioso, cuando no había más que mirar lo que él mismo hacía continuamente? ¡Y eso para esperar luego que hablara una como Louisa M. Alcott y querer protegerla de tanto así como de oír una palabra indecente! ¡Y de la manera que ni siquiera le permitía que dijera la verdad acerca de sí misma, aunque ella quisiera! Forjándose una historia con ello como si fuera alguien por completo distinto de lo que era; y obrando algo así como si se tratara de Daisy Mae en la pieza cómica, y fuera él el pequeño Abner que viniera a salvarla en el momento de peligro. Aunque, desde luego, no tenía más remedio que admitir que había sucedido por lo menos una vez antes de que él se presentara, porque de no haber sido así, no hubiera habido excusa para *él*. Había sucedido, pero involuntariamente por completo, como era de comprender; una violación prácticamente; o, de otro modo, alguien que se había aprovechado de que ella fuera tan callada y tan inocente; fue en el Congo Club cuando ella llevaba por toda indumentaria una cuerda de violín y un poco de polvos de talco. Y naturalmente, en el entendido de que ella siempre había aborrecido semejante cosa; con los ojos fundidos en lágrimas hasta que el tío Jo se presentó; y luego todo había cambiado. Pero en aquel caso, se le ocurrió de pronto a Virginia, si era aquélla la manera como él pensaba de ella, ¿qué diablos se proponía volviendo a casa de aquella manera a las siete y cuarto, cuando le había dicho que no estaría de vuelta hasta las ocho? ¡El embusterazo! ¿Es que quería espiarla? Porque si era eso, no lo iba ella a consentir; si era eso, le estaba bien empleado que fuera aquello lo que Segis le hubiera estado leyendo. No era más que lo que se merecía por andar husmeando y tratar de cazarla haciendo algo que no estuviera bien. Bueno, si es que iba a ser *ésa* su manera de obrar, le diría ella a Segis que viniera cada día y le leyera otro capítulo. Aunque no se explicaba cómo demonios se las iba a arreglar el individuo que escribió el libro para continuar de aquella manera durante ciento veinte días, considerando lo que había sucedido ya en la primera semana… ¡bueno, y ella que se figuraba que no había nada que ella no supiera! Viviendo y aprendiendo. Aunque había una parte de ello que verdaderamente no hubiera querido de ninguna manera aprenderlo. ¡Cosas que le revolvían a una el estómago! ¡Horrible! ¡Tan malo como tener criaturas! (Se estremeció). No es que no hubiera un montón de cosas chocantes y graciosas en el libro. El pedazo que le hizo repetir a Segis, aquél sí que era bueno, aquél sí que le

había hecho pasar un buen rato. Y el otro pedazo de aquella muchacha…

—Bueno, Nena —dijo el señor Stoyte abotonándose el último botón del chaleco —, no tienes ganas de hablar, por lo que se ve, ¿verdad? ¿En qué estás pensando?

Virginia elevó aquel su estrecho labio superior en una sonrisa que le derritió el corazón en ternura y deseo.

—Estaba pensando en ti, tío Jo —le dijo.

CAPÍTULO XIII

Si el solemne pensar tu alma no mueve
No es por eso tu ser menos divino;
Tú yaces en el seno de Abraham;
En el templo interior ofreces culto,
Y Dios contigo está, sin que se advierta.

—DELICADO en verdad —dijo Jeremías en voz alta. La palabra que le venía a la reflexión era *transparente*. El significado se ofrecía, como mosca incrustada en ámbar. O, por mejor decir, no había mosca alguna; sólo había ámbar; y el ámbar era el significado mismo. Consultó el reloj: faltaban tres minutos para la medianoche. Cerró el Wordsworth. ¡Y pensar que en aquellos momentos hubiera podido estar refrescando los recuerdos de *Felicia!* Dejó el volumen en la mesilla que junto a la cama había y se quitó los lentes. Privados de las seis y media dioptrías de corrección, los ojos quedaron instantáneamente reducidos al estado de fisiológico desamparo. El cristal curvado había llegado a ser su elemento; sin él, se semejaban a un par de gelatinosos mariscos sacados de improviso fuera del agua. Entonces se apagó la luz; y el resultado fue como si los pobres hubieran sido caritativamente sumergidos en un acuario, donde hallaran seguridad.

Jeremías se estiró entre las sábanas y bostezó. ¡Qué día! Pero ahora, a Dios gracias, se encontraba en el paraíso de la cama. La bendita Damisela se le inclinaba desde el dorado lecho del cielo. Pero aquellas sábanas eran de algodón, no de lino; ¡lo que era en verdad un tantillo vergonzoso para una casa como aquella! ¡Una casa llena de cuadros de Rubens y del Greco, y nada menos que con sábanas de algodón! ¡Pero aquella «Crucifixión de San Pedro» era cosa que daba vértigo! Por lo menos tan buena como «La Asunción» de Toledo. Que probablemente por ahora había sido destruida, dicho sea de paso. Serviría para demostrar lo que sucedía cuando la gente tomaba las cosas demasiado a lo vivo. No es que no hubiera algo verdaderamente impresionante acerca de aquel Objeto Propter (que esto era lo que se había decidido a llamar al buen hombre para sí y cuando escribiera a su madre: el Objeto Propter). Un sí es no es el antiguo nauta, tal vez. Como el convidado a bodas, se golpeaba el pecho en ocasiones; y quizá se lo debiera haber golpeado aún más a menudo de lo que lo hacía, en vista de la temible subversión que inculcaba de todas las decencias comunes, y, *a fortiori*, de todas las comunes indecencias (tales como *Felicia*, tales como el viernes alterno por la tarde de Maida Vale). Y no sin considerable persuasión, ¡demonio de ojos chispeantes! Pues era el caso que aquel nauta peculiar no sólo le dominaba a uno con aquella su mirada; era también y a un mismo tiempo el

clamoroso trombón que uno deseaba escuchar. Se escuchaba sin renuencia; aunque, claro está, no tuviera uno intención de permitir subversión alguna en la estructura de las propias y particulares decencias e indecencias. No iba uno a permitir que la religión (¡nada menos!) invadiera la santidad de la vida privada. La casa del inglés es su castillo. Y, por curioso que parezca, el castillo de un americano, según descubriera cuando los efectos de la primera sorpresa empezaron a desvanecerse, resultaba que era la casa de este inglés particular que él era. Su casa espiritual; porque era la personificación de la mente sin tema de un imbécil. Porque carecía de salidas y nada conducía a parte alguna, y los dilemas presentaban una infinidad de proposiciones contrarias, y uno no hacía sino girar, como las orugas de Fabre, en un universo cerrado y sumamente cómodo; gira que te gira por entre los documentos Hauberk, desde San Pedro a La Petite Morphil, a Giambologna, a los dorados Bodhisattvas de la bodega, a los mandriles, al marqués de Sade, a San Francisco de Sales, a Felicia, y vuelta otra vez a su tiempo, hacia San Pedro. Gira que te gira como las orugas en la mente de un imbécil; gira que te gira en la comodidad infinita de pensamientos, sentimientos y acciones sin consecuencia, de erudición y arte herméticamente embotellado, de la cultura por la cultura, de decencias e indecencias que se bastan a sí mismas, de insolubles dilemas y cuestiones de moral lo bastante aclaradas por la circundante idiotez.

Rueda que rueda, rueda que rueda, de los pies de San Pedro a las nalgas de la Morphil y de los mandriles, de la bella espiral china entre los pliegues de la túnica de Buda al picaflor que bebe en el aire y a los pies de San Pedro atravesados por los clavos… Su somnolencia fue oscureciéndose hasta sumirlo en sueño.

En otra habitación del mismo piso del alcázar, Pedro Boone no trataba siquiera de dormirse; trataba, antes bien, de ver las cosas claras. De ver claro con respecto a la ciencia y al señor Propter, a la justicia social y a la eternidad, a Virginia y al antifascismo. No era cosa fácil. Porque, si el señor Propter estaba en lo cierto, entonces había que empezar a pensar de un modo distinto acerca de casi todas las cosas. «Desinteresada búsqueda de la verdad»; ésta era la explicación que uno daba (si es que jamás se veía forzado a dar la embarazosa explicación de por qué era uno un biólogo). Y en el caso del socialismo era «la humanidad», era «la mayor felicidad del mayor número», era «el progreso»; y esto, naturalmente, enlazaba la cuestión otra vez con la biología: la felicidad y el progreso mediante la ciencia, como asimismo mediante el socialismo. Y mientras se llegaba a la felicidad y al progreso había que tener en cuenta la lealtad para con la causa. Le vino a la memoria un fragmento acerca de la lealtad, de Josías Royce, fragmento que hubiera de leer en su segundo año de colegio. Lo que venía a querer decir era que toda persona leal percibía a su modo una u otra forma de verdad religiosa, alcanzaba alguna especie de genuina intuición religiosa. En aquel entonces le produjo una gran impresión. Acababa de

perder la fe en todo aquello de la Sangre Redentora del Cordero, idea en que se había criado, y esto le venía ahora como una confirmación, y le inducía a sentir que, después de todo, él era religioso aun cuando no fuera ya a la iglesia; era religioso porque era leal. Leal para con las causas, leal para con los amigos. Había sido siempre religioso, según le parecía a él, allá en España. Religioso también cuando empezó a sentir de aquella manera con respecto a Virginia. Y sin embargo, si el señor Propter tenía razón, las ideas del viejo Royce acerca de la lealtad, eran todas equivocadas. La lealtad por sí misma no proporcionaba interna percepción religiosa. Por el contrario, podía suceder que incluso le privara a uno de percepción interna; en realidad, era absolutamente cierto que sucedería así, si uno ponía la lealtad en cosa alguna que no fuera la causa suprema; y la causa suprema (si el señor Propter estaba en lo cierto) era casi terrible por su lejanía y remoto apartamiento. Casi terrible; sin embargo, cuanto más pensaba en ello, tanto más dudaba de todo lo demás. Quizá era realmente lo supremo. Pero, si lo era, entonces no bastaba el socialismo. Y no bastaba, porque no bastaba la humanidad. Porque la felicidad suprema no residía en donde las gentes creyeran; porque no se lograba alcanzar cuando se obraba en el campo el que uno obraba cuando uno era un reformador social. Lo más que se podía hacer en el tal campo era facilitar a las gentes su acercamiento al lugar en que la suprema felicidad se alcanzaba. Y claro estaba que lo que podía decirse del socialismo, podía decirse también de la biología o de cualquier otra ciencia considerada como un medio de progreso. Porque, si el señor Propter estaba en lo cierto, lo que las gentes llamaban progreso, no era progreso. Es decir, no sería progreso hasta tanto que no hubiera facilitado a las gentes acercarse adonde la suprema felicidad en verdad residía. O, dicho de otro modo, hasta que no hubiera dado facilidades para ser leal a la causa suprema. Y, evidentemente, si tal era el modelo que uno se proponía, había que volver a pensarlo para emplear el progreso como justificación de la ciencia. Y, además, quedaba lo de la búsqueda desinteresada de la verdad. Pero, aquí otra vez, si el señor Propter estaba en lo cierto, tanto la biología como todo lo demás eran la búsqueda desinteresada de un aspecto de la verdad tan sólo. Pero, he aquí que la verdad incompleta era una falsedad y permanecería siéndolo aunque uno hablara de ella en la creencia de que era la verdad completa. Así es que, según parecía, aquella justificación no servía tampoco de gran cosa; o por lo menos no serviría hasta tanto que se esforzara uno en descubrir desinteresadamente al mismo tiempo aquel otro aspecto de la verdad, el mismo aspecto que uno buscaba cuando ponía su lealtad al servicio de la causa suprema. Y entre tanto, ¿qué decir acerca de Virginia?, se preguntaba con creciente angustia, ¿qué decir de Virginia? Pues era el caso que, si el señor Propter estaba en lo cierto, entonces ni siquiera Virginia bastaba, incluso Virginia tal vez fuera un obstáculo que le privara de poner su lealtad al servicio de la causa suprema. Incluso aquellos sus

ojos y aquella su inocencia y aquella su boca tan indeciblemente adorable; incluso lo que sentía por ella; incluso el amor mismo, el mejor género de amor (pues él podía, honradamente afirmar que aborrecía el otro género; aquel horrible burdel de Barcelona, por ejemplo, y aquí, en América, aquellos abracijos después del tercero o cuarto cocktail y aquellos manoseas en un coche Estacionado al borde del camino); sí, incluso el mejor género de amor tal vez fuera inadecuado o quizá fuera realmente algo peor que inadecuado. «No te amara, mi bien, como te amo, si primero no amara esto o lo otro». Hasta entonces, esto o lo otro había sido la biología, el socialismo; pero ahora resultaba que eran inadecuados, o, tomados como fines en sí mismos, incluso peor que inadecuados. No había lealtad buena por sí misma, o que produjera percepción religiosa interna, si no era la lealtad a la causa suprema. «No te amara, mi bien, como te amo, si primero no amara la causa suprema». Pero la cuestión abrumadora era ésta: ¿era posible amar la causa suprema y continuar sintiendo lo que uno sentía con respecto a Virginia? La peor clase de amor era evidentemente incompatible con la lealtad de la causa suprema. Evidentemente lo era; porque la peor clase de amor consistía en la lealtad para con la propia fisiología, mientras que, si el señor Propter estaba en lo cierto, no era posible ser leal para con la causa suprema, sin denegarse tales lealtades a sí mismo. Pero ¿es que la mejor clase de amor era tan fundamentalmente diferente de la peor? La peor estribaba en la lealtad a la propia fisiología. Odioso era el admitirlo; pero lo mismo sucedía con la mejor: era lealtad para con la propia fisiología, y al mismo tiempo (lo que constituía su marca distintiva) para con los sentimientos superiores; para con aquel vacuo dolor del anhelar, para con aquella infinitud de ternura, aquella adoración, aquella felicidad, aquel penar, aquel sentimiento de soledad, aquella ansia de identidad. Uno era leal a todo esto, y la lealtad a esto era la definición del mejor género de amor, del amor romántico, que, en el sentir de las gentes, era la cosa más maravillosa del mundo. Pero la lealtad para con estas cosas era lealtad para consigo mismo; y no era posible ser leal para consigo mismo siendo a la vez leal para con la causa suprema. La conclusión práctica era obvia. Pero Pedro rehusó llegar a ella. Aquellos ojos eran azules y límpidos, aquella boca era adorable por su inocencia. Y luego, ¡qué encantadora era, qué deliciosamente reflexiva! Recordaba la conversación que habían tenido cuando iban a cenar. Él le había preguntado cómo se sentía del dolor de cabeza. «No hable de eso», le había susurrado, «podría preocupar al tío Jo. El doctor lo ha estado registrando con el estetoscopio; le parece que no está muy bien esta noche. No quiero que tenga que preocuparse por mí. Y además, ¿qué es un dolor de cabeza?» No sólo era hermosa, no sólo era inocente y deliciosa, sino que también era valerosa y desinteresada. Y qué adorable se había mostrado con él toda la velada, preguntándole acerca de su trabajo, contándole de su casa allá en Oregón y preguntándole sobre la de él allá en El Paso. Al fin, el señor Stoyte vino a sentarse

junto a ellos, en silencio, con el rostro oscurecido como por una tormenta. Pedro había mirado interrogantemente a Virginia, y ella le había dirigido una mirada como diciéndole, «Váyase por favor» y luego cuando se levantó para dar las buenas noches, otra tan encarecidamente disculpadora, tan llena de gratitud, tan comprensiva, tan encantadora y afectuosa que sólo su recuerdo bastaba para traerle las lágrimas a los ojos. Acostado allí en la obscuridad, lloró de felicidad.

El nicho que había entre las ventanas en la habitación de Virginia había sido sin duda alguna proyectado para anaquel de libros. Pero Virginia no sentía gran interés por los libros, y, en consecuencia, se había adaptado para servir de altar en vez de librería. Se descorrían un par de cortinillas de terciopelo blanco (todo era blanco en la habitación) y allí, bajo una enramada de flores artificiales, vestida de verdadera seda, con una coronita de oro lindísima en la cabeza y seis sartas de alfajores al cuello, aparecía Nuestra Señora, brillantemente iluminada por un ingenioso sistema de lámparas eléctricas ocultas. Descalza y vestida de pijama de blanco satén, Virginia estaba arrodillada ante aquella sagrada casa de muñecas, diciendo sus oraciones antes de acostarse. Nuestra Señora, según le parecía a ella, se mostraba especialmente dulce y bondadosa aquella noche. Mañana, determinó, mientras sus labios pronunciaban las fórmulas de alabanza y súplica, lo primero que haría sería ir allá abajo al cuarto de costura, para que una de las muchachas le ayudara a hacer un nuevo manto para Nuestra Señora con aquella magnífica pieza de brocado azul que comprara la pasada semana en el baratillo de Glendale. Un manto de brocado azul, sujeto por delante con un botón de oro; o, lo que sería mejor, con un cordoncito de oro que se atara en forma de lazo con los extremos colgando hasta los pies de Nuestra Señora. ¡Oh, aquello sí que sería magnífico! Hubiera deseado que fuera ya la mañana para poner manos a la obra en seguida.

Acabó de decir las últimas oraciones; se persignó y se puso de pie. Al hacerlo así, miró al azar hacia abajo y vio con horror que parte del barniz color de pamporcino se le había saltado de las uñas en el segundo y tercer dedo del pie derecho. Un minuto después se hallaba agachada en el suelo junto a la cama, con la pierna derecha estirada y la otra cruzada sobre ella, presta a reparar el desperfecto. Junto a ella yacía una botella destapada; en la mano tenía un pincelillo y una horrible aura industrial de acetona había envuelto el perfume «Schocking» de Schiaparelli de que su cuerpo se hallaba impregnado. Empezó a maniobrar, y al inclinarse hacia adelante dos mechones de trigueños cabellos se soltaron de los modelados rizos y le cayeron sobre la frente. Bajo las cejas fruncidas, los grandes ojos azules miraban con intensa fijeza. Para facilitar la concentración, la punta de la rosada lengua asomaba sujeta entre los dientes.

—¡Maldita sea! —dijo de pronto al dar una pincelada en falsa. Luego, inmediatamente, se aferraron los dientes otra vez.

Interrumpió la labor para dar tiempo a que se secara la primera capa de barniz y desvió su atención de los dedos del pie hacia la pantorrilla y espinilla de la pierna izquierda. El vello comenzaba a salirle de nuevo, lo cual notó con disgusto; pronto se haría necesario otro de aquellos tratamientos de cera. Acariciándose la pierna aún pensativa, dejó vagar la mente sobre los acontecimientos del día. El recuerdo del aprieto en que estuvo a punto de verse con el tío Jo le produjo aún un estremecimiento de emoción. Entonces recordó a Segis con el estetoscopio, y el labio superior se le contrajo encantadoramente dibujando una divertida sonrisa. Y luego aquel libro que le estaba bien empleado al tío Jo que ella se lo hubiera hecho leer a Segis. Y Segis con su frescura dándole pases entre capítulo y capítulo; lo que también estaba bien empleado al tío Jo por tratar de espiarla. Recordó cómo Segis la había puesto fuera de sí. No era precisamente por lo que realmente hiciera; pues aparte de estarle bien empleado al tío Jo (por supuesto que había sido sólo después cuando ella se diera completa cuenta de lo bien empleado que le estaba), lo que hizo tenía más de excitante que de otra cosa; porque, después de todo, Segis era terriblemente atractivo, y, en aquel sentido el tío Jo apenas si contaba; en realidad casi se diría que contaba al revés; como punto contrario, por decirlo así: contaba menos que nadie, de tal manera que cualquiera que fuera atractivo, resultaba serlo mucho más cuando el tío Jo andaba cerca. No, no era lo que había hecho lo que la puso fuera de sí; era la manera de hacerlo. A ella no le importaba un poquito de guasa a su tiempo; pero la guasa en el preciso momento que estaba haciendo pases, eso era tratarla como si fuera una muchacha del arroyo. Ni romanticismo ni nada que se le parezca; solamente la misma risita burlona y un montón de bromas indecentes. Quizá fuera falsificado; pero a ella no le gustaba. ¿Y es que no se daba él cuenta de que resultaba pura grosería obrar de aquella manera? Porque, después de todo, cuando se había leído el libro aquel con alguien tan atractivo como Segis… bueno, pues sentía una el deseo de un poco de romanticismo. Verdadero romanticismo, como en el cinema, con claro de luna, música movida, o, tal vez, alguna canción plañidera (porque era agradable sentirse melancólica cuando una era feliz), y con un muchacho que le dijera a una cosas deliciosas, y muchos besos, y para terminar, casi sin saberlo, como si no fuera a una a quien le sucediera, de modo que una no tuviera nada que echarse en cara, nada que Nuestra Señora tuviera verdaderamente en cuenta… Virginia suspiró profundamente y cerró los ojos; su faz adquirió una expresión de tranquilidad seráfica. Luego volvió a suspirar, sacudió la cabeza y frunció el ceño. En vez de eso, pensaba con disgusto, en vez de eso, Segis no hacía sino echarlo todo a perder obrando con su grosería y falta de naturalidad. Era cosa que hacía añicos todo el romanticismo y la ponía a una fuera de sí. Y ¿qué era lo que se proponía con aquello?, concluyó Virginia con resentimiento. ¿Qué se proponía sea desde el punto de vista de él o desde el punto de vista de ella?

La primera capa de barniz parecía haberse secado. Inclinándose sobre el pie, se sopló los dedos durante un ratito; luego comenzó la aplicación de la segunda capa. La puerta de la alcoba que estaba tras ella se abrió de repente cerrándose de nuevo con la misma suavidad.

—¿Tío Jo? —inquirió ella con tono de sorpresa en la voz, pero sin alzar la vista del esmaltado.

No hubo respuesta ninguna, y sí sólo el ruido de alguien que se acercaba atravesando la habitación.

—¿Tío Jo? —repitió, interrumpiéndose esta vez en la pintura para mirar hacia atrás.

El doctor Obispo estaba de pie junto a ella.

—¡Segis! —su voz se tornó casi en un susurro—. ¿Qué es lo que haces?

El doctor Obispo sonrió con irónica admiración, con intensa y, al mismo tiempo, divertida y burlona concupiscencia.

—Creí que podríamos continuar con nuestra lección de francés —dijo.

—¡Estás loco! —dijo mirando con aprensión a la puerta—. Él está no más que al otro lado del salón. Podría venir y…

La sonrisa del doctor Obispo aumentó en intensidad.

—No te preocupes del tío Jo —dijo.

—Te mataría si te encuentra aquí.

—No me encontrará —contestó el doctor Obispo—. Le suministré una cápsula de nembutal al irse a acostar. No lo despertarán ni las trompetas del juicio final.

—¡Te digo que eres terrible! —dijo Virginia con énfasis; pero no pudo remediar echarse a reír, en parte porque se le quitaba un peso de encima y, en parte, porque era realmente gracioso pensar que el tío Jo estaría roncando en la puerta de al lado mientras que Segis le leía todo aquello.

El doctor Obispo se sacó del bolsillo el Libro de la Oración Común.

—No interrumpas por mí tu labor —dijo en una parodia de cortesía caballeresca —. «La mujer que es mujer, nunca acaba el quehacer». Puedes continuar como si yo no estuviera aquí. Yo buscaré el punto y empezaré a leer.

Riéndose de ella con imperturbable impudencia, se sentó al borde de la cama rococó y hojeó el libro.

Virginia abrió la boca para hablar; luego, agarrándose el pie izquierdo, la volvió a cerrar, obligada por más urgente necesidad que la de decirle a él dónde dejaron la lectura. El barniz se secaba formando burujos; las uñas quedarían feísimas si no continuaba la tarea inmediatamente. Mojando el pincelillo apresuradamente en el frasquito de esmalte a la acetona, comenzó a pintar de nuevo con la concentrada intensidad de un Van Eyck que pintara los microscópicos detalles de la «Adoración del Cordero».

El doctor Obispo levantó los ojos del libro.

—He admirado el modo como obraste con Pedro esta noche —dijo—. Cómo flirteaste con él durante la cena, hasta poner al viejo que tremía de celos con él. Ha sido un rasgo de maestro. O mejor fuera decir de maestra.

Virginia se soltó la lengua para decir con énfasis:

—Pedro es un muchacho muy simpático.

—Pero bobo —calificó el doctor Obispo al paso que se tendía sobre la cama con consciente elegancia, y con la irritante al par que insolente arrogación de estar como en su casa—. De otro modo no estaría enamorado de ti de la manera que lo está. —Exhaló un ronquido de risa—. El pobre mastuerzo se cree que eres un ángel, un angelito celestial con alas, arpas y una pureza virginal de oro de ley, marca suiza y con rubíes en toda la maquinaria. Bueno, si eso no es ser un mastuerzo…

—Tú espera a que pueda ocuparme de ti y verás —dijo Virginia con acento amenazador, aunque sin levantar la vista pues que atravesaba un momento crítico en la ejecución de su obra de arte.

El doctor Obispo pasó por alto la advertencia.

—Yo solía tener en poco el valor de una educación en humanidades —continuó diciendo después de la pausa—. Ahora ya no cometo tal error. —Y, en tono de profunda solemnidad, en el tono en que uno imaginaría a Whittier leyendo una de sus obras, continuó—: ¡Las lecciones de la elevada literatura! ¡Las profundas verdades! ¡Las gemas de la sabiduría!

—¡Oh, cállate! —exclamó Virginia.

—¡Cuánto pienso en lo que debo a Dante y a Goethe! —dijo el doctor Obispo con el mismo estilo profético—. Tomemos, si no, el caso de Paolo leyendo de viva voz a Francesca. Con el más fructuoso de los resultados, si es que te acuerdas. *«Noi leggevarmo un giorno, per diletto, di Lancilotto, come amor lo strinse. Soli eravamo e senz'alcun sospetto. Senz'alcum sospetto»* —repitió el doctor Obispo con énfasis, mirando, al hacerlo así, a uno de los grabados de los *Cent-Vingt Jours*—. Sin la menor sospecha ha de notar, acerca de lo que iba a suceder.

—¡Diablo! —exclamó Virginia, que había cometido otro lapso.

—No, ni siquiera la menor sospecha del diablo —insistió el doctor Obispo—. Aunque, naturalmente, debieran haberse andado con cuidado. Debieran haber tenido la elemental prudencia de guardarse contra la posibilidad de que los enviaran con él mediante el accidente de la muerte repentina. Con unas cuantas de las más sencillas precauciones les hubiera sido dable sacar el mejor partido posible tanto de éste como del otro mundo. Podrían haberse divertido, evitando el peligro de tropezarse con el hermano, y, luego que hubiera pasado el tiempo propicio para divertirse, podrían haberse arrepentido y haber muerto en olor de santidad. Pero hay que admitir, desde luego, que no habían tenido la ventaja de leer el *Fausto* de Goethe. No habían tenido

ocasión de aprender que a los parientes inconvenientes se les podía suministrar una pócima soporífera. Y, aunque lo hubieran leído, no hubieran podido ir a la farmacia y comprar un frasco de nembutal. Lo que prueba que la educación en humanidades no es lo bastante; debe acompañarse por la educación científica. Dante y Goethe sirven para enseñarle a uno lo que hay que hacer; el profesor en farmacología para indicarle cómo poner al buharrón en estado de coma con una pulgaradita de barbiturato.

El barnizado de las uñas se dio por terminado. Sosteniéndose aún el pie izquierdo para ponerle al abrigo de todo contacto perjudicial hasta tanto que el barniz se hubiera secado por completo, se volvió Virginia a su visitante y le dijo con vehemencia:

—No quiero que le llames buharrón.

—Bueno, diremos entonces «bastardón» —sugirió el doctor Obispo.

—¡Él es mejor que tú has de ser jamás! —gritó Virginia; y en su voz vibraba la sinceridad—. A mí me parece maravilloso. —A ti te parece maravilloso —repitió el doctor Obispo—; pero con todo y con eso, antes de que hayan pasado quince minutos, estarás durmiendo conmigo. —Se echó a reír al decir esto, e, inclinándose hacia adelante desde la cama en donde estaba, la cogió de los brazos desde atrás, un poco por debajo de los hombros—. Ten cuidado con las uñas de los pies —le dijo, mientras Virginia gritaba y trataba de desasirse de él.

El temor de estropear su obra maestra la obligó a contener los movimientos casi antes de haberlos iniciado. El doctor Obispo se aprovechó de su titubeo para inclinarse hacia adelante, por entre el aura de acetona, hacia la nuca de aquel cuello delicioso, hacia el perfume de «Shocking», hasta sentir la firme calidez en la boca y el contacto de los sedosos cabellos en la mejilla. Votando y renegando, Virginia apartó furiosamente a un lado la cabeza. Pero un delicioso hormigueo de agradable sensación corría paralelo, por decirlo así, a su indignación, y se iba incorporando a la misma.

Esta vez el doctor Obispo la besó tras de la oreja.

—¿Quieres que te diga —susurró— lo que voy a hacer contigo?

Ella le contestó llamándole mono piojoso; pero él se lo dijo, de todas maneras, con detallado pormenor.

No habían pasado quince minutos cuando Virginia abrió los ojos y, al otro lado de la habitación, ahora a oscuras, percibió con la vista a Nuestra Señora que le sonreía benigna, entre las flores de la iluminada casita de muñecas. Con un grito de desmayo saltó de la cama, y sin aguardar a ponerse ropa alguna, se abalanzó al altar y corrió las cortinas. La luz se apagó automáticamente. Alargando las manos por entre la tupida oscuridad, cautamente y a tiendas, volvió a la cama.

SEGUDA PARTE

CAPÍTULO 1

«UNA vez más, abundancia de nuevas», escribía Jeremías a su madre tres semanas después. «Nuevas de todo género y de todos los tiempos. Para empezar, ahí van unas cuantas del segundo conde. En los ratos que le quedaban después de perderle batallas a Carlos I, el segundo conde era poeta. Un mal poeta, por supuesto (las probabilidades están siempre en razón de mil contra uno, contra la posibilidad de que cualquier poeta sea bueno), pero con accidentales e involuntarios desvíos en el encanto. ¿Qué te parece esto, por ejemplo, que encontré en un manuscrito ayer?:

Sólo arde una candela y aún nos sobra su luz;
Oscuridad completa demanda nuestro amor.
¡Ceda la vista plaza al contacto amoroso;
Y la luz de la vela al tocar y, al besar!

«Es bonito, ¿no te parece? Pero ¡ay! es casi la única pepita desenterrada hasta ahora del aluvión. ¡Ojalá que lo demás fuera silencioso! Pero ésta es la dificultad con los poetas, tanto buenos como malos. No quieren dejar la trampa cerrada como decirnos en el hemisferio occidental. ¡Qué gusto, si lo demás de Wordsworth fuera silencio, lo demás de Coleridge, lo demás de Shelley!

»En el interín, el quinto conde me dio una sorpresa ayer en forma de un cuaderno lleno de anotaciones misceláneas. No he hecho más que empezar con ellas (pues no me es posible dedicarme a una partida hasta tener toda la colección desempaquetada y catalogada en borrador); pero los fragmentos que he leído son decididamente apetitosos. En la página primera me encuentro con esto: «Lord Chesterfield escribe a su hijo que un caballero jamás habla a su lacayo, ni siquiera a un mendigo en la calle, *d'un ton brusque*, sino que 'corrige al uno fríamente y aparta al otro con humanidad…'». Su señoría debiera haber agregado que existe un arte mediante el cual tal frialdad se torna más formidable que la cólera y tal humanidad más ofensiva que el insulto.

«Además, no son lacayos y pordioseros los únicos objetos en que tal arte se ejercita, Su señoría se ha mostrado poco galante en este caso para olvidar el sexo; que existe asimismo un arte de ultrajar fríamente a una mujer afecta, y de abusar de su persona con toda la *bienséance* propia del más cumplido caballero».

¡No es malo como principio! Te iré enviando por correo los subsiguientes descubrimientos que haga en este terreno.

Entre tanto, las nuevas contemporáneas son raras, confusas y un tantillo desagradables. En primer lugar, el tío Jo anda estos días crónicamente hosco y

malhumorado. Sospecho del monstruo ojiverde: que el monstruo ojizarco (o lo que es lo mismo, la señorita Maunciple, la Nena) ha venido girando los ojos desde hace algún tiempo en la dirección del joven Pedro. Si es que gira algo más que los ojos, no lo sé; pero sospecho que así sea; que tiene ese aspecto adentrado y ensoñador, la expresión remota del sonámbulo, que se nota a menudo en el semblante de las señoritas que han venido sosteniendo persistentes esfuerzos amatorios. Ya sabes la expresión a que me refiero: la exquisitamente espiritual y prerrafaelista. No hay más que mirar un rostro semejante para *saber* que Dios existe. El único rasgo incongruente en el presente caso es la indumentaria. La expresión prerrafaelista demanda vestidos prerrafaelistas: manga larga, hombrillos escuadrados, varas y más varas de veludillo. Cuando se ve, como yo la vi hoy, combinada con pantalones cortos, pañoleta al cuello y sombrero de cowboy, se queda uno perplejo, desquiciado. Pero, en defensa del honor de la Nena, menester es dejar bien sentado que todo esto no es sino mera hipótesis y conjetura. Bien pudiera ser, por supuesto, que ésta, su nueva expresión espiritual, no fuera resultado de la fatiga amorosa. Por lo que se me alcanza, pudiera ser por el contrario, que la Nena se hubiera convertido a las enseñanzas del Objeto Propter, y anduviese ahora en estado de perpetuo samadhí[9]. Por otra parte, la verdad es que la veo dedicar tiernas miradas a Pedro. Y, lo que es más, el tío Jo muestra todos los síntomas de estar receloso de ellos y extremadamente enojado con todos los demás. Contándome a mí entre los demás, desde luego. Y quizá, incluso, más conmigo que con los demás, ya que da la casualidad que he leído más libros que todos ellos y tengo algo más de símbolo de la Cultura. Que ésta es, por supuesto, algo por lo que siente un odio de tártaro. Sólo se diferencia de los tártaros en que no muestra deseos de quemar los monumentos de la Cultura, sino comprarlos. Expresa su superioridad con respecto al talento y a la educación por la posesión y no por la destrucción; asoldando e insultando después a quienes tienen talento y educación, más bien que matándolos. (Aunque tal vez los matara de tener las oportunidades y el poder de los tártaros). Esto significa que, de no estar en la cama o en la seguridad del sótano con los Hauberks, paso la mayor parte del tiempo mostrando los dientes y soportando, pensando en Gachapancha y en mi bonito sueldo, a fin de no pensar demasiado en los malos modales del tío Jo. Resulta bastante desagradable; pero, por fortuna, no es insoportable; y, además, los Hauberks sirven de inmenso consuelo y compensación.

«Hasta aquí por lo que respecta a los frentes erótico y cultural. Por lo que al frente científico se refiere, las novedades son que nos encontramos todos perceptiblemente más cerca de vivir tanto tiempo como los cocodrilos. En el momento de escribir, no he decidido todavía si es que verdaderamente deseo vivir tan largo tiempo como un cocodrilo». (Al trazar el segundo «cocodrilo», Jeremías se vio asaltado por un escrúpulo repentino. Su madre cumpliría los setenta y siete en agosto. Bajo aquella su

urbanidad, bajo el crujiente lustre de su admirable conversación había una apasionada ansia por vivir. No desdeñaba hablar con bastante realismo acerca de su muerte y funeral; pero detrás de aquel hablar y bromear, se ocultaba, como Jeremías sabía muy bien, una voraz determinación de siempre, en las mismas garras de la muerte, desafiando la vejez. El hablarle de los cocodrilos de esta manera podría apenarla; la expresión de duda acerca de si era o no deseable prolongar la vida, podría tomarse por desfavorable crítica. Jeremías tomó otra hoja de papel y recomenzó el párrafo).

«Hasta aquí por lo que respecta a los frentes erótico y cultural», escribió. «Por lo que se refiere al científico, *rien de nouveau*, si no es que el doctor Obispo anda más boyante que nunca; lo cual no es una novedad, porque él ha andado siempre más boyante que nunca. Me temo que no es uno de mis caracteres favoritos; si bien no deja de ser divertido, cuando uno se siente con humor de un ratito de bellaquería. La longevidad, por lo que parece, se abre marcha. El viejo, Pan y la condesa de Desmond van adelante.

»¿Y qué decir del frente religioso? Bueno, el Objeto Propter ha renunciado a sus tentativas de edificación, a lo menos por lo que a mí se refiere. ¡Gracias a Dios!, pues cuando se apea del caballito, ¡qué excelente compañero es! Mente henchida de todo género de retazos; y éstos, encasillados en el orden más nítido y perfecto. Casi que se llega a envidiar su coherencia intelectual; pero se consuela uno al pensar que, de tenerlos, los tales retazos echarían a perder las travesurillas particulares. Cuando uno posee el don de sostenerse airosamente sobre la testa, es necedad e ingratitud envidiar al corredor de un Maratón. Un gracioso articulillo literario en la mano vale más, por lo menos, que tres Críticas de la Razón Pura volando.

»Mi partida final la dedico al frente familiar y se refiere a tu última desde Grasse. ¡Qué festín! Tu relación de madame de Villemomble es realmente proustiana. Y en cuanto a la descripción de tu viaje a Cap d'Ail y el día que pasaste con lo que queda de la Princesa y *ce pauvre Hunyadi…*, bueno, lo menos que se me ocurre decir es que es digna de Murasaki: la esencia de toda la tragedia, refinada hasta convertirse en unas cucharaditas de ambarino té en una taza de porcelana de tamaño no mayor que una magnolia. ¡Qué magnífica lección en el arte de la castidad literaria! Mis tendencias (sólo en el mundo de las letras, para suerte mía) se inclinan hacia un cierto exhibicionismo. Tu prosa vestal me hace sentirme avergonzado.

»Bueno, nada más tengo que decirte, como solía escribirte cuando estaba en el colegio (y con letras muy grandes, ¿te acuerdas?, esforzándome porque las palabras llenaran media página de papel de escribir). Nada más tengo que decirte, si no es, desde luego, lo indecible, lo cual me callo, porque ya lo sabes».

Jeremías cerró el sobre y puso la dirección: Las Araucarias; pues su madre estaría de vuelta de Grasse cuando la carta hubiera cruzado el Atlántico. Luego se metió la carta en el bolsillo. Alrededor de él, los documentos Hauberk clamaban atención;

pero durante un rato permaneció ocioso. El codo sobre la mesa, como en oración, se rascó, meditabundo, la cabeza; se la rascó con ambas manos buscando las costritas secas que se formaban junto a la raíz de los cabellos que todavía le quedaban, costritas que sentía un gran placer en despegar cuidadosamente con las uñas. Pensaba en su madre y en cuán curioso era que uno hubiera leído toda la literatura freudiana acerca del complejo de Edipo; todas las novelas, desde «Hijos y Amantes» para abajo, acerca de los peligros de la excesiva devoción filial y la amenaza del excesivo amor maternal; que uno las hubiera leído todas y, aún con los ojos abiertos, continuara siendo uno lo que era: la víctima de una madre codiciosa y posesiva. Y quizá resultaba aún más singular que esta posesiva madre hubiera también leído toda la literatura pertinente y se diera perfecta cuenta de lo que era y de lo que había hecho de su hijo; y, que con todo y con eso, siguiera con lo mismo como seguía con los ojos no menos abiertos. (¡Ahora!; la costra de la mano derecha se había despegado. Se la arrancó por entre el mechón de tupidos cabellos que sobre las orejas tenía, y al mirar la desecada peliculilla de tejido, se acordó de improviso de los mandriles. Pero, después de todo, ¿por qué no? Los placeres más ciertos y permanente son los más diminutos, los más simples, los más rudimentariamente animales: el placer de dejarse mecer en un baño caliente, por ejemplo, o de cobijarse bajo las ropas de la cama en la penumbra del sueño y la vigilia, por la mañana el placer de responder a las llamadas de la naturaleza; el placer de sentirse frotado por un buen masajista; el placer, en fin, de rascarse cuando le pica a uno. ¿Por qué avergonzarse de ello? Dejó caer la costrita en la papelera y continuó rascándose con la mano izquierda).

Nada hay como el conocimiento de sí mismo. Saber por qué hace uno algo equivocado o estúpido equivale a tener una excusa para continuar haciéndolo. La justificación por el psicoanálisis: moderno substitutivo de la justificación por la fe. Sabe uno las causas remotas que le convirtieron en un sadista, un usurero, un madrero o en una devoradora de su hijo; por lo tanto se encuentra uno completamente justificado en seguir siendo devoradora de hijos, madrero, usurero o sadista. ¡Qué mucho, pues, que completas generaciones se hayan alzado para bendecir el nombre de Freud! Bueno, así era como él y su madre se las componían. «¡Nosotros las matriarcas que chupamos la sangre de nuestros hijos!», solía decir la señora de Pordage de sí misma, y, lo que era más, delante del rector. O, a veces, era en la trompetilla de doña Fredegunda en donde proclamaba su inocencia. «Las viejas Yocastas como yo, con un hijo ya maduro en casa», solía gritarle. Y Jeremías le seguía el juego, atravesando la habitación para vociferar, en aquella tumba de toda inteligente conversación, alguna pobre chocarrería como la de ser él una vieja solterona, por ejemplo, o acerca de tomar la erudición como substitutivo del bordado; cualquier simpleza servía para el caso. Y el vejestorio solía prorrumpir en aquella risa de bandido que tenía, y menear la cabeza hasta que las gaviotas disecadas o las

petunias artificiales, o cualquier otra cosa que llevase en aquel su siempre extraordinario sombrero, cabeceara como el penacho de un caballo en unas pompas fúnebres francesas de primera clase. Sí que era en verdad curioso, se repetía para sí; y, al mismo tiempo, ¡cuán razonable, considerando que tanto su madre como el no deseaban otra cosa que seguir siendo lo que eran! Las razones de ella para desear seguir siendo una matriarca eran por demás evidentes; resultaba divertido ser una reina, es delicioso recibir homenajes y tener un súbdito fiel. Menos obvias, quizá, a lo menos para los extraños, eran las razones que él tenía para preferir el *statu quo*. Pero, examinadas con detenimiento, eran lo bastante convincentes. La primera era el afecto; porque, bajo una cierta ironía y ligereza superficiales, se sentía profundamente apegado a su madre. Luego había que tener en cuenta el hábito, hábito establecido tanto tiempo hacía, que su madre había llegado a ser para él como un órgano de su propio cuerpo, casi tan indispensable como el páncreas o el hígado. Había, incluso, un sentimiento de gratitud para con ella, por hacer con él lo que, en el momento que lo hiciera, pareció ser de lo más cruel e injustificado. Él se había enamorada cuando cumplió los treinta; había deseado casarse. Sin representar escena ninguna, sin mostrarse otra cosa que no fuera amorosamente comprensiva con él y encantadora en todo su trato con su querida Eileen, la señora de Pordage puso manos a la obra para minar las relaciones entre los dos jóvenes; y fue tal su éxito que, al final, las relaciones se deshicieron por sí mismas, hundiéndose como casa socavada. Él se sintió muy desgraciado a la sazón, y con una parte de sí mismo odió a su madre por su hazaña. Pero, conforme pasaron los años, sé le fue pasando el amargor que todo ello le produjera, hasta que, ahora, se sentía positivamente agradecido para con ella por haberle librado de los horrores de la responsabilidad, de la familia, del trabajo regular remunerativo; de una esposa que, probablemente hubiera resultado ser más tiránica que su misma madre, que lo hubiera sido seguramente; porque la protuberante y tumultuosa matrona en que Eileen se convirtiera gradualmente, era una de las hembras más desastrosas entre todas sus relaciones; criatura apasionadamente convencional, orgullosa de su obtusidad, hormiga en lo eficiente y tiránicamente benévola. Un monstruo, en una palabra. De no haber sido por la estrategia de su madre él sería ahora el infortunado señor Welkin que era el esposo de Eileen, y padre de nada menos que de cuatro Welkinitos, tan terribles ya en la niñez y adolescencia como había llegado a ser Eileen en la edad madura. Su madre decía sin duda la verdad cuando bromeaba llamándose a sí misma vieja Yocasta y matriarca que chupa la sangre de su hijo; y, sin duda, también tenía razón Tom, su hermano, cuando le llamaba a él, a Jeremías, Peter Pan, y hablaba desdeñosamente de las cintas del mandil. Pero el hecho era que le había sido dable leer lo que le había venido en gana y escribir sus articulillos; y que su madre se había cuidado de todos los aspectos prácticos de la vida, había pedido en cambio una cantidad de devoción que no le era

muy difícil proporcionarle, y lo había dejado en libertad de saborear, un viernes por la tarde sí y otro no, los refinados placeres de una escualidez infinita en Maide Vale. Mientras que, ¡mira lo que le había sucedido al pobre Tom! Secretario Segundo en Tokio; Secretario Primero en Oslo; Consejero en La Paz; y, ahora de vuelta, podía decirse que para siempre en el *Foreign Office*, ascendiendo lentamente de jerarquía a puestos de mayor responsabilidad y más viles menesteres. Y conforme crecía la paga, y la moralidad de sus quehaceres descendía de manera correspondiente, crecía también el desasosiego del pobre, hasta que al fin, con la disputa de Abisinia, no le había sido posible aguantarlo más. En la extremidad de dimitir o de sufrir un derrumbamiento nervioso, se las arregló en el momento perentorio para convertirse al catolicismo. Desde entonces, le fue dable echarse a la espalda la responsabilidad moral que tenía por su participación en la inquietud general, llevársela a *Farm Street* y dejarla allí en alcanfor, por decirlo así, con los padres jesuitas. ¡Admirable providencia! Había hecho de él otro hombre. Después de catorce años de infecundidad, su esposa había tenido de improviso un hijo (concebido, por lo que Jeremías calculaba, la misma noche en que comenzara la guerra civil española). Luego, dos días después del saqueo de Nankín, publicó Tom un volumen de versos jocosos. (Curioso es ver a cuántos católicos ingleses les da por hacer versos jocosos). Mientras tanto iba aumentando de peso constantemente; entre el *Anschluss* y Munich había aumentado cinco kilogramos. Otro par de años de *Farm Street* y de política internacional y Tom alcanzaría los noventa kilogramos y habría escrito el libreto de una zarzuela de género chico. ¡No!, se decía Jeremías con determinación, ¡no! Era simplemente inadmisible. Valía más pasar por lo de Peter Pan y las cintas del mandil y la infinita escualidez de un cuartillo. Valía un millón de veces más. Valía más, en primer lugar, estéticamente; porque aquella manera de engordar con la *Realpolitik* y de garrapatear versos jocosos en las márgenes de una estampa de la Crucifixión tenían en verdad muy poco de elegantes. Y no era eso todo: valía más incluso en su aspecto ético; pues era claro que el viejo Objeto Propter tenía razón: cuando uno no está seguro de hacer positivamente el bien, es mejor, a lo menos, que se mantenga fuera del mal. Y ahí estaba el pobre Tom, más atareado que un castor, y, ahora que era papista, más alegre que unas castañuelas, obrando precisamente en el lugar en que le era dable hacer el mayor mal posible al mayor número de gentes.

(La otra costrita se despegó. Jeremías suspiró y se recostó en la silla).

Se rascaba uno como un mandril, era su conclusión; vivía uno a los cincuenta y cuatro, bajo la égida de la sombra materna; la vida sexual de uno al par infantil y corrupta; no había esfuerzo de imaginación posible que alcanzase a definir el propio trabajo como útil o importante. Pero cuando se comparaba uno con otras personas, con Tom por ejemplo, o con las más eminentes y augustas, con los ministros del gabinete, los magnates del acero, los obispos y los novelistas famosos… ¡bueno! en

verdad que no salía uno tan malparado como todo eso. A juzgar por el criterio negativo de innocuidad, salía uno extraordinariamente bien parado. Así es que tomando en consideración todos los cabos, no había en realidad razón para que uno hubiera de hacer o dejar de hacer cosa alguna. Decidido lo cual, era tiempo de volver a los Hauberks.

CAPÍTULO II

VIRGINIA no se despertó aquella mañana hasta cerca de las diez; e incluso después de haberse bañado y desayunado, permaneció en la cama durante una hora o más, los ojos cerrados, recostada sobre los amontonados almohadones e inmóvil, semejante a una hermosa y joven convaleciente que acabara de surgir del valle de las sombras.

El valle de las sombras de la muerte; de la gran muerte y de todas las muertes pequeñas. Por la muerte viene la transfiguración. Quien quiera salvar su vida habrá de perderla. Los hombres y las mujeres tratan de continuo de perder la vida, vida gastada, improductiva y carente de sentido de su ordinaria personalidad. Siempre están procurando perderla, y en millares de diferentes formas. En los frenesíes del juego y la predicación religiosa; en las monomanías de la avaricia y la perversión, de la investigación, del sectarismo y de la ambición; en las locuras compensadoras del alcohol, de la lectura, del soñar despierto, de la morfina; en las alucinaciones del opio, del cinematógrafo y del rito en las salvajes epilepsias del entusiasmo político y del placer erótico; en el estupor del veronal y de la enervación. Escapar; olvidar la vieja y tediosa identidad; convertirse en algún otro, en algo mejor, en alguna otra cosa: mero cuerpo extrañamente adormecido o hiperestésico; o bien tan sólo entrar en un estado de mente impersonal, en una a modo de conciencia no individualizada. ¡Qué felicidad, qué dichoso alivio! Incluso para quienes no se dieran cuenta previamente de que hubiera cosa alguna en su condición que necesitara aliviarse. Virginia había sido una de esas personas felices en su limitación, no lo bastante conscientes de su ser personal para llegar a comprender su fealdad e imperfección, o la miseria fundamental del estado humano. Y sin embargo, cuando el doctor Obispo le proporcionó científicamente el escape mediante un estado de epilepsia erótica más agudamente intensa que ella hubiera conocido jamás o imaginado posible, Virginia comprendió que, aun con todo, había algo en su existencia que requería alivio, y que aquel chapuzón en la oscuridad del olvido total y a través de una conciencia completamente ajena y mucho más intensa era precisamente el alivio que necesitaba.

Pero, como sucede con cualquier apego, sea el apego a las drogas o a los libros, al poder o al aplauso, la afición al placer tiende a agravar la condición que temporalmente alivia. Quien a él se entrega desciende al valle de las sombras de su pequeña muerte propia y particular; desciende infatigablemente, desesperadamente en busca de alguna otra cosa, algo distinto de sí mismo, algo diferente de la vida que miserablemente vive como persona humana en el horrible mundo de las personas humanas y mejor que esta vida. Desciende y, ora violentamente, ora sumido en deliciosa inercia, muere y se transfigura; pero muere sólo por breves momentos, se

transfigura sólo pasajeramente. A la leve muerte sigue una leve resurrección; resurrección desde la inconsciencia, desde la propia aniquiladora sobreexcitación, a la miseria de saberse solo, débil y despreciable, a un más completo aislamiento, a una más agudizada sensación de personalidad. Y cuanto más aguda es la sensación de personalidad aislada, tanto más urgente es la demanda de nuevas experiencias en la muerte y transfiguración mitigadora. La afición proporciona alivio, pero, al hacerlo así, aumenta el dolor que lo requiere.

Echada allí, apoyada contra las almohadas, Virginia sufría la diaria resurrección del valle de las sombras de sus muertes nocturnales. Luego de haber sido epilépticamente alguna otra cosa, volvía a ser ella misma una vez más; ella, si bien estuviera aún un tanto amortecida y anonadada por la fatiga, bajo la impresión de recuerdos de extrañas escenas y subyugadoras sensaciones, pero no obstante, discerniblemente la misma Virginia de antes; la Virginia que admiraba al tío Jo por sus éxitos y se sentía agradecida a él por haberle proporcionado tan buena vida; la Virginia siempre riente que tenía a la vida por cosa grande y jamás se preocupaba de nada; la Virginia que indujera al tío Jo a construir la gruta y que había amado a Nuestra Señora desde que era una criatura. Y esta misma Virginia ahora le estaba jugando una mala partida al pobre y admirado tío Jo; no simplemente diciéndole algunas mentirillas, lo que podía sucederle a cualquiera, sino engañándole deliberada y sistemáticamente. Y no sólo a él; engañaba también al pobre Pedro. Le hablaba continuamente; le miraba con buenos ojos (tan buenos, por lo menos, como le era dable en aquellas circunstancias); prácticamente, lo cortejaba en público, a fin de que el tío Jo no llegase a sospechar de Segis. No es que, en cierto modo, no se hubiera alegrado ella de que el tío Jo sospechara de Segis. Le hubiera gustado ver que le daban un buen puñetazo en la mandíbula y que lo echaban a la calle. ¡En verdad que le hubiera gustado! Pero en el ínterin ponía de su parte todo cuanto le era dable para encubrirlo; y al encubrirlo inducía al pobre idiota del muchacho a imaginar que estaba loca por él. ¡Una enredosa embustera, eso era lo que ella era! Una enredosa. El saber esto la inquietaba y la hacía sentirse desgraciada y avergonzada; la privaba de reírse de las cosas como saliera; producía en ella pensamientos y sentimientos de disgusto acerca de su proceder, y se resolvía a no volver jamás a incurrir en él. Se resolvía, pero sin poder evitar volver de nuevo a las andadas, a pesar de que llegaba incluso a sentir aborrecimiento de sí misma por hacer lo que hacía, y de Segis por hacérselo hacer, y, sobre todo, por decírselo de aquella manera tan horriblemente grosera y cínica, y porque no le era posible resistirlo. Y una de las razones que la obligaban a reincidir era que así dejaba de sentir el disgusto de haberlo hecho anteriormente. Pero luego, después, volvía a sentir el disgusto de nuevo. Y era tan malo el sentimiento, que había llegado hasta avergonzarse de mirar a Nuestra Señora en la cara. Más de una semana hacía ya que las cortinillas de blanco terciopelo habían

permanecido sin descorrer. Era sencillamente que no se atrevía a descorrerlas; porque sabía que si las descorría, y si hacía allí mismo de rodillas una promesa a Nuestra Señora, no serviría para nada. Cuando aquel terrible Segis volviera, volvería ella a sentirse extraña por dentro, como si los huesos se le hubieran vuelto de goma y las fuerzas se le salieran del cuerpo, y, antes de que se diera cuenta de lo que le pasaba, volvería todo a repetirse otra vez. Y sería mucho peor que las demás veces por habérselo prometido a Nuestra Señora. Así es que era mejor no hacer promesa ninguna; por ahora, por lo menos; hasta que no hubiera cierta probabilidad de guardarla. Porque, aquello no podía durar por siempre de aquella manera; sencillamente, se negaba a creer que hubiera de tener siempre aquella terrible sensación de goma en los huesos. Algún día se sentiría con las fuerzas bastantes para decirle a Segis que se fuera al demonio. Y cuando se lo dijera haría la promesa. Hasta entonces valía más que no.

Virginia abrió los ojos y miró con expresión nostálgica al nicho entre las dos ventanas y a las cortinillas que ocultaban el tesoro interior: la cuca coronita, los aljófares, el blanco manto de seda, el benigno semblante, las adorables manecitas. Virginia suspiró profundamente y, volviendo a cerrar los ojos en simulado sueño, procuró recobrar el dichoso olvido del que la luz matutina la obligara a emerger contra su voluntad.

CAPÍTULO III

El señor Stoyte había pasado la mañana en el Panteón Beverly. Muy poco de su agrado, puesto que sentía horror por los cementerios, incluso el suyo. Pero los requerimientos del lucro eran sagrados; el negocio era un deber al que había que sacrificar toda consideración meramente personal. Y ¡vaya si era negocio! El Panteón Beverly era la mejor proposición, por lo que a bienes raíces se refiere, de todo el país. El terreno se compró durante la guerra a quinientos dólares el acre, se mejoró (mediante caminos, pequeños Tajes, columbarios y estatuaria) hasta ponerlo a unos diez mil por acre, y se vendía ahora en solares para sepulcros a razón de ciento sesenta mil por acre; y vendiéndose tan de prisa que todo el capital invertido estaba ya amortizado, de modo que, de ahora en adelante, todo sería pura ganancia. Y, por supuesto que, conforme creciera la población de Los Ángeles, la ganancia sería más sustanciosa. Y la población crecía a razón de casi diez por ciento al año; y, lo que era más, la mayor parte de los decesos eran de personas de edad, ya retiradas, que provenían de otros Estados de la Unión; precisamente la clase de personas que aportaría el mayor beneficio inmediato al Panteón. Así es que cuando Carlos Habakkuk envió a llamarle urgentemente para que fuera a discutir los últimos planes de mejoras y extensiones, el señor Stoyte se había hallado en la imposibilidad moral de rehusar. Reprimiendo su antipatía, había cumplido con su deber. Toda la mañana la pasaron nuestros dos hombres sentados y saboreando sendos cigarros, en la oficina de Carlos, sita en el último piso de la Torre de la Resurrección; y Carlos había manoteado a su antojo, y había hablado… ¡vaya por Dios y cómo había hablado! Del mismo modo que si fuera uno de esos charlatanes de Fez que tratan de hacerle a uno comprar una alfombra oriental; y el señor Stoyle, dicho sea de paso, había reflexionado con malhumor que eso era lo que Carlos parecía, sólo que estaba mejor alimentado que los vendedores de alfombras y por lo tanto más lustroso.

—Basta ya de charlatanería —refunfuñó en voz alta—. Parece usted olvidar que soy el propietario.

Carlos lo miró con expresión de dolorosa sorpresa. ¿Charlatanería? Pero aquello no era charlatanería. Aquello era de veras, aquello era formal. El panteón era su crío; podía decirse que prácticamente, lo había inventado él. A él fue a quien se le ocurrió lo del Pequeño Taj y la Capilla del Poeta; él quien, por iniciativa propia, había comprado aquel saldo de estatuas en Génova; él quien formuló claramente por primera vez el procedimiento de inyectarle atractivo sexual a la muerte; él quien se opuso resueltamente a toda tentativa de introducir en el cementerio representación alguna de pesar o vejez, cualquier símbolo de mortalidad, cualquier imagen de la pasión de Jesús. Había tenido que luchar por sus ideas, que escuchar multitud de

críticas; pero el resultado le había dado la razón. A cualquiera que se quejase de que no hubiese crucifijo alguno en el cementerio, se le podía remitir a las cuentas publicadas. ¡Y ahí estaba el señor Stoyte hablando sarcásticamente de charlatanería! Charlatanería, cuando la demanda de terreno en el panteón era tan enorme que pronto sería insuficiente el acomodo que había. Habría que ensanchar. Habría que habilitar más espacio, más edificaciones, más pasatiempos. Mayor y mejor; progresos; servicio.

En el último piso de la Torre de la Resurrección, Carlos Habakkuk desenvolvió sus planes. La nueva extensión había de tener un Rincón de los Poetas, abierto a cualquier escritor *bona fide*; aunque mucho se temía que hubiera que poner la raya a los redactores de avisos, lo que sería una lástima, porque muchos de ellos ganaban muy buenos dineros y se lograría que pagaran un tanto extraordinario por el privilegio de que se les enterrara con la gente del cinematógrafo. Pero aquello tajaría la cuestión en ambos sentidos; porque los escritores de películas no considerarían que el Rincón de los Poetas era lo bastante exclusivo para ellos, caso de que se diera entrada en él a los anunciadores. Y, teniendo en cuenta que los autores de libretos para películas ganaban tanto o más que los otros… ¡bueno, era cosa muy puesta en razón!, concluyó Carlos, ¡muy puesta en razón! Y era claro que habrían de hacer un duplicado de la Abadía de Westminster en el Rincón de los Poetas. La Chiquita Westminster sería un nombre que sonaría estupendamente. Y como quiera que de todos modos se necesitarían un par de hornos mortuorios, los instalarían allí en el Patio del Deán. E instalarían otro aparato automático para tocar discos de gramófono en la cripta a fin de obtener más variedad musical. No es que no gustara el Wurlitzer Perpetuo; sí que gustaba. Pero de todos modos resultaba un tanto monótono. Así es que él creía que se podrían permitir algunos discos con himnos corales y cosas así; y quizá, de vez en cuando sólo por variar, algún predicador que recitara un mensaje inspirador, de modo que pudiera uno sentarse en el Jardín de la Contemplación, por ejemplo, escuchando el Wurlitzer durante unos minutos, y luego el canto coral «Morad Conmigo», y luego una bonita voz a lo Barrymore que pronunciara una composición semejante a la alocución de Gettysburg o «Ríe y el mundo reirá contigo», o, tal vez, algún que otro enjundioso fragmento tomado de la señora Eddy o de Ralph Waldo Trine; cualquier cosa serviría con tal de que fuera lo bastante inspiradora. Y luego tenía su idea de las catacumbas. Y, ¡chico! era la mejor idea que jamás se le ocurriera. Conduciendo al señor Stoyte a la ventana sudeste, le había señalado al otro lado de un valle de tumbas, cipreses y monumentos en miniatura de espuria antigüedad; allí donde el terreno se elevaba de nuevo hasta la aserrada loma del otro lado. ¡Allí!, había gritado con sobreexcitación, ¡allí en aquel altozano de en medio!; allí era donde empezaría la excavación. ¡Centenares de metros de catacumbas revestidas de hormigón reforzado, que las pusiera a prueba de

terremotos! ¡Las únicas catacumbas de clase A del mundo! Y capillitas al estilo romano. Y una multitud de cuadros murales de aspecto chapucero que parecieran verdaderamente antiguos. Se podían obtener muy baratos mediante uno de esos proyectos artísticos de la *W. P. A.*[10] No es que aquellos individuos supieran gran cosa de pintura, desde luego, pero eso no importaría, teniendo en cuenta que los cuadros habían de tener aspecto chapucero de cualquier manera. Y no habría otra cosa que velas y farolillos portátiles para los visitantes; nada de luz eléctrica, excepto al final de todos aquellos tortuosos corredores y escaleras en donde había una especie de gran iglesia subterránea, con una de esas estatuas desnudas que llevaban a la feria de San Francisco y por las que se alegrarían mucho de cobrar un millar de dólares, o quizá menos, una vez terminada la exposición; una de esas hembras modernistas con músculos; y la pondrían allí en el mismísimo centro, quizá con una fuente que manara a todo alrededor y con luz oculta color rosa en el agua de modo que pareciera de carne y hueso. Bueno, los turistas vendrían de miles de kilómetros de distancia para verla. Porque nada gustaba tanto a la gente como las cuevas. Mirad, sino las Cavernas de Carlsbad, por ejemplo; y todas aquellas cuevas que había en Virginia. Y eso que aquéllas no eran más que vulgares cuevas naturales, sin cuadros ni cosa que se le pareciera. Mientras que éstas serían catacumbas. Sí, señor; verdaderas catacumbas como aquellas en que vivieron los mártires cristianos… y, ¡voto a tal y qué idea! ¡Mártires! ¿Por qué no había de haber una Capilla de los Mártires con un bonito grupo escultórico de yeso formado por algunas muchachas sin ropa, a punto de ser devoradas por un león? La gente no resistiría un crucifijo; pero una cosa así les produciría verdadera emoción.

El señor Stoyte había escuchado con fastidio y repugnancia. Aborrecía el panteón y todo lo que había en él. Lo aborrecía, porque a pesar de las estatuas y del Wurlitzer, no le hablaba sino de enfermedad y muerte, de la corrupción y juicio final; porque era allí, en el panteón, donde le enterrarían a él, al pie del pedestal de «Le Baiser» de Rodin. (Un superintendente auxiliar se lo había indicado una vez inadvertidamente, siendo inmediatamente despedido; pero no había medio de despedir el recuerdo de su falta). El entusiasmo de Carlos por las catacumbas y las Chiquitas Westminsteres no había estimulado su calurosa aceptación en lo más mínimo; sólo algún que otro refunfuño con un malhumorado «¡está bien!» final, para todo cuanto dijo, menos para la Capilla de los Mártires. No es que ésta le pareciera al señor Stoyte una mala idea; por el contrario, estaba seguro de que al público le gustaría extraordinariamente. Si rechazó la idea, era solamente por cuestiones de principios; porque no era conveniente en modo alguno permitir que Carlos Habakkuk se creyera que siempre tenía razón.

—Prepare los planos y los presupuestos para todo lo demás —ordenó con tono tan arisco como si se hubiera tratado de una reprimenda—. Pero nada de mártires. No

quiero mártires.

Casi con lágrimas en los ojos rogó y suplicó aunque no fuera más que un león, sólo una virgen cristiana primitiva las manos atadas a la espalda; porque era extraordinario el efecto que producía en la gente todo cuanto tuviera relación con cuerdas y manillas. Dos o tres vírgenes hubiera sido mucho *mejor*, desde luego; pero se contentaría con una.

—Sólo una, señor Stoyte —imploró juntando sus elocuentes manos—, sólo una.

Obstinadamente sordo a todas sus súplicas el señor Stoyle sacudió la cabeza.

—Nada de mártires —dijo—; es mi última palabra.

Y para probar que así era, arrojó la colilla del cigarro y se levanto para marcharse.

Cinco minutos después, Carlos Habakkuk echaba bufidos con su secretario. ¡Gente ingrata! ¡Qué estupidez! Le daban ganas de dimitir sólo para probar al buharrón que no podrían pasar sin él. Ni cinco minutos. ¿Quién era el que había hecho del cementerio lo que era: un cementerio único en el mundo? El único absolutamente. ¿Quién? (Carlos se dio una palmada en el pecho). ¿Y quién era el que sacaba de él todo el dinero? Jo Stoyte. ¿Y qué era lo que él, Jo, había hecho para que aquello fuera un éxito? Nada absolutamente. Era cosa que bastaba para que le dieran a uno ganas de ser comunista. Y el diablo de hombre no se mostraba agradecido, ni siquiera cortés. ¡Venirle a uno con cortapisas por todos lados como si uno fuera un vago de la calle! Bueno, a lo menos tenía un consuelo: el viejo Jo no tenía muy buen aspecto aquella mañana. Una de aquellos días tal vez tuvieran el gustazo de enterrarle. Allá abajo en el vestíbulo del columbario, tres metros bajo tierra. ¡Y bien empleado que le estaría!

No era sólo que su aspecto no era bueno; recostado en el asiento del automóvil que lo llevaba a las colinas Beverly, de camino para ver a Clancy, el señor Stoyte iba pensando, como tan a menudo pensara durante las dos o tres últimas semanas, que no se sentía muy bien. Se despertaba por la mañana con una sensación de flojedad y pesadez y su cerebro no parecía tan claro como saliera. Obispo decía que era gripe reprimida y le administraba aquellas píldoras cada noche; pero no parecía que le probaran gran cosa. A pesar de todo seguía sintiéndose lo mismo. Y, para colmo de sus males, sus inquietudes acerca de Virginia le hacían perder la salud. La Nena obraba de manera extraña, como si no estuviera presente; siempre tan callada, sin advertir lo que pasaba alrededor, estremeciéndose cuando se le hablaba y preguntando qué era lo que se le decía. Procedía a ojos vistas como uno de aquellos anuncios de la Sal Hepática o del Jarabe de Higos California; y eso era lo que él se hubiera creído que era, de no haber sido por la manera como andaba detrás de aquel muchacho, Pedro Boone. Siempre hablándole a la hora de comer y pidiéndole que fuera a bañarse con ella; y manifestando deseos de echar una mirada al microscopio. ¡Qué diablos era lo que a ella se le daba por microscopios, eso era lo que a él le

hubiera gustado saber! ¡Echándose encima; pues eso era lo que venía a resultar en apariencia! Y aquella manera de portarse a lo jarabe de higos (como la gente que iba a las reuniones de cuáqueros a que Prudencia le hiciera ir antes de hacerse de la Ciencia Cristiana): todo ello junto. Diría uno que bebía los vientos por el muchacho. Pero si así era, ¿cómo había sucedido tan de repente? Porque ella nunca había dado señales de tal cosa anteriormente. Lo había tratado siempre como se trata a un perrazo de buena estampa: todo lo amigablemente que se quisiera, pero sin tomarlo nunca demasiado en serio: sólo una palmadita en la cabeza y luego, cuando ha movido la cola, se olvida uno de él para pensar en otra cosa. No, no le era posible comprenderlo; no lo entendía de ninguna manera. Por una parte parecía beber los vientos por él; pero al mismo tiempo, parecía como si no se diera cuenta de si era un muchacho o un perro. Porque tal era su manera de obrar incluso ahora. Le concedía una infinidad de atenciones, pero sólo de la manera que se presta atención a un buen sabueso. Y eso era lo que descartaba. Si ella se hubiera prendado de Pedro de la manera corriente, entonces él se hubiera puesto furioso, y hubiese armado la de San Quintín, y hubiera echado al muchacho de la casa. Pero ¿cómo iba a armar uno la de San Quintín por un perro? ¿Cómo iba uno a ponerse furioso con una muchacha porque le dijera a un perdiguero que le gustaría echar una mirada al microscopio? No podía uno, aunque se lo propusiera; porque, en tal caso, el ponerse furioso no tenía sentido ninguno. Lo más que podía hacer era cavilar, tratando de explicarse las cosas y sin poder. Sólo había una cosa clara, y era que la Nena significaba para él mucho más de lo que se había imaginado, mucho más de lo que creyera que nadie pudiera jamás significar para él. Había comenzado por desearla; por desear tocarla, asirla, palparla, comérsela; desearla porque era cálida y olía bien; desearla porque era joven y él era viejo; porque era tan inocente y él harto cansado para que le incitara otra cosa que no fuera inocencia. Así era como había comenzado. Pero casi al momento se había producido algo diferente. Aquella su juventud, su inocencia y dulzura, eran algo más que meramente incitadoras. Era tan bonita, tan deliciosa, tan infantil que casi le venían ganas de llorar en su regazo, incluso cuando deseaba asirla y palparla y devorarla. Ella era capaz de producir en él los más extraños efectos: le hacía sentirse bien, como se siente uno cuando se ha echado al coleto unos traguitos de aguardiente, y, al mismo tiempo, le hacía sentirse bueno como cuando está en la iglesia, o escucha a Guillermo Jennings Bryan, o da una alegría a una criatura con una muñeca u otra cosa por el estilo. Y Virginia no era una criatura cualquiera; era su criatura, suya y de nadie más. Prudencia no pudo tener hijos; y en aquel entonces se sintió apenado por ello. Pero ahora se alegraba. Porque de haber tenido una caterva de críos, se hubieran interpuesto entre él y la Nena. Y Virginia significaba más para él que cualquier hija significaría. Porque aunque no hubiera sido más que su hija, lo que no era así, era probablemente mucho más bonita de lo que hubiera sido una hija de su propia sangre,

ya que los Stoyte habían sido una familia de cara bastante avinagrada y Prudencia fue una mujer basta, aunque fuera buena, lo cual ciertamente había sido; quizá un tanto demasiado buena. Mientras que la Nena era un dechado sin la menor tacha, de pies a cabeza. Él había sido más feliz desde que la conoció de lo que había sido durante muchos años. Con ella las cosas habían cobrado valor nuevamente. No había uno de pasarse la vida preguntándose: «¿por qué?». Tenía uno la razón de todo ante sí, tocarla con aquella ladina gorrita de navegar, tal vez o bien vestida de punta en blanco, con esmeraldas y todo, para asistir a algún sarao con toda la patulea de los peliculeros.

Y ahora era algo lo que pasaba. Se le arrebataba la razón para ir adelante. La Nena había cambiado; se iba alejando de él; se había ido a alguna otra parte. ¿A dónde había ido? ¿Y por qué? ¿Por qué lo abandonaba? ¿Por qué lo dejaba solo, tan absolutamente solo, ahora que era viejo y la lápida marmórea se encontraba allí en el vestíbulo del columbario, esperándole?

—¿Qué es lo que te pasa, Nena? —le había preguntado. Una y otra vez se lo había preguntado con angustia en el corazón, harto apenado para sentir enfado, demasiado temerosa de la soledad para preocuparse de su dignidad, o de sus derechos acerca de cosa alguna que no fuera conservarla a ella a toda costa.

Y todo lo que había conseguido de ella era que le mirara como si se encontrara a un millón de kilómetros de distancia; que lo mirara de esa manera, para decirle que nada, que se sentía divinamente, que no tenía idea ninguna, y que no, no había nada que él hubiera de hacer por ella, porque le había dado ya todo cuanto pudiera desear y se sentía completamente feliz.

Y si le mencionaba a Pedro (como por casualidad para que ella no creyera que él sospechaba cosa alguna) ni siquiera parpadeaba; sólo decía que sí, que le gustaba Pedro; que era un muchacho simpático pero inocentón que le hacía reír; y que a ella le gustaba reír.

—Pero Nena, tú has cambiado —le solía él decir; y le costaba dominar la voz para no delatar lo infeliz que se sentía—; tú no obras como solías.

Y lo que contestaba es que era chocante, porque ella se sentía completamente igual.

—Tú no sientes lo mismo para conmigo —le decía él.

Y ella decía que sí que lo sentía. Y él decía que no. Y ella decía que no era verdad; porque ¿qué razones tenía él para decir que ella había cambiado sus sentimientos con respecto a él? y era claro que ella decía la verdad; no había razón alguna que se pudiera señalar con el dedo. Él no podía decir formalmente que ella se mostrara menos afectuosa con él, que rehuyera sus besos ni cosa que se le pareciera. Ella había cambiado por algo que no era posible nombrar. Algo que estaba en la manera como miraba y se movía y permanecía sentada junto a uno. A él no le era

posible definirlo más que como si fuera que ella no estuviera realmente allí donde uno la veía, sino en algún otro sitio; en algún sitio en donde uno no pudiera tocarla ni hablar con ella ni siquiera verla realmente. Así era como sucedía. Pero siempre que trataba de explicárselo ella no hacía más que reírse de él y decirle que probablemente es que él tenía una de esas intuiciones femeninas de que se suele hablar en las novelas; sino que sus intuiciones femeninas estaban completamente equivocadas.

Y así volvía él a encontrarse en el mismo punto de partida, tratando de explicárselo y sin poder, y cavilando y cavilando hasta enfermar. Sí, cavilando hasta enfermar. Porque cuando se sobreponía a la sensación de flojedad y pesadez que tenía ahora todas las mañanas, se sentía tan preocupado por la Nena que empezaba a chillar a los criados y a tratar groseramente a aquel maldito inglés y a enfurecerse con Obispo. Y lo que después le sucedía era que no lograba digerir lo que comía. Sentía ardores y acidez de estómago y un día tuvo tal dolor que creía que era apendicitis. Pero Obispo le había dicho que no era más que gas; consecuencia de su gripe reprimida. Y entonces se puso furioso y le dijo que seguramente no era más que un doctor piojoso si es que no le sabía curar una cosilla como aquélla. Lo que debió de amedrentar enormemente a Obispo, porque le contestó:

—Déme dos o tres días más de tiempo. Es cuanto necesito para completar el tratamiento.

Y le había dicho que la gripe reprimida era una cosa muy singular; que parecía no ser de importancia, pero que envenenaba todo el sistema, de modo que dejaba uno de pensar derecho; y que empezaba uno a imaginarse cosas que no existían y a preocuparse por ellas.

Lo cual quizá fuera verdad, en general; pero en este caso estaba él convencido de que no todo era imaginación. La Nena había cambiado de seguro; él tenía fundamento para sus cavilaciones.

Sumido en su estado de ánimo de perpleja y agitada melancolía, el señor Stoyte se vio conducido por la carretera montana, a través del frondoso oasis de las colinas Beverly y en dirección al este (pues que Clancy vivía en Hollywood), siguiendo el bulevar de Santa Mónica. Aquella mañana, Clancy había puesto en escena otra de sus piezas melodramático-conspiratorias, por teléfono. Entre toda una jerigonza de veladas alusiones y nombres disfrazados, el señor Stoyte había colegido que las novedades eran buenas. Clancy y los chicos habían conseguido evidentemente comprar casi todas las mejores tierras del valle de San Felipe. En otra ocasión, el señor Stoyte se hubiera regocijado por el triunfo; hoy ni siquiera la perspectiva de embolsar fácilmente uno o dos millones le producía placer ninguno. En el mundo en que se veía reducido a vivir, los millones eran lo de menos. Pues ¿de qué valdrían los millones para aliviar sus miserias? La miseria de sentirse viejo, cansado, vacío; la miseria de ser un hombre sin otro fin en la vida que él mismo, sin filosofía ni

conocimiento alguno que no fueran sus intereses, sin estimación, sin amigos siquiera; con sólo una hija manceba, una concubina niña, deseada hasta la locura, estimada hasta la misma idolatría; la misma en quien cifrara todo el significado de su vida, y que ahora empezaba a fallarle. Había llegado a dudar de su fidelidad pero sus dudas no tenían razón tangible; sus dudas eran tales que ninguna de las generalmente satisfactorias reacciones de la ira, la violencia o la recriminación resultaba apropiada. Su vida perdía todo sentido y no le era posible poner remedio; pues se encontraba en una situación con la que no sabía cómo habérselas, anonadado sin esperanza como estaba. Y, constantemente, flotaba en el fondo de su pensamiento la imagen de aquel recinto circular de mármol con la imagen del deseo de Rodin en el centro, y aquella lápida blanca empotrada en el pavimento de su base; la lápida que un día llevaría su nombre grabado: José Panton Stoyte, y las fechas de su nacimiento y su muerte. Y junto a aquella inscripción aparecía otra en letras de color naranja sobre un fondo negro como el carbón: «Cosa terrible es caer en las manos del Dios viviente». Y mientras tanto, ahí estaba Clancy anunciándole victoria con tono conspiratorio. ¡Albricias! ¡Albricias! Dentro de uno o dos años habría acrecentado sus riquezas en un millón. Pero los millones estaban en un mundo, y el anciano infeliz y amedrentado estaba en otro; y entre ambos no existía comunicación alguna.

CAPÍTULO IV

JEREMÍAS trabajó durante un par de horas, desempaquetando, examinando, catalogando provisionalmente y archivando. No hubo hallazgos aquella mañana. No hubo más que cuentas, documentos legales y cartas de negocios. Materia para Coulton y Tawney y los Hammonds; no la clase de entremés que a él le gustaba.

Allá para las doce y media el fastidio se había hecho demasiado pesado para él. Dejó el trabajo, y en busca de refrigerio espiritual recurrió al libro del notas del quinto conde, encuadernado en vitela.

«Julio de 1780», leyó. «La sensualidad va íntimamente aliada con el pesar, y sucede a veces que, a consecuencia de la mismísima sinceridad de su aflicción, la contristada viuda se ve traicionada por sus sentimientos y es incapaz de resistir a las importunidades del huésped funeral, que conoce el arte de pasar imperceptiblemente de la condolencia a la familiaridad. Yo *mismo* he hecho cornudos póstumamente a un duque y dos vizcondes (a uno de ellos no más lejos que la noche pasada) sobre el mismo lecho del cual, sólo horas antes, habían sido pomposamente trasladados al sepulcro de familia».

Aquello era algo que serviría para su madre. ¡El género que ella realmente adoraba! Tenía el propósito, caso de no ser extraordinariamente caro, de telegrafiárselo por la noche.

Volvió de nuevo al libro de notas.

«Habiendo quedado vacante inesperadamente uno de los beneficios eclesiásticos de mi donación, me envía mi hermana hoy a un joven predicador, al cual me recomienda, y la creo, por su singular virtud. No tomaré conmigo clérigos que no beban a satisfacción, cabalguen azuzando a los sabuesos y acaricien a las viudas y a las hijas de sus feligreses. El sacerdote virtuoso no se afana por ejercitar la fe de su rebaño; pero, como he escrito a mi hermana, la fe es la que nos lleva a la salvación».

El siguiente apunte databa de marzo de 1784.

«En las tumbas viejas recién abiertas pende de la techumbre y las paredes una especie de lama filamentosa. Es la condensación de la podredura».

«Enero de 1786. Media docena de pensamientos anotados en otros tantos años. A este paso, para llenar un volumen habré de durar más que los patriarcas. Deploro mi pereza, pero me consuela el pensamiento de que mis semejantes son demasiado despreciables para que desperdicie el tiempo en instruirlos o entretenerlos».

Jeremías pasó apresuradamente tres páginas de reflexiones sobre política y economía. Con fecha de 12 de marzo de 1787, encontró un apunte un tanto más interesante:

«El morir es casi el menos espiritual de los actos de nuestra vida; más

estrictamente carnal que el acto amoroso. Hay agonías que tienen mucha semejanza con los esfuerzos del estreñido para evacuar. Hoy he visto morir a M. B.».

«11 de enero de 1788. Tal día como hoy, hace cincuenta años, vine al mundo. De la soledad uterina surgimos a la soledad entre nuestros semejantes, para volver luego a la soledad de la tumba. Pasamos la vida esforzándonos por mitigar tal soledad. Pero propincuidad no significa nunca fusión. La ciudad más populosa no es sino una aglomeración de soledades. Intercambiamos palabras, pero las intercambiamos de prisión a prisión, y sin que tengamos la esperanza de que signifiquen para los demás lo que para nosotros significan. Nos casamos para tener en casa dos soledades en vez de una; engendramos hijos y las soledades aumentan de número. Reiteramos el acto amoroso; pero aquí una vez más, propincuidad jamás significa fusión. El más íntimo de los contactos sólo lo es de superficies, y copulamos del mismo modo que he visto copular con las rameras a los condenados prisioneros en Newgate, por entre los barrotes de nuestras prisiones. El placer no se comparte; lo mismo que el dolor, sólo se experimenta o se inflige, y tanto cuando brindamos placer a nuestras amantes, como cuando otorgamos caridad al necesitado, no lo hacemos para gratificar al objeto de nuestra benevolencia, sino a nosotros mismos. Pues la verdad es que nuestras bondades tienen el mismo motivo que nuestras crueldades, el de acrecentar la sensación del propio poder; y esto es lo que hacemos constantemente, aunque el obrar así sea causa de que nos sintamos más y más solitarios cada vez. La verdad de la soledad es la misma en todos los hombres, sin posible mitigación que no sea por el olvido, la estupidez o la ilusión; pero la sensación de soledad de un hombre es proporcional a la sensación y realidad de su poder. En cualesquiera circunstancias, cuanto mayor es nuestro poder, tanto más solitarios nos sentimos. Yo he disfrutado mucho poder en mi vida».

«Junio de 1788. El capitán Pavey vino hoy a presentarme sus respetos. Es un hombre llano, jovial y vulgar, al que ni siquiera el respeto que por mí siente le impidió por completo dar libre curso a las muestras de vulgar alegría que le es natural. Le hice algunas preguntas acerca de su último viaje, y me describió con gran pormenor el modo como estiban los esclavos en la cala; las cadenas que emplean para sujetarlos; la manera de alimentarlos, y, cuando el mar está en calma, el ejercicio que hacen sobre cubierta aunque siempre con redes en la amurada para evitar que los más desesperados se arrojen al mar; los castigos de los contumaces; los majales de tiburones hambrientos que acompañan a la embarcación; el escorbuto y demás enfermedades; el desgaste de la piel de los negros causado por el roce de los duros tablones sobre que yacen y el continuo movimiento de las olas; el hedor horrible, hasta el punto de que el más endurecido lobo de mar palidece y se desmaya si se aventura a entrar en la cala; las frecuentes muertes y la putrefacción de una rapidez casi increíble, especialmente con tiempo húmedo en las proximidades del Ecuador.

Cuando se despidió le regalé una tabaquera de oro. Lo inesperado del favor le hizo prorrumpir en tan toscas expresiones de agradecimiento y futura devoción a mis intereses, que me vi obligado a cortar la conversación. La tabaquera me costó sesenta guineas; los tres últimos viajes del capitán Pavey me han reportado más de cuarenta mil. El poder y riqueza crecen en razón directa de la distancia a que uno se halla de los objetos materiales de que, en último término, se derivan. Por cada riesgo a que se expone el general, el soldado raso se expone a ciento; y por cada guinea que gana el último, gana el primero un centenar. Lo mismo sucede con Pavey y los esclavos. Estos últimos trabajan en las plantaciones sin ganar más que golpes y la pitanza; el capitán Pavey arrostra las fatigas y peligros del mar y no vive tan bien como un mercero o un vinatero; yo no pongo las manos en materialidad mayor que un giro bancario, y un chaparrón de oro desciende sobre mí, en pago a mis desvelos. En un mundo semejante, el hombre no tiene sino tres caminos a elegir. En primer lugar, puede seguir el ejemplo de la multitud, y, demasiado estúpido para ser un perfecto bribón, mitigar su bajeza natural con una no menos natural insensatez. En segundo lugar, puede imitar a los más consumados insensatos que laboriosamente niegan su natural bajeza, a fin de practicar la virtud. En tercer lugar puede elegir el camino del hombre sensato, el cual, conociendo su innata bajeza aprende por ello a emplearla, y por el conocimiento se eleva sobre ella y sobre sus más insensatos semejantes. Por mi parte he preferido ser un hombre de sentido».

«Marzo de 1789. La razón promete la felicidad; el sentimiento protesta que es la felicidad; sólo el sentido proporciona la felicidad. Y ésta se hace polvo al gustarla».

«Julio de 1789. Si los hombres y las mujeres se entregaran al placer tan ruidosamente como los gatos, ¿cómo había de ser posible para el londinense dormir por la noche?»

«Julio de 1789. La Bastilla ha caído. ¡Viva la Bastilla!»

Unas cuantas de las páginas siguientes estaban dedicadas a la revolución. Jeremías las saltó. En 1794 el interés del quinto conde por la revolución cedía a su interés por la propia salud.

«A quienes me visitan», había escrito, «les digo que he estado enfermo y que ya me encuentro bien. Las palabras son completamente inexactas pues no fui yo quien estuvo a las puertas de la muerte, ni tampoco soy yo quien ha recobrado la salud. El primero fue una creación especial de la fiebre, encarnación de dolor y lasitud; el segundo no soy yo, sino un anciano débil, encogido y carente de deseos. Mi nombre y los recuerdos es todo cuanto me queda del ser que fuera en otro tiempo. Es algo así como si un hombre hubiera muerto dejando a un amigo sobreviviente un puñado de chucherías para que le recordara».

«1794. El enfermo rico es semejante al herido abandonado en los desiertos de Egipto; los buitres se ciernen sobre él, descendiendo cada vez más, mientras que los

chacales y las hienas rondan alrededor estrechando el círculo más y más. Ni aun los herederos del rico podrían mantener más vigilante atención. Cuando examino el semblante de mi sobrino y leo, tras de la máscara de solicitud, su impaciencia por mi muerte y su desencanto al ver que aún no he pasado a mejor vida, siento en mí una oleada de nueva vitalidad y vigor. Aunque no fuera por otra razón alguna, querría seguir viviendo para robarle la felicidad que todavía cree (pues tiene completa confianza en mi recaída) tener al alcance de la mano».

«1794. El mundo es un espejo que refleja la imagen de quien lo contempla».

«Enero de 1795. He probado el remedio del rey David contra la vejez y lo hallo deficiente. El calor no puede compartirse sino sólo evocarse y donde no queda siquiera una pavesa que lo conserve, ni la yesca levantará llama».

«Tal vez sea, como dicen los clérigos, que nos salva el sufrir vicario de otra persona; pero puedo atestiguar que el placer vicario es ineficaz, si no es para acrecentar los sentimientos de superioridad y de poder de quien lo impone».

«1795. Conforme decaen las satisfacciones del sentido, nos resarcimos cultivando los sentimientos del orgullo y la vanidad. El amor de la dominación es independiente de las facultades mentales, y, por consiguiente, cuando el cuerpo pierde su vigor, puede fácilmente sustituir al placer desvanecido. En cuanto a mí, jamás carecí de amor, de dominio, ni siquiera en las angustias del placer. Desde mi pasada muerte, el fantasma que queda de mí se ve forzado a contentarse con la primera, menos sustancial y, sobre todo, menos innocua de estas dos satisfacciones».

«Julio de 1796. Los estanques de Gonister se excavaron en la edad de las supersticiones por los monjes de la abadía sobre cuyos fundamentos se edificará la casa actual. Bajo el reinado de Carlos I, mi tatarabuelo hizo prender con aros de plata un número de discos de plomo con su cifra y la fecha, a las colas de cincuenta carpas bien crecidas. No menos de veinte de estos peces viven aún hoy, ya que es posible contarlos siempre que suena la campana que los llama a la comida. Las acompañan otras de mayor tamaño aún, quizá sobrevivientes del tiempo de los monjes, antes que el rey Enrique disolviera las instituciones religiosas. Observándolas en el agua transparente, me maravillo al ver el vigor y agilidad sin tacha de estos grandes peces, el mayor de los cuales vivía ya probablemente cuando se escribió *Utopia*, al paso que el más joven es coetáneo del autor del Paraíso Perdido. Éste intentó justificar el modo de obrar de Dios para con el hombre. Más útil hubiera sido su labor si hubiera acometido la empresa de explicar el modo como Dios obraba con los peces. Los filósofos han perdido el tiempo y lo han hecho perder a sus lectores con especulaciones sobre la inmortalidad del alma; los alquimistas han escudriñado sus crisoles durante siglos con la vana esperanza de descubrir el elixir de vida y la piedra filosofal. Mientras tanto en ríos y en estanques se hallan carpas que han sobrevivido tres veces a Platón y media docena de veces a Paracelso. El secreto de la vida eterna

no se encuentra en los libros, ni en el oro líquido, ni siquiera en el cielo; se encuentra en el cieno y sólo espera un hábil pescador».

Fuera, en el corredor, sonó el timbre para el almuerzo. Jeremías se levantó, puso el libro de notas del quinto conde a un lado y salió, dirigiéndose al ascensor; y sonrió para sí al pensar en el gusto que le daría decirle al asno boyante del doctor Obispo, que todas sus mejores ideas acerca de la longevidad habían sido ya formuladas en el siglo dieciocho.

CAPÍTULO V

El almuerzo en ausencia del señor Stoyte era una comida por demás alegre. Los sirvientes atendían a sus quehaceres sin que nadie les reprendiera. Jeremías podía hablar sin incurrir en el riesgo de verse desairado o insultado. El doctor Obispo podía, por su parte, contar el chascarrillo del deshollinador que solicitó un seguro de vida luego de ir de luna de miel, y, desde allá, desde las remotas profundidades de aquel su casi arrobado estado de fatiga (estado que ella misma deliberadamente mantenía, a fin de no tener que pensar demasiado o sentirse demasiado pesarosa por lo que sucedía), Virginia era libre de reír a carcajadas tanto como le venía en gana. Y, aunque una parte de sí misma hubiera deseado no reír en modo alguno, puesto que no quería que Segis se creyera que ella le alentaba de manera alguna, la otra parte gustaba de reír, y en realidad no podía evitarlo, porque después de todo la historieta era graciosísima. Además, era un alivio no haber de representar aquella comedia con Pedro a beneficio del tío Jo. Nada de engaños. Una vez más sería ella misma. La única mosca del ungüento era que ella no era sino un miserable ejemplar de sí mismo; un ser cuyos huesos se volverían como de goma tan pronto como aquel horrible Segis se le ocurriera venir con ella; un ser sin fuerzas para guardar una promesa, ni siquiera a Nuestra Señora. Su risa cesó bruscamente.

Sólo Pedro era consecuentemente desdichado; desdichado, desde luego, a causa del deshollinador y de las alegres carcajadas de Virginia; pero también porque Barcelona había caído y con ella sus esperanzas de una rápida victoria sobre el fascismo, y de toda perspectiva de volver a ver a ninguno de sus camaradas otra vez. Y no era eso todo. La risa producida por el cuento del deshollinador era tan sólo uno entre otros muchos dolorosos incidentes. Virginia había dejado pasar los dos primeros platos del almuerzo sin prestarles la menor atención. Pero ¿por qué, por qué? Su pena se agravaba con su amargo desconcierto. ¿Por qué? A juzgar por lo que había venido sucediendo durante las últimas tres semanas era inexplicable. Desde aquel día que se volvió desde la gruta, Virginia se había portado con él maravillosamente, hablándole como nunca lo hiciera, invitándole a contarle cosas de España e incluso de biología. ¡Bueno!, había llegado incluso a pedirle que la dejara ver algo al microscopio. Trémulo de felicidad, tanto que apenas si podía ajustar el portaobjetos, había enfocado el instrumento sobre una preparación de flora intestinal de la carpa. Entonces ella se había sentado donde él acostumbrara, y al inclinarse sobre el ocular, los rizos trigueños le habían caído balanceándose a ambos lados del microscopio y, por sobre el borde del rosado jersey, la nuca le había quedado al descubierto, tan blanca y tangiblemente tentadora, que el enorme esfuerzo que hubo de hacer para no besarla estuvo a punto de desvanecerle.

Hubo momentos durante los días que se sucedieron en que deseó no haber hecho el esfuerzo. Pero luego la mejor parte de su ser restablecía su dominio y volvía a alegrarse de haberlo hecho. Porque, desde luego, no hubiera estado bien. Pues, aunque hacía largo tiempo que había prescindido de la creencia familiar en lo de la Sangre del Cordero, recordaba todavía lo que su piadosa y convencional madre dijera acerca del besar a una persona con la que no se estaba comprometido. Su corazón era todavía el del fervoroso adolescente en quien la elocuencia del reverendo Schlitz había inflamado durante las perplejidades de la pubertad, una apasionada determinación de continencia, la convicción en la santidad del amor, el entusiasmo por ese algo maravilloso que se llama matrimonio cristiano. Pero por el momento, desgraciadamente, no ganaba lo bastante para sentirse justificado en pedir a Virginia que aceptara la santidad de su amor y se uniera a él en cristiano matrimonio. Y se añadía a ello, además, la complicación de que, por su parte, el matrimonio cristiano no sería cristiano más que en lo sustancial, mientras que Virginia se hallaba ligada a la institución que el reverendo Schlitz solía llamar la Ramera de Babilonia y a la que los marxistas tenían por preeminentemente detestable. Institución, por añadidura, que tendría de él una opinión tan detestable como él tenía de ella; si bien él, actualmente, tenía una opinión menos detestable de ella, desde que Hitler la venía persiguiendo en Alemania y desde que se viera atendido por aquellas hermanas de la caridad allá en España. Y, aun cuando las dificultades religiosas y pecuniarias pudieran allanarse de alguna manera milagrosa, subsistiría sin embargo la terrible realidad del señor Stoyte. Por supuesto que él sabía que el señor Stoyte no era para Virginia más que un padre, o, a lo sumo, un tío; pero lo sabía con esa excesiva certeza que se origina del deseo; lo sabía de la misma manera que Don Quijote sabía que la visera de cartón de su yelmo era tan resistente como el acero. Era el suyo una especie de conocimiento sobre el que no es prudente verificar inquisiciones; y era claro que, de pedir a Virginia que se casara con él, se le haría casi forzoso verificar tales inquisiciones u obtener la información que de las mismas pudiera deducirse.

Todavía quedaba otro factor para complicar la cuestión, y era el señor Propter. Pues si el señor Propter estaba en lo cierto, como Pedro se sentía cada vez más inclinado a creer que estaba, entonces sería evidentemente indiscreto obrar de modo que dificultara el tránsito del nivel humano al nivel de la eternidad. Y aunque amaba a Virginia, le era difícil creer que el matrimonio con ella fuera otra cosa que un obstáculo para la iluminación de aquellos a quienes incumbiera.

O, por mejor decir, esto era lo que había pensado; pero en el curso de la última o dos últimas semanas había cambiado de opinión. O, más exactamente aún, había dejado de tener opinión; sólo sentía incertidumbre y desconcierto. Pues era el caso que el carácter de Virginia parecía haber cambiado casi de improviso. Su inocencia infantil, llamativa y extravertida se había tornado queda e inescrutable. En el pasado

lo había tratado con la chancera y fortuita amistad de la mera camaradería; pero recientemente se había producido un cambio extraño. Las bromas habían desaparecido y habían sido sustituidas por una especie de atenta solicitud. Se había manifestado simplemente maravillosa para con él; pero no en la forma en que una muchacha es maravillosa para con el hombre cuyo amor desea conquistar. No; Virginia había sido maravillosa como lo sería una hermana; y no una hermana cualquiera, tampoco: casi como una hermana de la caridad. Ni tampoco cualquier hermana de la caridad; aquella hermana particular que cuidara de él en el hospital de Gerona; aquella hermana joven de grandes ojos y semblante pálido y oval, semejante a un cuadro de la Virgen María; aquella que siempre parecía sentirse secretamente feliz, no por nada que sucediera a su alrededor, sino por algo interior, algo bello y extraordinario a que le era dable mirar detrás de sus ojos; y cuando lo miraba, no había ya razón alguna para que se asustara por ningún raid aéreo, por ejemplo, o para que se trastornara ante una amputación. Evidentemente que veía las cosas desde lo que el señor Propter llamaba el nivel de la eternidad; no la afectaban de la manera como afectaban a quienes vivían en el nivel humano. En el nivel humano se sentía uno asustado e irritado; o, de mantener la calma, la mantenía uno por su esfuerzo de la voluntad. En aquel entonces, la había admirado, sin comprender. Ahora, gracias al señor Propter, empezaba a comprender al par que a admirar.

Bueno, aquél era el rostro que Virginia le había recordado durante las últimas semanas. Se había producido una especie de repentina conversión de la vida mirada hacia afuera a la vida interior, de la franqueza comunicativa a la secreta y misteriosa abstracción. La causa de tal conversión estaba fuera del alcance de su comprensión; pero el hecho era manifiesto y él lo había respetado. Lo había respetado al no besarla en la nuca cuando se inclinara a mirar por el microscopio; al no tocarla siquiera en el brazo o cogerle la mano; al no decirle ni una palabra de cuanto por ella sentía. En las extrañas e inexplicables circunstancias de su transformación, sentía él que tales acciones hubieran sido inapropiadas hasta rayar en lo sacrílego. Ella había preferido mostrarse maravillosa para con él, como una hermana lo sería; era, por lo tanto, como un hermano como él había de responder. Y he aquí que ahora, por alguna razón desconocida, parecía, de improviso, haberse olvidado por completo de su existencia.

La hermana se había olvidado del hermano; y la hermana de la caridad se había olvidado de sí misma; se había olvidado hasta el extremo de prestar atención a la indecorosa historieta del doctor Obispo acerca del deshollinador, e incluso se había reído al escucharla. Y, sin embargo, notó Pedro con desconcierto, que en el momento en que cesó de reír, su semblante reasumió la expresión de adentrado y secreto apartamiento. La hermana de la caridad se acordaba de sí misma con la misma facilidad con que se olvidaba. No podía comprenderla; era simplemente que no se lo explicaba.

Al llegar el café, el doctor Obispo manifestó que se proponía tomar una tarde de asueto y, como quiera que nada había que requiriera urgente atención en el laboratorio, le aconsejaba a Pedro que hiciera lo mismo. Pedro le dio las gracias y fingiendo estar de prisa (pues que no quería pasar por la humillación de verse olvidado de Virginia cuando ésta hiciera sus planes para la tarde) bebió el café de un trago y barbullando excusas, salió del comedor. Un momento después caminaba hacia abajo, hacia el llano, a la luz del sol.

Conforme caminaba, iba pensando en algunas de las cosas que el señor Propter le dijera en el curso de sus últimas visitas.

Pensaba en lo que le dijo acerca del pasaje más insensato de la Biblia y del más sensato, «Me odiaron sin motivo» y «a Dios no se le burla; lo que el hombre siembre, esa recogerá».

Pensaba en lo que dijera acerca de que a nadie le es posible obtener algo por nada; de modo que el hombre había de pagar por la demasía del dinero, por ejemplo, por la demasía de poder, o por la demasía del sexo, el precio de verse encerrado cada vez más estrechamente en el propio ego; y el país que caminaba demasiado rápida y violentamente, caería bajo una tiranía como la de Napoleón, la de Stalin, o la de Hitler; o también, el pueblo que gozara de prosperidad y paz interior pagaría por ello tornándose presumido, satisfecho de sí y conservador, como el pueblo inglés.

Los mandriles farfullaban su guirigay al pasar él. Pedro recordó algunos de los puntos que el señor Propter le hiciera notar acerca de la literatura. Acerca de lo tediosas que eran para la mente adulta, todo el fárrago de novelas y obras teatrales puramente descriptivas, que los críticos diputaban como admirables. La gran copia de interminables anécdotas, ficciones, descripciones y retratos; pero sin nada de teoría general anecdótica, o hipótesis explicativa de la descripción o del retrato. Sólo una enorme colección de hechos de lujuria, avaricia, miedo y ambición, deber y afecto; nada más que hechos, y hechos imaginarios por añadidura, sin género de filosofía, superior al sentido común y a los sistemas de convenciones locales, que los coordinase, sin principio de ordenación racional que fuese más allá de la simple conveniencia estética. Y luego ¡qué asombrosas sandeces las que nos dicen quienes se proponen elucidar y explicar este bodrio de hechos y fantasías bonitamente presentadas! ¡Toda esa cháchara solemne, por ejemplo, acerca de la literatura regional! ¡Como si hubiera algún mérito excepcional y sobresaliente en registrar hechos no coordinados acerca de la lujuria, la avaricia y los deberes de las gentes que da la casualidad que viven en un país y que hablan un dialecto! O bien, cuando se trata de hechos referentes a los pobres de las ciudades, y se manifiesta un esfuerzo por coordinarlos con la terminología de alguna teoría postmarxista, verdadera quizá en parte pero siempre inadecuada. En tal caso se encontraba la gran novela proletaria. O bien se le ocurría a alguien escribir un libro más para proclamar la santidad de la

vida; con lo que se quería dar a entender siempre que, cualquiera cosa que las gentes hicieran, tanto si andaban fornicando, como emborrachándose, como si se dejaban llevar por la ira o la chochez, le sentaba a Dios perfectamente y debiera por lo tanto considerarse como permisible e incluso virtuoso. En tal caso era labor de los críticos hablar de la sazonada humanidad del autor, de su sabiduría tierna y profunda, de sus afinidades con el gran Goethe y de lo que debía a William Blake.

Pedro se sonrió mientras recordaba, si bien con melancólica y divertida complacencia; pues él también había tomado todo aquello con la seriedad que su verbosidad parecía requerir.

Seriedad extraviada; origen de algunos de nuestros más fatales errores. Se debe tomar con seriedad, había dicho el señor Propter, tan sólo lo que lo merece. Y sobre el nivel estrictamente humano, nada había que mereciera tomarse con seriedad, a no ser que fuera el sufrimiento que los hombres se infligen a sí mismos con sus crímenes y dislates. Pero en último análisis, la mayoría de tales crímenes y dislates eran causados por haber tomado seriamente algo que no lo merecía. Y éste era otro, había continuado el señor Propter, de los enormes defectos de que adolece la llamada buena literatura; acepta la escala convencional de valores; respeta el poder y la posición social; rinde admiración al éxito; trata como cosa razonable las principales monomanías de estadistas, amantes, negociantes, oportunistas sociales y padres de familia. En una palabra, toma con la misma seriedad las causas del sufrimiento que el sufrimiento mismo. Ayuda a perpetuar la miseria con la aprobación explícita o implícita de pensamientos, sentimientas y prácticas que no pueden por menos de abocar en la miseria. Y esta aprobación se ofrece en el más magnífico y persuasivo de los lenguajes. De modo que, incluso cuando una tragedia acaba desastrosamente, el lector se ve arrastrado por la elocuencia de la composición hasta imaginar que existe cierta nobleza en todo ello y que merece su atención. Lo que, desde luego, no es verdad. Porque, si se consideran desapasionadamente, nada hay tan tonto y tan escuálido como los temas de *Phèdre*, u *Otelo*, o *Wuthering Heigths*, o el *Agamenón*. Pero el modo de tratar tales temas es sublime y emocionante en el más alto grado, de modo que el lector o espectador queda convencido, a pesar de la catástrofe, de que el mundo marcha perfectamente, este mundo demasiado humano que los ha producido. No; una buena sátira encerraba, desde luego, mucha más verdad y era mucho más provechosa que una buena tragedia. La dificultad estribaba en que existía tan corto número de sátiras buenas, debido a que fueron muy pocos los autores satíricos que se decidieron a llevar su crítica de los valores humanos lo bastante lejos. Cándido, por ejemplo, era admirable hasta donde llegaba; pero no llegaba más que a juzgar las principales actividades humanas en nombre del ideal de innocuidad. Ahora bien, era perfectamente cierto que la innocuidad era el ideal más elevado a que la mayoría de las gentes podían aspirar; pues aunque pocos tenían el poder de hacer mucho bien

positivo, nadie había que no pudiera, si lo deseaba, abstenerse del mal. Sin embargo, la mera innocuidad, por muy excelente que fuera, no representaba ciertamente el supremo ideal posible. *Il faut cultiver notre jardin* no era la última palabra de la humana sabiduría; cuando más, era sólo la penúltima.

El sol se encontraba en una posición tal, que, al descender por la cuesta, Pedro vio dos pequeños arcos iris que brotaban de los pezones de la ninfa de Giambologna. Inmediatamente le vinieron a las mientes pensamientos de Noé, juntamente con pensamientos de Virginia en su traje de baño de satén blanco. Trató de reprimir los últimos, como incompatibles con el nuevo pensamiento que trataba de cultivar de la hermana de la caridad; y, puesto que Noé no era un asunto que pudiera resistir excesivo pensar, procuró, en su lugar, concentrarse sobre la conversación habida con el señor Propter acerca del sexo. Había comenzado con sus perplejas preguntas acerca de cuál era el comportamiento sexual normal; no en el sentido estadístico, desde luego, sino en el mismo sentido absoluto en que la visión perfecta o la digestión in alterada pueden llamarse normales. ¿Qué clase de conducta sexual era la normal en este sentido de la palabra? Y el señor Propter le había contestado que ninguna. Pero bien; debe haber alguna, había él protestado. Si el bien podía manifestarse en el nivel animal, preciso era que hubiera alguna especie de conducta sexual que fuera absolutamente normal y natural, del mismo modo que había una actividad digestiva absolutamente normal y natural. Pero la conducta sexual del hombre, le había contestado el señor Propter, no residía en el mismo nivel de la digestión. Las actividades amatorias del ratón, éstas sí que estaban situadas en el mismo nivel de la digestión, ya que el proceso era todo él instintivo; en otras palabras, estaba regido por la inteligencia fisiológica del cuerpo; la misma inteligencia fisiológica que ordenaba la acción del corazón, de los pulmones de los riñones; que regulaba la temperatura; que nutría los músculos, y que les obligaba a ejecutar el trabajo que de ellos demandaba el sistema nervioso central. Las actividades corporales del hombre estaban regidas por la misma inteligencia fisiológica; y esta inteligencia era la que manifestaba el bien en el plano animal. La conducta sexual del ser humano se encuentra casi por completo fuera de la jurisdicción de esta inteligencia fisiológica. Ésta rige solamente la actividad celular que hace posible la conducta sexual. Todo lo demás deja de ser instintivo y se produce en el nivel estrictamente humano de la conciencia de sí. Incluso cuando los hombres se imaginan ser sexualmente de lo más exclusivamente animal, siguen manteniéndose en el nivel humano. Lo que equivale a decir que son aún conscientes de sí y se mantienen bajo el influjo de las palabras; que donde existen las palabras, existen por necesidad recuerdos y deseos, juicios e imaginaciones. Existen inevitablemente lo pasado y lo futuro, lo actual y lo fantástico; pesar y expectación; lo fidedigno y lo ignominioso; la fealdad y la belleza. Aun los actos de erotismo más bestiales en apariencia entre los hombres y las mujeres

se encuentran asociados con algunos de esos factores no animales, o con todos ellos; factores que han sido inyectados en toda situación humana por la existencia del lenguaje.

Esto significaba que no existía un tipo de sexualidad humana que pudiera llamarse «normal» en el mismo sentido en que se hablaba de la normalidad de la visión o de la digestión. En este sentido, todo género de sexualidad humana era estrictamente anormal. Los diferentes géneros de conducta sexual no podían juzgarse con referencia a una norma natural absoluta. Sólo podían juzgarse con referencia a los fines últimos de cada individuo y a los resultados observados en cada caso particular. Así, pues, si un individuo quería que se le tuviera en buena opinión en una sociedad determinada, podía sin peligro considerar como «normal» el tipo de conducta sexual corrientemente tolerado por la religión local y aprobado por los «mejores». Pero había ciertos individuos que reparaban poco en los juicios de un Dios iracundo y en los de los mejores. Su deseo principal estribaba en la intensa y reiterada estimulación de los sentidos y sentimientos. Para éstos, era evidente que la «normalidad» de la conducta sexual sería completamente distinta de lo que era para los de intenciones más sociales. Teníamos luego los géneros de sexualidad «normal» para quienes estuvieran deseosos de sacar el mejor partido posible de los dos mundos, el mundo social de las convenciones morales y religiosas. La «normalidad» de un Tartufo y de un Pecksniff; la del clérigo que anda siempre detrás de las colegialas, o la del ministro que tiene una secreta manía por mancebos galanes. Y teníamos, finalmente, a los que no estaban interesados en el medro social, ni en aplacar a las deidades locales, ni en gozar del estímulo emocional y sensual retirado; sino que cifraban su máxima preocupación en la iluminación y la liberación; en el problema de trascender la personalidad, de traspasar el nivel humano para alcanzar el nivel de la eternidad, la concepción que éstos tienen de la «normalidad» en la conducta sexual, en nada se parece a la de las personas pertenecientes a las demás categorías.

Desde el campo de tenis de cemento, los chiquillos de la cocinera china remontaban cometas con figura de pájaros y provistas de silbatos que las hacían gorjear en el viento de modo plañidero. A los oídos de Pedro llegó el gárrulo charloteo del cantonés. Al otro lado del Pacífico, reflexionaba él, habían muerto y morirían millones y más millones de chiquillos semejantes. Debajo de ellos, en la gruta sagrada, se alzaba la figura de yeso de Nuestra Señora. Pedro pensó en Virginia arrodillada, de pantalón corto y con gorra de navegar, en la elocuencia abusiva del reverendo Schiltz, en las bromas del doctor Obispo, en Alexis Carrel sobre el tema de Lourdes, en la Historia de la Inquisición de Lee, en Tawney y en las relaciones entre el protestantismo y el capitalismo, en Niemoller y Juan Knox y Torquemada y la hermana de la caridad, y en Virginia otra vez, y, finalmente, en el señor Propter, como la única persona que él conocía capaz de descifrar la confusión absurda, insensata y

diabólica de todo ello.

CAPÍTULO VI

CON cierta desilusión para Jeremías, el doctor Obispo no se sintió mortificado en lo más mínimo al recibir la información de que sus ideas habían sido anticipadas en el siglo dieciocho.

—Me gustaría saber algo más de ese su quinto conde —le dijo mientras descendían a las bodegas en compañía del Vermeer—. ¿Dice usted que llegó a los noventa?

—A más de noventa —replicó Jeremías—. A noventa y seis o noventa y siete, no recuerdo bien. Y, lo que es más, murió en el fragor de un escándalo.

—¿Qué clase de escándalo?

Jeremías tosió y se palpó la coronilla.

—La clase corriente —profirió con su voz de flauta.

—¿Quiere usted decir que el vejestorio mantenía todavía el humor? —preguntó el doctor Obispo incrédulo.

—Todavía lo mantenía —repitió Jeremías—. Hay un pasaje acerca del lance en los documentos inéditos de Greville. Se murió a tiempo. Estaban a punto de arrestarlo.

—¿Con qué motivo?

Jeremías volvió a parpadear y a toser.

—Bueno —dijo con lentitud y de una manera de lo más cranfordiana—[11], parece como si hubiera mostrado tendencias homicidas en sus placeres.

—¿Quiere usted decir que mató a alguien?

—No llegó a matar —contestó Jeremías—: perjudicó.

El doctor Obispo sufrió una desilusión, pero se consoló casi inmediatamente con la reflexión de que, a los noventa y seis, incluso el perjudicar decía bastante en favor suyo.

—Me gustaría enterarme un poco más en detalle de todo eso —añadió.

—Bueno; el cuaderno está a su disposición —dijo Jeremías cortésmente.

El doctor Obispo le dio las gracias. Juntos se dirigieron hacia la pieza de trabajo de Jeremías.

—El manuscrito es un tanto difícil de entender —dijo Jeremías al entrar—. Creo que será más fácil que se lo lea yo en alta voz.

El doctor Obispo protestó que no quería estorbar a Jeremías en su trabajo; pero como éste ansiaba hallar una excusa para posponer la tediosa tarea de seleccionar papeles que no le interesaban, contraprotestó la protesta. Jeremías insistió en mostrarse altruista, el doctor Obispo le dio las gracias y se dispuso a escuchar. Jeremías sacó los ojos del elemento que les era natural el tiempo suficiente para

lustrar sus lentes, y luego comenzó a leer de nuevo de viva voz el pasaje que leyera aquella mañana cuando el timbre Le llamó a comer.

—«Se encuentra en el cieno» —terminó— «y sólo espera un hábil pescador».

El doctor dibujó una débil sonrisa.

—Casi serviría como definición de la ciencia —dijo—. ¿Qué es la ciencia? Ciencia es el arte de pescar en el cieno; de pescar en busca de la inmortalidad y en busca de cualquier otra cosa que se presente.

Se echó a reír otra vez y dijo que le era simpático el viejo bastardón.

Jeremías continuó leyendo.

—«Agosto de 1796. Hoy mi charlatana sobrina Carolina me ha reprochado por lo que ella llama la inconsistencia de mi conducta. Un hombre que se muestra humano con los caballos de los establos, el venado del parque y las carpas del estanque debiera probar su consistencia mostrándose más sociable de lo que yo soy, más tolerante en compañía de los necios, más caritativo para con los pobres y los humildes. A esto le he contestado haciéndole notar que la palabra hombre es el nombre general que se aplica a una sucesión de hechos inconsistentes de conducta, que tienen su origen en un cuerpo bípedo e implume; y que palabras tales como Carolina, Juan y demás por el estilo son los nombres propios aplicados a particulares sucesiones de hechos inconscientes de conducta en cuerpos particulares. La única consistencia manifiesta en toda la masa del género humano es la consistencia en la inconsistencia. En otras palabras, la naturaleza de cualquier sucesión particular de hechos inconsistentes de conducta, depende de la historia del individuo y de sus antepasados. Cada sucesión de inconsistencia está determinada y obedece a leyes que se le imponen por las circunstancias antecedentes. Puede decirse de un carácter que es consistente en el sentido de que sus inconsistencias están predestinadas y no pueden traspasar un cierto límite que les está ordenado. La consistencia que demandan insensatos tales como Carolina es de otro género completamente distinto. Éstos nos reprochan el que nuestros actos sucesivos no guarden consistencia con algún conjunto de prejuicios arbitrariamente seleccionados, o con algún código ridículo, tal como el hebreo, el caballeresco, el iroqués o el cristiano. Tal consistencia es imposible de alcanzar y todo intento para lograrlo resulta en la imbecilidad o en la hipocresía. Considera, dije a Carolina, tu propia conducta. ¿Quieres hacer el favor de decirme qué consistencia encuentras entre tus conversaciones con el deán sobre la redención y tus draconianos vapuleas a las doncellas más jóvenes? ¿O entre tu conspicua caridad y los cepos humanos que pones en tus fincas? ¿O entre tu apariencia en la Corte y tu *chaise percée?* ¿O entre el oficio divino de los domingos por la mañana y los placeres a que te entregas los sábados por la noche con tu marido, y los viernes o los jueves, según todo el mundo sospecha, con un cierto *baronet* que queda innominado? Pero antes de que hubiera acabado mi última pregunta; Carolina

había dejado la habitación».

—Pobre Carolina —dijo riendo el doctor Obispo—. Sin embargo, no se le dio más que lo que pedía.

Jeremías leyó el siguiente apunte.

—«Diciembre de 1796. Después de este segundo ataque de congestión pulmonar, la convalecencia ha llegado con mucha más lentitud que anteriormente y ha avanzado mucho menos. Me encuentro aquí en vilo suspendido sobre la boca del pozo y como sostenido por un hilo tan sólo, y la sustancia del hilo es miseria».

Con el dedo meñique elegantemente curvado, el doctor Obispo sacudió la ceniza del cigarrillo, dejándola caer en el suelo.

—Una de las muchas tragedias farmacéuticas —comentó—. Con un tratamiento de cloruro de tiamina y un poco de testosterona lo hubiera yo puesto más alegre que unas castañuelas. ¿No le ha llamado a usted nunca la atención —continuó— la copiosa y delicadísima literatura romántica que se ha originado por el mal tratamiento médico?

Siento ganas de echarme, cual niño fatigado,
para extinguir en llanto mi vida de ansiedades.

—¡Qué delicado! Pero si hubieran sabido cómo librar al pobre Shelley de la pleuresía tuberculosa crónica, jamás se hubiera escrito. Echarse como un niño fatigado y extinguir en llanto la vida, da la casualidad que es uno de los síntomas más característicos de la pleuresía tuberculosa crónica. Y la mayoría de los chicos del *Weltschmerz* fueron o enfermos, o alcoholizados, o adictos a los estupefacientes. Yo hubiera podido impedir que cualquiera de ellos escribiera de tal manera. —El doctor Obispo miró a Jeremías con lupina sonrisa, que resultaba casi infantil por el candor de su triunfante cinismo—. Bueno, oigamos cómo el viejo se las arregla con sus dificultades.

—«Diciembre de 1796» —leyó Jeremías—. «El rondar de las hienas que me cuidan se me ha hecho tan intolerable que ayer me resolví a ponerle término. Cuando les pedí que me dejaran solo en lo futuro, Carolina y Juan hicieron protestas de la más filial afección. Al fin me vi obligado a decir que a menos de que se hubieran marchado hoy a mediodía, ordenaría a mi mayordomo que trajera una veintena de hombres para desalojarlos de la casa. Esta mañana, desde mi ventana, los he visto partir».

La anotación siguiente estaba fechada en 11 de enero de 1797. «Este año, el aniversario de mi nacimiento evoca pensamientos más sombríos que nunca. Me encuentro demasiado abrumado para relatarlos. Como el día está sereno y el calor se deja sentir más de lo que es propio de la estación, me he hecho conducir en la silla de

manos junto al estanque. Sonó la campana y las carpas acudieron para alimentarse. El espectáculo de la bruta creación me proporciona casi el único placer que me queda. La estupidez de los brutos carece de pretensiones y su malignidad depende del apetito, y, es por ende, sólo intermitente. Los hombres son sistemática y continuamente crueles, mientras que sus desatinos se justifican en nombre de la religión y de la política, y su ignorancia se encubre con el pomposo atavío de la filosofía.

»Mientras tanto, al observar a los peces que se estrechaban y apretujaban para alcanzar la comida, semejantes a ministros evangélicos en busca de promoción, mis pensamientos retornaron a la difícil cuestión sobre que especulara tan a menudo en el pasado. ¿Por qué ha de morir el hombre a las tres veintenas y media de años, y un pescado retiene su juventud durante dos o tres siglos? He debatido conmigo mismo algunas de las respuestas posibles. Hubo un tiempo, por ejemplo, en que pensé que la longevidad de la carpa o del sollo sería debida a la superioridad del elemento ácueo sobre el aéreo. Pero la vida de algunas de las criaturas acuáticas, es breve, mientras que la de ciertas aves excede en duración a la humana.

»Otra vez me he preguntado si la prolongada vida de los peces no se debería a su modo peculiar de engendrar y criar a sus hijuelos. Pero aquí también topo con fatales objeciones. Los loros y los cuervos machos no practican el onanismo sino que copulan; las hembras de los elefantes no ponen huevos, sino que paren a sus hijos tras un período de preñez, si hemos de creer al conde de Buffon, no inferior a veinticuatro meses. Mas los loros y los cuervos son criaturas de larga vida, como asimismo lo son los elefantes; de donde hemos de concluir que la brevedad de la vida humana se debe a causas distintas de la manera como los machos engendran y las hembras reproducen a sus congéneres.

»La única hipótesis a que no se ofrece objeción alguna es la siguiente: o bien la dieta de peces tales como la carpa y el sollo contiene algunas sustancias que impide el descaecimiento de sus organismos, descaecimiento que alcanza a la mayor parte de las criaturas incluso mientras viven; o bien la sustancia que evita el descaecimiento ha de encontrarse en el cuerpo del animal, especialmente, es de creer, en el estómago, el hígado, los intestinos, o cualquiera otro de los órganos que sirven a la cocción o asimilación de los alimentos. Es de suponer que las sustancias preventivas del descaecimiento falten en los animales de vida corta, tales coma el hombre. Esto origina la cuestión de si es posible introducir las tales sustancias en el cuerpo humano, tomándolas del cuerpo de los peces. La historia no registra ejemplos notables de longevidad entre los ictiófagos, ni he observado jamás que los habitantes de los puertos de mar y lugares análogos, donde hay abundancia de pescado, sean especialmente longevos. No hay que concluir por esto, sin embargo, que la sustancia preventiva del descaecimiento no se pueda llevar del pescado al hombre. Pues es el

caso que el hombre cuece el pescado antes de comerla; y sabemos por millares de ejemplos, que la aplicación del calor modifica profundamente la naturaleza de muchas sustancias; y, por añadidura desecha, como inadecuados para la consunción, aquellos órganos del pescado precisamente en que hay más razón para suponer esté contenida la sustancia preventiva del descaecimiento».

—¡Por Cristo! —exclamó el doctor Obispo, incapaz de contenerse por más tiempo—. ¡No vaya usted a decirme ahora que el buharrón va a comerse crudas las tripas del pescado!

Los ojos resplandecientes de Jeremías desde detrás de las bifocales habían volado hasta el fin de la página y se encontraban ya al comienzo de la siguiente.

—Eso es precisamente lo que hace —exclamó con gran regocijo—. Escuche esto: «Mis tres primeras tentativas provocaron irrefrenables náuseas; a la cuarta, logré tragarme lo que tenía en la boca; pero a los dos o tres minutos, mi triunfo se vino al suelo con un acceso de vómitos. Sólo después de la novena o décima tentativa me fue posible tragar y retener no más que unas cucharadas del nauseabundo picadillo».

—¡Vaya bravura! —dijo el doctor Obispo—. Prefiero un raid aéreo a eso.

Jeremías en el ínterin no había levantado los ojos del libro.

—«Hace hoy un mes» —leyó— «que empecé a poner a prueba la verdad de mi hipótesis, y actualmente vengo a injerir nada menos que seis onzas diarias de vísceras crudas trituradas de carpas recién abiertas».

—Y los peces —dijo el doctor Obispo, moviendo la cabeza lentamente— tienen una mayor variedad de gusanos parasitarios que cualquiera otro animal. La sangre se me hiela en las venas, sólo al oír hablar de ello.

—No se inquiete, pues —dijo Jeremías—; su señoría no hace otra cosa que mejorar cada día más. Aquí tenemos un «singular acrecentamiento de vigor y energía durante el mes de marzo». Por no decir nada del «restablecimiento del apetito y mejoría de la memoria y la facultad de raciocinación». Me gusta eso de la raciocinación —intercaló Jeremías apreciativamente—. ¡Magnífica pieza del período! ¿No le parece a usted? ¡Palabra verdaderamente chippendálica![12] —continuó leyendo para sí y, tras de un breve silencio, anunció triunfalmente—: En abril vuelve a cabalgar «una hora cada tarde el capón bayo». Y la dosis de lo que llama «papilla visceral estercoliza» se ha elevado a diez onzas diarias.

El doctor Obispo botó de su asiento y comenzó a andar excitadamente de uno él otro lado de la habitación.

—¡Voto al diablo! —gritó—. Esto pasa de broma. Esto es cosa seria. Tripas de pescado crudas; flora intestinal; prevención del envenenamiento por los esteroles; rejuvenecimiento. ¡Rejuvenecimiento! —repitió.

—El conde es más cauto que usted —dijo Jeremías—; escuche usted esto: «Aún no me es posible determinar si debo mi mejoría a la carpa, a la vuelta de la primavera,

o a la *vix medicatrix naturae*».

El doctor Obispo meneó la cabeza en señal de aprobación.

—Ése es el espíritu recto —dijo.

—«El tiempo» —continuó Jeremías— «lo probará; es decir, si es que lo puedo obligar a ello, como es mi intención, persistiendo en mi régimen actual. Pues considero que mi hipótesis quedará sustanciada si, luego de persistir por algún tiempo en él, llego a recobrar, no sólo mi anterior estado de salud, sino una cierta medida de vigor no disfrutado desde que pasara la juventud».

—¡Bien por el hombre! —exclamó el doctor Obispo—. Sólo quisiera que el tío Jo supiera mirar las cosas con esa actitud científica. O, quizá —añadió de pronto recordando el nembutal y la fe pueril del señor Stoyte en la omniscencia médica—, quizá no lo deseo. Pudiera tener sus inconvenientes. —Se rio para sí de su broma privada—. Bueno, continuemos con nuestro caso histórico.

—En septiembre puede cabalgar tres horas de un tirón sin cansarse —dijo Jeremías—. Y renueva su trato con la literatura griega, y tiene una opinión muy pobre de Platón, por lo que veo. Después de lo cual no hay apuntación alguna hasta 1799.

—¿Hasta 1799? —repitió el doctor Obispo con indignación—. ¡El viejarrón! ¡Justamente en el momento en que su caso empieza a ser interesante, va y nos deja en las tinieblas!

Jeremías levantó los ojos del libro sonriendo.

—No por completo en las tinieblas —dijo—. Le leeré a usted su primer apunte después de dos años de silencio, y usted podrá deducir las conclusiones que mejor le parezcan acerca de la flora intestinal.

Exhaló una tosecita y comenzó a leer con su manera gaskelliana.

—«Mayo de 1799. Las hembras más procazmente licenciosas, especialmente entre las mujeres de calidad, suelen ser aquellas a quienes una adusta naturaleza ha negado las razones y excusas ordinarias para la galantería. Aisladas por una frigidez constitucional del goce de los placeres, se encuentran en eterna rebeldía contra su destino. El poder que las impulsa a multiplicar el número de sus galanterías no es la sensualidad sino la esperanza; no el deseo de reiterar la experiencia del acostumbrado deleite, sino más bien la aspiración a una común y mucho más ostentosa felicidad, que ellas mismas han tenido la desgracia de no conocer jamás. La voluptuosa, la mujer fácil, es muchas veces no menos aborrecible, si bien sea por otras razones de lo que le parece al severo moralista. ¡Dios me libre en lo futuro de conquistas tales como las que hice la pasada primavera en Bath!»

Jeremías puso el libro sobre la mesa.

—¿Sigue usted creyendo que lo ha dejado en las tinieblas? —preguntó.

CAPÍTULO VII

CON un chillido ensordecedor la pulidora eléctrica hizo girar la banda de esmeril contra la tosca superficie de la madera. Inclinado sobre el banco de carpintero, el señor Propter no oyó la entrada de Pedro ni notó que se aproximaba. Durante un buen medio minuto permaneció en silencio el joven, observando cómo movía la pulidora, haciéndola ir y venir sobre la tabla que tenía delante. Pedro notó las partículas de aserrín que se habían acumulado en sus pobladas cejas, y las manchas oscuras que untaban su tostada frente en los puntos donde tocaron los dedos aceitosos.

Pedro sintió una punzada de compunción. No estaba bien espiar a un hombre cuando él no sabía que uno lo estuviera viendo. Era una acción clandestina; podía uno ver algo que no fuera de su agrado que uno viera. Llamó al señor Propter por su nombre.

El anciano levantó la vista, sonrió y paró el motor de la maquinita.

—Bien, Pedro —dijo—; es usted el hombre que necesito. Es decir, si es que no tiene inconvenientes en ayudarme en mi trabajo. ¿Quiere usted? Pero se me había olvidado —agregó, interrumpiendo la contestación afirmativa de Pedro—, se me había olvidado su dolencia cardíaca. ¡Esas malditas fiebres reumáticas! ¿Cree usted que no le perjudicará?

Pedro se ruborizó un tanto; pues aún no había logrado sobreponerse a una cierta sensación de vergüenza con respecto a su dificultad.

—Supongo que no me va usted a pedir que corra los cuatrocientos metros, ¿no es verdad?

El señor Propter pasó inadvertida la chancera pregunta.

—¿Está usted seguro de que no habrá mal en ello? —insistió, mirando al joven con afectuoso interés.

—Completamente seguro, si solamente se trata de esto —y alzó la mano en dirección del banco de carpintería.

—¿Con toda sinceridad?

Pedro se sintió conmovido y enardecido por la solicitud de su interlocutor.

—Con toda sinceridad —afirmó.

—Muy bien, pues —dijo el señor Propter ya satisfecho—; queda usted asoldado. O, por mejor decir, no queda usted asoldado, pues suerte tendrá si logra tanto así como un vaso de coca cola por su trabajo. Queda usted reclutado.

Toda la demás gente de por allí, continuó explicando, andaba ocupada. Había quedado sin ayuda ninguna para manejar la entera fábrica de muebles. Y la cuestión era que había que apresurar la producción; tres de las familias de temporeros de allá

abajo, de las cabañas, se encontraban aún sin sillas ni mesas.

—Aquí tiene usted las medidas —dijo señalando una hoja de papel escrita a máquina y clavada en la pared—. Y allí tiene usted las tablas. Veamos; voy a decirle lo que desearía que hiciera usted primero —añadió tomando una tabla y colocándola sobre el banco.

Ambos trabajaron durante cierto tiempo sin tratar de hablar en medio del ruido producido por las herramientas eléctricas. Hubo luego un intermedio de menos ruidosa actividad. Demasiado tímido para lanzarse directamente sobre el tema de sus propias perplejidades, Pedro empezó hablando del nuevo libro del profesor Pearl acerca de la población. Dieciséis habitantes por kilómetro cuadrado en el área total del terreno del planeta. Unas seiscientas cuarenta áreas por cabeza. Quitando a lo menos la mitad como terreno improductivo, quedan trescientas veinte áreas. Con el promedio de los métodos de cultivo empleados, un ser humano se puede sostener con el producto de unas ciento diez áreas. Con doscientas diez áreas de más para cada persona, ¿por qué ha de pasar hambre una tercera parte de la población mundial?

—Yo hubiera creído que habría usted hallado la respuesta en España —dijo el señor Propter—. Pasan hambre, porque no pueden vivir sólo de pan.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Ya lo creo que tiene —contestó el señor Propter—. El hombre no vive sólo de pan, porque necesita encontrarle la punta a la vida. Por eso se entrega al idealismo. Pero es una cuestión de experiencia y observación que la mayoría de los idealismos arrastran a la guerra, a la persecución, a la insensatez de las masas. El hombre no vive sólo de pan; pero si se empeña en nutrirse la mente con un mal género de alimento espiritual, no logrará ni siquiera pan. No lo logrará, porque se encontrará atareado en matar a sus semejantes en el nombre de Dios, de la patria, o de la justicia social, que no tendrá tiempo de cultivar sus campos. Nada hay más sencillo y más obvio. Pero al mismo tiempo —concluyó el señor Propter— nada hay desgraciadamente tan cierto como que la mayoría de las gentes seguirá escogiendo el mal alimento espiritual, escogiendo así, indirectamente, el camino de la propia destrucción.

Dio la corriente, y una vez más la pulidora comenzó a lanzar su estridente chillido. Volvió a interrumpirse la conversación.

—En un clima como éste —dijo el señor Propter en el siguiente intervalo de silencio— y con el agua de que se podrá disponer cuando el acueducto del río Colorado empiece a correr el año próximo, podrá uno realizar prácticamente lo que quisiera. —Desconectó la pulidora y fue en busca del taladro—. Tomemos un municipio con un millar de habitantes; démosle dos o trescientos acres de terreno y organicemos en él un buen sistema de cooperativas de producción y consumo; podría alimentarse completamente por sí mismo; podría abastecer unas dos terceras partes de sus demás necesidades, directamente, y producir un sobrante que intercambiar por los

productos que no le fuera dable obtener por sí. El Estado podría llenarse de municipios tales. Es decir —añadió sonriendo un tanto tristemente—, es decir, si es que los bancos le daban a uno permiso para ello y lograba obtener un contingente de personas lo bastante inteligentes y virtuosas para manejar una auténtica democracia.

—Seguramente que no iba uno a encontrar el beneplácito de los bancos —dijo Pedro.

—Y probablemente no encontraría uno más que un corto número de personas idóneas —añadió el señor Propter—. Y desde luego que nada hay tan desastroso como lanzarse a un experimento social con personas inadecuadas. Mire lo que ha pasado con todos los esfuerzos hechos para fundar comunidades en este país. El caso de Roberto Owen, por ejemplo, y los furrieristas y todos los demás por el estilo. Experimentos sociales a docenas y todos fracasados. ¿Por qué? Porque quienes los tuvieron a su cargo no escogieron a las personas. No había examen de ingreso ni noviciado. Se aceptaba al primero que llegaba. Eso es lo que se consigue con el indebido optimismo acerca de los seres humanos.

Comenzó a taladrar, y a Pedro le tocó el turno de la pulidora.

—¿Cree usted que uno no debe ser optimista? —preguntó el joven.

El señor Propter sonrió.

—¡Qué curiosa pregunta! —respondió—. ¿Qué diría usted del hombre que instalara una bomba aspirante en un pozo de quince metros de profundidad? ¿Le llamaría usted optimista?

—Lo llamaría insensato.

—Ya también —dijo el señor Propter—; y eso sirve de contestación a su pregunta; se es un insensato cuando se es optimista con respecto a una situación cualquiera que la experiencia ha probado que no justifica el optimismo. Cuando Roberto Owen recogió una patulea de personas incompetentes y defectuosas, habitualmente fulleras, con la esperanza de que se organizaran para formar una sociedad nueva y mejor, no fue sino un necio insensato.

Hubo un rato de silencio durante el cual Pedro estuvo ocupado con la sierra.

—Por lo que supongo he sido demasiado optimista yo mismo —dijo el joven reflexivamente, luego que hubo terminado.

El señor Propter asintió.

—Demasiado optimista en cierto sentido —dijo—. Y al mismo tiempo demasiado pesimista en otro.

—¿Por ejemplo? —preguntó Pedro.

—Bueno, en primer lugar —dijo el señor Propter—, demasiado optimista en las reformas sociales, al imaginar que el bien se puede fabricar por el método de producción en masa; pues desgraciadamente da la casualidad que el bien no es un requisito de esa especie. El bien es producto de artesanía moral. Sólo se produce

individualmente. Y, desde luego que, si los individuos no saben en lo que consiste o no desean trabajar para obtenerlo, no se manifestará, por muy perfecto que sea el mecanismo social. ¡Ya está! —añadió cambiando de tono y soplando el aserrín del orificio que acababa de taladrar—. Vamos ahora con las patas de esta silla y con los barrotes.

Cruzó la habitación y empezó a preparar el torno.

—Y ¿con respecto a qué cree usted que he sido demasiado pesimista? —preguntó Pedro.

—Acerca de la naturaleza humana —respondió el señor Propter sin levantar la vista de su trabajo.

Pedro se sorprendió.

—Yo hubiera esperado que dijera usted que era demasiado optimista respecto a la naturaleza humana —dijo.

—Bueno, desde luego, en ciertos respectos eso es verdad —convino el señor Propter—. Como la mayor parte de las personas de hoy en día, es usted insensatamente optimista acerca de las personas tales y como son, de las personas que viven exclusivamente en el nivel humano. Al parecer se imagina usted que las personas pueden permanecer siendo lo que son y, sin embargo, ser los habitantes de un mundo eminentemente mejor que el mundo en que vivimos. Pero el mundo en que vivimos es consecuencia de lo que los hombres han sido y proyección de lo que son actualmente. Mientras los hombres sigan siendo como son y como han sido en el pasado, es evidente que el mundo en que viven no puede mejorar. Si se imagina usted que puede, es porque es desatinadamente optimista con respecto a la naturaleza humana. Pero por otra parte es usted desatinadamente pesimista si se imagina que las personas están condenadas por su naturaleza a pasar su vida en el nivel estrictamente humano. Gracias a Dios —dijo con énfasis— no lo están. Tienen a su alcance la posibilidad de escapar, escalando el nivel de la eternidad. Ninguna sociedad humana puede ser eminentemente mejor de lo que es actualmente, a menos que contenga una buena proporción de individuos que sepan que su humanidad no es la última palabra y que conscientemente procuren trascenderla. Por eso uno debiera ser profundamente pesimista con respecto a lo que la mayoría de las gentes son optimistas, como por ejemplo, la ciencia aplicada, las reformas sociales y la naturaleza humana tal y como es en el promedio de los hombres y mujeres. Y por eso también uno debiera ser profundamente optimista acerca de lo que son tan pesimistas, que ni siquiera saben que exista. Me refiero a la posibilidad de transformar y trascender la naturaleza humana. No mediante el crecimiento evolutivo, ni en un remoto porvenir, sino en cualquier momento, aquí y ahora si se quiere, mediante el empleo de la inteligencia y buena voluntad convenientemente dirigidas.

Probó poner en marcha el torno y luego lo paró de nuevo para continuar

arreglándolo.

—Ésa es la especie de pesimismo y de optimismo que se encuentra en las grandes religiones —añadió—. Pesimismo acerca del mundo en general y de la naturaleza humana conforme se manifiesta en la mayoría de los hombres y las mujeres. Optimismo acerca de lo que puede lograrse por cualquiera que lo desee y sepa cómo.

Puso el torno en marcha de nuevo y esta vez lo dejó funcionar.

—Ya conoce usted el pesimismo del Nuevo Testamento —continuó entre el ruido de la máquina—. Pesimismo acerca de la masa de la humanidad: muchos son los llamados, pocos los escogidos. Pesimismo acerca de la debilidad y la ignorancia: al que no tuviera, aun lo poco que tuviera le será quitado. Pesimismo acerca de la vida tal y como se vive en el nivel humano ordinario; pues que es preciso perder la vida para ganar la vida eterna. Pesimismo, incluso, acerca de las formas superiores de moralidad mundanal: no hay entrada en el reino de los cielos para cualquiera cuya rectitud no supere la de los escribas y fariseos. Pero ¿quiénes son los escribas y los fariseos? Simplemente los mejores ciudadanos; las columnas de la sociedad; los hombres de justo pensar. A pesar de lo cual, o mejor dicho, en vista de lo cual, los llama Jesús generación de víboras. ¡Pobre del bueno del doctor Mulge! —añadió como entre paréntesis—. ¡Qué apenado se pondría si jamás tuviera la desgracia de encontrarse con el Salvador! —El señor Propter se sonrió mientras continuaba su trabajo—. Bueno, ésa es la parte pesimista de las enseñanzas del Evangelio —continuó—. Y de modo más sistemático y filosófico se encuentra expuesto lo mismo en las escrituras budistas e hinduistas. El mundo que es y las personas del nivel estrictamente humano; para ellos no hay esperanza; he ahí el veredicto universal. La esperanza comienza donde los hombres alcanzan a comprender que el reino de los cielos, o cualquier otro nombre que se le quiera dar, está en nosotros y puede ser experimentado por cualquiera que se decida a tomarse la necesaria molestia. Tal es el lado optimista del cristianismo y de las demás religiones mundiales.

El señor Propter detuvo el torno, quitó la pata de silla que había torneado y colocó otra en su lugar.

—No es la clase de optimismo que se enseña en las iglesias liberales —dijo Pedro, recordando su período de transición entre el reverendo Schlitz y el antifascismo militante.

—No, no lo es —convino el señor Propter—. Lo que le enseñan a uno en las iglesias liberales no tiene nada que ver con el cristianismo o cualquiera otra religión realista. Es en su mayor parte ñoñería.

—¡Ñoñería!

—Ñoñería —repitió el señor Propter—. Humanismo de los comienzos del siglo veinte, sazonado de evangelismo del siglo diecinueve. ¡Qué combinación! El humanismo afirma que el bien se alcanza en el nivel donde no existe y niega la

eternidad. El evangelismo niega toda relación entre causas y efectos afirmando la existencia de una deidad personal que perdona las ofensas. Son como Juan Spratt y su mujer[13]; entre los dos lamen la fuente hasta dejarla sin gota de sentido. No, digo mal —añadió el señor Propter por entre el zumbido de la máquina—; no sin gota de sentido. Los humanistas no nos hablan más que de una raza y los evangelistas adoran a un solo Dios. Queda para los patriotas limpiar hasta la última brizna de sentido. Para los patriotas y los políticos sectarios. Un centenar de idolatrías que se excluyen mutuamente. «Hay una multitud de dioses y los caciques y cabecillas locales son sus respectivos profetas». La afectuosa bobería de las iglesias liberales no está del todo mal para tiempos sosegados; pero hay que tener en cuenta que le sirven siempre de suplemento las feroces manías del nacionalismo para uso en tiempos de crisis. Y ésas son las filosofías en que se educa a la gente joven. Las filosofías con que nuestros optimistas mayores querían que reformáramos el mundo. —El señor Propter hizo una pausa y luego añadió—: «Lo que el hombre siembre eso recogerá. A Dios no se le burla». No se le burla —repitió—; pero la gente se empeña en no creerlo. Siguen creyendo en la posibilidad de hacerle la higa a la naturaleza de las cosas y salirse con la suya. He pensado a veces escribir un tratadito semejante a un libro de cocina, con el título «Cien maneras de burlar a Dios», en el que presentaría un centenar de ejemplos de la historia y de la vida contemporánea, con que ilustrar lo que sucede cuando las gentes se empeñan en hacer las cosas sin consideración a la naturaleza de la realidad. Y el libro estaría dividido en secciones tales como «Burlar a Dios en agricultura», «Burlar a Dios en política», «Burlar a Dios en educación», «Burlar a Dios en economía». Sería un librito muy instructivo, Pero un tanto deprimente —agregó el señor Propter.

CAPÍTULO VIII

La noticia de que el quinto conde había tenido tres hijos bastardos a la edad de ochenta y un años se daba en el cuaderno con una sobriedad verdaderamente aristocrática. Nada de jactancia ni particular complacencia. Tan sólo una nota breve y lacónica de los hechos, entre la relación de una conversación habida con el duque de Wellington y una nota sobre la música de Mozart. Ciento veinte años después del suceso, el doctor Obispo, que no era inglés, manifestaba ruidosamente su regocijo, como si la proeza hubiera sido propia.

—¡Tres nada menos! —gritó con entusiasmo proletario—. ¡Tres! ¿Qué le parece a usted?

Educado en la misma tradición del quinto conde, a Jeremías le pareció que no estaba mal, y continuó leyendo.

En 1820 el conde había estado enfermo, si bien no gravemente; y un tratamiento de tres meses de entrañas crudas de carpa lo había restablecido a la salud normal, «la salud» según él escribía «de un hombre en la flor de la edad».

Un año después, por primera vez en todo un cuarto de siglo, visitó a sus sobrinos, y tuvo la satisfacción de encontrarse con que Carolina se había convertido en una arpía, con que Juan era ya un asmático y con que la hija mayor de ambos era tan monstruosamente gorda que nadie quería casarse con ella.

A propósito de las nuevas referentes a la muerte de Bonaparte, había escrito filosóficamente, que ha de ser un gran insensato el hombre que no halla satisfacción al deseo de gloria, de poder y de emociones más que sometiéndose a las penalidades de la guerra y al tedio de la gobernación de los ciudadanos. «El lenguaje de la urbana conversación» concluía, «nos revela con la suficiente claridad que hazañas tales como las de un Alejandro o un Bonaparte tienen su pacífico y doméstico equivalente. Se habla de las *aventuras* amorosas, de la *conquista* de la mujer deseada y de la *posesión* de su persona. Para el hombre de buen sentido, tales tropas son en verdad elocuentes. Al considerar su valor, percibe que la guerra y las empresas imperialistas son extravíos por lo insensatas, insensatas por lo innecesarias, e innecesarias porque las satisfacciones que la victoria y el dominio deparan se obtienen con molestias, sinsabores y enojos inmensamente menores, tras las sedeñas cortinas de una alcoba ducal sobre el jergón de una vaquera. Y si en momento alguno resultaran insípidos tan simples placeres, y, a semejanza de los antiguos héroes, sintiera la añoranza de un nuevo mundo que conquistar, con el ofrecimiento de una guinea suplementaria, y aun en muchos casos, según mi experiencia, gratuitamente, por la mera incitación de un latente deseo de humillación e incluso de dolor, le es dable al hombre gozar del privilegio de usar las disciplinas, las manillas, la jaula, o cualquier emblema de poder

absoluto que la fantasía le sugiriera al conquistador y que la asoldada paciencia de la conquista tolere, o su gusto acepte. Me viene a las mientes una observación del doctor Johnson por la que hace notar que raramente se ocupa el hombre más inocentemente que en ganar dinero. El galanteo es una ocupación aún más inocente que la de ganar dinero. Si Bonaparte hubiera sido lo bastante sabio para desfogar su deseo de dominación en los salones y alcobas de su nativa Córcega, hubiera expirado en libertad entre los suyos, y muchos cientos de miles de hombres actualmente muertos, lisiados o ciegos, hubieran vivido y hubieran gozado del uso de sus facultades. Verdad es que sin duda alguna hubieran empleado los ojos, los miembros y la vida tan desatinada y malévolamente como los emplean hoy aquellos a quienes no asesinó Bonaparte. Mas, aunque un ser superior tal vez aplaudiera al que un día fuera emperador por haber eliminado tan gran cantidad de sabandijas de la haz de la tierra, las sabandijas mismas serán siempre de distinta opinión. En mi calidad, simplemente, de hombre de sentido y no en la de ser superior, yo me inclino del lado de las sabandijas».

—Se ha dado usted cuenta —dijo el doctor Obispo reflexivamente—, del modo como aun las personas más desvergonzadas tratan siempre de probar su buena calidad. Incluso este buharrón; uno creería que le importaba poco su propio aprecio, con tal de divertirse. Pues no, señor; ha de escribir una retahíla para probar que es mucho mejor que Napoleón. Lo que desde luego es, según toda norma razonable. Pero uno no creería que se diera tan malas vueltas para contárnoslo.

—Bueno, no es lo probable que nadie más nos lo contara —insinuó Jeremías.

—Por lo que tuvo que hacerla él —concluyó el doctor Obispo—; lo que prueba mi aserto. Yago no existe. Las personas harán todo cuanto Yago hiciera pero nunca dirán de sí que son traidores. Se construirán un bello mundo verbal en el que todas sus villanías aparezcan como justas y razonables. Yo esperaba que este tripas de carpa fuera una excepción. Pero no lo es. No deja de ser un chasco.

Jeremías sonrió con cierto patrocinador desdén.

—Usted hubiera querido que representara el acto de Don Juan en el infierno. El *calme héros courbé sur sa rapière*. Es usted más romántico de lo que me creía.

Tornó de nuevo al cuaderno y, luego de una pausa, anunció que en 1823 el quinto conde había pasado unas horas con Coleridge y había hallado su conversación profunda, pero singularmente lodosa; «características», añadía, «que resultan admirables cuando se atribuyen a los estanques de peces, pero deplorables en el discurso racional, el cual debiera ser siempre transparente y nunca demasiado profundo, para que el hombre pudiera vadearlo sin riesgo de anegarse en un abismo de necesidades».

Jeremías fulguraba de satisfacción. Coleridge no era uno de sus favoritos.

—Cuando pienso en las sandeces que todavía se andan diciendo acerca de la

broza que escribió ese maníaco de los estupefacientes…

El doctor Obispo le cortó la palabra.

—Continuaremos leyendo acerca del conde —dijo. Jeremías volvió al cuaderno.

En 1824 se lamentaba el anciano de que se hubiera aprobado la ley que equiparaba el transporte de esclavos con la piratería y que hacía, por ende, de su tráfico, un delito capital. Desde aquel momento sería más pobre en unas ocho o nueve mil libras anuales. Pero se consolaba pensando en Horacio, que vivió en la tranquilidad filosófica de su granja sabina.

En 1826 encontraba el más vivo placer en la relectura de Teócrito y en la compañía de una joven llamada Catalina, a quien había hecho su ama de llaves. En el mismo año, a pesar de la merma de sus ingresos, no había podido resistir la tentación de comprar una exquisita «Asunción de la Virgen» de Murillo.

1827 había sido un año de reveses pecuniarios: reveses que, por lo que parecía, estaban relacionados con el aborto, seguido de la muerte, de una doncella muy joven empleada por el ama de llaves como criada personal. El apunte del cuaderno era breve y confuso; pero parecía dar a entender que el conde hubo de pagar a los padres de la muchacha una fuerte suma.

Algo después volvió a encontrarse mal y escribió una larga y minuciosa descripción de las fases sucesivas de decaimiento del cuerpo humano, especialmente en lo que atañe a los ojos y a los labios. Un breve tratamiento de carpa triturada restableció en él un estado de ánimo más alegre, y en 1828 hizo un viaje a Atenas, Constantinopla y Egipto.

En 1831 entró en negociaciones con objeto de comprar una casa cerca de Farnham.

—Debe ser en Selford —indicó Jeremías—. Es la casa de donde procede todo esto —dijo indicando las veintisiete cajas de embalaje—. Donde viven las dos ancianas señoras; —y continuó leyendo—: «La casa es vieja, oscura e inconveniente, pero se eleva en un terreno propio lo bastante extenso, sobre una eminencia junto al río Wey, cuya ribera meridional se alza casi perpendicularmente en este punto formando un acantilado de arenisca amarilla, hasta una altura de unos cuarenta metros. La piedra es blanda y fácil de trabajar, circunstancia que explica la existencia en el subsuelo de la casa de extensas bodegas, que se excavaron por lo que parece hace cosa de un siglo, tiempo en que se usaron para almacenar licores de contrabando y otros alijos que, procedentes de las costas de Hampshire y Sussex, se llevaban a la metrópoli. Para calmar los temores de su esposa, que teme que se le pierda una criatura en los recovecos del subterráneo, el granjero que ahora posee la casa, ha tapiado la mayor parte de los sótanos; pero incluso lo que queda presenta el aspecto de una verdadera catacumba. En bóvedas semejantes puede uno estar seguro de toda la reserva necesaria para la satisfacción de cualquiera de sus gustos, aun de los más

excéntricos». —Jeremías levantó la vista por encima del libro—. Esto parece tomar un giro siniestro, ¿no le parece a usted?

El doctor Obispo se encogió de hombros.

—Nunca se puede lograr la bastante reserva —dijo con énfasis—. Cuando pienso en las dificultades con que me he encontrado por falta de un bonito subterráneo como ése que ahí se describe…

Dejó la frase sin terminar y una sombra veló su semblante: pensaba en que no podía continuar dándole a Jo Stoyte las cápsulas de nembutal indefinidamente. ¡Maldito sea!

—Bueno; compra la casa —dijo Jeremías, que había continuado leyendo para sí —, y lleva a cabo reparaciones y adiciones de estilo gótico. Se acomoda un aposento en las bodegas, a nueve metros bajo tierra y al extremo de un largo corredor. Y con gran satisfacción se encuentra con que hay un pozo subterráneo y otra galería que desciende a gran profundidad y que puede usarse como lugar de retiro. El lugar es perfectamente seco, tiene amplia provisión de aire y…

—Pero ¿qué es lo que va a hacer ahí? —preguntó el doctor con impaciencia.

—¿Qué sé yo? —repuso Jeremías. Corrió la vista al final de la página—. Por el momento —continuó— anda atareado con un discurso en la Casa de los Lores a favor de la reforma de la ley electoral[14].

—¿A favor? —preguntó Obispo con sorpresa.

—«En los primeros días de la revolución francesa» —leyó Jeremías de viva voz — «enojé a los afiliados de todos los partidos políticos por decir: ‘La Bastilla ha caído; viva la Bastilla’. Cuarenta y tres años han transcurrido desde que se produjera este suceso singularmente fútil, y la exactitud de mis predicciones ha sido demostrada por el nacimiento de nuevas tiranías y la restauración de las antiguas. Por lo tanto, en el presente, siento la más perfecta confianza al decir: ‘El privilegio ha muerto: viva el privilegio’. Las masas de la humanidad son incapaces de emancipación y harto ineptas para dirigir sus propios destinos. El gobierno ha de estar siempre en manos de tiranos y de oligarcas. Mi opinión de la nobleza y de los ricos hacendados es por demás inferior; pero la que ellos tienen de sí mismos debe ser aún inferior a la mía. *Ellos* creen que la balota los despojará del poder y privilegios, mientras que yo estoy seguro de que, incluso con el ejercicio de tan escasa prudencia y astucia, como la parsimoniosa naturaleza se ha servido concederles, podrán sin dificultad mantenerse en la preeminencia de que actualmente gozan. Y, pues es así, dejemos a la plebe que se divierta votando. Las elecciones no son otra cosa que una representación de títeres gratuita, ofrecida por los que gobiernan a los gobernados, con el fin de distraer su atención».

—¡Cómo se hubiera divertido con unas elecciones comunistas o fascistas modernas! —dijo el doctor Obispo—. Y a propósito, ¿cuántos años tenía cuando

compuso ese discurso?

—Vamos a ver —dijo Jeremías, que tras de pararse a calcular por un momento, respondió—: Noventa y cuatro años.

—¡Noventa y cuatro! —repitió el doctor Obispo—. Bueno, entonces, si no son las tripas de pescado, no sé lo qué es.

Jeremías volvió nuevamente al cuaderno.

—En los comienzos del año 1833 vuelve de nuevo a ver a sus sobrinos, con ocasión del sesenta y cinco cumpleaños de Carolina. Ésta usa ahora peluca roja, su hija mayor ha muerto de cáncer, la menor es desgraciada en su matrimonio y se ha dado a las devociones; el hijo, que es a la sazón coronel, ha contraído deudas de juego que espera que sus padres le paguen. En conjunto, según el conde hace notar, «una velada deliciosa».

—Y ¿no dice nada más de las bodegas? —dijo el doctor Obispo con tono de queja.

—No; pero Catalina, el ama de llaves, ha estado enferma y la ha puesto a dieta de carpa.

El doctor Obispo mostró reavivado interés.

—Y ¿qué es lo que pasa? —preguntó.

Jeremías sacudió la cabeza.

—El apunte siguiente se ocupa de Milton —manifestó.

—¿Milton? —exclamó el doctor Obispo con tono de indignado disgusto.

—Dice que los escritos de Milton prueban que la existencia de la religión depende del uso pintoresco del lenguaje inmoderado.

—Tal vez tenga razón —dijo el doctor Obispo con irritación—; pero lo que yo quiero saber es lo que le sucede al ama de llaves.

—Está evidentemente viva —dijo Jeremías—, porque aquí hay una anotación en que se queja de lo tediosa que es la excesiva devoción femenina.

—¡Tediosa! —repitió el doctor Obispo—. ¡Eso es contando por lo bajo! He conocido mujeres que eran como el papel matamoscas.

—Parece no haber presentado objeción alguna a una infidelidad accidental. Aquí hay una referencia de una muchacha mulata. —Hizo una pausa; luego, con una sonrisa, continuó—: Deliciosa criatura. «En ella se combinan la imbecilidad del hotentote con la malicia y codicia del europeo». Después de lo cual, el anciano caballero va a comer con el obispo de Winchester y encuentra su clarete inferior, su aporto execrable y sus facultades intelectuales muy por debajo de lo despreciable.

—Y ¿nada acerca de la salud de Catalina? —insistió el doctor Obispo.

—Pero ¿por qué va a hablar de eso? Lo da por sentado.

—Yo me esperaba que fuera un hombre de ciencia —dijo el doctor Obispo casi con plañidero acento.

Jeremías se echó a reír.

—Debe usted tener muy peregrina idea de lo que es un quinto conde o un barón decimoprimero. ¿Por qué diablos habían de ser hombres de ciencia?

Al doctor Obispo no le era dable responder. Hubo un momento de silencio durante el cual Jeremías dio comienzo a una nueva página.

—Bueno, ¡que me emplumen! —exclamó—. Ahora ha estado leyendo «Análisis del alma humana» de Jacobo Mill. A los noventa y cinco. Eso me parece aún más notable que tener un ama de llaves rejuvenecida y una mulata. «El mentecato común es simplemente estúpido e ignorante. Para ser un gran mentecato, preciso es que el hombre tenga una gran ilustración y una habilidad superior. Para honra imperecedera del señor Bentham y de sus lugartenientes, preciso es confesar que su insensatez ha sido siempre de gran calibre. El *Análisis* del señor Mill es el verdadero Coliseo de la sandez». Y el apunte siguiente se refiere al marqués de Sade. A propósito —interpeló Jeremías— ¿cuándo va usted a devolverme los libros?

El doctor Obispo se encogió de hombros.

—Cuando usted quiera —repuso—. Ya he acabado con ellos.

Jeremías procuró disimular su satisfacción y, con una tosecilla, volvió a los apuntes.

—«El marqués de Sade» —leyó en voz alta— «fue un hombre de genio poderoso, desgraciadamente trastornado. En mi opinión, un autor llegaría a la perfección si combinara en sí las cualidades del marqués con las del obispo Butler y las de Sterne». —Jeremías hizo una pausa—. El marqués, el obispo Butler y Sterne —repitió con lentitud—. ¡A fe mía que sería un libro bastante notable! —continuó leyendo—. «Octubre de 1833. El degradarse es un placer que guarda proporción con la altura de la eminencia mundanal e intelectual de que uno desciende y a que retorna tan pronto como acaba el acto de la degradación». Eso es excelente —dijo recordando a las troyanas y los viernes alternas por la tarde en Maide Vale—. Sí, eso es excelente. Veamos, ¿por dónde vamos? Ah sí. «Los cristianos hablan mucho del dolor, pero nada de cuanto dicen da en el clavo. Pues las características más notables del dolor son éstas: la desproporción que existe entre la enormidad del sufrimiento físico y lo insignificantes que suelen ser sus cosas; y la manera cómo, aniquilando toda facultad y reduciendo el cuerpo a la impotencia, anula el objetivo para que aparentemente fue creado por la naturaleza: a saber, prevenir al que sufre de la proximidad del peligro, ora en lo interior, ora en lo exterior. En relación con el dolor, la palabra vacía infinito adquiere un cierto significado. No sucede lo mismo con el placer; pues éste es estrictamente finito, y toda tentativa de extender sus límites tiene por resultado su conversión en dolor. Por esta razón la imposición del placer jamás puede ser tan deleitosa al alma que aspira, como la imposición del dolor. El proporcionar una cantidad finita de placer es un acto meramente humano; la imposición del infinito que

llamamos dolor es lo realmente divino».

—El vejestorio se pone místico ahora a la vejez —comentó el doctor Obispo en tono de queja—. Casi me recuerda al señor Propter.

Encendió un cigarrillo. Hubo un rato de silencio.

—Escuche esto —exclamó Jeremías de repente con viveza—. «11 de marzo de 1834. Por la criminal negligencia de Catalina, Priscila ha logrado escaparse del lugar subterráneo en donde estaba confinada. Llevando como lleva en su persona la evidencia de haber sido durante unas semanas el sujeto de mis investigaciones, tiene en su mano mi reputación, y, probablemente, mi libertad y mi vida».

—Supongo que será ése el caso de que usted hablaba antes de comenzar la lectura —dijo el doctor Obispo—; el escándalo final. ¿Qué fue lo que pasó?

—Bueno, supongo que la muchacha contaría la historia —respondió Jeremías, sin levantar los ojos de la página que tenía delante—. De no ser así, ¿cómo explicar la presencia de esta «chusma hostil» de que sale ahora hablando de improviso? «La humanidad de las personas es inversamente proporcional a su número. Una muchedumbre no tiene de humano más de lo que tiene un alud o un ciclón. Una chusma formada por seres humanos se halla situada en un lugar de la escala intelectual y moral inferior al de una piara de puercos o una manada de chacales».

El doctor Obispo se echó hacia atrás y prorrumpió en una carcajada sorprendentemente recia y metálica.

—¡Exquisito! —dijo—. No es posible lograr un ejemplo más típico de la conducta humana. El *homo* se conduce como *subhomo*, y luego es *sapiens* para probar, que es realmente *superhomo*. —Se frotó las manos—. ¡Es verdaderamente divino! —dijo; y luego añadió—; Veamos qué es lo que pasa después.

—Bueno, por lo que me es posible deducir —dijo Jeremías—, tuvieron que enviar una compañía de milicianos desde Giuldford para proteger la casa de la chusma. Y un magistrado ha firmado una orden de arresto; pero por el momento no llevan la cosa adelante, en consideración a su edad, a su posición y al escándalo de un juicio público. ¡Oh! Ahora han enviado a buscar a Juan y a Carolina. Lo que pone al anciano fuera de sí de ira. Pero se ve impotente. Así es que llegan a Selford; «Carolina con su peluca naranja, y Juan, que tiene setenta y dos años, con aspecto de tener a lo menos veinte años más que yo, que tenía ya veinticuatro cuando mi hermano, apenas mayor de edad, tuvo la imprudencia de casarse con la hija de un procurador y el bien merecido infortunio de engendrar a este nieto de procurador, a quien siempre he tratado con el menosprecio que su bajo origen y su débil intelecto merecen; pero a quien la negligencia de una ramera le ha proporcionado el poder de imponer su voluntad sobre mí».

—Una de esas deliciosas reuniones de familia —dijo el doctor Obispo—. Pero supongo que no nos da ningún detalle, ¿verdad?

Jeremías sacudió la cabeza.

—Ningún detalle —dijo—; sólo una descripción somera de las negociaciones. El diecisiete de marzo le dicen que puede evitar la prosecución de la causa si cede las propiedades no vinculadas mediante escritura de donación, les traspasa las rentas de las fincas vinculadas, y consiente en entrar en un asilo particular.

—¡Duras son las condiciones!

—Pero las rechaza —continuó Jeremías— la mañana del dieciocho.

—¡Me alegro por él!

—«Los manicomios particulares» —leyó Jeremías— «son particulares prisiones, en las que, fuera del dominio parlamentario o judicial, exentos de inspecciones policíacas, y ajenos incluso a las humanitarias visitas de los filántropos, atormentadores y carceleros a sueldo ejecutan los tenebrosos designios de las venganzas familiares y los rencores personales».

El doctor Obispo aplaudió con regocijo.

—¡He ahí otro bello rasgo humano! —exclamó—. ¡Esas humanitarias visitas de los filántropos! —se rio a carcajadas—. ¡Y los atormentadores a sueldo! Parece como un discurso de uno de esos Padres de los Expósitos. ¡Magnífico! Y luego se acuerda uno de los barcos cargados de esclavos y de la pequeña señorita Priscila. Es casi tan bueno como oír al mariscal Goering que denuncia la crueldad para con los animales. Atormentadores y carceleros a sueldo —repitió con gusto, como si la frase fuera un manjar delicioso que lentamente se fundiese en el paladar—. ¿Cuál es el paso inmediato?

—Le dicen que será procesado, condenado y deportado. A lo cual responde que prefiere la deportación al asilo particular. «Es evidente que esto dejó confundidos a mis preciosos sobrinos. Juraron y perjuraron que en el manicomio se me trataría humanamente. Les contesté que no fiaba en su palabra. Juan habló de su honor. Yo dije que era sin duda un honor de procurador, y hablé acerca del modo como el letrado pone precio a sus convicciones. Entonces me imploraron que aceptara su ofrecimiento por el buen nombre de la familia. Les contesté que el buen nombre de la familia me era indiferente, pero que no tenía la menor gana de pasar por la humillación de un proceso público, ni por las penas o incomodidades de la deportación. Dije que estaba presto a aceptar cualquier alternativa razonable para evitar el proceso o la deportación; pero que no consideraría como alternativa razonable la que no me ofreciera alguna garantía del trato que recibiría en sus manos. Que no consideraba su palabra de honor como tal garantía; ni podía aceptar el verme colocado en una institución y confiado a doctores y guardianes pagados por personas cuyo interés era que pereciera con la mayor celeridad posible. Por consiguiente rehusaba suscribir disposición alguna que me dejara a su merced sin ponerlos a ellos, de manera correspondiente, a la mía».

—¡Los principios de la diplomacia en pocas palabras! —dijo el doctor Obispo—. ¡Ojalá Chamberlain los hubiera comprendido algo mejor antes de ir a Munich! No es que hubiera resultado una gran diferencia con el tiempo —añadió—. Porque, después de todo, no importa gran cosa realmente lo que hagan los políticos: el nacionalismo producirá siempre por lo menos una gran guerra cada generación. Así ha sido en el pasado, y supongo que podemos vivir confiados en que así seguirá siendo en lo futuro. Pero ¿cómo se propone el buen caballero poner en práctica sus principios? Se encuentra completamente a merced de ellos. ¿Cómo va a ponerlos a ellos a la suya?

—Aún no sé —contestó Jeremías desde las profundidades de las crónicas pretéritas—. Ahora nos sale con otro de sus escarceos filosóficos.

—¿Ahora? —dijo atónito el doctor Obispo—. ¿Cuando tiene una orden de arresto expedida en contra suya?

—«Hubo un tiempo» —leyó Jeremías— «en que creí que todos los esfuerzos de la humanidad iban dirigidos hacia un punto que se encuentra aproximadamente en el centro de la persona femenina. Hoy me inclino a creer que la vanidad y la avaricia representan un papel más importante aún que la lujuria en la conformación del curso que siguen las acciones de los hombres y en la determinación de la naturaleza de su pensamiento». Y así continúa. ¿Dónde diablos vuelve a empalmar el hilo? Quizá no lo vuelva a empalmar; es capaz de ello. No; aquí hay algo: «20 de marzo. Hoy, Roberto Parsons, mi administrador, ha vuelto de Londres trayendo consigo en el coche tres arquillas que contienen monedas de oro y billetes de banco por valor de doscientas dieciocho mil libras, producto de la venta de mis obligaciones y todas las joyas, vajilla de plata y obras de arte de que me ha sido posible deshacerme en tan breve tiempo y al contado. Con algo más de tiempo hubiera podido realizar a lo menos trescientas cincuenta mil libras. Puedo soportar esta pérdida filosóficamente; que la suma de que dispongo basta con mucho para mi propósito».

—Pero ¿qué propósito? —preguntó el doctor Obispo.

Jeremías no contestó durante un ratito. Después sacudió la cabeza con aturdimiento.

—¿Qué demontre es lo que sucede ahora? —dijo—. Escuche esto: «Mis funerales se llevarán a cabo con toda la pompa que corresponde a mi rango y a la eminencia de mis virtudes. Juan y Carolina fueron lo bastante tacaños para oponer objeciones a los gastos; pero yo insistí en que mis exequias habían de costar ni un céntimo menos de cuatro mil libras. Mi único sentimiento es que me será imposible dejar mi retiro subterráneo para ver el fasto del dolor y estudiar la expresión de pesar en los marchitos semblantes del nuevo conde y su esposa la condesa. Esta noche me retiraré con Catalina abajo, a nuestros aposentos de las bodegas; y mañana por la mañana sabrá el mundo la noticia de mi muerte. El cuerpo de un viejo indigente se ha conducido ya en secreto aquí desde Haslemere, y ocupará mi lugar en el ataúd.

Después del entierro, el nuevo conde y la condesa partirán inmediatamente para Gonister en donde establecerán su residencia, dejando esta casa sin otros inquilinos que los Parsons, quienes harán las veces de caseros y proveerán a nuestras necesidades materiales. El oro y los billetes de banco que Parsons trajera de Londres, se encuentran ya a buen recaudo en un lugar oculto del subterráneo que sólo yo conozco, y se ha convenido en que, cada día primero de junio, mientras yo viva, cinco mil libras le serán entregadas por mi mano a Juan, o a Carolina, o en el caso de que me premuriesen, a su heredero, o a algún representante de la familia debidamente autorizado. Mediante estas disposiciones me forjo la ilusión de llenar el lugar dejado vacío por un afecto que ellos seguramente no sienten». Y eso es todo —dijo Jeremías levantando la vista—. No hay nada más. No quedan más. No quedan más que dos páginas en blanco, y ése es el final del cuaderno. Ni una palabra más escrita.

Hubo un prolongado silencio. El doctor Obispo se levantó otra vez y comenzó a pasear por la habitación.

—¿Y no hay nadie que sepa cuánto tiempo vivió el viejarrón? —dijo al fin.

Jeremías sacudió la cabeza.

—Nadie fuera de la familia. Quizás las dos señoras…

El doctor Obispo se detuvo frente a él y golpeó la mesa con el puño.

—Voy a tomar el primer barco que salga para Inglaterra ——anunció con acento dramático.

CAPÍTULO IX

AQUEL día, ni siquiera el hospital infantil proporcionó consuelo al señor Stoyte. Las enfermeras le dieron la bienvenida con la más amigable de las sonrisas. El joven médico de la casa a quien encontró en el corredor se le mostró lisonjeramente deferente. Los convalecientes gritaron «¡tío Jo!» con el acostumbrado entusiasmo, y sus rostros se iluminaron de momentánea satisfacción cuando se detuvo ante sus lechos. La dádiva de sus juguetes fue recibida, como de costumbre, con ruidoso arrebatamiento unas veces, otras (lo que era más conmovedor) en el silencio de una felicidad muda por el asombro y la incredulidad. En su ronda por las varias salas, vio, como los demás días, la lastimosa serie de cuerpecitos deformados por la escrófula y la parálisis, las caritas enflaquecidas resignadas al sufrimiento, los angelitos moribundos, los inocentes martirizados, los traviesos diablillos de cara chata, condenados a la tortura de una renuente quietud.

De ordinario, todo ello le hacía sentirse bueno: como si tuviera ganas de llorar pero al mismo tiempo como si quisiera gritar y mostrarse envanecido; envanecido de ser humano, porque aquellas criaturitas eran humanas y nunca se ha visto cosa más valiente que ellas; y envanecido de haber hecho lo que había hecho por ellas, ofrecerles el hospital más excelente de todo el Estado y todo lo mejor que el dinero podía obtener. Pero aquel día la visita no le produjo ninguna de las acostumbradas reacciones. No sintió impulsos de llorar ni de gritar. No sintió el orgullo, ni compasiva congoja, ni la dicha exquisita que se origina de su combinación. Nada sintió; nada que no fuera la sorda y roedora aflicción que le acompañara todo el día, tanto en el panteón, como en su entrevista con Clancy, como allá en su oficina de la ciudad. Cuando dejó la ciudad en el coche, esperó su visita al hospital como el asmático espera la dosis de adrenalina, o el fumador de opio la pipa largamente aplazada. Pero el esperado consuelo no había llegado. Las criaturitas habían dejado su ánimo decaído.

Juzgando por lo que había sucedido al final de las anteriores visitas, el portero sonrió al señor Stoyte cuando dejaba el hospital, y dijo algo referente a que eran el más excelente manojo de criaturas que jamás conoció. El señor Stoyte lo miró en blanco, inclinó la cabeza sin hablar y siguió adelante.

El portero lo miró marchar.

—¡Mi madre! —dijo para sí, recordando la expresión de su rostro.

El señor Stoyte volvió al castillo sintiéndose tan desdichado como se sintiera por la mañana al dejarlo. Ascendió con el Vermeer al piso decimocuarto. Virginia no estaba en su *boudoir*. Bajó al piso décimo pero tampoco estaba en el salón de billar.

Descendió hasta el segundo pero tampoco estaba ni con el manicuro ni con el masajista. En un repentino acceso de recelo descendió al sub sótano y fue casi corriendo a ver si estaba en el laboratorio con Pedro; el laboratorio estaba vacío. Un ratón chilló en la jaula, y detrás del vidrio del acuario una de las añosas carpas se deslizó lentamente de la sombra a la luz y de la luz a la verdosa sombra otra vez. El señor Stoyte volvió presuroso al ascensor, se encerró con él aquel ensueño holandés de la vida cotidiana, misteriosamente elevado a la altura de la perfección matemática, y oprimió el superior de los veintitrés botones.

Llegado a su destino, el señor Stoyte corrió la puerta del ascensor y miró al través del entrepaño de vidrio de la segunda puerta.

El agua de la piscina estaba perfectamente tranquila. Por entre la crestería, las montañas habían adquirido la riqueza vespertina de luz dorada y sombras de índigo. El cielo estaba raso y era de un azul transparente. Una bandeja con vasos y botellas había sido colocada en la mesa de hierro que se encontraba al otro extremo de la piscina, y detrás de la mesa se hallaba uno de los canapés bajos en que el señor Stoyte solía tomar los baños de sol. Virginia estaba acostada en el canapé, como si se hallara bajo los efectos de un anestésico, los labios entreabiertos, los ojos cerrados, un brazo fláccidamente caído y la mano en el suelo con la palma hacia arriba, como flor negligentemente arrojada y olvidada. Medio oculto por la mesa estaba el doctor Obispo, el Claudio Bernard de la materia, mirándola a la cara con expresión de curiosidad científica ligeramente divertida.

La primera acometida de irrefrenable furia del señor Stoyte estuvo a punto de frustrar su propio móvil homicida. Con gran esfuerzo contuvo el impulso de gritar, de arremeter precipitadamente desde el ascensor, blandiendo los puños y echando espumarajos de rabia. Trémulo ante la presión interior de furor y odio contenidos, se palpó los bolsillos de la chaqueta. Sólo encontró en ellos una carraca de juguete y dos paquetes de goma de mascar, restos de la distribución de regalos en el hospital. Por primera vez desde hacía varios meses había olvidado la automática.

Durante unos segundos el señor Stoyte permaneció indeciso, sin saber qué partido tomar. ¿Acometería desde allí, como había sido su primer impulso y lo mataría con las simples manos? ¿O iría abajo en busca de la pistola? Al fin se decidió por ir en busca de la pistola. Oprimió el botón y el ascensor se deslizó silenciosamente por donde había venido. El señor Stoyte miró fijamente, sin ver, el cuadro de Veermer. Desde aquel su universo de belleza perfectamente geométrico, la joven dama vestida de satén azul volvía la cabeza para mirar hacia afuera, más allá de la cortina artísticamente plegada, por sobre el taraceado pavimento de blanco y negro para asomarse por la ventana del marco que la encuadraba a aquel otro universo en que el señor Stoyte y las criaturas a él semejantes mantenían sus disformes y desaliñados seres.

El señor Stoyte corrió a su dormitorio, abrió el cajón en que guardaba los pañuelos, registró con furia entre la seda y el cambric y nada encontró. Entonces le vino a la memoria: ayer por la mañana no se había puesto la chaqueta. La pistola la había tenido en el bolsillo trasero del pantalón. Luego había venido Pedersen para darle una sesión de gimnasia sueca. La pistola en el bolsillo trasero del pantalón resultaba por demás incómoda para los ejercicios de espaldas en el suelo. Así es que se la sacó, y la había puesto en la mesa escritorio de su despacho.

El señor Stoyte corrió de nuevo al ascensor, descendió cuatro pisos y corrió al despacho. La pistola estaba en el cajón superior de la derecha de la mesa escritorio; lo recordaba perfectamente.

El cajón superior de la derecha del escritorio estaba cerrado con llave. Lo mismo pasaba con los demás cajones.

—¡Maldita sea la mala perra! —gritó mientras asía los tiradores.

Cuidadosa y consciente de todos los detalles, la señorita Grogram, su secretaria, tenía la costumbre de cerrarlo todo antes de irse a casa.

Maldiciendo aún a la señorita Grogram, a quien en aquel momento aborrecía casi con la misma intensidad que aborrecía a aquel cochino de allá de la azotea, el señor Stoyte volvió corriendo al ascensor. La portezuela estaba cerrada. Durante su ausencia en el despacho, alguien habría oprimido el botón de llamada desde algún otro piso. A través de la cerrada portezuela percibía el leve zumbido del motor. El ascensor se encontraba funcionando. Sólo Dios sabía cuánto tiempo habría de esperar.

El señor Stoyte exhaló un inarticulado berrido, se lanzó apresuradamente por el corredor, volvió a la derecha, abrió una puerta oscilante, giró a la derecha otra vez y se encontró ante la cancela del ascensor de servicio. Apretó la manija y tiró de ella. Estaba cerrada. Oprimió el botón de llamada. No hubo respuesta. El ascensor de servicio estaba también en uso.

El señor Stoyte se volvió por el corredor, pasó por la puerta oscilante, después por otra puerta oscilante. Como espiral enroscada alrededor del hueco central que se hundía sesenta metros en las profundidades de las bodegas, la escalera ascendía y descendía. El señor Stoyte empezó la ascensión. Sin aliento cuando sólo había ascendido dos pisos, corrió nuevamente a los ascensores. El de servicio estaba aún en uso; pero el otro respondió a la llamada del botón. Descendiendo de allá de las alturas vino a pararse frente a él. El pestillo de la puerta se abrió automáticamente. Tiró de él para abrir la puerta y penetró en el ascensor. La joven dama vestida de satén ocupaba aún su posición de equilibrio en un universo perfectamente calculado. La distancia entre su ojo izquierdo y el lado izquierdo del cuadro era con respecto a su distancia del lado derecho, lo que uno es con respecto a la raíz cuadrada de dos menos uno; y la distancia entre el mismo ojo y el borde inferior del cuadro era igual a su distancia del lado izquierdo. Por lo que se refiere al nudo de cintas de su hombro derecho, se

encontraba éste precisamente en el ángulo de un cuadrado imaginario de lado igual a la mayor de las dos doradas secciones en que se dividía la base del cuadro. Un profundo pliegue de la falda de satén marcaba la posición del lado derecho del cuadrado y la tapa del clavicordio marcaba el superior. Los tapices del ángulo superior derecho se extendían exactamente hasta un tercio de la anchura del cuadro y tenían el borde inferior a una altura igual a la base. Empujado hacia adelante por los sombríos acres del fondo, el satén azul topaba con el blanco y negro del enlosado pavimento para ser empujado hacia atrás, con lo que venía a quedar suspendido en la mitad del cuadro, como pieza de acero entre dos imanes de signo opuesto. Dentro del marco, nada difería; el reposo de aquel mundo no era la mera inmovilidad de la pintura antigua y del lienzo; era también el animado reposo de la perfección consumada.

—¡La mala perra! —continuaba el señor Stoyte gruñendo para sí, y luego, turnando con el recuerdo de la secretaria, el del doctor Obispo, ¡el cochino!

El ascensor se detuvo. El señor Stoyte salió disparando por el corredor, en dirección a la oficina vacía de la señorita Grogram. Creía saber dónde ella guardaba las llaves; pero luego resultó que estaba equivocado. Estaban en algún otro sitio; pero ¿dónde?, ¿dónde? El contratiempo soliviantó su rabia hasta el frenesí. Abrió los cajones y arrojó su contenido por el suelo, esparció por la habitación los papeles nítidamente ordenados, volcó el dictáfono y llegó hasta el extremo de molestarse en vaciar los estantes, derribar las macetas de pamporcinos y la pecera de peces dorados del Japón que tenía la señorita Grogram sobre el alféizar de la ventana. Entre los vidrios rotos y los libros de consulta relucían escamas coloradas. Una colita transparente aparecía salpicada de tinta. El señor Stoyte agarró una botella de goma y con toda su fuerza la arrojó entre los moribundos peces.

—¡Perra! —gritó—. ¡Mala perra!

Luego, de improviso, descubrió las llaves que colgaban en aseado manojo de un ganchito junto a la chimenea, en donde se acordó de pronto que las había visto millares de veces anteriormente.

—¡Perra! —gritó con redoblada furia apoderándose de ellas. Corrió presuroso hacia la puerta deteniéndose sólo para tirar la máquina de escribir fuera de la mesa de un empellón. Cayó con estrépito en medio de un caos de papeles rotos, goma y peces de color. Eso era lo que se merecía la mala perra, iba reflexionando el señor Stoyte con júbilo de maníaco mientras corría al ascensor.

CAPÍTULO X

BARCELONA había caído.

Pero aun cuando no hubiera caído, aun cuando jamás hubiera sido sitiada, ¿qué más daba?

Semejante a cualquier otra comunidad, Barcelona era máquina en parte, en parte organismo subhumano, en parte proyección de enorme pesadilla y personificación de las pasiones y las locuras de los hombres; de su avaricia, de su orgullo, de su ansia de poder, de su obsesión por las palabras insensatas, de su culto a los ideales insanos.

Tomada o no tomada, toda ciudad, toda nación, tiene su asiento en el plano de la ausencia de Dios. Su ser reside en el plano de la ausencia de Dios, y está por lo tanto predestinado al propio y perpetuo embrutecimiento, al perennemente reiterado designio de propia destrucción.

Barcelona había caído. Pero incluso la prosperidad de las sociedades humanas no es más que un continuo y gradual proceso de catastrófica caída. Quienes construyen la fábrica de la civilización son los mismos que la socavan. Los hombres son termitas de sí mismos durante todo el tiempo en que se empeñan en no ser sino hombres.

Se alzan torres, palacios, templos, viviendas, talleres; pero la entraña de cada uno de sus maderos está corroída y hecha polvo aun desde el momento de su colocación, sus vigas carcomidas, sus pisos desgastados bajo los pies.

¡Qué de poesía, cuán magníficas estatuas; pero al borde de la guerra del Peloponeso! ¡He aquí que el Vaticano se cubrió de pinturas; sólo a tiempo para el saqueo de Roma! ¡Y la *Heroica* se compuso; pero fue para un héroe que resultó no ser sino un bandido más! ¡Y la naturaleza del átomo quedó aclarada y fue por los mismos físicos que se aprestaron en tiempos de guerra a perfeccionar las artes del crimen!

En el plano de la ausencia de Dios, los hombres no pueden hacer otra cosa que destruir lo que anteriormente construyeran; destruir incluso mientras construyen; construir con los elementos de la destrucción.

La locura estriba en no reconocer los hechos; en permitir que el deseo engendre los pensamientos; en concebir las cosas de otra manera de como realmente son; en empeñarse en alcanzar los fines deseados por caminos que innumerables tentativas anteriores han mostrado como inapropiados.

La locura estriba, por ejemplo, en creerse a sí mismo un alma, una entidad humana coherente y permanente. Mas entre el animal que se extiende por debajo y el espíritu que se extiende por encima, en el nivel humano nada hay más que un enjambre de constelados impulsos, sentimientos y nociones; enjambre compuesto de pensamientos y deseos incongruentes y, a menudo, contradictorios. La memoria y el

cuerpo lentamente cambiante constituyen una especie de jaula, espacio temporal en que el enjambre se encuentra encerrado. Considerarlo como si fuera un «alma» coherente y permanente es una locura. En el nivel estrictamente humano nada hay que pueda considerarse como una tal alma.

Constelaciones de pensamientos, gradaciones de sentimientos, filigranas de deseos. Y cada una de éstas se ha formado y está estrictamente determinada por la naturaleza de su fortuito origen. Nuestras «almas» tienen tan poco de «nosotros» que ni siquiera nos es posible formar la más remota idea de cómo «nosotros» reaccionaríamos ante el universo si no conociéramos idioma alguno, o incluso, si sólo desconociéramos el nuestro propio y particular. La naturaleza de nuestras «almas» y del mundo que habitan sería enteramente distinta de lo que es, si jamás hubiéramos aprendido a hablar, o si hubiéramos aprendido a hablar en esquimal en vez de nuestra lengua. La locura estriba, entre otras varias cosas, en imaginar que nuestra «alma» existe independientemente del lenguaje que diera la casualidad que aprendiésemos de nuestras nodrizas.

Cada diseño psicológico está determinado; y, dentro de la jaula de carne y memoria, el enjambre total de tales diseños no tiene más libertad de la que tiene cada uno de los miembros que lo componen. Hablar de libertad en relación con actos que se encuentran determinados en realidad es una locura. En el nivel estrictamente humano no hay acto alguno libre. El loco empeño en no reconocer los hechos como son, condena a los hombres al embrutecimiento de sus deseos y a la deformación o destrucción de sus vidas. A semejanza de las ciudades y de las naciones a que pertenecen, los hombres caen continuamente, destruyen sin cesar todo cuanto edifican. Pero mientras que las ciudades y las naciones obedecen a las leyes que entran en juego siempre que de grandes números se trata, no sucede así con los individuos. O por mejor decir, no sucede necesariamente; que aunque de hecho la mayor parte de los individuos se inclinan a la obediencia de tales leyes, no hay necesidad alguna que les constriña a permanecer exclusivamente en el nivel humano de la existencia. Tienen la potestad de pasar del nivel de la ausencia de Dios al de la presencia divina. Cada uno de los miembros del enjambre psicológico se encuentra determinado, y lo mismo sucede con la conducta del enjambre total. Pero allende el enjambre, y sin embargo, conteniéndolo e interpenetrándolo, se extiende la eternidad, presta y en espera de ofrecerse en la experiencia. Mas, para que la eternidad se ofrezca en la experiencia dentro de la jaula espacio temporal de cada ser humano, preciso es que el enjambre a que llamamos «alma» renuncie voluntariamente al frenesí de la propia actividad, deje campo libre, por decirlo así, para la otra conciencia no temporal, guarde silencio para posibilitar la emergencia de un silencio más profundo aún. Dios está completamente presente en la completa ausencia de lo que llamamos nuestra humanidad. No hay férrea necesidad alguna que condene al

individuo al fútil tormento de ser meramente humano. Incluso el enjambre a que llamamos alma tiene la facultad de inhibirse temporalmente de su insensata actividad, de ausentarse aunque sólo sea por un momento, a fin de que aunque sólo sea por un momento, pueda manifestarse la presencia divina. Dejad que la eternidad se ofrezca en la experiencia, permitid que Dios se manifieste lo bastante a menudo en ausencia de deseos, sentimientos y preocupaciones humanas: el resultado será la transformación de la vida que es menester vivir en los intervalos, en el nivel humano. Incluso el enjambre de nuestras pasiones y opiniones es susceptible a la belleza de la eternidad; y por ser susceptible a ella, deja de estar satisfecho con su propia fealdad; y por dejar de estarlo, acomete su propia transformación. El caos da lugar al orden; pero no al orden arbitrario puramente humano que se deriva de subordinar el enjambre a algún «ideal» monomaniático, sino un orden en que se refleja el verdadero orden del mundo. La servidumbre da lugar a la libertad; pues la elección no está ya bajo el dictado de los accidentales acaecimientos de la pasada historia, sino que se determina teleológicamente a la luz del conocimiento directo de la naturaleza de las cosas. La violencia y la pura inercia dan lugar a la paz; pues que la violencia y la inercia no son otra cosa que las fases alternas de monomanía y depresión de la cíclica insanía que consiste en considerar el ego y a sus proyecciones sociales como entidades reales. La paz es la actividad serena que se origina del conocimiento de que nuestras «almas» son ilusorias y sus creaciones insanas, de que todos los seres están potencialmente unidos en la eternidad. La compasión es un aspecto de la paz y resulta del mismo acto del conocimiento.

Al subir hacia el castillo a la puesta del sol, Pedro iba pensando con una especie de tranquilo alborozo en todo cuanto el señor Propter le había dicho. Barcelona había caído. España, Inglaterra, Francia, Alemania, América, todas caían; caían aun en los momentos en que parecían alzarse; destruían lo que habían construido en el mismo acto de su construcción. Pero todo individuo tiene la facultad de detenerse en la caída, de dejar de destruirse a sí mismo. La solidaridad con el mal es facultativa, no obligatoria.

Al salir del taller de carpintería, Pedro había preguntado al señor Propter si tendría inconveniente en decirle cómo debería proceder.

El señor Propter lo había mirado de hito en hito.

—Si es que quiere —le había dicho—, es decir, si es que usted *realmente* lo quiere…

Pedro inclinó la cabeza en silencio.

El sol se había puesto; y en aquel momento el crepúsculo era la encarnación de la paz; de la paz de Dios, según Pedro se decía a sí mismo mirando al otro lado de la llanura a las lejanas montañas; de la paz que se extiende allende todo entendimiento. La idea de apartarse de tan delicada belleza era insoportable. Al entrar al castillo se

fue derecho hacia el ascensor; llamó la jaula que se hallaba por allá por las alturas; se encerró con el Veermer y apretó el superior de los botones. Allá arriba, en lo más alto del alcázar, se hallaría en el corazón mismo de aquella paz celestial.

El ascensor se detuvo. Abrió las portezuelas y salió. En la piscina se reflejaba una luminosa tranquilidad. Giró la vista desde el agua hacia el cielo y desde el cielo a las montañas; luego anduvo rodeando la piscina para asomarse al pretil del otro lado.

—¡Vete! —dijo de improviso una voz apagada.

Pedro se estremeció violentamente, se volvió y vio a Virginia echada en la sombra casi a sus pies.

—¡Vete! —repitió la voz—. ¡Te aborrezco!

—Lo siento —tartamudeó él—. No sabía…

—¡Oh, es usted! —Abrió ella los ojos y a la luz tenue vio él que había llorado—. Creía que era Segis. Fue a traerme un peine para peinarme. —Guardó silencio por un momento; luego, de repente, prorrumpió—: ¡Soy tan desgraciada, Pedro!

—¿Desgraciada? —la palabra y el tono en que la pronunciara habían hecho añicos la paz de Dios. Acongojado por amorosa ansiedad se sentó junto a ella en el canapé. (Bajo la salida de baño no pudo por menos de notar que ella no parecía llevar ropa alguna.)— ¿Desgraciada?

Virginia se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar.

—¡Ni siquiera a Nuestra Señora —balbuceó en la incoherencia de sus pesares— ni a ella se lo puedo decir! ¡Me siento tan despreciable!…

—¡Querida! —dijo él con voz suplicante, como si le rogara que fuera feliz. Comenzó a acariciarle los cabellos—. ¡Querida mía!

De repente se produjo una violenta conmoción al otro lado de la piscina: la cancela del ascensor se abrió con estrépito; sonó un inarticulado aullido de rabia. Pedro volvió la cabeza a tiempo para ver al señor Stoyte que se precipitaba hacia ellos, llevando algo en la mano; algo que casi podría haberse tomado por una pistola automática.

Se había medio levantado cuando el señor Stoyte disparó. Al llegar dos o tres minutos después el doctor Obispo, con el peine para Virginia, se encontró con el anciano de rodillas que procuraba restañar la sangre que aún manaba de dos heridas, limpia y reducida la una, cavernosa la otra, que había producido la bala al atravesar la cabeza de Pedro. Acurrucada a la sombra de los pretiles, la Nena rezaba.

—Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén —repetía una y otra vez con toda la premura que le permitían los sollozos. De vez en cuando se veía acometida por un acceso de náuseas, que interrumpía las oraciones por un momento; luego continuaba donde mismo se interrumpiera—… por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén. Santa María madre de Dios…

El doctor Obispo abrió la boca para proferir una exclamación, la volvió a cerrar y murmuró:

—¡Cristo! —luego se apresuró a pasar silenciosamente al otro lado de la piscina.

Antes de manifestar su presencia, tuvo la precaución de recoger la pistola y metérsela en el bolsillo. Siempre era mejor estar prevenido. Entonces llamó al señor Stoyte. El anciano dio un respingo y una horrible expresión de terror apareció en su semblante. El temor cedió a una sensación de consuelo al darse cuenta de quién era el que lo llamaba.

—Gracias a Dios que viene usted —dijo; entonces se acordó de que era a él a quien había querido matar. Pero aquello había sido un millón de años hacía y a millones de kilómetros de distancia. El hecho urgente próximo e inmediato no era ya la Nena, ni el amor ni la cólera; era el miedo y aquello que yacía en el suelo.

—Tiene usted que salvarlo —dijo en un bronco susurro—. Podemos decir que fue un accidente. Le pagaré lo que quiera. Lo que sea razonable —le impulsó a decir un antiguo reflejo—. Pero tiene usted que salvarlo.

Penosamente se enderezó sobre los pies e hizo señas al doctor Obispo para que ocupara su puesto.

El único movimiento del doctor Obispo fue de retirada. El anciano estaba cubierto de sangre y él no tenía ganas de echar a perder un traje que le costaba noventa y cinco dólares.

—¿Salvarlo? —repitió—. ¡Usted está loco! Mire los sesos echados en el suelo.

A la sombra detrás de él, Virginia interrumpió el musitar de sus oraciones para proferir un chillido.

—¡En el suelo! —continuó gimiendo—. ¡En el suelo! —El doctor Obispo se volvió fieramente.

—Cállate. ¿Me oyes?

Los gritos cesaron inmediatamente; pero unos segundos después se produjo un ruido de violentas arcadas; y luego:

—Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén. Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores…

—Si es que hemos de salvar a alguien —continuó el doctor Obispo— me parece que habrá de ser a usted. ¡Y créame —añadió con énfasis, descansando el cuerpo sobre la pierna izquierda y señalando el cuerpo yacente con la punta del pie derecho —, que lo va usted a necesitar! Es algo así como amanecer asfixiado o poner pies en polvorosa.

—Pero ha sido un accidente —protestó el señor Stoyte con desalentada ansiedad —. Quiero decir que fue una equivocación. No tuve nunca la intención de tirarle a él. Mi intención era… —Se interrumpió y se quedó callado, moviendo la boca como si

tratara de tragarse alguna palabra no proferida.

—Su intención era matarme a mí —dijo el doctor Obispo acabando la frase y sonriendo al mismo tiempo con la lupina expresión de buen humor, que le era característica, siempre que se trataba de una broma pesada y dolorosa. Y con la seguridad que le proporcionaba el conocimiento de que el buharrón estaba harto asustado para enfadarse y de que de todos modos tenía la pistola en el bolsillo, prolongó la broma diciendo sentenciosamente—: Eso es lo que se encuentra uno por andar fisgoneando.

—… ahora y en la hora de nuestra muerte, amén —cotorreó Virginia en el silencio que siguió—. Santa María, madre…

—Nunca tuve esa intención —reiteró el señor Stoyte—. No fue más que me volví loco. Estoy seguro de que ni siquiera me di cuenta de lo que hacía…

—Dígale eso al jurado —dijo el doctor Obispo sarcásticamente.

—Pero juro que fue así que no lo sabía verdaderamente —protestó el señor Stoyte. La voz se quebró grotescamente produciendo un chillido. El rostro se le puso blanco de miedo.

El doctor se encogió de hombros.

—Quizá sea así —dijo—; pero el no saberlo no cambia en nada eso. —Y se apoyó sobre una pierna, otra vez, para señalar con el pie elegantemente calzado en la dirección del cuerpo que yacía en el suelo.

—Pero ¿qué es lo que he de hacer? —casi gritó el señor Stoyte con angustia de terror.

—No me lo pregunte a mí.

El señor Stoyte hizo un movimiento para poner una mano implorante en la manga de su interlocutor; pero el doctor Obispo se retiró con viveza.

—No me toque —dijo—. ¡Mírese las manos!

El señor Stoyte se las miró. Los dedos gruesos y zanahoriformes estaban rojos; bajo las córneas uñas la sangre se había ya coagulado y secado como si fuera greda.

—¡Gran Dios! —murmuró—. ¡Oh, Dios mío!

—…y en la hora de nuestra muerte, amén. Santa María…

Al oír la palabra «muerte» el anciano se estremeció cual si hubiera recibido un latigazo.

—Obispo —comenzó de nuevo desalentado por el temor—. ¡Obispo! óigame; tiene usted que ayudarme; tiene usted que ayudarme —imploró.

—¿Después de que ha puesto usted cuanto estaba de su parte para hacerme eso? —y el zapato blanco y canela apuntó otra vez.

—¡Usted no dejará que me detengan! —lagoteó el señor Stoyte, abyecto de terror.

—Y ¿por qué no?

—Pero no es posible que usted haga eso —dijo casi gritando—, ¡no es posible!

El doctor Obispo se inclinó para asegurarse, en la tenue luz crepuscular, de que no había sangre sobre el canapé; luego, estirándose la raya del pantalón se sentó.

—Se cansa uno de estar derecho —dijo con tono de complaciente conversación.

El señor Stoyte continuó suplicando.

—Se lo pagaré con creces —dijo—. Tendrá usted todo cuanto quiera usted pedir. Todo cuanto quiera —repitió, sin referencia limitativa, esta vez, en lo razonable.

—¡Ah! —dijo el doctor Obispo—, ahora habla usted en plata.

—… madre de Dios —murmuraba la Nena—, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte, amén. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora…

—¡Eso es hablar en plata! —repitió el doctor Obispo.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

LLAMARON a la puerta de la pieza donde trabajaba Jeremías; el señor Propter fue quien entró. Jeremías notó que llevaba el mismo traje gris oscuro y la corbata negra que llevara en el funeral de Pedro. El traje ciudadano reducía su persona; parecía más pequeño que con el traje de trabajo, y, al mismo tiempo, parecía menos él Aquel su rostro curtido y de rasgos marcados (rostro de estatua colocada en lo alto de la fachada occidental de una catedral) resultaba curiosamente incongruente sobre el cuello almidonado.

—Supongo que no se le ha olvidado —dijo tan luego como se hubieron estrechado la mano.

Por toda contestación Jeremías señaló su chaqueta negra y su pantalón listado. Se les esperaba en Tarzana para la ceremonia de inauguración del nuevo Auditorium Stoyte.

El señor Propter miró al reloj.

—Aún nos quedan unos minutos antes de marchar. —Se sentó—. ¿Qué novedades hay?

—No pueden ser mejores —repuso Jeremías.

El señor Propter hizo un gesto de asentimiento.

—Ahora que se han marchado el pobre Jo y los otros, debe estarse aquí muy bien.

—Completamente solo con doce millones de dólares de curiosas antiguallas —dijo Jeremías—, lo paso divertidísimo.

—Qué poco que se hubiera usted divertido —dijo el señor Propter en actitud meditativa—, de haberse encontrado en compañía de las personas que produjeron todas esas curiosas antiguallas. Con el Greco, Rubens, Turner, Fra Angélico.

—¡Dios nos libre! —dijo Jeremías alzando las manos.

—Eso es lo que el arte tiene de encantador —continuó el señor Propter—; representa sólo un aspecto más agradable de los seres humanos de mayor talento. Por eso es por lo que jamás he podido creer que el arte de período alguno arroje mucha luz sobre la vida de tal período. Tomemos un marciano, enseñémosle una colección típica de Botticellis, Peruginos y Rafaeles. ¿Sería posible que dedujera de ellos las condiciones de vida que nos describe Maquiavelo?

—No, no sería posible —dijo Jeremías—. Pero, por otra parte, he aquí otra pregunta. Las condiciones descritas por Maquiavelo ¿eran acaso las condiciones verdaderas? No es que Maquiavelo dejara de decir la verdad. Lo que él describe sucedió realmente. Pero ¿lo creían los contemporáneos tan terrible como nos parece a nosotros ahora cuando lo leemos? A nosotros nos parece que habrían de encontrarse apenados por lo que sucedía. Pero ¿lo estaban?

—¿Lo estaban? —repitió el señor Propter—. Se lo preguntamos a los historiadores y, por supuesto, no les es dable responder porque es evidente que no existe medio de recopilar datos estadísticos referentes a la cantidad de felicidad, ni tampoco lo hay de comparar los sentimientos de gentes que viven bajo cierto sistema de condiciones con los de quienes viven bajo un sistema diferente por completo. Las verdaderas condiciones en cualquier momento dado son las condiciones subjetivas de las personas que vivieron entonces. Y el historiador carece de medios para averiguar cuáles fueron tales condiciones.

—Carece de otros medios que los de observar las obras de arte —dijo Jeremías—. Yo diría que éstas arrojan luz sobre las condiciones subjetivas. Tomemos uno de sus ejemplos. Perugino es contemporáneo de Maquiavelo. Ello significa que una persona por lo menos se las compuso para sentirse alegre durante todo un período ingrato. Y, si uno pudo, ¿por qué no muchos? —Se aclaró la voz con una tosecilla, para pronunciar una cita—: «El estado de un país jamás hizo a nadie dejar la comida».

—¡Máxima sólida! —dijo el señor Propter—. Pero recuerde usted que el estado de la Inglaterra del doctor Johnson en su peor aspecto, era excelente. ¿Qué diremos del estado de un país como China; o España? De un país en donde muchas veces no es posible dejar la comida por la simplísima razón de que no hay comida que dejar. Y, por otra parte, ¿qué decir de todas las veces en que se pierde el apetito en momentos en que todo marcha bien? —Hizo una pausa, sonrió en actitud interrogativa y luego sacudió la cabeza—. Hay momentos en que existe una gran cantidad de alegría como así también una gran cantidad de aflicción, otros en que parece no existir casi nada más que aflicción. Eso es lo que el historiador no dice en tanto que es historiador. En tanto que es teólogo, o metafísico, desde luego, continuará desbarrando como Marx o San Agustín o Spengler. —El señor Propter hizo un gesto de desagrado—. ¡Dios mío y que de palabrería nos han llegado a decir en los últimos miles de años! —agregó.

—Pero tiene también su encanto —insistió Jeremías—. Palabrería de buen género ciertamente…

—Soy lo bastante bárbaro para preferir el sentido —dijo el señor Propter—. Por eso si deseo una filosofía de la historia me dirijo al psicólogo.

—«El totem y el tabú» —interrogó Jeremías un tanto atónito.

—No, no —dijo el señor Propter mostrando una cierta impaciencia—, no esa clase de psicólogo. Me refiero al psicólogo religioso, al que conoce por experiencia directa, que el hombre es capaz de alcanzar la liberación y la iluminación. Él es el único filósofo de la historia cuyas hipótesis se han verificado experimentalmente; por lo tanto, es el único capaz de llegar a una generalización que comprenda los hechos.

—Y ¿en qué consisten sus generalizaciones? —dijo Jeremías—. ¿En lo mismo de siempre?

El señor Propter se echó a reír.

—En lo mismo de siempre —respondió—; las mismas ineludibles verdades, viejas y tediosas. En el nivel humano, el hombre vive en la ignorancia, el ansia y el temor. Ignorancia, ansia y temor que abocan en algunos transitorios placeres, en múltiples y permanentes dolores, en la final defraudación. La naturaleza del remedio es evidente las dificultades que se encuentran en el camino de su aplicación, casi insuperables. Hemos de escoger entre dificultades casi insuperables por una parte, y dolores y defraudaciones absolutamente ciertos por la otra. Mientras tanto, la hipótesis general subsiste como clave intelectual de la historia. Sólo el psicólogo religioso es capaz de hallar sentido alguno en Perugino y Maquiavelo, por ejemplo, o en todo esto —y señaló hacia los documentos Hauberk.

Jeremías hizo un guiño detrás de los quevedos y se palpó la calva.

—El verdadero erudito —dijo con su voz aflautada— ni siquiera desea hallar sentido en ello.

—Sí; siempre tengo propensión a olvidarme de eso —dijo el señor Propter un tanto tristemente.

Jeremías tosió.

—«Nos legó la doctrina del de enclítico» —citó de «Los Funerales del Gramático».

—Pero nos la legó con sus fines particulares —dijo el señor Propter abandonando su asiento—. Nos la legó sin tener en cuenta que la gramática que estudiaba era científica sin remedio, estaba acribillada de encubierta metafísica, y era, además, perfectamente provincial y anticuada. Bueno —añadió—, después de todo supongo que eso era cuanto se podía esperar.

Cogió del brazo a Jeremías y ambos anduvieron hacia el ascensor.

—¡Cuán curiosa figura es el bueno de Browning! —continuó atendiendo aún mentalmente al Gramático—. Una inteligencia tan de primera y, al mismo tiempo, tan mentecato. ¡Con toda esa descabellada jerigonza del amor romántico! Metiendo a Dios; en ello, colocándolo en el cielo, y hablando como si el matrimonio y las formas superiores del adulterio fueran idénticas a la visión beatifica. ¡Qué sandez! Pero, otra vez, era todo cuanto se podía esperar. —Suspiró—. Ignoro por qué —agregó después de una pausa— muchas veces me viene a la memoria aquella rima suya… ni siquiera me acuerdo a qué poema pertenece. Es aquella que dice: «Beso mi alma en la calina ardiente de la noche». ¡Vaya por Dios con mi alma en la calina ardiente! —repitió—. En verdad que prefiero mucho más a Chaucer cuando trata del asunto. ¿Recuerda usted? «Es tan folgada aquesta carpintería». ¡Tan delicadamente objetivo y libre de énfasis e inútil verbosidad! Browning está siempre divagando acerca de Dios; pero sospecho que se encontraba mucho más lejos de la realidad que Chaucer, aun cuando Chaucer no se acordara de Dios mientras podía evitarlo. Chaucer no tenía entre él y la eternidad más que sus apetitos. Browning tenía sus apetitos, amén de un enorme

fárrago de necedades; y lo que es más, necedades intencionadas. Pues, desde luego, ese falso misticismo no era pura y gratuita palabrería. Tenía un objeto. Vino él la existencia a fin de que Browning pudiera persuadirse de que sus apetitos estaban identificados con Dios. «Es tan folgada aquesta carpintería» —repitió mientras entraban en el ascensor y subían con el Veermer hasta el gran salón—. «¡Mi alma en la calina ardiente!». Es extraordinario ver cómo el modo de ser de toda nuestra existencia puede transformarse con sólo cambiar las palabras de que nos valemos para pensar en ella y para expresar lo que de ella pensamos. Flotamos en el lenguaje como los témpanos de hielo, con las cuatro quintas partes bajo la superficie y sólo una quinta sobresaliendo en el espacio libre de la experiencia inmediata no lingüística.

Atravesaron el salón. El coche del señor Propter estaba a la entrada de la puerta principal. Él se sentó al volante y Jeremías tomó asiento a su lado. Rodaron cuesta abajo por el curvo camino; pasaron los mandriles, la ninfa de Giambologna y la gruta; cruzaron el rastrillo y el puente levadizo.

—Me acuerdo muy a menudo de ese pobre muchacho —dijo el señor Propter rompiendo un prolongado silencio—. ¡Quién había de pensar que muriera tan de improviso!

—Yo no tenía la más leve idea de que estuviera tan mal del corazón —dijo Jeremías.

—En cierto sentido —continuó el señor Propter— me siento responsable de lo que ha sucedido. Le pedí que me ayudase en el taller de carpintería. Le hice trabajar demasiado rudamente, por lo que me parece; si bien él me aseguró que no había nada que temer por su parte. Debí de haber comprendido que el muchacho tenía su vanidad; que era harto joven para admitir sin avergonzarse que no le era posible hacerla. Sufre uno las consecuencias de su insensibilidad y desconocimiento. Y también las sufren las personas respecto a las cuales es uno insensible.

Pasaron por el hospital y atravesaron los naranjales en silencio.

—Hay una especie de falta de sentido en la muerte repentina y prematura —dijo al fin Jeremías—. Un a modo de despropósito especialmente agudo…

—¿Especialmente agudo? —preguntó el señor Propter—. No, no lo creo así. No tiene más de despropósito que cualquier otro humano evento. Si parece más fuera de propósito que cualquier otro, es sólo porque, de todos los eventos posibles, la muerte prematura es el más notoriamente en desarmonía con lo que nos imaginamos ser.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Jeremías. El señor Propter sonrió.

—Quiero decir lo que presumo que quiere usted decir —respondió—. Para que una cosa sea un despropósito, ha de haber algo con respecto a lo cual lo sea. En el caso presente ese algo es el concepto que tenemos de nosotros mismos. Nos creemos seres libres y capaces de propósito. Pero de vez en cuando sucede algo que es

incompatible con este concepto. Cuando algo así sucede, lo consideramos como un accidente y lo llamamos falto de sentido y fuera de propósito. Pero ¿de qué criterio nos valemos para juzgarlo así? El criterio es la imagen que nos trazamos de nosotros mismos en nuestra fantasía; el retrato altamente lisonjero del alma libre capaz de selección creativa y dueña de su sino. Desgraciadamente la imagen no guarda semejanza ninguna con la realidad humana ordinaria. Es la copia de lo que desearíamos ser y de lo que en verdad seríamos si nos tomáramos la necesaria molestia. Para un ser que es, en efecto, esclavo de las circunstancias, nada hay que esté especialmente fuera de propósito en la muerte prematura. Es una especie de suceso característico del universo en que actualmente vive; si bien no lo sea, desde luego, del universo en que neciamente se imagina vivir. Un accidente viene a ser el choque de un tren de acontecimientos en el plano del determinismo, con otro tren de sucesos en el plano de la libertad. Nos imaginamos que nuestra vida está llena de accidentes, porque nos imaginamos vivir nuestra humana existencia en el plano de la libertad. En realidad no es así. La mayoría de nosotros vivimos en el nivel de lo mecánico, donde los acontecimientos se suceden de acuerdo con las leyes de los grandes números. Lo que llamamos accidente y despropósito pertenece a la esencia misma del mundo en que preferimos vivir.

Enojado por haberse situado, con sus indiscretas palabras, en una posición que el señor Propter podía señalar como injustificablemente «idealista», Jeremías guardó silencio. Rodaron por un tiempo sin hablar.

—¡Qué funeral! —dijo Jeremías al fin; pues su mente crónicamente anecdótica, había vagado de nuevo hacia los hechos concretos, particulares y peregrinos de lo que se discutía—. ¡Parecía cosa tomada de Donald Firbank! —dejó escapar una risita—. Le dije al señor Habakkuk que sería preferible que inyectara vapor en las estatuas. Es terrible la falta de vitalidad que ofrecen al *tacto* —e hizo con la mano ahuecada un movimiento como si la pasara por una protuberancia de mármol imaginaria.

El señor Propter, que estaba pensando en la liberación, hizo una inclinación de cabeza y sonrió cortésmente.

—¡Y el doctor Mulge oficiando! —continuó Jeremías—. ¡Qué unción! No podría haber sido más oleoso ni en una catedral inglesa. Semejante a vaselina condimentada con oporto. Y la manera como dijo: «Yo soy la resurrección y la vida»; como si lo dijera de veras; como si él, Mulge, pudiera garantizarlo personalmente, por escrito, en forma de aval: el costo todo del funeral reembolsado en el otro mundo no alcanza a dar satisfacción completa.

—Es probable que incluso lo crea —dijo el señor Propter meditabundo—. En cierto modo, peregrinamente pickwickiano[15], por supuesto. Ello es verdad, ¿comprende usted?; pero uno obra insistentemente como si no lo fuera; es el hecho más importante de todo el universo, pero uno jamás piensa en ello mientras pueda

evitarlo.

—¿Y de qué manera cree usted en ello, pickwickianamente o no pickwickianamente? —preguntó Jeremías. Y como el señor Propter le contestara que no creía en aquella casa de resurrección y de vida, continuó con el tono del padre indulgente que sorprende a su hijo besando a la criada—: ¡Ajá! ¡Ajá! ¡Con que tenemos también una resurrección pickwickiana!

El señor Propter se echó a reír.

—Creo que pudiera ser así —dijo.

—En cuyo caso, ¿qué es lo que ha sido del pobre Pedro?

—Bueno, en primer lugar Pedro, como tal Pedro, no existe ya.

—¡Superpickwickiano! —exclamó Jeremías.

—Pero la ignorancia de Pedro —continuó el señor Propter—, sus temores, deseos y ansiedades… bueno, es muy posible que anden, en cierto modo, dando que hacer todavía por el mundo. Dando que hacer a todo y a todos, especialmente a sí mismos. A sí mismos en cualquiera forma que hayan tomado.

—Y si por un acaso Pedro no hubiera sido ignorante y concupiscente, ¿qué hubiera pasado entonces?

—Entonces, es evidente —continuó el señor Propter—, que nada quedaría que causara nuevas tribulaciones —y luego de un momento de silencio, citó la definición que Tauler diera de Dios—: «Dios es un ser separado de las criaturas, una potencia independiente, una función pura».

Viró el coche, conduciéndolo fuera del camino real, por una avenida de pimenteros que serpenteaba atravesando los verdes prados de la Universidad de Tarzana. El nuevo auditorium austeramente romántico se alzaba en frente. El señor Propter estacionó el viejo Ford entre los lustrosos Cadillacs, Chryslers y Packards alineados ante el edificio, y ambos entraron en él. Los reporteros fotógrafos que había a la entrada los miraron, y vieron, a la primera ojeada, que no eran ni banqueros, ni estrellas cinematográficas, ni abogados corporativos, ni dignatarios de iglesia alguna, ni senadores, y les volvieron la espalda despectivamente.

Los estudiantes se hallaban ya en su puesto. Bajo sus miradas, Jeremías y el señor Propter fueron introducidos pasillo abajo, a las filas de asientos reservados para los invitados distinguidos. Y ¡cuánta distinción! Allá en la primera fila estaba Sol R. Katzenblum, presidente de la Compañía Cinematográfica Incorporada Abraham Lincoln y una de las columnas del Rearme Moral; junto a él estaba el obispo de Santa Mónica; allí también se hallaba el señor Pescecagniolo, del Banco del Far West. La gran duquesa Eulalia estaba sentada junto al senador Bardolph; Y en la próxima fila había dos de los hermanos Engels, y Gloria Bossom, que conversaba con el contraalmirante Shotoverk. El ropón anaranjado y la barba permanentemente ondulada pertenecía a Swami Yogalinga, fundador de la Escuela de la Personalidad.

Junto a él se encontraba el vicepresidente de los Petróleos Consol y la señora de Wagner…

De pronto el órgano prorrumpió, a todo fuelle, en el Himno de Tarzana. La procesión académica penetró en fila. Dos a dos, de toga, muceta, birreta y borla, pasaron pasillo abajo y plataforma arriba, los doctores en teología, en filosofía, en ciencia, en leyes, en letras, en música. Sobre la plataforma les habían sido preparados los asientos formando un amplio arco junto al declive del fondo. En el centro del escenario había un facistol junto al cual se hallaba el doctor Mulge. No es que hubiera de leer, desde luego; pues el doctor Mulge se vanagloriaba de su capacidad de hablar indefinidamente sin una sola nota. El facistol estaba allí para ofrecerle un íntimo punto de apoyo; para que pudiera agarrarlo y sostenerse echándose hacia atrás; para ser golpeado con la palma de la mano en los momentos de énfasis, para que tuviera un punto del que marcharse en los momentos dramáticos y adonde volver después.

El órgano hizo mutis. El doctor Mulge dio comienzo a su discurso. Lo comenzó, por supuesto, haciendo referencia a la generosidad del señor Stoyte… La realización de un sueño… La concreción de un ideal en piedra… El Hombre de Visión… La visión de lo que Tarzana estaba destinada a ser en lo porvenir… El centro, el foco, la antorcha… California… Nueva Cultura, mayor riqueza científica, más elevada espiritualidad… (La voz del doctor Mulge moduló, pasando del bajón a la trompeta. De vaselina con un simple sabor de oporto se convirtió en alcohol graso sin diluir). Pero ¡ay! (y aquí la voz se suavizó hasta el saxofón y la lanolina), ¡ay!… Imposibilitado de estar hoy con nosotros… Un acontecimiento desgraciado e inesperado… Arrebatado en el umbral de la vida… Un joven colaborador en aquel campo científico que él podía asegurar, le era tan caro al señor Stoyte como el campo del servicio social y la cultura… La sorpresa… El corazón tiernamente exquisito bajo el a veces tosco exterior… Su médico le ha ordenado un completo e inmediato cambio de ambiente… Pero a pesar de la ausencia física, su espíritu… Lo sentimos hoy entre nosotros… Una inspiración para todos, tanto jóvenes como viejos… La antorcha de la Cultura… El Futuro… El Ideal… El espíritu del Hombre… Las grandes cosas llevadas ya a cabo… Dios en toda su potestad ha pisado nuestro claustro. Fortalecidos y guiados… Adelante… Avante… Arriba… Fe y Esperanza… Democracia… Libertad… El imperecedero legado de Washington y Lincoln… La gloria que fue Grecia renacida junto a las aguas del Pacífico… La bandera… La misión… El destino manifiesto… La voluntad de Dios… Tarzana…

Por fin se acabó. Sonó el órgano. La procesión académica desfiló de nuevo por el pasillo. Los distinguidos invitados se dispersaron tras ella.

Ya fuera, al sol, el señor Propter se vio abordado por la señora de Pescecagniolo.

—Me ha parecido un discurso maravillosamente inspirativo —dijo con

entusiasmo.

El señor Propter inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Me atrevería a decir que es el más inspirativo que jamás he oído. Y bien sabe Dios —dijo— que he oído una multitud de ellos en mi vida.

CAPÍTULO II

INCLUSO hasta Londres llegaba un poco de sol diluido, sol que se hacía más notorio y luciente conforme rodaban por entre la cada vez menos densa humareda de los suburbios, hasta que, al fin, en cierto punto cerca de Esther, se hallaron en la más radiante mañana de la temprana primavera.

Bajo una manta de pieles, el señor Stoyte se hallaba tendido diagonalmente de un lado al otro del asiento trasero del coche. Más bien en beneficio propio que en el de su médico, esta vez, había vuelto a los sedativos, y se le hacía difícil mantenerse despierto antes del almuerzo. Con espasmódicos estertores había dormitado casi desde el momento que salieron del Ritz.

Pálida, silenciosa y la mirada triste, pesando una infelicidad que cinco días de lluvia en el Atlántico y otros tres de nebulosidad en Londres en nada habían contribuido a mitigar, Virginia iba en el asiento delantero, absorta en pensamientos.

Al volante (pues había creído prudente no tomar chofer para esta expedición) el doctor Obispo iba silbando, y, a veces, incluso cantando en voz alta. Cantaba: *«Stretti, stretti, nell'estasi d'amor»* cantaba: «¿Cree usted que un traguito nos haga algún mal?»; cantaba: «Soñé que pisaba salones de mármol». Su alegría se debía en parte al buen tiempo. El tiempo primaveral, según se decía él, era un tiempo único para jiras; como asimismo lo era para la celidonia menor, la anémona, de cualquier clase que fuera y la prímula en los prados. ¡Sorprendente flora intestinal! Lo que le traía a las mientes la segunda razón para estar satisfecho de la vida. A la sazón iban de camino para ver a las dos ancianas Hauberk; de camino, tal vez, para encontrarse con algo interesante acerca del quinto conde, algo que fuera significativo con respecto a la relación existente entre la senilidad, los esteroles y la flora intestinal de la carpa.

Con recancanilla de ópera prorrumpió en nuevos cantos.

—Sooñé que pisaaaba salones de máááármol —proclamó nuevamente— seguiiido de sééquito fiel; y que era de todos los allíííí reunidos, la gloria y la preeez.

Virginia, que había permanecido sentada junto a él, casi insensible de dolor, se volvió movida por repentina exasperación.

—¡Oh, por todos los santos! —profirió casi gritando e interrumpiendo un silencio que había durado todo el camino desde Kingston-on-Thames—. ¿No te callarás?

El doctor Obispo no hizo caso de sus protestas.

—Soñé que tenía riquezas sin cuento —continuó cantando (y reflexionó con íntima satisfacción mientras cantaba que lo que decía era actualmente verdad). No, no era que fueran sin cuento; aquello así tal y como sonaba era una exageración. Sólo para pasarlo bonitamente. Lo bastante para darle estabilidad y los medios de

continuar sus investigaciones sin desperdigar el tiempo con una multitud de enfermos que valía más que se hubieran muerto. Doscientos mil dólares en efectivo metálico y cuatro mil quinientos acres de terreno en el valle de San Felipe, terreno que el tío Jo le había jurado estaba a punto de obtener agua para irrigación. (¡Y como no fuera verdad, voto a tal! se la iba a hacer sudar al viejo buharrón con creces). «Insuficiencia cardíaca producida por miocarditis de origen reumático». Fácil le hubiera sido pedir mucho más de doscientos mil dólares por aquel certificado de defunción. Especialmente teniendo en cuenta que no había sido el único servicio que había prestado. ¡No, señor! Había quedado todo el revoltillo para arreglar. (El traje de noventa y cinco dólares color café con leche quedó completamente hecho una ruina, después de todo). Había habido que mantener a los criados a distancia; poner a la Nena en cama con un buen jeringazo de morfina; que obtener permiso para proceder a la cremación del cadáver, del paciente más próximo, una hermana que vivía, gracias a Dios, con estrechez y nada menos que en Pensacola, Florida, por lo que, afortunadamente, no podía costearse el viaje a California para el funeral. Y luego (lo más dificilillo de todo) había habido que buscar un agente de pompas fúnebres con la suficiente falta de honradez; que descubrir un posible bribón; que mantener una entrevista llena de veladas insinuaciones acerca de la conveniencia de ocultar un infortunado accidente y de ser una cuestión en que el dinero era lo de menos; y luego, cuando el individuo le hubo espetado su mojigato discursito acerca de considerar un deber ayudar a uno de los primeros ciudadanos para evitar la desagradable publicidad, el brusco cambio de actitud, la exposición en términos comerciales de los hechos ineludibles y de los necesarios engaños y negociaciones conducentes a la fijación del precio. Al final, el señor Pengo había convenido en pasar inadvertidas los orificios del cráneo de Pedro por la módica cantidad de veinticinco mil dólares.

—Soñé que tenía riqueeezas sin cueeento, y que era mi alcuuurnia ducal.

Sí, reflexionaba el doctor Obispo mientras cantaba, decididamente podría haber pedido mucho más. Pero ¿para qué? Él era un hombre razonable; casi diría que un filósofo; modesto de ambiciones, carente de interés en los éxitos mundanales y de gustos tan sencillos que, los que más le dominaban, fuera de la esfera de la investigación científica, le era dable satisfacerlos en la mayoría de los casos prácticamente sin gasto alguno, e, incluso a veces, con neto beneficio, como cuando la señora de Bojanus le dio aquella cigarrera de oro en prueba de estimación, o aquel otro caso de la boonadura de perlas de Josefina, o el de los gemelos de esmalte verde con su monograma de diamantes de la pequeña… ¿cómo se llamaba?

—Pero aún mayor goozo me causó sooñar —cantó alzando la voz para esta final afirmación y adornándola con un apasionado trémolo—, que por mí sentííías amor sin iguaaal, que por mí sentííías amor sin iguaaal, que por mí sentías —repitió, dejando de mirar el camino de Portsmouth para atisbar con las cejas arqueadas y además

divertido e irónicamente inquisitivo, el rostro apartado de Virginia— amoor sin iguaaal —y por cuarta vez, con tremendo énfasis emotivo— que por mí sentí… ias amoor sin iguaaal.

Lanzó a Virginia otra mirada. Ella miraba fijamente hacia adelante, con el labio inferior entre los dientes, como si se sintiera dolorida pero estuviera determinada a no dejar escapar exclamación alguna.

—¿Es verdad lo que soñé? —su sonrisa era lupina.

La Nena no respondió. En el asiento trasero el señor Stoyte roncaba como un pachón.

—¿Sientes por mí amooor sin iguaaal? —insistió apartando el coche a la derecha al paso que hablaba y acelerando para pasar delante de una fila de camiones militares.

La Nena se soltó el labio y dijo:

—¡Te mataría!

—Claro que me matarías —convino el doctor Obispo—; pero no lo harás. Porque me aaamas demasiado… O, por mejor decir —añadió con sonrisa más jubilosamente canina a cada palabra—, no me aaamas a *mí*, aa… amas —se detuvo por un instante —; bueno, pongámoslo de una manera más poética porque la poesía nunca está de más, ¿no te parece?, tú amas el amoo… or. Tanto le aaamas que cuando llega el momento no te es posible despedirme a coscorrones. Porque, sientas lo que sientas por mí, soy el chico que te produce el aaamoo…or. —Echó a cantar de nuevo—. Soñé que mataaaba la ga…aa… ansa, que puuuso los huevos de oo… oro.

Virginia se tapó los oídos con las manos, esforzándose por cerrarlos al sonido de su voz; el sonido de la monstruosa verdad. Porque, desde luego, era verdad. Incluso después de la muerte de Pedro, aun después de haberle prometido a Nuestra Señora que no volvería nunca, nunca más a suceder… bueno, había sucedido.

El doctor Obispo continuó improvisando.

—Y que asíííí me quedééé sin excuuu…sa, de mis pieeer…nas mooostrar en el cooo…oro.

Virginia apretó fuertemente los dedos contra los oídos. Había sucedido, aun cuando ella se había negado, aunque se puso furiosa con él, aunque luchó con él, aunque le arañó. Él no había hecho más que reírse y seguir adelante; y luego, de repente, se sintió demasiado cansada para luchar ya. Demasiado cansada y demasiado apenada. Él se salió con la suya; y lo terrible era que parecía ser lo que ella quería; o, por mejor decir, lo que su desdicha quería; pues su aflicción se había aliviado por un tiempo; le había sido posible olvidar la sangre; Le fue posible dormir. A la mañana siguiente se había despreciado y aborrecido a sí misma más que nunca.

—Poseía grutas, poseía cirios y qué me sé yo —continuó hablando—: y eso por no mencionar fetiches, reliquias, mantras, ruedas de oraciones, monsergas, paramentos. Pero aún mayor gozo me causó soñar —abrió la boca y dejó escapar los

más sonoros trémolos— que por mí sentíííías amooor sin igual, que por mí sentíííías… íí… íí… íías… amoor sin…

—¡Calla! —gritó Virginia con toda la fuerza de su voz. El tío Jo se despertó con sobresalto.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó.

—No le gusta que cante —dijo el doctor Obispo volviendo la cabeza hacia él—. Sabe Dios por qué. Tengo una bonita voz. Especialmente bien adaptada para un auditorio reducido como el de este coche. —Se echó a reír de la mejor gana. Las cabriolas de la Nena mientras vacilaba entre Priappo y la Gruta Sagrada le proporcionaban la más exquisita diversión. Paralelamente con el tiempo las prímulas de los prados y la perspectiva de saber algo decisivo acerca de los esteroles y la senilidad, motivaban la efervescencia de su buen humor.

Eran alrededor de las once y media cuando llegaron a su destino. La casa de guardia estaba vacía; el doctor Obispo tuvo que apearse para abrir la cancela por sí mismo.

Pasada la verja, la hierba crecía en el camino y el parque había sucumbido al escualor de la naturaleza abrupta. Árboles caídos, desarraigados por alguna tormenta, yacían, pudriéndose, donde cayeran. Sobre los troncos vivos crecían grandes hongos, semejantes a descoloridos bollos. Los ornamentales macizos se habían convertido en selvas en miniatura, impenetrables de zarzas. Posado sobre un altozano que dominaba la calzada, el templete griego estaba en ruinas. Dieron la vuelta, siguiendo la curva, y al otro lado apareció la casa, de la época del primer Jacobo por un extremo y con extraños aditamentos góticos por el otro. El seto de tejo había crecido hasta formar altos muros de hirsuto verdor. La posición de lo que una vez fueran macizos de flores, estaba marcada por verdes círculos de lampazos, óvalos y medias lunas de cardos y de ortigas. Por entre la crecida hierba del prado largamente descuidado, emergían los arquillos de croquet cubiertos de herrumbre.

El doctor Obispo paró el coche frente a la escalinata principal y se apeó. Mientras se apeaba, una muchachita como de unos ocho o nueve años, salió corriendo de un túnel que había cerca del tejo. A la vista del automóvil y sus ocupantes, la niña se detuvo e inició un movimiento de retirada; pero luego, más confiada después de una segunda ojeada, avanzó.

—Mira lo que tengo —dijo en un inglés meridional de segunda categoría, mostrando una careta antigás con la trompa para abajo y medio llena de prímulas y mercurial.

El doctor Obispo rio regocijado.

—¡Ajá! —exclamó—. ¡La has tomado en el sotillo! —Acarició el cabello de estopa de la cabeza de la niña—. ¿Cómo te llamas?

—Milita —contestó la chiquilla; y luego añadió con acento de presunción—; hoy

hace cinco días que no he ido de vientre.

—¿Cinco días?

Milita cabeceó triunfalmente.

—Abuelita dice que me tendrá que llevar al médico. —Volvió a cabecear y le sonrió con la expresión de quien no ha hecho sino anunciar su próximo viaje a Balí.

—Bueno, me parece que tu abuelita tiene razón —dijo el doctor Obispo—. ¿Vive tu abuelita aquí?

La niña hizo una señal afirmativa.

—Está en la cocina —contestó; y añadió fuera de propósito—: Es sorda.

—¿Y la señora Juana Hauberk? —continuó el doctor Obispo—. ¿Vive ella también aquí? Y la otra… la señora Ana, ¿verdad?

La muchachita cabeceó otra vez. Luego apareció en su rostro una expresión de pícara travesura.

—¿Sabe lo que hace la señora Ana? —preguntó.

—¿Qué es lo que hace?

Milita le hizo una señal con la mano a fin de que se agachara para poder hablarle al oído.

—Hace ruidos con la barriga —musitó.

—¡Qué me dices!

—Como los pajaritos cuando cantan —añadió la muchacha poéticamente—. Los hace después de comer.

El doctor Obispo acarició otra vez su estoposa cabeza y le dijo:

—Quisiéramos ver a la señora Ana y a la señora Juana.

—¿Verlas? —repitió la pequeña con un tono rayano en la alarma.

—¿Crees que podría pedirle a tu abuelita que nos acompañara?

Milita sacudió la cabeza.

—No querrá hacerla. Abuelita no quiere dejar que nadie entre. Un día vinieron unos hombres para esto —y levantó la careta antigás—. La señora Juana se enfadó tanto que me asusté. Pero luego cuando rompió la lámpara con el bastón, sin querer, ¿comprende? ¡Pataplán! Todos los vidrios se hicieron trizas por el suelo. Entonces me hizo reír.

—¡Brava muchacha! —dijo el doctor Obispo—. Y ¿por qué no te hemos de hacer reír nosotros también?

La niña le miró con suspicacia.

—¿Qué quiere usted decir?

El doctor Obispo puso la expresión conspiratoria y bajó la voz hasta el susurro.

—Quiero decir que nos podrías dejar entrar por una de las puertas excusadas, y nosotros iríamos de puntillas, así —e hizo una demostración sobre la grava—. Y entonces entraríamos de repente en la habitación donde ellas están y les daríamos una

sorpresa. Y entonces, es posible que la señora Juana haga trizas otra lámpara y todos nosotros reiremos a más y mejor. ¿Qué dices a eso?

—Abuelita se enfadaría muchísimo —dijo la niña con indecisión.

—No le diremos que has sido tú.

—Pero ella lo descubrirá.

—¡Qué lo ha de descubrir! —dijo el doctor Obispo confiadamente; y luego cambiando de tono añadió—: ¿Te gustan los confites?

La chiquilla le miró en blanco.

—Estupendos confites —dijo como relamiéndose; pero entonces se acordó de repente que, en aquel maldito país, los confites no se llamaban confites. ¿Cómo diablos se llamaban? Se acordó—. ¡Dulces estupendos! —Corrió al coche y volvió con una caja de bombones de valioso aspecto, que compraron para el camino por si Virginia se sentía con ganas. Levantó la tapa, dejó que la chiquilla la husmeara un momento y luego la cerró otra vez—. Déjanos entrar y todos para ti.

Cinco minutos después se abrían camino por una ventana ojival del extremo milochocentista de la casa. En la penumbra interior se notaba olor de polvo, de madera corroída y de bolas de naftalina. Poco a poco, conforme los ojos se hicieron a la oscuridad, fueron apareciendo a la vista una mesa de billar revestida, una chimenea sobre cuya cornisa había un reloj dorado, una librería con las novelas de Weverley encuadernadas de piel carmesí, y la octava edición de la Enciclopedia Británica, un gran cuadro de color castaño que representaba el bautismo del futuro Eduardo VII, y las cabezas de cinco o seis ciervos. Pendiente de la pared junto a la puerta había un mapa de la Crimea; unas banderitas sujetas sobre alfileres marcaban la posición de Sebastopol y del Alma.

Llevando aún en una mano la careta llena de flores y con el índice de la otra pegado sobre los labios, Milita los condujo de puntillas por el corredor, de parte a parte de un oscurecido salón, a través de un vestíbulo y luego por otro pasillo. Entonces se detuvo y esperando a que el doctor Obispo la alcanzara, señaló.

—Ésa es la puerta —murmuró quedamente—; ahí están.

Sin proferir palabra el doctor Obispo le puso en la mano la caja de bombones; la chiquilla la agarró y como animal que se apodera de un bocado apetitoso, se escurrió por detrás de Virginia y del señor Stoyte y se metió apresuradamente por el oscuro pasadizo para gozar de su presa en seguridad. El doctor Obispo la observó marchar y luego se volvió a sus acompañantes.

Después de una consulta en voz queda, se convino en que el doctor Obispo fuera solo.

Él avanzó, abrió la puerta quedamente, pasó por ella y la cerró tras sí.

Fuera, en el corredor, el señor Stoyte y la Nena aguardaron durante lo que a ellos le pareció ser horas. Luego, de repente, se produjo un crescendo de ruido confuso que

culminó con la salida del doctor Obispo. Éste dio un portazo, metió una llave en la cerradura y echó la llave.

Un instante después, el pomo de la puerta fue violentamente agitado desde el interior y una voz chillona y cascada gritó:

—¿Cómo se atreve?

Luego un bastón de marfil produjo una serie de golpes perentorios y la voz chilló:

—¡Devuélvame esas llaves! ¡Devuélvamelas inmediatamente!

El doctor Obispo se puso la llave de la puerta en el bolsillo y volvió por el corredor radiante de satisfacción.

—¡Son las dos brujas de aspecto más rancio y condenado que he visto jamás! —dijo—. Una a cada lado del fuego como una reina Victoria frente a otra reina Victoria.

Una segunda voz se unió a la primera; los forcejeos y golpes se redoblaron.

—¡Echadla abajo! —gritó el doctor Obispo con mofa; luego, empujando al señor Stoyte con una mano y dando con la otra un golpecito familiar a la Nena en las nalgas, agregó—: ¡Vamos, vamos!

—¿Vamos a dónde? —preguntó el señor Stoyte en tono de resentido aturdimiento.

No podía figurarse de ninguna manera a qué venía toda esta expedición de parte a parte del Atlántico; a menos que no fuera, por supuesto, para largarse del castillo. ¡Oh, sí, no había habido más remedio que marcharse del castillo! ¡Eso ni que decir tenía! En realidad lo único que había que decir era si sería posible volver jamás al castillo después de lo sucedido; si les sería posible volver nunca a bañarse en aquella piscina, por ejemplo. ¡Por Jesucristo! Cuando se acordaba de ello…

Pero, sin embargo, ¿para qué ir a Inglaterra? ¿Y en aquella estación? ¿Por qué no a Florida o Hawai? Pero no; Obispo se había empeñado en que había de ser Inglaterra. Por cuestiones de su trabajo; porque tal vez encontrarían allí algo importante. Bueno, la cosa era que él no le podía negar nada a Obispo; por lo menos ahora; por lo menos… todavía. Y además, no podía valerse sin él. Los nervios, la digestión… todo completamente destrozado. No podía conciliar el sueño sin tomar la droga; no se cruzaba con un policía en la calle sin que el corazón le fallara en uno o dos latidos. Y por más que dijera uno «Dios es amor; la muerte no existe», no servía de nada. Estaba viejo, estaba enfermo; la muerte se le acercaba cada vez más, y a menos de que Obispo obrara con rapidez, a menos de que encontrara algo pronto…

En el oscuro corredor, el señor Stoyte se detuvo de improviso.

—Obispo —exclamó con ansiedad, mientras que las señoras Hauberk aporreaban la puerta de su prisión con el bastón de marfil—, Obispo, ¿está usted absolutamente seguro de que no hay infierno? ¿Le es posible probarlo?

El doctor Obispo se echó a reír.

—¿Puede usted probar que el lado opuesto de la luna no está habitado por

elefantes verdes?

—No, pero formalmente… —insistió el señor Stoyte con angustia.

—Formalmente —respondió el doctor Obispo jovialmente—, no me es posible probar aserto alguno que no se pueda verificar.

Los dos habían tenido anteriormente la misma conversación. Su lógica tajante con el irrazonable terror del anciano, resultaba para él sumamente cómica.

La Nena escuchaba en silencio. Ella sabía del infierno; ella sabía lo que sucedía cuando uno cometía pecados mortales; pecados como el de consentir que volviera a suceder, después de haberle prometido a Nuestra Señora que no volvería a suceder. Pero Nuestra Señora era tan bondadosa y tan admirable… y después de todo, era el bruto de Segis quien tenía la culpa de todo. Las intenciones de ella habían sido absolutamente puras; pero Segis había venido y le había hecho que faltara a su palabra. Nuestra Señora lo comprendería. Lo terrible era que había vuelto a suceder aun cuando él no la había forzado. Pero incluso entonces, no había sido verdaderamente culpa suya; porque había que tener en cuenta, que ella había pasado por aquella horrible experiencia; que no se había encontrado bien; que…

—¿Pero cree usted que el infierno es posible? —comenzó de nuevo el señor Stoyte.

—Todo es posible —dijo el doctor Obispo alegremente; y se puso una mano al oído para escuchar lo que las viejas gritaban al otro lado de la puerta.

—¿Cree usted que hay una probabilidad entre mil de que sea verdad? ¿O entre un millón?

Enseñando los dientes el doctor Obispo se encogió de hombros.

—Pregúnteselo a Pascal —indicó.

—¿Quién es Pascal? —inquirió el señor Stoyte agarrándose desesperadamente a cada posible brizna.

—Está muerto —gritó el doctor Obispo en su regocijo—; muerto como un clavo. ¡Y ahora en nombre de Dios! —y cogiendo al señor Stoyte por el brazo casi lo arrastró por el pasillo.

Aquella palabra terrible resonó en la imaginación del señor Stoyte.

—Pero quiero estar seguro —protestó.

—¡Seguro de lo que no es posible ahora!

—Debe haber algún medio.

—No lo hay. No hay otro medio que no sea morirse y ver lo que pasa entonces. ¿Dónde diablos se ha metido la chiquilla? —añadió en otro tono, y llamó—: ¡Milita!

Con la cara embarrada de chocolate, la chiquilla asomó por detrás de un paragüero del vestíbulo.

—¿La ha visto usted? —preguntó con la boca llena.

El doctor Obispo meneó la cabeza afirmativamente.

—Se creyeron que era del cuerpo de Medidas. Antiaéreas.

—¡Eso es! —gritó la niña entusiasmada—. Eso era el que le hizo romper la lámpara.

—Ven aquí, Milita —ordenó el doctor Obispo—. ¿Dónde está la puerta de la bodega?

Una expresión de pavor cruzó por el rostro de la muchacha.

—Está cerrada con llave —respondió.

El doctor Obispo asintió.

—Ya lo sé —dijo—; pero la señora Juana me ha dado las llaves —y sacó del bolsillo un llavero del que colgaban tres grandes llaves.

—Hay cocos allá abajo —musitó la niña.

—Nosotros no nos asustamos del coco.

—Abuelita dice que son horribles —continuó Milita—. Dice que son una cosa crónica. —La voz se le quebró en un puchero—. Dice que si no voy al excusado más regularmente los cocos me vendrán a buscar. Pero yo no lo puedo remediar. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Yo no tengo la culpa.

—Claro que no —dijo el doctor Obispo con impaciencia—. Nada es culpa de nadie nunca. Ni siquiera el estreñimiento. Pero ahora quiero que nos enseñes la puerta de la bodega.

Con lágrimas en los ojos aún, Milita sacudió la cabeza.

—Me da mucho miedo.

—Pero tú no necesitas bajar a la bodega. No tienes que hacer más que enseñarnos dónde está la puerta.

—No, no quiero.

—¿No quieres ser una nena buena —lagoteó el doctor Obispo— y enseñamos dónde está la puerta?

Con medrosa testarudez la chiquilla continuó sacudiendo la cabeza.

El doctor Obispo extendió la mano y le arrebató la caja de bombones, poniéndola fuera del alcance de la chiquilla.

—Si no me lo dices, no tendrás más confites —dijo, y añadió con irritación—, dulces quiero decir.

Milita exhaló un grito angustiado y trató de alcanzar la caja; pero él la mantuvo en lo alto, fuera de su alcance.

—No te los daré si no me enseñas la puerta de la bodega —dijo; y para demostrar que lo decía de veras, abrió la caja, tomó un puñado de bombones y, uno tras otro, se los metió en la boca—. ¡Qué buenos que están! —dijo mascando y paladeando—. ¡Vaya si son deliciosos! ¿Sabes? Me alegro de que no quieras enseñarnos la puerta, porque así me los comeré todos yo solo. —Tomó otro bocado e hizo un gesto de éxtasis—. ¡Oh qué bueno, qué bueno! —Chasqueó los labios—. ¡Pobre Milita! Ya no

probará ni uno más. —Tomó otro puñado.

—¡Oh, no, no! —imploraba la niña cada vez que veía desaparecer las oscuras pepitas de ambrosía entre las mandíbulas del doctor Obispo. Llegó un momento en que la avaricia fue más poderosa que el miedo.

—¡Yo se la enseñaré! —gritó como víctima que sucumbe a la tortura y promete confesar.

El efecto fue mágico. El doctor Obispo colocó en la caja los tres bombones que le quedaban en la mano y cerró la tapa.

—Vamos —dijo, y extendió la mano para tomar la de la niña.

—Déme la caja —demandó ella.

El doctor, que entendía de principios de diplomacia, sacudió la cabeza.

—No, hasta que nos lleves a la puerta —dijo.

Milita titubeó un momento; luego, resignada ante la dura necesidad de cumplir lo pactado por su parte, le tomó la mano.

Seguidos del señor Stoyte y de la Nena, salieron del vestíbulo, volvieron por el salón, siguieron por el pasadizo, pasaron por el mapa de Crimea y por el salón de billar, y anduvieron por otro pasadizo hasta una gran biblioteca. Las cortinas del veludillo rojo estaban echadas; pero una luz leve se filtraba por entre ellas. A todo alrededor de la habitación se extendían los estratos azules y escarlatas de la literatura clásica hasta cosa de un metro de la elevada techumbre, y a intervalos regulares, sobre la cornisa de caoba, se elevaban los bustos de muertos ilustres. Milita apuntó al busto de Dante.

—Ésa es la señora Juana —susurró confidencialmente.

—¡Por vida de Cristo! —prorrumpió el señor Stoyte con sobresalto—. ¿A qué viene esto? ¿Qué es lo que se imagina usted que vamos a hacer aquí?

—¿Dónde está la puerta? —preguntó.

La pequeña señaló.

—¿Qué quieres decir? —gritó con enojo.

Entonces se dio cuenta de que lo que había tomado por una sección más de estantería llena de libros, no era en realidad más que un lienzo falso de madera y marroquinería que simulaba treinta y tres volúmenes de la Colección de Sermones del Arzobispo Stillingfleet y (aquí descubría un rasgo del quinto conde) las obras completas en setenta tomos, de Donatien Alphonse François, Marqués de Sade. Escrutando más de cerca, descubrió una cerradura.

—Deme los dulces —demandó la chiquilla.

El doctor Obispo, sin embargo, no quería exponerse a riesgo alguno.

—No, hasta que no vea si abre.

Probó y a la segunda tentativa logró abrir.

—Ahí los tienes —dijo dándole a Milita los bombones al mismo tiempo que abría

la puerta.

La chiquilla lanzó un chillido de terror y salió corriendo.

—¿A qué viene todo esto? —repitió el señor Stoyte con inquietud.

—Esto viene —dijo el doctor Obispo mirando hacia abajo a las escaleras que después de los primeros peldaños se hundían en oscuridad impenetrable—, esto viene a que tal vez no tenga usted que averiguar si hay infierno o no; es decir, por algún tiempo al menos; tal vez por largo tiempo. A Dios gracias —añadió— tendremos luz.

Sobre un estante tras de la misma puerta, había dos linternas de mano anticuadas. El doctor Obispo se apoderó de una de ellas, la sacudió y se la acercó a la nariz. Tenía aceite. Encendió las dos, puso una en las manos del señor Stoyte y, tomando la otra él mismo, abrió la marcha con precaución escaleras abajo.

Una larga bajada; luego, una cámara circular excavada en la amarilla piedra arenisca. Allí había cuatro puertas. Eligieron una de ellas y pasaron, siguiendo un estrecho corredor, a una segunda cámara en que había otras dos puertas. Primero, un callejón sin salida; luego, otro tramo de escaleras que los condujo a una cueva llena de viejos desechos. No había otra salida; trabajosamente, después de dos falsos recovecos en el camino, volvieron sobre sus pasos a la cámara circular de que partieron, y probaron suerte por otra de las puertas. Un tramo de escaleras descendentes; una serie de cuartos pequeños. Uno de éstos había sido enlucido, y, sobre las paredes, manos pertenecientes a los albores del siglo dieciocho, habían arañado inscripciones obscenas. Aceleraron la marcha por otro corto tramo de escaleras, yendo a parar a una gran sala cuadrada con un respiradero que atravesaba la roca en ángulo, hasta un distante elipse de luz blanca. Y nada más. Retrocedieron otra vez. El señor Stoyte comenzó a renegar; pero el doctor se empeñó en seguir adelante. Probaron por la tercera puerta. Un pasadizo, tres habitaciones en comunicación. De la última de ellas dos salidas, la una ascendente, pero tapiada después de un corto trecho; descendente la otra a un corredor en un plano inferior. Diez o doce metros más y se hallaron con una abertura a la izquierda. El doctor Obispo giró la linterna hacia el interior de la misma y la luz reveló una especie de nicho abovedado en cuyo fondo, sobre un pedestal de estuco, había una copia en mármol de la Venus de Médici.

—¡El diablo me lleve! —dijo el señor Stoyte, y luego, repensándolo, se vio acometido por una especie de pánico—. ¿Cómo demonios ha venido eso a parar aquí, Obispo? —dijo corriendo para alcanzar al doctor.

El doctor Obispo no le contestó, sino que siguió adelante con impaciencia.

—Es una locura —continuó el señor Stoyte trotando detrás del doctor—. Es una completa locura. Le digo que no me gusta eso.

El doctor Obispo rompió el silencio.

—Podríamos quizás ver de obtenerla para el panteón Beverly —dijo con una

jovialidad lupina—. Hola, ¿qué es esto? —añadió.

Emergieron del túnel en una habitación de buenas dimensiones. En el centro había una especie de tambor de albañilería, de cuyos lados ascendían dos piezas verticales de hierro, unidas por una transversal de la que pendía una garrucha.

—¡El pozo! —dijo el doctor Obispo recordando el pasaje del cuaderno del quinto conde.

Se dirigió casi corriendo al túnel del otro lado de la habitación. A tres metros de la entrada se vio detenido por una pesada puerta de roble claveteado. El doctor Obispo sacó el llavero, eligió al azar y abrió a la primera probatura. Se encontraron en el umbral de una pequeña estancia oblonga. La linterna les reveló una segunda puerta en la pared opuesta. Inmediatamente se dirigió a ella.

—¡Carne en conserva! —dijo el señor Stoyte con asombro, haciendo correr el rayo de luz de la linterna por hileras de latas y de tarros que había en los estantes de un aparador alto, que ocupaba casi por completo uno de los lados de la habitación—. Camarones Biloxi. Piña rebanada. Habichuelas estofadas Boston —leyó en voz alta, y luego, volviéndose al doctor—. Le digo, Obispo, que no me gusta esto.

La Nena había sacado el pañuelo saturado de «Shocking» y lo tenía aplicado a la nariz.

—¡Qué olor! —profirió indistintamente por entre los pliegues del mismo, estremeciéndose de repugnancia—. ¡Qué olor!

El doctor Obispo en el ínterin probaba las llaves en la cerradura de la otra puerta. Por fin abrió. Una ráfaga de aire caliente salió y en un momento la reducida habitación se llenó de un hedor insoportable.

—¡Por Cristo! —exclamó el señor Stoyte, y de detrás del pañuelo la Nena dejó escapar un grito de asqueado horror.

El doctor Obispo hizo un guiño y avanzó por la corriente de aire fétido. Al final de un breve corredor había una tercera puerta, de barrotes de hierro esta vez, semejante a la puerta (reflexión que se hizo el doctor Obispo) de la celda de un sentenciado a muerte. Metió la linterna por entre los barrotes enviando sus destellos a la hedionda oscuridad del otro lado.

Desde la reducida estancia, el señor Stoyte y la Nena oyeron de pronto una exclamación de asombro y luego, después de un momento de silencio, una violenta y explosiva risotada, seguida una y otra vez de las feroces y metálicas carcajadas del doctor Obispo. Paroxismo sobre irrefrenable paroxismo, el ruido reverberaba una y otra vez en el reducido espacio. El aire cálido y apestoso vibraba de ensordecedor y casi frenético regocijo.

El señor Stoyte cruzó la estancia seguido por Virginia y entró apresuradamente por la puerta abierta al estrecho túnel que tras ella había. El doctor Obispo le ponía los nervios de punta.

—¿Qué demonios…? —gritó con enojo acercándose; pero dejó la frase por terminar—. ¿Qué es eso? —murmuró.

—Un mono fetal —comenzó a decir el doctor Obispo; y una nueva explosión de hilaridad que le dobló, como si hubiera recibido un golpe en el plexo solar, le cortó la palabra.

—¡María Santísima! —exclamó la Nena detrás del pañuelo.

Al otro lado de los barrotes, la luz de la linterna hizo surgir de la oscuridad un breve mundo de formas y colores.

En el centro de aquel mundo había un hombre sentado al borde de un lecho bajo, que miraba fijamente a la luz como fascinado. Tenía las piernas desnudas cubiertas de pelo espeso, rústico y rojizo. La única prenda que llevaba, la camisa, estaba desgarrada y sucia. Anudada diagonal mente sobre el pecho, llevaba una cinta de seda que evidentemente en otro tiempo había sido azul. Una imagencita de San Jorge y el Dragón, de oro y esmalte, pendía de un cordón que llevaba atado al cuello. Sentado, con la espalda encorvada, tenía la cabeza echada hacia adelante y como hundida entre los hombros. Con una de sus extrañamente torpes manazas se rascaba una llaga que parecía roja entre la pelambre de la pantorrilla izquierda.

—Un mono fetal que ha tenido tiempo de desarrollarse —logró decir al fin el doctor Obispo—. ¡Es más de lo que me figuraba! —la risa le acometió de nuevo—. ¡Miren qué cara tiene! —profirió jadeante señalando por entre los barrotes.

Por encima del pelo enmarañado que ocultaba las mandíbulas y las mejillas, unos ojos azules miraban fijamente desde las cavernosas cuencas. No tenía cejas; pero bajo la piel sucia y arrugada de la frente se proyectaba como una cornisa una gran protuberancia ósea.

De pronto, de la negra oscuridad surgió a la luz de la linterna otra cara simiesca; una cara ligeramente peluda, de modo que era posible ver en ella, no sólo la protuberancia de sobre los ojos, sino también la curiosa desfiguración de las mandíbulas inferiores, las acrecencias óseas de delante de los oídos. Detrás de la cara surgió un cuerpo cubierto con un levitón a cuadros, adornado con cuentas de cristal.

—Es una mujer —dijo Virginia, casi asqueada por la horrible repugnancia que le producía la visión de aquellas ubres colgantes y ajadas.

El doctor hizo explosión en un aún más ruidoso regocijo.

El señor Stoyte lo agarró por el hombro y lo sacudió violentamente.

—¿Quiénes son? —preguntó.

El doctor Obispo se enjugó los ojos y aspiró profundamente; la tormenta de su hilaridad abatió en una tensa calma. Cuando abría la boca para contestar a la pregunta del señor Stoyte, la criatura viviente de la camisa se revolvió de pronto contra la criatura viviente del levitón y le dio una manotada en la cabeza. La palma de la enorme manaza le golpeó de lado en la cara. La criatura del levitón profirió un

chillido de dolor y rabia al mismo tiempo y se contrajo de nuevo fuera del alcance de la luz. En la sombra se oyó un agudo y furioso farfulleo que parecía temblar perpetuamente en el borde de la blasfemia articulada.

—El que lleva la insignia de la orden de la Jarretera —dijo el doctor Obispo, levantando la voz por sobre el tumulto— es el quinto conde de Gonister. Ella es su ama de llaves.

—Pero ¿qué es lo que les ha sucedido?

—Nada; sólo tiempo —dijo el doctor Obispo sin darle importancia.

—¿Tiempo?

—No sé cuánto tiempo tiene la hembra —continuó el doctor Obispo—; pero el conde… a ver, tenía doscientos un años el pasado enero.

Desde las sombras, la penetrante voz continuaba profiriendo sus inarticuladas injurias. El quinto conde seguía rascándose la llaga de la pierna impasiblemente y mirando a la luz de hito en hito.

El doctor Obispo continuó hablando. Retardación del proceso de desenvolvimiento… uno de los mecanismos de la evolución… el antropoide era más estúpido cuanto más viejo… la senilidad y el envenenamiento por los esteroles… la flora intestinal de la carpa… el quinto conde se había anticipado a su descubrimiento… nada de envenenamiento por los esteroles, desaparición de la senectud… desaparición de la muerte, tal vez, de no ser por accidente… pero mientras tanto el antropoide llegaba a la madurez… Era el bromazo más sabroso con que jamás se hubiera encontrado.

Sin moverse de donde se encontraba, el quinto conde se orinó en el suelo. En la oscuridad se produjo una chillería más aguda aún. Se volvió en la dirección de que procedía y bramó en distorsiones guturales de obscenidades, casi por completo olvidadas.

—Ya no es necesario seguir los experimentos —iba diciendo el doctor Obispo—. Ya sabemos que la cosa obra. Puede usted empezar a tomar el mejunje inmediatamente. ¡Inmediatamente! —repitió con énfasis sarcástico.

El señor Stoyte no dijo nada.

Al otro lado de los barrotes, el quinto conde se puso de pie, se rascó, bostezó, luego se volvió y dio un par de pasos hacia el límite que separaba la luz de la oscuridad. El parloteo del ama de llaves se hizo más agitado y rápido. Afectando no parar atención en ello, el conde se detuvo, se alisó la ancha cinta de la orden con la palma de la mano, luego jugó entre los dedos la joya que le pendía del cuello, produciendo al hacerlo así un curioso tarareo, semejante al recuerdo simiesco de la serenata de *Don Giovanni*. La criatura del levitón gimió recelosa y su voz pareció retirarse más y más entre las sombras. De pronto, dando un aullido feroz, el quinto conde se lanzó a la oscuridad que se extendía más allá, fuera del reducido universo

creado por la luz de la linterna. Se produjo un ruido de pasos precipitados, una serie de gañidos; y luego un grito, ruido de golpes y más chillidos; luego no más chillidos, sino solamente estertóreos gruñidos en la oscuridad y gritos entrecortados.

El señor Stoyte rompió el silencio.

—¿Cuánto tiempo cree usted que se tarda para que una persona se vuelva así? —dijo en voz baja e indecisa—. Quiero decir… supongo que no sucederá repentinamente… que habrá un largo tiempo durante el cual la persona… bueno, ya sabe usted; durante el que no se producirán alteraciones. Y luego que uno ha pasado la primera sorpresa… vaya, que parece como si no lo pasaran mal del todo. Quiero decir a su modo, desde luego. ¿No lo cree usted así, Obispo? —insistió.

El doctor Obispo siguió mirándolo en silencio; luego echó la cabeza para atrás y comenzó a reír nuevamente.

[1] Título que los indios aplican a los europeos distinguidos, especialmente a los ingleses, que viven en la India. *(Esta nota y todas las siguientes pertenecen al traductor*). <<

[2] La palabra *bourne* tiene en inglés la acepción de destino o término de viaje. De aquí el juego de palabras del original inglés. <<

[3] Hamburgueses o hamburguesas, que de ambas maneras puede traducirse el original, se refiere probablemente a una especie de emparedados de salchicha. <<

[4] Verso de Goethe, como se indica en el original, cuya traducción es: Entre el oscuro follaje, brillan las naranjas de oro <<

[5] Guy Fawkes y Catesby fueron los dos principales protagonistas del complot papista que se conoce en Inglaterra con el nombre de «complot de la pólvora» (Cunpowder Plot). Tuvo lugar bajo el reinado de Jacobo I, y su designio era volar el parlamento inglés, con el rey y toda la nobleza, y restablecer la religión católica. <<

[6] María Baker Glover Eddy fue la fundadora del movimiento religioso conocido por el nombre de la Ciencia Cristiana cuya doctrina fundamental estriba en negar la existencia real del mal, de la enfermedad y de la muerte. El movimiento tenía su Iglesia Madre en Boston (Estados Unidos) y se encuentra extendido, más principalmente, por Norteamérica e Inglaterra. <<

[7] En español en el original. <<

[8] La cosa en sí. <<

[9] Estado de unión mística con la divinidad en que se pierde la conciencia de la propia personalidad. <<

[10] *Works Progress Administration*. Organización nacional de los Estados Unidos, creada bajo el «New Deal» con objeto de dar trabajo a las personas necesitadas sin empleo. <<

[11] *Cranford* es una novela debida a Isabel Gaskell en que se describe la vida provinciana, remilgada, un tanto idílica y siempre convencional de la ciudad de Cranford. La palabra cranfordiana equivale, pues, a remilgada o convencional. <<

[12] Tomás Chippendale fue un famoso ebanista del siglo XVIII, cuyo estilo elaborado, delicado y barroco dio carácter al mobiliario de su época. <<

[13] Alude a una rima satírica del siglo XVII, cuyos protagonistas son Juan Spratt y su mujer. <<

[14] El texto se refiere a la Ley Electoral *(Reform Bill)* presentada para su aprobación al parlamento inglés en 1831 por Lord Russell y que fue rechazada. <<

[15] La frase «en un sentido pickwickiano», con referencia a la obra de Dickens *Papeles Póstumos del Club Pickwik*, se aplica en la literatura inglesa a un lenguaje que, aunque ofensivo por su forma, no debe tomarse en su sentido estrictamente literal. El autor la emplea aquí en un sentido más lato. <<